



CLÁSICOS DE LA MIGRACIÓN DOMINICANA

LA FORMACIÓN DE UNA COMUNIDAD TRANSNACIONAL

Migración, desarrollo y cambio cultural
en la República Dominicana

Eugenia Georges

LA FORMACIÓN DE UNA COMUNIDAD TRANSNACIONAL

**Migración, desarrollo y cambio cultural
en la República Dominicana**

CLÁSICOS DE LA MIGRACIÓN DOMINICANA

LA FORMACIÓN DE UNA COMUNIDAD TRANSNACIONAL

Migración, desarrollo y cambio cultural
en la República Dominicana

Eugenia Georges

Santo Domingo, República Dominicana

2023

Título original en inglés: *The Making of a Transnational Community: Migration, Development, and Cultural Change in the Dominican Republic*. Copyright © 1990 Columbia University Press

Esta edición en español es una traducción completa de la edición estadounidense, especialmente autorizada por el editor original, Columbia University Press.

Instituto Nacional de Migración

C/ Manuel Rodríguez Objío, núm.12

Gazcue, Santo Domingo, D. N.

República Dominicana

Tel.: +1809-412-0666

Correo electrónico: info@inm.gob.do

Sitio web: www.inm.gob.do

Banco de Reservas de la República Dominicana

Av. Winston Churchill, esq. Porfirio Herrera, Piantini

Tel.: +1 809-960-4100

Correo electrónico: contacto@banreservas.com

Sitio web: www.banreservas.com

© Eugenia Georges, 2023

De la presente edición:

© Instituto Nacional de Migración y Banco de Reservas de la República Dominicana, 2023

ISBN impreso: 978-9945-634-26-6

ISBN online: 978-9945-634-27-3

Coordinación editorial: Aimara Vera Riverón

Traducción del inglés: Gabriela Blanco Bobea

Corrección de estilo: Daniel García Santos

Diseño y diagramación: Laura Longa M.

Diseño de colección y cubierta: Laura Longa M.

Imagen de cubierta: Fondos gráficos del Archivo General de la Nación

Impresión: Amigo del Hogar

Santo Domingo, República Dominicana

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
PRÓLOGO. ROSARIO ESPINAL	15
AGRADECIMIENTOS	23
INTRODUCCIÓN	29
El marco teórico.....	31
El entorno de investigación: Los Pinos.....	40
Métodos	52
Organización del libro	55
CAPÍTULO 1. PATRONES DE DESARROLLO PERIFÉRICO Y MIGRACIÓN LABORAL	57
Patrones de desarrollo dominicano: una visión general	57
Patrones de migración con destino a Estados Unidos desde la República Dominicana	70
Composición de la corriente migratoria dominicana	77
CAPÍTULO 2. LA HISTORIA Y EL DESARROLLO DE LOS PINOS, 1850-1961	83
Los Pinos: el primer asentamiento, 1850-1910.....	84
Cultivo de tabaco en Los Pinos, 1870-1910	85

El desarrollo de la industria maderera descentralizada, 1910-193087

El impacto de la industria maderera local
en la estructura social de los pineros91

El trujillato, 1930-196194

 El trujillato I: privación de derechos y monopolio.....95

 El trujillato II: El proyecto de sustitución de importaciones
 y Los Pinos 101

**CAPÍTULO 3. LA MIGRACIÓN LABORAL INTERNACIONAL DESDE
LOS PINOS, 1952-1981. EVOLUCIÓN DE UNA COMUNIDAD MIGRANTE119**

Las primeras migraciones: 1952-1961..... 120

Organización de la migración: 1961-1981..... 121

Legalización: regularización de estatus..... 132

La migración en cadena y el hogar migrante
en los Estados Unidos..... 134

Duración de la migración 139

El género y la corriente migratoria internacional 142

Características demográficas de la corriente migratoria pinera 147

Selectividad ocupacional 152

Comparación de migrantes documentados e indocumentados 155

Comparación de la migración interna e internacional:
un punto de vista desde la sección..... 156

 Comunidades de migrantes no destinadas
 a Estados Unidos: el ejemplo de El Guano 157

 Migración desde El Guano y Los Pinos..... 161

 Comparación de la migración interna entre El Guano
 y Los Pinos: características selectivas básicas..... 164

Perfiles de la corriente migrante: implicaciones teóricas 156

**CAPÍTULO 4. EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL
EN LA ECONOMÍA LOCAL. MODERNIZACIÓN E INFORMALIZACIÓN 169**

Los Pinos en el período postrujillista 169

Ideología de género y acceso diferencial de hombres
y mujeres a nuevas oportunidades de empleo..... 175

Modernización, empleos de clase media
y aspiraciones laborales cambiantes 182

Estructura ocupacional en 1981: el auge
de la economía informal187

Multiplicidad ocupacional, migración y remesas	190
Selectividad migratoria y creación de empleo en Los Pinos	195
Remesas	197
Resumiendo: distribución de ingreso en Los Pinos	212
CAPÍTULO 5. EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL EN LA ECONOMÍA LOCAL. EL SECTOR AGRARIO	221
Agricultura en Los Pinos, 1980-1981: un análisis a nivel comunitario.....	222
Ganadería.....	229
Ganadería: comparación de hogares internacionales migrantes y no migrantes	233
Las consecuencias sociales y económicas del cambio a la ganadería.....	235
Productividad agrícola en Los Pinos	240
Una comparación de hogares migrantes y no migrantes.....	240
Comparación de los niveles de producción agrícola	242
Conclusión	246
CAPÍTULO 6. EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL EN LA ORGANIZACIÓN Y LA ESTRUCTURA SOCIAL EN LOS PINOS	249
«Familias divididas»: organización y estructura familiar en Los Pinos	250
Migración y diferenciación social en Los Pinos	257
Clase y estatus.....	257
Estilo de vida e ingresos.....	258
Ocupación	263
Educación.....	264
Poder: liderazgo comunitario y migración	267
Migración de retorno y movilidad social	271
El «síndrome del migrante» en Los Pinos.....	280
Las consecuencias de la migración internacional para la estructura social pinera	284
CAPÍTULO 7. LOS PINOS EN EL CONTEXTO INTERCULTURAL	289
Remesas	290
Empleo	293

Agricultura	297
Roles de la mujer y relaciones de género	300
Las consecuencias sociales de la migración internacional	302
Migración y desarrollo	305
REFERENCIAS	311
ÍNDICE ONOMÁSTICO	329

PRESENTACIÓN

Desde su constitución histórica como comunidad nacional y sobre todo como comunidad de cultura, las migraciones han ocupado un papel articulador en la trayectoria histórica dominicana. En sus orígenes el Santo Domingo colonial se expande en virtud de oleadas migratorias españolas y africanas, tras el comercio de esclavos hacia el Caribe en el siglo XVI. Definida la sociedad propiamente dominicana a finales del siglo XVIII y en el inicio de la modernidad en la segunda mitad del XIX y en el XX, las migraciones acrisolaron procesos que enriquecieron la personalidad cultural de la nación dominicana.

Españoles, judíos, norteamericanos, chinos, japoneses, haitianos, árabes, turcos, italianos, venezolanos, puertorriqueños y alemanes, por solo referir las nacionalidades más importantes, enriquecieron la vida nacional.

Conscientes de la importancia que tiene para el país el fenómeno migratorio, el Instituto Nacional de Migración de la República Dominicana (INM RD) y el Banco de Reservas (Banreservas) han articulado esfuerzos e impulsado un proyecto editorial tras el cual se persigue ofrecer a los lectores dominicanos y, en general, a los estudiosos del fenómeno migratorio, un conjunto de estudios fundamentales para el conocimiento del papel de las migraciones internacionales en la historia del pueblo dominicano.

La colección Clásicos de la Migración Dominicana ofrece al lector estudios de alta calidad académica donde se puede apreciar el fenóme-

no migratorio en su diversidad de orígenes nacionales y culturales, en la multiplicidad de orientaciones de los flujos de inmigración y emigración y los diversos problemas envueltos en este proceso, como es el caso de los propios del mercado laboral, el plantacionismo azucarero, la dinámica de la emigración y el surgimiento y evolución de la diáspora dominicana, la dinámica de inclusión/exclusión, las transformaciones culturales, entre otros asuntos cruciales.

Esta colección inició en 2022 con la publicación de los cinco primeros volúmenes. Este año serán publicadas otras cinco obras: *Migración internacional y economía cafetalera. Estudio sobre la migración estacional de trabajadores haitianos hacia la cosecha cafetalera en la República Dominicana*, de Wilfredo Lozano y Franc Báez; *Colonización y política: los japoneses y otros inmigrantes en la República Dominicana* de Valentina Peguero; *Orígenes del trabajo inmigrante en la industria azucarera. Contribución a su estudio* de José del Castillo; *La construcción de una comunidad transnacional: Migración, desarrollo y cambio cultural en la República Dominicana* de Eugenia Georges, y *Los dominicanos ausentes: un pueblo en transición* de Glenn Hendricks.

En sus ochenta años de existencia, el Banco de Reservas se ha caracterizado por su serio compromiso con la cultura y resulta notable, especialmente, su labor editorial, la cual ha permitido dotar al pueblo dominicano de importantes obras de autores nacionales. En esta ocasión, se une al Instituto Nacional de Migración –como ha hecho a lo largo de estos años con prestigiosas instituciones gubernamentales de diferentes ámbitos– para rescatar textos clásicos sobre el tema migratorio, algunos de ellos publicados por el Banco de Reservas en su primera edición.

Ambas instituciones coinciden en el propósito de rescatar y divulgar estos relevantes estudios que apoyarán a la formación de jóvenes investigadores y el fortalecimiento de las ciencias sociales en el país y fomentarán estudios comparados sobre las principales comunidades de inmigrantes radicadas en República Dominicana, así como la de dominicanos residentes en otros países y su evolución e impacto en la vida nacional.

Esta colección permitirá apreciar la complejidad y riqueza del fenómeno migratorio, sus momentos culturales y contribuciones sociales y económicas más significativas, su trayectoria histórica en suelo dominicano y, sobre todo, fortalecerá la formación cultural de nuestro pueblo, propósito final de este empeño conjunto.

El Banco de Reservas y el Instituto Nacional de Migración aspiran, con esta colección de libros clásicos, a realizar una modesta contribución al conocimiento de nuestra historia contemporánea en ese fascinante capítulo de la construcción de la nación y la modernidad dominicana que son las migraciones.

SAMUEL PEREYRA ROJAS
Administrador General
Banco de Reservas
de la República Dominicana

WILFREDO LOZANO
Director Ejecutivo
Instituto Nacional de Migración
de la República Dominicana

PRÓLOGO

En gran medida, los investigadores sociales dominicanos han vivido de espaldas al proceso de migración dominicana que se inició en la década de 1960. Hasta la fecha, los principales estudios han sido realizados por académicos en los Estados Unidos, la mayoría incluso no es de origen dominicano.

En 1980-1981 Eugenia Georges, entonces estudiante en la Universidad de Columbia, vino a la República Dominicana a realizar el trabajo de campo para su tesis doctoral en antropología. Escogió una comunidad de la sierra en la Cordillera Central, desde donde, se sabía, había emigrado mucha gente a la ciudad de Nueva York.

Su trabajo es pionero porque en ese tiempo la literatura académica sobre la migración dominicana era escasa tanto en la República Dominicana como en los Estados Unidos.

De esa investigación surgió su libro *The Making of a Transnational Community: Migration, Development, and Cultural Change in the Dominican Republic* (Columbia University Press, 1990). Ahora, 23 años más tarde, disponemos de la traducción al español bajo el título *La formación de una comunidad transnacional: migración, desarrollo y cambio cultural en la República Dominicana*, como parte de la serie Clásicos de la Migración Dominicana del Instituto Nacional de Migración y el Banco de Reservas.

En la segunda parte del siglo XX se produjeron grandes flujos de capital de los países más desarrollados hacia los de menor desarrollo eco-

nómico en busca de mano de obra barata y, a la vez, mayores flujos migratorios en sentido contrario: de los menos desarrollados a los de mayor desarrollo. Estos procesos han traído grandes cambios en todo el mundo, y en los países cercanos a Estados Unidos, como es el caso de la República Dominicana, se han producido fuertes flujos migratorios hacia ese país.

Insertado en ese contexto, el libro de Eugenia Georges ofrece explicaciones sobre las causas y efectos de la migración en una pequeña comunidad rural dominicana, nombrada por ella Los Pinos para mantener el anonimato del lugar real. Y, para fines comparativos, incluyó otra comunidad rural vecina, nombrada por ella el Guano, desde donde no se registró tanta migración a Estados Unidos, por lo menos en aquel entonces.

Los Pinos y el Guano son las unidades geográficas de análisis y comparación empírica en este estudio antropológico. El enfoque estructural-histórico de la migración sirve de trasfondo teórico, pero se enfatiza el valor de realizar estudios a nivel intermedio comunitario para comprender cómo la migración se inició, organizó y articuló.

Uno de los argumentos clásicos de los estudios migratorios desde comunidades rurales es que la gente emigra a las ciudades porque se produce un excedente de mano de obra en el campo que no encuentra oportunidades de empleo. Sin embargo, la historia que Eugenia Georges cuenta, con base en los datos e información recabada en su investigación, es más compleja

Ciertamente se registró un declive de la agricultura en la relativamente próspera comunidad de Los Pinos, pero el proceso migratorio comenzó un poco antes de que se produjera el excedente laboral. Esa migración rural se dirigió más a Estados Unidos que a las ciudades dominicanas cercanas en el caso de los hombres, no así en las mujeres.

De Los Pinos no emigraron los más ricos ni los más pobres, dice Georges, sino aquellos de capas intermedias que contaban con recursos personales o familiares para organizar el viaje. Este hallazgo coincide con el de otros estudios sobre la migración dominicana. O sea, los más proclives a emigrar fueron quienes tenían ciertos recursos materiales, capital humano y conexiones sociales.

En la década de 1960 la ola migratoria recibió un impulso por cambios internos en la República Dominicana de mayor apertura debido a la caída de la dictadura de Trujillo, que había mantenido la población acorralada, y la disposición del consulado de Estados Unidos de emitir más visas de tu-

ristas y de residencia en el contexto de la turbulencia política de esos años, que incluyó una ocupación militar de Estados Unidos en el país.

Además, la nueva Ley de Migración de Estados Unidos de 1965, privilegió la reunificación familiar; por tanto, los nuevos migrantes legales tenían la posibilidad de pedir a sus familiares inmediatos que quedaban en el país de origen. Se estima que entre 1966 y 1981 el número de residentes legales dominicanos admitidos en los Estados Unidos promedió alrededor de 14,000 por año, y también aumentó significativamente el número de visas de turistas.

Georges plantea que ligeramente más mujeres que hombres emigraron, pero el trayecto migratorio fue distinto. Los hombres se fueron directo de Los Pinos a Nueva York, mientras muchas mujeres, antes de emigrar al exterior, se mudaban a una ciudad cercana (Santiago en particular), porque necesitaban un trabajo remunerado (servicio doméstico usualmente) que les permitiera ahorrar dinero para hacer el viaje. En el campo las mujeres tenían menos oportunidades de empleo que los hombres.

Según los datos recolectados, las primeras tres personas que emigraron de Los Pinos a Estados Unidos en la década de 1950 fueron mujeres. La ocupación típica de las mujeres antes de migrar era el trabajo doméstico y de los hombres la agricultura, con un componente también de comerciantes y artesanos. La mayoría de los migrantes tenía empleo antes de emigrar, dato que no sostiene el vínculo entre migración y excedente laboral

Muchas mujeres migrantes se integraron al trabajo de factorías en las ciudades del nordeste, a diferencia de la migración mexicana, predominantemente de hombres jornaleros en el suroeste de Estados Unidos, lo que había ocultado el papel significativo de las mujeres en los procesos migratorios desde el Caribe.

Por su posición isleña, que presenta dificultad logística para la migración, los dominicanos registran un alto nivel de legalidad en los Estados Unidos. Según un estudio de muestra aleatoria realizado en la ciudad de Nueva York en 1981, solo el 17 % se encontraba indocumentado.

Georges cuenta que, en la década de 1970, el deterioro de la agricultura dominicana debido a la sequía y la falta de crédito llevó al desarrollo de la ganadería en Los Pinos. Eso produjo un excedente de mano obra porque la ganadería necesitaba menos trabajadores que la agricultura, lo que aceleró

el proceso migratorio iniciado en la década anterior. En la década de 1980 la mano de obra dominicana comenzó a ser reemplazada por los haitianos que llegaban a Los Pinos de manera temporal. Otro efecto de la ganadería fue la concentración de la propiedad de la tierra, factor que sirvió para empujar campesinos hacia afuera.

El proceso migratorio de Los Pinos se multiplicó en la medida que más personas emigraban, la inmensa mayoría al área de la ciudad de Nueva York.

El efecto demostración y las facilidades para emigrar por el apoyo que otorgaban familiares y amistades fueron motivadores importantes. En ese sentido, la migración de Los Pinos fue autogestionada, contando con el respaldo de los lazos sociales primarios en un contexto de declive económico de una comunidad rural que había sido relativamente próspera. También ayudaron las leyes migratorias de Estados Unidos y las facilidades que ofrecieron en el consulado.

Georges enfatiza que la decisión de emigrar se basaba en el hogar y se discutía en familia, y que el proceso migratorio generó la unidad económica del hogar que integraban tanto sus miembros en Los Pinos como los familiares que habían emigrado. Al pasar el tiempo, estos últimos, ya ciudadanos, les convenía pedir a los que habían quedado atrás, en vez de seguir apoyándolos económicamente, aun cuando no quisieran emigrar.

De diversas maneras, la migración tuvo un gran impacto en la economía de Los Pinos. La entrada de remesas contribuyó a fomentar nuevos tipos de trabajos en la construcción, pequeñas empresas y servicios sencillos. Según Georges, a pie o a caballo, con cuadernos en manos, proliferó la venta ilegal de números vinculada a la Lotería Nacional, práctica que incluso se llevó a Nueva York. También proliferaron los buscones y tributarios que ofrecían sus servicios para el trámite de documentos y solicitud de visas, los cuales ayudaban a costear los familiares que habían emigrado.

Tal vez, diría yo, la proliferación de bancas de apuestas en la República Dominicana en las últimas décadas se vincule a la llegada cada vez mayor de remesas, que permite disponer de ciertos recursos para las apuestas y soñar que así llegará el bienestar. De hecho, los juegos de azar y la migración representan dos sueños importantes para muchos dominicanos.

La construcción de viviendas y la instalación de pequeños negocios sirvió también para aumentar el costo de la tierra en Los Pinos y hacerla menos accesible a los que se quedaban en la comunidad. De ser eminente-

mente rural, Los Pinos pasó con los años a ser un espacio semiurbano por la mejoría de las viviendas y los negocios que se establecieron. Esto, según Georges, comprueba la hipótesis de que la migración internacional contribuye a la disminución de la agricultura en las comunidades rurales desde donde se registran los flujos migratorios.

En aquellos inicios de la migración no se había desarrollado el negocio del envío de remesas, y con frecuencia el dinero era enviado con migrantes que retornaban a visitar la comunidad o por correo. Eso dificultaba el cálculo formal de las entradas de divisas, pero sí era claro que el envío de remesas constituía la principal responsabilidad del migrante ante los familiares que dejaba atrás.

Georges cuestiona el argumento de que las remesas se utilizarían para inversiones productivas. Señala que, como han mostrado otros estudios, el dinero se ha utilizado para el consumo o se invierte en viviendas o compra de tierras.

La autora se adhiere a los que plantean que los nuevos patrones de consumo que adoptan los inmigrantes se propagan en sus comunidades de origen por efecto de demostración y conducen a un aumento de las importaciones, neutralizándose así el impacto favorable que podrían tener las remesas en la balanza de pagos, además de deprimir la producción local. Por ejemplo, traer ropa de regalo o para ventas impacta negativamente en las costureras y los sastres.

En comparación con Los Pinos, el Guano era una comunidad más pobre, cuya población no tenía los recursos para emigrar fuera del país. Floataban entre comunidades rurales o emigraban a un pueblo cercano. De ahí que en el Guano prevaleciera la agricultura por más tiempo y los jornaleros estuvieran disponibles para ser contratados tanto por los grandes terratenientes como por las familias que tenían miembros en el exterior y contaban con más recursos.

La ampliación de la migración generó diferentes estrategias migratorias. Los primeros grupos lo habían logrado de manera legal, ya fuera con una visa de inmigrante o con una visa de turismo que extendían. Cuando esos mecanismos no alcanzaban para la cantidad de personas que quería emigrar, algunos utilizaron la vía ilegal por México, Puerto Rico o como polizones a la Florida; también a través de visas compradas o prestadas, servicios que ofrecían los «buscones» a distintos precios.

El término que utilizaban los pineros para referirse a esos distintos viajes indocumentados era «por la izquierda». También surgió la diferenciación entre el «matrimonio por amor» y «el matrimonio por negocio» para obtener residencia, mientras otros iban por un tiempo específico con visa de turismo a ganar dinero para algún propósito específico y retornaban. Así se desarrolló una compleja cadena migratoria.

El tiempo que se necesitaba para lograr la reunificación familiar dependía en gran medida de la forma de llegada del primer familiar inmigrante. Si lo hacía de manera legal, la reunificación familiar se producía más rápidamente. De lo contrario, había que esperar a que el inmigrante regularizara de alguna manera su estatus en los Estados Unidos. En su trabajo de investigación, Georges encontró muchos hogares encabezados por mujeres, ya fuera porque sus maridos habían emigrado a Estados Unidos o a ciudades cercanas o encabezados por abuelas que cuidaban a los nietos porque los padres habían emigrado sin fecha fija para llevarse a los hijos. Así, la migración produjo un proceso de recomposición de los hogares, según los familiares que emigraban y los que se quedaban, aunque fuera a la espera de poder emigrar.

La migración tuvo un impacto en las oportunidades educativas. Georges encontró que, en Los Pinos, proporcionalmente, más niños de hogares con emigrantes asistían a la escuela y continuaron la escuela secundaria que los niños donde no había personas emigrantes.

En 1981 los pineros que no habían emigrado eran los más pobres sin tierras y la élite comercial que viajaba a Estados Unidos como turista. O sea que, en 20 años, la comunidad de Los Pinos se había transformado completamente por la emigración tanto en su composición poblacional como en la economía local. De todos los pineros que emigraron a Estados Unidos, solo el 13.5 % carecía de documentación legal en 1981.

La migración dominicana, a diferencia de la mexicana, que era mejor conocida y estudiada en aquella época, no era estacional ni circular por razones obvias. México tiene frontera terrestre con Estados Unidos, la República Dominicana no. Los pineros se iban y se establecían en Estados Unidos por muchos años y, cuando regresaban, si lo hacían, volvían a instalarse en una ciudad, no en su comunidad de origen.

Pero, según los hallazgos de la investigación, para esa época, pocos pineros habían retornado de Estados Unidos a vivir en Los Pinos o en algún

otro lugar de la República Dominicana. Esto es entendible porque la mayoría de los dominicanos, una vez emigra, completa el ciclo migratorio hasta la jubilación, si acaso regresa de manera permanente a vivir en la República Dominicana. Los hijos, los nietos y la seguridad social se convierten en limitaciones para hacer el regreso permanente a su país de origen, aunque viajen de visita con frecuencia.

Los emigrados tampoco habían generado las innovaciones económicas que se esperaba. Sin orientación pública, aquellos que invertían en la República Dominicana lo hacían en función de los negocios que sabían existentes en el país. Es decir, en vez de innovar, repetían con base en decisiones individuales.

Este libro de Eugenia Georges, con un trabajo de investigación realizado entre 1980 y 1981, muestra tendencias que siguieron caracterizando la migración dominicana en las décadas posteriores, hasta el presente.

Una, el alto nivel de legalización de los dominicanos en Estados Unidos por las ventajas iniciales, incluida la Ley de Migración de 1965 de Estados Unidos que privilegia la reunificación familiar. Familias dominicanas enteras han emigrado bajo esa legislación, porque es suficiente que una persona en la familia tenga el estatus migratorio legal para que los demás familiares inmediatos puedan beneficiarse posteriormente del mismo estatus migratorio.

Dos, los dominicanos continúan utilizando diferentes estrategias para emigrar, con un menú de opciones similar al que existía en 1980, registrándose aumentos migratorios en épocas de mayores dificultades económicas en la República Dominicana.

Tres, la migración ha transformado la economía de las comunidades rurales y de los pueblos pequeños del país, que dependen ahora altamente de las remesas. En consecuencia, la mano de obra agrícola dominicana ha sido reemplazada por la mano de obra indocumentada haitiana.

Cuatro, a pesar de que en los últimos años se resalta más el aporte económico que hacen los inmigrantes dominicanos, el Estado carece aún de una política precisa de apoyo para canalizar las inversiones u otros aportes que estos pudieran hacer en la República Dominicana. La inmensa mayoría se concentra en bienes raíces.

Mientras que en 1980 las remesas no impactaban la macroeconomía dominicana, actualmente su gran cantidad no solo apoya el consumo

familiar, sino que también genera muchas de las divisas que necesita el país.

A la fecha, la República Dominicana tiene una sociedad y una economía altamente dependiente de Estados Unidos tanto por la gran migración como porque todos los sectores económicos vitales dependen fundamentalmente de ese país: las remesas, las exportaciones de zonas francas y el turismo.

ROSARIO ESPINAL

Santo Domingo, octubre 2023

AGRADECIMIENTOS

Viviendo en Nueva York, y más particularmente en Morningside Heights, como estudiante de posgrado, me percaté rápidamente de la relevancia de los dominicanos en relación con los nuevos inmigrantes llegados a la ciudad. Dos veranos de trabajo de campo en la República Dominicana aumentaron mi interés en dicha migración y motivaron la idea de este estudio. El lugar donde decidí establecerme, entre los muchos pueblos con fuerte emigración a los Estados Unidos, fue en gran parte el resultado de una conversación con la socióloga dominicana Wilma Weisz, quien sugirió (basada en sus propias investigaciones) que visitara la Sierra Occidental. Una sugerencia que me llevó a la comunidad enfocada en este estudio, y a la que no me he arrepentido de estudiar. Esta es la novena serie, patrocinada por el Centro para la Educación en Latinoamérica, la cual trata de traer las especificaciones de la educación formal y ofrecer materiales y análisis que pongan el proceso educativo en un contexto más significativo. Geográficamente, la serie se centra en esas unidades políticas, naciones, territorios y colonias al sur del río Grande, comúnmente referida como Latinoamérica y el Caribe. Estas sociedades constituyentes conforman una esfera compleja, que, con dificultad teórica considerable, puede ser ordenada en tres segmentos culturalmente distintos, esquema tripartito que ilumina la heterogeneidad del área. Dentro de cada subdivisión hay uniformidades en desarrollo histórico, patrones similares de explotación económica y po-

blaciones indígenas de aproximadamente igual tamaño y complejidad que han optado por formas estructurales más homogéneas de organización y articulación social. Las instituciones sociales en cada una de estas subdivisiones, incluidas aquellas relacionadas con la educación, han desarrollado distintivamente formas regionales, así como han alcanzado significancia social específica.

A medida que los pobladores han luchado para enfrentar las dificultades económicas y políticas que han caído sobre sus comunidades, han ideado formas de mejorar sus oportunidades de vida, a veces ingeniosas, a menudo extralegales. Para evitar cualquier consecuencia perjudicial proveniente de este estudio, me refiero a la comunidad con el seudónimo de Los Pinos. También he cambiado los nombres de las localidades y de las personas. Además, cuando corresponde, he alterado algunas características identificadoras, como sus ocupaciones.

Fui muy afortunada de recibir la hospitalidad y la generosa ayuda de muchos, si no de la mayoría, de los pineros. El hecho de que se haya completado un estudio de esta naturaleza atestigua la notable tolerancia de la gente. Muchos tenían dudas, comprensibles, sobre mis propósitos. Dudas que, si hubieran sido justificadas, podrían haber puesto en peligro a sus amigos y familiares indocumentados en los Estados Unidos. Estoy profundamente agradecida por la tolerancia, la paciencia y la amistad que tantos me ofrecieron. Una de las grandes ventajas personales que me brindó el estudio de la migración con destino a los Estados Unidos, fue la capacidad de mantener amistades al regresar de la isla. Estas amistades han enriquecido mi vida y mi trabajo.

Mi aceptación por parte de muchos pineros fue sin duda alentada por la oferta de un curso de inglés en la escuela local, a sugerencia de varios miembros de la comunidad. Este curso fue impartido, en gran parte, por el lingüista Larry Krute, quien me acompañó en el trabajo de campo. Agradezco la energía que dedicó a este proyecto, así como su apoyo a la investigación en general. El curso resultó muy popular y permitió que conociéramos a diversas personas rápidamente, de una manera agradable e informal.

Otros dominicanos, más allá de Los Pinos, me ayudaron de diversas maneras a completar este estudio. El Dr. Frank Moya Pons nos brindó su apoyo decidido, sin el cual este proyecto habría sido mucho más difícil de emprender. Mi afiliación con el Fondo para el Avance de las Ciencias

Sociales proporcionó numerosas ventajas de investigación, y estoy muy agradecida a Frank y a Jeanette Canals, que siempre me hicieron sentir bienvenida allí. También estoy muy agradecida al doctor Javier y a Bélgica Peña por sus consejos y su hospitalidad durante mis visitas a Santiago; al Dr. Rafael Yunen por su aliento y hacer posible que yo pudiera utilizar las instalaciones de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra; y a los doctores Julio Cross Beras y Amiro Pérez Mera por sus discusiones edificantes, sus sugerencias y orientaciones. Diane Rocheleau, Víctor Montero y Melvyn Martin me auxiliaron enormemente en darles sentido a las fotografías aéreas de la región. También quiero expresar mi gratitud a Blas Santos y al Instituto Nacional Cartográfico por poner estas fotografías a mi disposición. Tengo una deuda de gratitud especial con la licenciada Mercedes Morales de Liz, exdirectora del Banco de Datos de la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), quien me permitió el pleno uso del Banco de Datos durante semanas y me ofreció el espacio de su casa en Santo Domingo.

Este estudio se ha beneficiado, en cada etapa, de los buenos consejos, el apoyo y la amistad de Lambros Comitas, gran conocedor del Caribe y del trabajo de campo en general. Estoy profundamente endeudada con él por su aliento inquebrantable y las perspicaces sugerencias que me dio en varias etapas de este proyecto. También recibí valiosas recomendaciones de Conrad Arensberg, Charles Harrington y Libbet Crandon. Al poner el contexto de Los Pinos en una perspectiva teórica más amplia, me he basado en gran medida en el trabajo de Alejandro Portes, del cual aprecio, además, el aliento que me dio en una etapa temprana de este estudio. Marty Murphy, Brian Ferguson y Karin Tice se tomaron el tiempo de leer y comentar el manuscrito. Sus aportes, junto con los de un revisor anónimo, me han ayudado mucho a enfocar este estudio. En el camino, me he beneficiado de conversaciones con Rob Wasseström, Jerry Murray, Max Castro, Diane Rocheleau y John Roy, así como del apoyo de Bar Levy, Ernie Alleva y Lisa Leizman. Sarah Mahler y Bob Warren me proporcionaron información estadística actualizada sobre la inmigración dominicana, y Eric Larson fue generoso al facilitarme sus análisis del Censo Nacional Dominicano de 1981. Todos, por supuesto, están absueltos de responsabilidad por cualquier declaración errónea o error de hecho. También deseo dar las gracias a Jane Lang por escribir los diversos borradores de la conclusión y por su entusiasmo ante el proyecto. Louise Waller fue una editora meticulosa.

Tengo una gran deuda con mi familia. Mi hermana Danae Georges me visitó en el campo y me ayudó a informatizar el censo del pueblo, al igual que a completar el análisis estadístico. También editó varias versiones del manuscrito. Agradezco su incansable aliento y su apoyo; además, a mi madre Naffe Georges, a mi esposo Bob Etnyre y a mis abuelos, que me auxiliaron en este proyecto y a quienes este libro está dedicado.

El trabajo de campo fue posible gracias a las becas del Instituto de Estudios Latinoamericanos e Ibéricos de Columbia University, el *National Institute of Health* (Instituto Nacional de Salud Mental) y la Fundación Interamericana. Deseo agradecerle especialmente a Liz Veatch por sus numerosas atenciones. Una versión inicial de este estudio fue escrita mientras recibía una beca predoctoral de la American Association of University Women (Asociación Americana de Mujeres Universitarias). Estoy muy agradecida a todas estas instituciones por su generoso apoyo financiero, sin el cual este proyecto no habría sido posible.

A la memoria de Chris y Eugenia Peltier, con amor

INTRODUCCIÓN

En las últimas dos décadas, las mujeres y los hombres de la República Dominicana han formado una corriente considerable en el flujo internacional de migrantes a los Estados Unidos. Aproximadamente 300,000 y 500,000 personas —entre el 5 % y el 8 % de la población— han venido a trabajar y a vivir en los Estados Unidos. Sobre todo desde mediados de la década de 1960, estos dominicanos han desempeñado un papel importante en el suministro laboral a los sectores de salarios bajos en expansión de las ciudades del noreste de los Estados Unidos, especialmente a Nueva York, donde la mayoría se asienta. Su concentración en esa urbe es tal que, después de los puertorriqueños, constituyen la segunda población hispana más grande.

Este movimiento intenso y altamente dirigido no es para nada un fenómeno aislado, sino más bien parte de una tendencia mundial cada vez más integrada de labor y capital, que se ha producido desde la Segunda Guerra Mundial. Así como el capital se ha vuelto cada vez más transnacional, invertido y acumulado a escala mundial, el trabajo se ha hecho cada vez más móvil, siguiendo al capital desde las naciones en desarrollo hacia las capitalistas desarrolladas o a los enclaves de crecimiento dentro de dichas naciones en desarrollo.

La mano de obra inmigrante ha resultado ser de gran importancia para el desarrollo económico de los Estados Unidos en varios momentos de su historia. Sin embargo, a diferencia de las olas anteriores, los orígenes geo-

gráficos de esta última afluencia reflejan un cambio importante en el flujo del este al oeste en la primera mitad del siglo XX, y del sur al norte en las últimas décadas; cambio promovido en parte por la aprobación de la Ley de Inmigración de 1965. Los 7.5 millones de inmigrantes legales admitidos en los Estados Unidos entre 1960 y 1979 venían predominantemente de Asia, América Latina y el Caribe (Houston, Kramer y Barrett, 1984: 922). Es probable que otros 3 a 3.5 millones de inmigrantes indocumentados también residieran en los Estados Unidos en 1980 (Warren, 1988). Estados Unidos no es tampoco la única nación industrialmente avanzada que recibe gran cantidad de inmigrantes. La migración laboral ha involucrado a millones de personas en todas partes del mundo. A partir de la década de 1950, entre 20 y 30 millones de personas emigraron de la cuenca mediterránea al noroeste de Europa como trabajadores temporales «invitados» (Castles, 1984:1, Rogers, 1985:3). Después del aumento de los precios del petróleo en 1973, la inmigración a los países de la OPEP también aumentó de manera dramática. En 1975 había unos 3 millones de inmigrantes en los Estados del Golfo y en Libia, y después de esto el número pudo haberse duplicado (Abu-Lughod, 1982: 450).

Este tráfico intenso de personas ha tenido implicaciones significativas tanto para las áreas de destino como para las regiones desde las que migran. En los Estados Unidos, la nueva inmigración ha elevado la diversidad cultural en un período de tiempo relativamente corto. Ha llevado a la formación de nuevas comunidades étnicas y multiétnicas en muchas ciudades, y también al surgimiento de enclaves de movilidad económica y social para algunos grupos de inmigrantes, como los cubanos y los coreanos. Además, ha exacerbado la tendencia hacia la segmentación del mercado laboral estadounidense y la creación de un «núcleo» primario de trabajadores, en su mayoría ciudadanos, que disfrutaban de ciertos beneficios (ausentes en el sector «secundario», inseguro y mal pagado), en el que los inmigrantes tienden a agruparse. Tanto política como económicamente, ha puesto de relieve de manera aguda y odiosa el estatus diferenciador del ciudadano y del no ciudadano, ha reavivado el nativismo entre algunos sectores y ha generado debates políticos que tocan la naturaleza misma de la comunidad y la política en los Estados Unidos.

Este libro se ocupa en específico del lado menos estudiado del continuo migratorio, y ofrece una vista cercana desde las comunidades de ori-

gen de los migrantes. Es un estudio antropológico de cómo la migración hacia los Estados Unidos desde una comunidad rural en la República Dominicana, Los Pinos (y su campo circundante), se ha iniciado, organizado y articulado con procesos sociales y económicos más amplios a través del tiempo. Es, por otra parte, un relato etnográfico de las diversas consecuencias de la migración internacional para los que permanecen en Los Pinos. Las siguientes preguntas han orientado este estudio: ¿Cuáles son las características esenciales de los migrantes documentados e indocumentados en los Estados Unidos, y por qué migran? ¿Cuáles son las consecuencias de la migración intensiva para la sociedad local en general, y para su desarrollo económico en particular? ¿Ha mejorado la migración internacional la movilidad social de manera significativa, alterando las estructuras sociales locales? ¿Han cambiado las relaciones de género y la condición de la mujer como consecuencia de la migración? Finalmente, ¿cuál ha sido el impacto ideológico y cultural de la migración sobre quienes permanecen en la comunidad de origen? Estas preguntas se derivan de los principales temas que se debaten en el creciente cuerpo de literatura teórica y empírica sobre las causas y consecuencias de la migración laboral internacional.

EL MARCO TEÓRICO

El estudio de la migración ha sido abordado desde dos grandes perspectivas teóricas: el *equilibrio* y los enfoques *estructurales-históricos*. Aunque ninguno de los dos es monolítico, es posible discernir un amplio conjunto de características comunes a cada uno. En términos generales, los modelos de equilibrio se centran en los migrantes individuales, sus características y las decisiones que toman como reacción ante los factores de «empuje» y «atracción» que emanan de las sociedades de origen y las de acogida. En las zonas rurales, el crecimiento de la población, la disminución y el deterioro de los recursos de la tierra, los bajos salarios y el alto desempleo, ayudan a expulsar a los migrantes de sus comunidades de origen. Al mismo tiempo, los salarios comparativamente más altos en los países industriales avanzados ejercen una fuerte atracción que seduce a aquellos que consideran que saldrán adelante si dejan detrás a sus

comunidades. Si bien la confluencia de los factores de empuje y atracción para explicar el comportamiento de los migrantes puede extraerse de diferentes niveles de análisis, el último nivel de explicación es el cálculo de costo-beneficio que hacen las personas. Desde esta perspectiva, las teorías económicas neoclásicas de la elección racional tocan la tecla dominante. El enfoque de equilibrio para el estudio de la migración ha sido ampliamente criticado en los últimos años (Bach y Schramlb, 1982; Nikolinakos, 1975; Madera, 1981; 1982). En última instancia, el problema con las teorías del equilibrio, como resumen Portes y Bach (1984: 6), «no es que no identifiquen fuerzas importantes, sino que no toman en cuenta los cambiantes contextos históricos de la migración».

Los partidarios del modelo de equilibrio a menudo han considerado que la migración internacional proporciona resultados positivos para las sociedades de envío (Friedlander, 1965; Griffin, 1976; Hume, 1973; Rosa, 1969; Spengler y Myers, 1977). El movimiento de población desde las naciones pobres hacia las ricas y el contraflujo de las remesas y los ahorros de los migrantes de regreso a sus comunidades de origen se han visto como medios para equilibrar la distribución de recursos estratégicos a nivel mundial y, por lo tanto, para disminuir la desigualdad y promover el crecimiento económico. Para la sociedad en general, los beneficios incluían el alivio del desempleo a través de la exportación de mano de obra excedente, la infusión de capital financiero (especialmente en forma de divisas) y la inyección de capital humano cuando los migrantes regresaban con nuevas habilidades y competencias, estas últimas escasas en las sociedades de envío.

En contraste con los modelos de equilibrio, los enfoques estructurales-históricos abordan explícitamente la naturaleza de las conexiones entre las sociedades emisoras y receptoras y proponen explicaciones integradas más efectivas de la migración laboral internacional. Basados en la economía política marxista, sitúan el proceso migratorio en el contexto del sistema capitalista global (Amin, 1974; Cheng y Bonacich, 1984; Emmanuel, 1972; Petras, 1980; Portes, 1978). La expansión imperialista del sistema capitalista ha distorsionado el desarrollo de las áreas subdesarrolladas o periféricas y, en el proceso, ha marginado a las personas de las actividades económicas tradicionales. Al mismo tiempo, la demanda de mano de obra barata para mantener las tasas de ganancia ha aumentado. Como resulta-

do de estas presiones complementarias, las personas migran de las áreas periféricas en proceso de transformación social y económica para trabajar en las economías industriales avanzadas del centro. Con esto, cumplen un papel vital para los empleadores: no solo abaratan la mano de obra en el competitivo sector secundario de la economía, donde tienden a agruparse, sino que su presencia también reduce los salarios en general y obstaculiza la solidaridad y la organización de los trabajadores (Castells, 1975; Castles y Kosack, 1973).

El análisis estructural-histórico de las consecuencias de la migración internacional para las regiones de origen conduce a conclusiones pesimistas (Castles y Kosack, 1973; Rhoades, 1978, 1979; Sassen-Koob, 1978; Weist, 1979). Debido al hecho de que la migración desvía a los miembros más productivos de la comunidad, deja importantes brechas en la fuerza laboral, convierte a los antiguos productores de la sociedad de envío en consumidores (reduciendo así la producción de alimentos y las exportaciones agrícolas) y produce inflación, tanto a través del aumento de la demanda de importaciones, como de la disminución de la producción nacional de alimentos. La migración también puede conducir a la dependencia ideológica, al igual que a la falta de interés en los esfuerzos de desarrollo económico local, inclusive cuando emergen nuevas oportunidades (Reichert, 1981). Una cuestión central para aquellos que adoptan un enfoque estructural-histórico es la naturaleza específica de los mecanismos que operan para abaratar la mano de obra en la periferia y crear el valor calculado por los capitalistas a través del proceso de migración (por ejemplo, Amin, 1974; Burawoy, 1976; Castles y Kosack, 1973; de Janvry, 1981; Meillassoux, 1972, 1981; Portes y Walton, 1981; Rey, 1973; Wallerstein, 1979; Wolpe, 1972). Un punto de vista que ha resultado especialmente influyente para los antropólogos que intentan abordar esta cuestión es el de Claude Meillassoux (1972, 1981). La relevancia de los estudios de Meillassoux radica en el significado teórico que le da a la comunidad doméstica, como la unidad tradicional de estudio antropológico, y la sitúa dentro del contexto más amplio del imperialismo (Kearney, 1986:342; Marx, 1986:17). Podemos tomar a Meillassoux como un punto de partida útil, con el fin de examinar el papel de la comunidad de envío en la reducción de los costos laborales para los capitalistas.

Meillassoux postula, en síntesis, una división internacional del trabajo, en la cual las áreas rurales de las regiones periféricas se especializan

como exportadoras de mano de obra hacia el centro, es decir, hacia los países industrialmente avanzados. Dentro de este sistema global, una de sus funciones es producir (o mejor dicho, reproducir) la mano de obra a bajo costo. Según Meillassoux (1981:97), «al preservar el sector doméstico, que produce bienes de subsistencia [dentro de estas comunidades exportadoras de mano de obra], el imperialismo realiza y perpetúa aún más la acumulación primitiva». Es decir, al relegar la reproducción del trabajo a aquellas áreas del mundo consideradas esencialmente precapitalistas, donde las relaciones de mercado no son dominantes y el trabajo doméstico no remunerado satisface la mayoría de los requisitos de subsistencia, se reduce el costo promedio de formar a un trabajador. Una transferencia de valor oculta sucede cuando los trabajadores abandonan la periferia, la cual ha soportado los costos de formarlos, y luego migran al núcleo. Después de gastar sus años de máximas energías productivas, los migrantes son repatriados a la periferia, que luego debe asumir los costos de mantener a esta población envejecida. En resumen, las comunidades migrantes son vistas como guarderías y hogares de ancianos para la fuerza laboral barata. En una línea similar, Burawoy (1976) ha argumentado que, con la migración, la función de renovación del trabajo (reproducción) se separa física e institucionalmente del proceso de mantenimiento del trabajo. El primero está relegado a las regiones de origen periféricas, donde el costo de la vida es menor, mientras que el segundo se encuentra ahora convenientemente ubicado cerca de fuentes de empleo. Los resultados son salarios más bajos aplicados por los empleadores principales.

A nivel teórico, la perspectiva estructural-histórica ha sido criticada por su «funcionalismo al acecho» y también por su alto grado de abstracción (Rapp, 1983; véase también Bach y Schraml, 1982; de Janvry, 1981; Portes y Walton, 1981; Shanin, 1978). Como a menudo se presenta, la división internacional del trabajo entre las regiones importadoras y exportadoras de mano de obra es demasiado clara, demasiado estática. Por ejemplo, Shanin (1978: 283) ha observado que el modelo de capitalismo que sustenta este enfoque tiende hacia la «racionalización excesiva o “hiperinternacionalidad”». Al reforzar los cálculos de los capitalistas centrales, favorece la suposición de una «periferia pasiva». El ajuste funcional resultante entre el núcleo importador y la periferia exportadora de mano de obra tiende a exagerar la estabilidad del sistema (cf. Nash, 1981:398-99). Tal modelo tam-

co puede acomodar los resultados imprevistos de la migración, como, por ejemplo, la migración de dependientes para vivir con sus familias (Castles, 1984:14) o el surgimiento de enclaves étnicos y la proliferación de nuevas empresas, propiedad de inmigrantes, que proporcionan una ruta alternativa de integración económica y social para algunos nuevos grupos de inmigrantes en los Estados Unidos (Portes y Bach, 1984; Waldinger, 1985). Por lo tanto, mientras la perspectiva del equilibrio se basa en gran medida en el voluntarismo de las personas para explicar la migración e ignora los patrones de restricción impuestos por el contexto más amplio, el enfoque estructural-histórico comete el error opuesto: los migrantes se subsumen en la amplia categoría analítica de lo que es la «labor», y escasea en su enfoque la «rica conciencia que las personas aportan a sus relaciones de producción y reproducción» (Rapp, 1977:322). Para las regiones periféricas en general (pero particularmente para sus áreas rurales), falta un análisis detallado del proceso de diferenciación social a través del tiempo, en particular la formación de clases a nivel local. Está ausente el examen de los procesos intermedios del «flujo organizado» de la sociedad rural, en el que los actores están vinculados entre sí y a través del espacio mediante sus actividades y sus redes (Vincent, 1977).

Además de estas objeciones teóricas, se han acumulado excepciones empíricas a la perspectiva estructural-histórica. Si bien reconocen la validez general del modelo, Portes y Walton (1981:12) señalan, por ejemplo, que el sector precapitalista, encargado de asumir una parte de los costos de reproducción y mantenimiento de la mano de obra barata para los empleadores principales, se identifica casi exclusivamente con la agricultura de subsistencia en las áreas rurales. Señalan (p.15, 73-75) que en gran parte de la periferia este segmento de la población está disminuyendo con rapidez. Para América Latina, De Janvry (1981) ha proporcionado un análisis fundamental acerca del declive del sector rural, cuyos orígenes ha situado en las contradicciones del desarrollo capitalista periférico. La pobreza rural y el estancamiento de la producción alimentaria en específico, son el resultado de la necesidad que tienen los capitalistas periféricos de mantener los bajos precios de los alimentos para garantizar a su vez el bajo costo del trabajo asalariado. La mano de obra barata es esencial para la producción de exportaciones competitivas en el mercado mundial. La pobreza rural también es consecuencia de la penetración capitalista en el campo,

que ha acelerado el proceso de semiproletarización —la dependencia simultánea de un trabajador de la producción no asalariada en el sector de subsistencia, por un lado, y del empleo asalariado temporal dentro del sector industrial o agroindustrial capitalista por el otro—, una condición inherentemente inestable. Por razones ecológicas y económicas, la base de subsistencia del semiproletariado eventualmente se verá destruida, asegurando de esta forma la persistencia de un excedente laboral y, por extensión, la emigración.

La República Dominicana no es una excepción en el camino hacia la desintegración rural. Entre 1965 y 1984, la población rural disminuyó del 65 % al 45 % de la población (Banco Mundial, 1986:240). Durante la década de 1970, cuando la migración hacia Estados Unidos aumentó de manera progresiva, la producción de los alimentos básicos permaneció estancada o disminuyó, con la excepción del arroz (Encarnación, 1982:27). Una comparación de los datos de los censos nacionales de 1970 y 1981 revela el impacto de la disminución del empleo agrícola. En 1981, el 24 % de la fuerza laboral (428,045 personas) se encontraba empleada en el sector agrícola, en comparación con alrededor del 46 % (551.617 personas) en 1970 (Larson, 1987a:75). Subrayando el alcance de esta disminución está el hecho de que casi tres cuartas partes de los pequeños agricultores también dependían del trabajo asalariado y de la artesanía para complementar sus ingresos (Duarte, 1980:180). Parece ser que en el caso dominicano (así como en muchas otras áreas de América Latina), el sector agrícola es cada vez más incapaz de reproducir la mano de obra migrante a bajos costos y de apoyar a estos trabajadores una vez que sus energías productivas se hayan agotado (véase también Deere Wasserstrom, 1980; Deere y de Janvry, 1981).

Otras limitaciones acosan la aplicabilidad global del modelo de Meillassoux y de la perspectiva estructural-histórica. Muchos de los beneficios previstos para los empleadores principales se basan en la supuesta naturaleza temporal de la migración. La rotación de los migrantes entre sus lugares de inmigración y sus espacios de origen, es esencial para el funcionamiento continuo de la comunidad nacional. Esto se debe a que, frente a las presiones del proceso de desintegración, la economía nacional solo puede persistir si los migrantes continúan contribuyendo a las actividades básicas de subsistencia. Sin embargo, la migración puede adoptar otras formas, con distintas consecuencias. Hace más de dos

décadas, González (1961) reconoció que diferentes tipos de migración —estacional, temporal, recurrente, continua y permanente— tendrían distintas implicaciones para la organización familiar de las poblaciones rurales. Desde entonces, Amin (1974), Graves y Graves (1974), Watson (1975) y otros más han subrayado la importancia de la duración de las ausencias migratorias como variable que condiciona las consecuencias de la migración para las regiones de origen. A medida que las corrientes migratorias maduran, los patrones temporales pueden cambiar: en Europa Occidental antes de 1975, la gran mayoría de los trabajadores captados eran hombres solitarios con la intención de regresar a sus comunidades de origen. Desde esa fecha, la migración europea ha entrado en una fase de inmigración familiar, ya que la «expectativa de que las unidades de trabajo superfluas empacarían sus vidas y desaparecerían silenciosamente ha demostrado ser falaz» (Castles, 1984:4).

El modelo de Meillassoux también se ve restringido en el sentido de que la migración temporal que describe es la de los hombres. Porque lo que respalda la división internacional del trabajo para Meillassoux, como para Burawoy y otros, es una división del trabajo por género. Es decir, el modelo asume que las mujeres, por lo general, permanecen en el sector doméstico o precapitalista como reproductoras no asalariadas de los trabajadores, mientras que los hombres migran a los países centrales para vender su mano de obra. El «trabajo doméstico» no remunerado de las mujeres en la periferia ayuda a subsidiar la reproducción de mano de obra inmigrante barata y produce el valor que irá a manos de los capitalistas en el centro. Adecuado al contexto específico de África, donde Meillassoux realizó su trabajo de campo, así como al Medio Oriente y Europa antes de 1975, este modelo es muy útil con respecto al análisis de la migración laboral masculina temporal.

Pero como se reconoce cada vez más, «las aves de paso también son mujeres» (Morokvasic, 1984). De hecho, la nueva inmigración masiva a los Estados Unidos —con mucho el mayor flujo internacional— ha estado dominada por mujeres (Houstoun, Kramer, Barrett, 1984:908-909). Impulsada por la fuerte demanda de mujeres trabajadoras en el sector competitivo de la economía estadounidense, al igual que los cambios en la ley de inmigración que favorecen la reunificación familiar, la migración de mujeres y sus hijos ha superado a la de los hombres en las últimas décadas. Entre 1960 y 1979, apro-

ximadamente, el 54 % de los migrantes documentados en los Estados Unidos eran mujeres, y las mujeres y los niños juntos representaban el 67 % del flujo total (p. 922). Cuando una mujer deja la comunidad de origen y toma un trabajo en los Estados Unidos, sus servicios productivos no remunerados ya no están disponibles para su hogar. Al dejar atrás a sus dependientes, estos servicios no remunerados pueden comercializarse, en mayor o menor medida, dependiendo de la demografía específica de cada hogar. Entonces, el costo de la crianza de los hijos aumentaría. Además, cuando las mujeres crían niños en sus nuevas comunidades migrantes, es el núcleo, no la comunidad doméstica, el que debe asumir los costos sociales de la reproducción (por ejemplo, la educación). Así, cuando las mujeres migran en cantidades sustanciales, la división funcional del trabajo entre las sociedades de origen y de recepción, aunque aplicable inicialmente, se modificarán con el tiempo.

En el hemisferio occidental, la excepción más importante a este patrón general de la nueva inmigración ha sido México. Con la frontera terrestre más larga compartida por una nación periférica y una nación central, México es sin duda el país emisor más estudiado del mundo, y representa un prototipo de la nueva inmigración a los Estados Unidos. En una introducción al tema, Jones (1984:1) contó más de cien artículos y veinte monografías, relacionadas a la migración con destino a los Estados Unidos desde México, un hecho indudablemente vinculado con la importancia demográfica y geopolítica de esta gran corriente migratoria. Los migrantes de México son sobre todo hombres. Históricamente, han viajado a los Estados Unidos para satisfacer la demanda temporal de mano de obra agrícola no calificada en el suroeste, California y otros lugares, y han regresado a sus comunidades de origen después de la temporada de cosecha. En los últimos años, este patrón ha comenzado a cambiar. La migración de mujeres ha aumentado, y muchos migrantes se establecen en zonas urbanas y trabajan en manufacturas y servicios durante largos períodos. No obstante, los contornos generales de la corriente migratoria mexicana se ajustan fácilmente al modelo de Meillassoux (Cornerlius, 1976; Mines, 1984; Reichert y Massey, 1979; Weist, 1973, entre otros). Es muy probable que el ejemplo bien documentado de la migración laboral mexicana haya ayudado a afirmar la aplicabilidad general del modelo a los estudiantes norteamericanos de migración. También puede haber contribuido a oscurecer la importancia demográfica de la migración de las mujeres hacia los Estados Unidos.

Los inmigrantes dominicanos, como veremos con mayor detalle en el capítulo siguiente, difieren de los mexicanos; se parecen más a otros nuevos inmigrantes de América Latina, el Caribe y Asia. La mayoría son mujeres (Gurak y Kritz, 1982:16; Pérez, 1981:19; de los Santos *et al.*, 1981) que trabajan el año entero en la manufactura y en los servicios poco y semicalificados en la ciudad de Nueva York, al igual que en otras ciudades del noreste (Grasmuck, 1984a; Pérez, 1981:20; Gurak y Kritz, 1982:18), y pasan períodos de tiempo relativamente largos lejos de sus comunidades de origen (Kritz y Gurak, 1983: tabla 1). Si las mujeres dominicanas migran en cantidades iguales o mayores, en comparación con los hombres, y si ambos están ausentes de sus comunidades de origen durante varios años, las consecuencias (tanto para sus áreas receptoras como para las emisoras) deberían diferir de las previstas por el modelo Meillassoux. En este libro sostengo que, aunque la perspectiva estructural-histórica proporciona un marco valioso para identificar las fuerzas políticas y económicas que condicionan la migración a nivel macro, el proceso concreto de la migración solo puede volverse inteligible cuando se le presta la atención adecuada al plano intermedio que opera sobre el terreno: la organización de los hogares, la composición de las redes, y la formación local de las clases y los segmentos de clase. En este estudio, la migración desde Los Pinos se evalúa en el contexto de las políticas estatales dominicanas y de las limitaciones más amplias del sistema mundial en el que se encuentra implicada la República Dominicana. Por lo tanto, aunque esta comunidad es mi lugar de estudio, no es la única unidad de análisis.

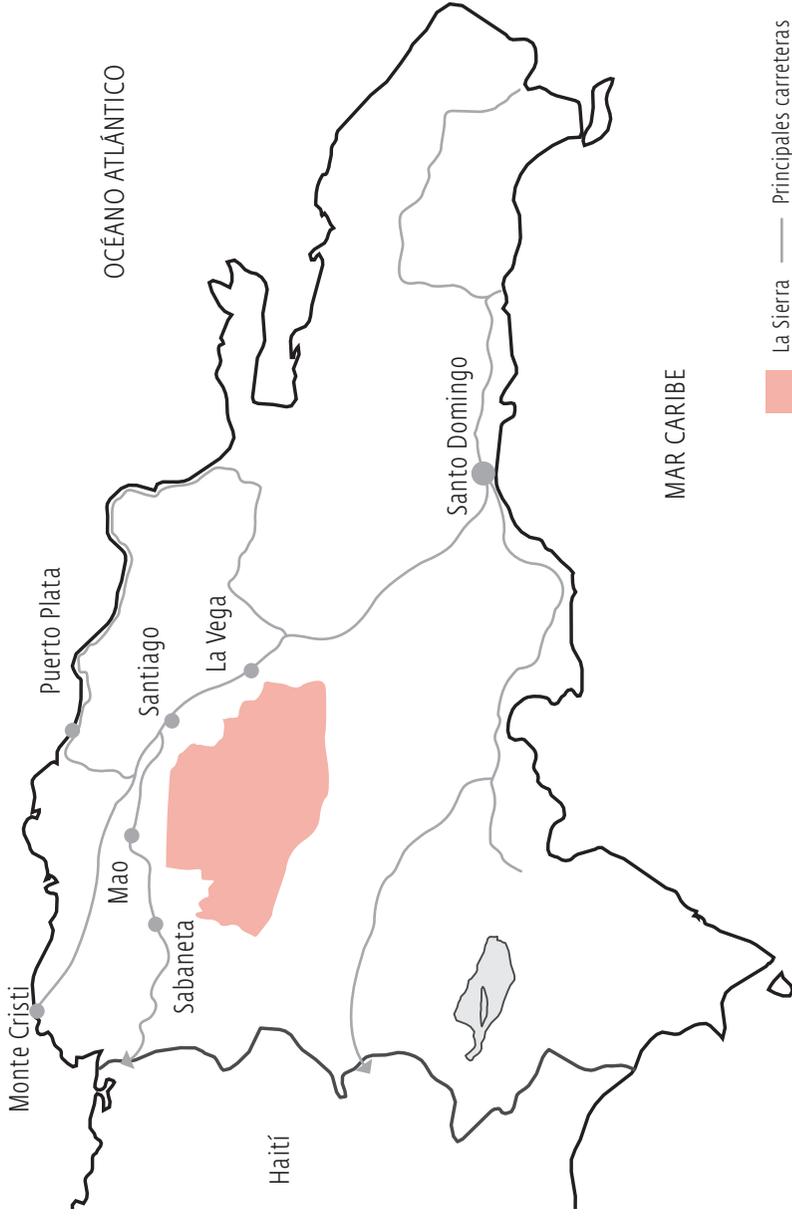
Un enfoque en la comunidad, sin embargo, hace posible una comprensión de la naturaleza y la textura de las relaciones sociales que la vinculan con el sistema mundial y de las respuestas culturales de las personas a ese sistema. Desde esta perspectiva, «las comunidades son [...] precipitados espaciales de relaciones sociales aún más grandes, terminales de patrones económicos, sociales, políticos y culturales mundiales dentro de los cuales están incrustadas las localidades. Simultáneamente exhiben patrones con raíces regionales y también reflejan el mundo en general» (Ross y Rapp, 1981: 58-59). A través del movimiento de personas a lo largo del tiempo, de las redes sociales y del flujo de capital en forma de remesas y ahorros, las comunidades migrantes como Los Pinos están vinculadas de manera concreta y compleja a regiones centrales como los Estados Unidos.

EL ENTORNO DE INVESTIGACIÓN: LOS PINOS

El trabajo de campo para este estudio se llevó a cabo en el silvestre espolón noroeste de las montañas centrales (Cordillera Central) de la República Dominicana, una región conocida como la Sierra (ver mapa). El foco del estudio fue el pueblo de Los Pinos y su entorno. Las visitas a varias comunidades migratorias indicaron que Los Pinos era, en general, un ejemplo típico de muchas otras poblaciones de la Sierra con una migración internacional intensiva. Entre las características que comparte con estas se encuentran el rápido crecimiento de la población, los cambios en los patrones de uso de la tierra, la disminución de las oportunidades de empleo y una historia de intercambio desigual con los centros urbanos.

A la vez que los pineros migraban en grandes cantidades a los Estados Unidos, la República Dominicana, y Los Pinos junto a ella, estaban experimentando los múltiples efectos de la modernización rápida e intensa. Sin embargo, para evaluar el impacto de la migración en una comunidad, es esencial que los cambios observados estén asociados directamente con el proceso migratorio (FAO, 1984:197). Debido a que otros procesos también han provocado transformaciones, la comparación de Los Pinos con una comunidad no migrante sirvió para distinguir los cambios relacionados con la migración hacia Estados Unidos de los que no lo estaban. Durante los dieciséis meses que pasé en el campo, entre 1980 y 1981, viví en Los Pinos, pero a menudo visité la zona circundante para recopilar información comparativa y aprender más sobre la naturaleza de las relaciones entre las localidades. Como resultado de este reconocimiento, seleccioné un poblado, El Guano, con un bajo nivel de migración, para un estudio comparativo más preciso. El Guano, con 170 habitantes, depende en gran medida de la agricultura y de la producción artesanal para su sustento. Solo tres de sus treinta hogares tenían un miembro migrante que residía en los Estados Unidos en el momento del trabajo de campo. Por lo tanto, aunque el enfoque principal del estudio fue la comunidad migrante de Los Pinos, la información extraída de El Guano y otras comunidades ayudó a dilucidar las causas y consecuencias de la migración internacional.

Mapa 1
Región de La Sierra, República Dominicana



La región de la Sierra, en la que se ubica Los Pinos, se encuentra dentro de la provincia centro-norte de Santiago. Durante casi un siglo, esta provincia ha sido una fuente importante de migrantes a otras partes del país. Desde la década de 1960, también lo ha sido de migración hacia los Estados Unidos. (Castro, 1985; González, 1970; Hendricks, 1974; Pessar, 1982a). Abarca dos zonas ecológicas muy distintas: el Valle del Cibao, la larga y fértil cuenca entre las Cordilleras Central y Norte, y la Cordillera Central cubierta de pinos, que también cuenta con los picos más altos del Caribe.

A pesar de su marcado contraste geográfico, ambas zonas se caracterizan por un patrón de agricultura predominantemente campesino o independiente. La histórica trinidad del tabaco, el café y el cacao continúa dominando entre los cultivos comerciales. Desde el principio, la producción y comercialización de estos cultivos creó una red de vínculos entre las zonas rurales y urbanas. Los procesos de agroindustrialización y concentración de la propiedad territorial, que en el siglo XX transformaron otras regiones del país, entre las que destacan las zonas productoras de azúcar del este y del sur, no perturbaron en demasía el sistema tradicional de tenencia de terrenos en la provincia. Es probable que los duraderos vínculos con las zonas urbanas, al igual que la autonomía y la situación económica relativamente mejorada de la población rural de la provincia, proporcionaran un trampolín desde el cual se iniciara la migración internacional. Tal parece haber sido el caso entre los inmigrantes europeos a los Estados Unidos a principios de siglo XX: las áreas de Italia, Transilvania y Eslovaquia con tasas más altas de emigración eran también aquellas en las que había menos concentración de propiedad (Barton, 1975). Del mismo modo, parece que en México las comunidades y regiones más involucradas en la migración hacia los Estados Unidos tendían a ser «ni las más pobres ni las más marginales», sino más bien aquellas «áreas de agricultura tradicional que tienen los vínculos más fuertes o más antiguos con la red urbana» (Rivèred'Arc, 1980:189).

Con aproximadamente mil habitantes en 1981, Los Pinos era la sede de su sección, la unidad administrativa y política más pequeña del país. La sección tenía una superficie de 100 kilómetros cuadrados y abarcaba una veintena de pueblos. Como centro administrativo y político, Los Pinos albergaba la oficina de correos, la estación de policía, la cárcel, la clínica y la escuela secundaria que servían al resto de la sección. Las secciones a su

vez se agrupan en municipios, equivalentes a los condados en los Estados Unidos. Los Pinos fue una de las más de cuarenta secciones que cayeron bajo la jurisdicción de una cabecera municipal, La Sede. Al oeste de Los Pinos se encontraba la capital provincial de Santiago de los Caballeros. Con una población de 250,000 habitantes, era la ciudad principal del norte y la segunda más grande del país. Los Pinos estaba conectado a La Sede y a Santiago por una carretera irregularmente pavimentada, pero aun así muy transitada, construida durante el régimen de Rafael Leonidas Trujillo (1930-1961) y en ocasiones reparada con grava. En estas condiciones, el sinuoso viaje hacia Santiago tomaba dos o más horas polvorientas y peligrosas, y los accidentes eran comunes.

A una altitud de 580 metros, Los Pinos descansa en el estrecho valle formado por el río del mismo nombre; en realidad, un arroyo que podría desaparecer por completo durante el período seco. Abriéndose paso a través de la parte oriental del pueblo, este río era la principal fuente de agua para fines domésticos, nunca sirvió para tomar. Debido a que Los Pinos no tenía agua corriente, la potable para tomar tuvo que ser transportada desde el río de agua clara más cercano, a 5 km al este. Los Pinos tenían electricidad desde 1977.

Su clima fresco y seco lo convirtió en una comunidad saludable para los estándares nacionales. La malaria y la esquistosomiasis, graves problemas de salud en las regiones occidental y oriental, estaban prácticamente ausentes en la Sierra. Entre los niños, las enfermedades más comunes fueron la diarrea y la parasitosis. El estado nutricional variaba según el nivel económico del hogar, pero, en general, la desnutrición severa fue poco común. Una encuesta que involucró a 446 niños menores de cinco años realizada en varias poblaciones de la Sierra en 1980 encontró que la «incidencia de desnutrición moderada y severa era menor de lo esperado» (Smith, 1981:11); solo el 12.3 % de los niños serranos encuestados padecían de desnutrición de moderada a grave, en comparación con el 21 % al 31 % a nivel nacional (p. 1).

Los límites precisos de la comunidad de Los Pinos fueron difíciles de trazar, y las nociones de dónde terminaba y dónde comenzaban las poblaciones vecinas variaban de persona a persona y dependían de las circunstancias. Sin embargo, todos los pineros reconocieron dos áreas principales, con varias subdivisiones.

Una de las áreas era el pueblo en sí, un asentamiento a ambos lados de la carretera que lo conectaba con La Sede y Santiago. Casas, tiendas y bares pintados de colores brillantes abarrotaban la carretera principal y sus dos espolones, uno que conducía al bosque de pinos conocido como La Loma, al norte; el otro penetraba en los vastos bosques de madera dura al sur. En el extremo este, y a la entrada, la valla de gallos, el espacio del entretenimiento dominical que atraía a multitudes de hombres de toda la sección; la clínica rural de hormigón de seis camas, terminada por el gobierno de Antonio Guzmán en 1980; el moderno y aireado club social, a cuya construcción contribuyeron sustancialmente los migrantes; y la gran iglesia de hormigón, también levantada con la ayuda de estos. Situado en el extremo oeste estaba el complejo escolar primario y secundario, terminado en 1974. Dado que la mayoría de los poblados ofrecían solo de tres a cinco grados, la escuela de Los Pinos atrajo a muchos niños de toda la sección.

Las edificaciones, excepto dos nuevas casas de migrantes, eran de un solo piso. Sus tamaños y los materiales de construcción variaban según la riqueza y la ocupación de sus dueños. Los comerciantes más prósperos y algunos maestros de escuela tenían grandes casas de concreto con pisos de mosaico y techos planos de concreto o inclinados de zinc corrugado. El resto de las casas eran de tablas de pino, con pisos de madera, cemento o tierra, y techos de láminas de zinc o guano de palma. Las hechas de tablas de pino mostraban diversos grados de acabado que también respondían a los niveles de riqueza. La capa externa podía ser áspera, construida con troncos (costanera), o fabricada de tablones bien colocados, a menudo pintados de azul, rosa, amarillo o verde. Las familias de los migrantes vivían en casas de todo tipo, pero aquellos que habían permanecido en los Estados Unidos durante muchos años habían construido casas grandes y modernas, con una variedad de comodidades.

La otra parte de Los Pinos, informalmente conocida como Los Pinos Abajo, se encontraba al sur del centro del pueblo. Caracterizado por un patrón de asentamiento disperso, abarcaba la mayor parte de las tierras agrícolas de la comunidad. Sin embargo, los campos cultivados eran pocos. De hecho, vistas desde la distancia, las colinas de Los Pinos Abajo parecían vastos céspedes muy cuidados, una impresión creada por el pastoreo intensivo del ganado. Solo alguna que otra parcela cultivada daba la apariencia de un parche áspero adherido a la superficie lisa del paisaje. Los hogares

agrícolas residían en sus tierras. Sus casas estaban situadas a lo largo de las líneas de cresta de las estribaciones y se conectaban entre sí a través de un laberinto de caminos que eran atravesados por personas, burros, mulas y motocicletas. Como la tierra era un bien que se dividía por igual entre todos los herederos, los vecinos eran hermanos y descendientes de hermanos. Tales grupos de parentesco, agrupados geográficamente, participaban de manera cotidiana de una diversidad de intercambios: comida, trabajo, cuidado de niños, textos escolares, información y chismes, entre muchos otros.

Aunque una proporción considerable de la población de Los Pinos todavía practicaba la agricultura, pocos eran agricultores a tiempo completo. Hubo varios factores que limitaron los cultivos. La calidad del suelo fue quizás uno de los más significativos. Al igual que la región de la Sierra, Los Pinos se caracterizaba por suelos pedregosos de baja fertilidad, cuyo uso recomendado, según el sistema de clasificación del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, era distinto de la agricultura (Antonini, Ewel y Tupper, 1975:17). Asentados sobre material parental metavolcánico, los suelos tenían poca profundidad, friables, arenosos, de mala calidad. Las fuertes lluvias estacionales que corrían por las empinadas laderas, en gran parte deforestadas, habían provocado una severa erosión. La frágil estructura de este suelo delgado, que perdió su integridad a causa de la reiterada roturación, exacerbó el grave problema de erosión.

Un segundo factor limitante fue el agua y, por tanto, la falta de riego. La agricultura en Los Pinos dependía completamente de la lluvia. Los conucos —parcelas de cultivos de ciclo corto— se limpiaban de maleza, se araban y se plantaban para coincidir con las lluvias. Las precipitaciones siguieron un patrón bimodal, dividiendo el calendario anual en dos estaciones, invierno y verano. Como el rango de temperatura era alrededor de 30 oC y no sufría fluctuaciones dramáticas, las estaciones se distinguían solo por la cantidad de lluvia caída. Aunque el verano era la temporada de lluvias, las fuertes precipitaciones generalmente ocurrían solo en mayo. Durante el invierno, que se extendía desde finales de noviembre hasta abril, las precipitaciones eran escasas. Los cultivos se sembraban en mayo y otra vez en octubre y en noviembre, cuando una llovizna fresca, constante, conocida como «el norte», caía casi continuamente. Aun cuando las precipitaciones seguían un patrón bimodal a largo plazo, podían experimentar grandes variaciones de un año

a otro. La lluvia no siempre caía durante los meses críticos de siembra de mayo y octubre, mientras y las sequías podían ser frecuentes.

Una docena de cultivos eran los que usualmente se plantaban en Los Pinos. Los principales, con fines comerciales, incluían cacahuetses, frijoles, tabaco y caupí. Las batatas y la mandioca dulce se dirigían sobre todo a la subsistencia y el maíz se cosechaba para el consumo humano y animal. Los cultivos arbóreos para uso doméstico consistían en plátano, naranjas, limones y café. De estos, el café era, con mucho, el más importante, y la plantación en el patio casero suministraba todas o parte de las necesidades anuales de los hogares.

Debido a la baja altitud¹ de Los Pinos, el café no era un cultivo comercial, aunque ocasionalmente se podía vender una bolsa de cien libras a un comerciante local. Los cultivos comerciales de ciclo corto, como el maní, se intercalaban con cultivos de temporada de crecimiento más lento, como la mandioca dulce y el plátano. Los conucos estaban típicamente alineados con arbustos de caupí. Este inventario ofrece una muestra muy reducida de los cultivos en el pasado. Las variedades de guisantes, cebollas, tomates, ajo, sésamo y verduras, anteriormente comunes, desaparecieron por completo.

El riesgo constituía una característica generalizada de la agricultura pinera; sin embargo, los rendimientos eran bajos incluso en los años buenos. La productividad agrícola en la Sierra en su conjunto fue 21.4 % más baja que el promedio nacional (Secretaría de Agricultura, 1978). Cuando Los Pinos se comparó con las regiones más fértiles del país, como el corazón del Cibao, su baja productividad se apreció aún más pronunciada. Agrónomos con experiencia me dijeron que los rendimientos promedio para cultivos seleccionados fueron dos o tres veces mayores en el Valle del Cibao que en Los Pinos.

La tecnología de producción se mantuvo prácticamente sin cambios desde los primeros días de la comunidad. El capital de préstamo para la agricultura y las mejoras tecnológicas era escaso. Hasta que se estableció un proyecto de desarrollo regional cercano, los servicios de extensión eran casi inexistentes. Con todos los bosques vírgenes e incluso secundarios destruidos durante mucho tiempo, los campos se convirtieron en

¹ Las zonas cafetaleras comercialmente importantes se ubican en altitudes de 800 metros o más (SEA, 1978).

barbechos por períodos cada vez más cortos. Las nuevas parcelas se limpiaban de matorrales y arbustos usando hachas, machetes y fuego. Los campos eran arados por uno de los tres aradores profesionales (*bueyeros*), que poseían arados de acero y equipos de bueyes. La agricultura se mantuvo no mecanizada. Los fertilizantes químicos se utilizaron en solo el 2 % de los hogares. Los métodos orgánicos estaban ausentes. La fertilidad de los campos se mantenía solo a través del barbecho, un método que se había vuelto cada vez más inadecuado en los últimos años. Los conucos despejados en las laderas de las colinas se cultivaban durante un año y se dejaban en barbecho de cinco a ocho años. Las llanuras se cultivaban durante uno o dos años y podían dejarse en barbecho, dedicadas a pastos, en periodos de dos a cinco años antes de ser aradas una vez más. En la práctica, sin embargo, se habían generalizado barbechos de hierba de seis meses a un año. Después de algunas temporadas de uso tan intensivo, las parcelas con exceso de explotación tuvieron que ser abandonadas con la esperanza de que recuperaran la fertilidad suficiente para ser cultivadas una vez más.

La producción ganadera evadió algunas de las limitaciones más severas que padeció la agricultura en Los Pinos. Los cerdos, las cabras y los pollos constituían valiosas fuentes suplementarias de alimentos y de dinero en efectivo, y casi todos los hogares criaban algunos de estos animales.² Las técnicas de cría de ganado eran más avanzadas que las utilizadas en la agricultura. Se habían introducido razas mejoradas con alto rendimiento de carne, como el cebú, que se cruzaron con la raza local, «criolla». Las gramíneas africanas de alto rendimiento como la yerba guinea (*Panicum maximum*), la pangola (*Digitaria decumbens*) y la yaragua (*Hyparrhenia rufa*) habían sido adoptadas como las preferidas. Para mantener el ganado durante el invierno, cuando los pastos crecían muy lentamente, aquellos que podían permitirselo le daban también suplementos alimenticios, como melaza, pulidos de arroz y salvado de trigo. Entre los grandes terratenientes, se fue imponiendo la práctica de comprar terneros y engordarlos para revenderlos, hasta convertirse en el objetivo principal de la cría de ganado para este grupo.

² Justo antes de llegar a Los Pinos, el Ministerio de Agricultura había librado una batalla contra la fiebre porcina africana. Todos los cerdos en Los Pinos, como en otros lugares, ya habían sido sacrificados cuando llegué.

A pesar de la introducción de algunas técnicas sofisticadas, la producción de carne y leche en Los Pinos y en toda la Sierra se mantuvo baja, situación de la que varios factores fueron responsables. El principal de ellos, la ganadería extensiva en la Sierra. Cada cabeza requería entre 30 y 50 tareas de pastizales.³ En contraste, en el Valle del Cibao, al ganado solo se destinaban unas quince tareas por cabeza (SEA, s/f :101).

Las tres principales fuentes de mano de obra agrícola en Los Pinos eran el trabajo doméstico, el trabajo asalariado y el intercambio de trabajo entre hogares. En el pasado, los intercambios laborales de diversos tipos, llamados juntas, eran un medio importante para obtener acceso a mano de obra adicional sin costo. Las juntas todavía se conformaban, pero en una escala mucho menor y con menos frecuencia. En 1981, el trabajo de los miembros del hogar se complementaba con la contratación eventual de hombres por día y de mujeres para la cosecha. En esta división por género, bastante estricta, característica de la agricultura en Los Pinos y en toda el país (Mones *et al.*, 1987), la limpieza, el arado, la siembra y el deshierbe, que involucraban herramientas y máquinas, eran labores para hombres. Las mujeres, asistidas por sus hijos, cosechaban y plantaban con sus manos cultivos comerciales, como cacahuets y frijoles. También preparaban la comida y la llevaban a los hombres en los campos.

Otras formas de obtener acceso a mano de obra extradoméstica para el cultivo de la tierra incluían la aparcería y el préstamo de terrenos, en este último caso con la condición de que se devolviera sembrado con alguno de los superpastos africanos («prestado para pasto»). En ambas modalidades, el arrendatario asumía la responsabilidad de limpiar la tierra. La primera de ellas, a cambio de una parte de la cosecha —casi siempre la mitad—, y la segunda, para mejorar la productividad y el valor de la tierra con la siembra de pasto.

En años más recientes, la agricultura y la ganadería habían quedado eclipsadas en importancia por una serie de otras actividades económicas. De hecho, Los Pinos tenía una estructura ocupacional bastante variada para un pueblo de su tamaño. Favorablemente situado en la unión de tres zonas ecológicas distintas, era un animado *entrepôt* comercial, un centro local para la compra y venta de los productos agrícolas y ganaderos de su

³ La tarea es una medida de tierra en la República Dominicana. Una hectárea equivale a 15,9 tareas.

sección, la extracción de polvo de oro de sus arroyos, la recolección de madera y de hojas de palma en sus bosques (utilizadas para la paja) y la promoción de las manufacturas producidas por mujeres.

A lo largo de los años, los comerciantes más prósperos habían conformado la élite de la comunidad. Con la desaparición de la economía agraria y la escasez de oportunidades de trabajo asalariado, el pequeño comercio y las actividades de servicios se convirtieron en estrategias económicas para muchos segmentos de la sociedad pinera. Los Pinos también se jactaba de una «clase media» dedicada a una variedad de labores en el sector público: maestros, enfermeras, médicos, empleados postales y numerosos puestos auxiliares. La concesión de estos empleos, muy deseados por sus cheques de pago mensuales, estaba influida condicionada en gran medida por las lealtades políticas y el clientelismo.

Mientras que la autoridad de la comunidad estaba en manos de su alcalde mayor, el patrocinio era dispensado en gran medida por jefes políticos situados fuera de la comunidad. Sin embargo, estos jefes mantenían estrechos vínculos personales con clientes locales y una jerarquía de pequeños agentes políticos, los cuales podían otorgar pequeños favores a los habitantes mediando con los jefes políticos.

La mayoría de los pineros tenía una lealtad reconocida al partido socialdemócrata, el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), que estaba en el poder mientras yo me encontraba en el campo, o al más conservador Partido Reformista (PR). Más allá de esta apuesta por el clientelismo, limitada en comparación con la demanda, la afiliación partidista y la identificación como «rojo» o «blanco» —los colores respectivos del PR y el PRD— se basaba en fuertes lazos simbólicos de lealtad. La política en la República Dominicana tenía así una gran semejanza con muchos sistemas clientelistas del Tercer Mundo que, como Stone (1980) ha argumentado, surgen de una estructura de clases débil y atrasada, cuyas características distintivas están condicionadas por «el subdesarrollo y el imperialismo dentro del capitalismo mundial» (p. 94).

El sectarismo político fue más evidente e intenso durante las campañas presidenciales, cuando la distribución del botín pendía de un hilo, pero en la vida cotidiana las lealtades políticas estaban atravesadas por lazos sociales múltiples. La mayoría de los habitantes del pueblo, tanto si vivían en el centro como en Los Pinos Abajo, estaban vinculados entre sí

por parentescos, reales y ficticios, así como por amistad y vecindad. Solo cuatro apellidos, los de los primeros asentamientos, estaban presentes en los nombres de las tres cuartas partes de los habitantes, y estos atestiguan un alto nivel de endogamia. A la hora de la cena, los niños y jóvenes (especialmente los varones adolescentes) podían encontrarse en la mesa de cualquiera de los diversos parientes dispersos por todo el pueblo.

Los hogares eran las unidades elementales de cooperación social y económica. La migración tuvo un fuerte efecto en su organización y fue responsable de la gran diversidad en su composición. El ideal cultural era la familia nuclear estable, pero solo una minoría de hogares estaba compuesta por ambos cónyuges y sus hijos. Las familias eran patriarcales, con esposos y padres como principales decisores y sostenes. Aquí también la práctica se apartaba del ideal: casi un tercio de los hogares estaban encabezados por mujeres. Por necesidad, las mujeres responsables del mantenimiento de sus hogares no podían ajustarse a las expectativas culturales que restringían a otras mujeres a las actividades domésticas y al hogar. Algunos de los hombres mayores con algún medio económico mantenían dos o más hogares al mismo tiempo. Esta práctica parecía haber sido común en el pasado, cuando la abundancia de la tierra le facilitaba a un hombre mantener a más de una familia.

Por encima del nivel del hogar, estaba el parentesco personal, centrado en el ego y de naturaleza bilateral; es decir, esa familia básica la componían personas cuyas filiaciones se transmitían a un individuo específico, tanto por parte de la madre como del padre. Esos parientes de carácter personal también incluían relacionados ficticios o rituales (padrinos, ahijados) y afines. Los vínculos con estos últimos a menudo se mantenían incluso después de la separación de los cónyuges. Como Whitten (1965) ha señalado para Ecuador, estos parientes personales «solo son visibles cuando funcionan» (p. 140). En Los Pinos, sus contornos y su composición se hicieron evidentes en el proceso de organizar una migración, movilizar actividades económicas, realizar ceremonias rituales y en otras ocasiones.

Los parientes personales de los pineros no se limitaban a la comunidad, sino que se extendían más allá de las fronteras locales y, a menudo, trascendían las fronteras nacionales. Una estrategia empleada por algunas familias era enviar «emisarios» a las ciudades del país o a los Estados Unidos para asegurar contactos con diversos sectores de la economía na-

cional y mundial. Esto dio lugar a lo que se ha llamado el «vástago parentesco»: una forma de organización social que funciona corporativamente para unir y consolidar los intereses de los familiares en la búsqueda de la supervivencia o de la movilidad socioeconómica (Walker, 1972:103; véase también Arizpe, 1982:21; Garrison y Weiss, 1979; Whitten, 1965:139).

Los parientes personales, a su vez, formaban parte de redes más amplias, basadas en la amistad, la vecindad y el patrocinio. La amistad puede reforzar y activar los lazos existentes, pero también puede crear nuevos. La fuerza de esos lazos se expresó en términos del grado de confiabilidad, «una categoría nativa latinoamericana que denota la disposición mutua para participar en el intercambio recíproco» (Lomnitz, 1977:4). Las amistades basadas en la confianza tendían a unir personas con igual posición social, el mismo sexo y similar rango de edad, y se caracterizaban por un intercambio continuo de favores, información, bienes y servicios. La propiedad física fomentaba tales intercambios, que se reforzaban culturalmente con ideales de comportamiento vecinal. Las relaciones patrón-cliente también se comportaban de manera similar, pero los actores aquí estaban separados por su situación social y tales intercambios eran desiguales.

La vida en Los Pinos transcurría en la cotidianidad, rota solo durante la fiesta patronal en abril, en Navidad y en algunos otros días festivos. Temprano en la mañana, poco después del amanecer, los agricultores se dirigían a sus campos caminando o montando sus mulas. Las guaguas, que diariamente hacían el viaje de cuatro horas a la ciudad capital de Santo Domingo, iban de casa en casa para recoger a los pasajeros. Los pineros se organizaban en cola frente a la carnicería para comprar el suministro limitado de carne del lunes. Otros compraban arroz, frijoles, aceite de cocina y alimentos básicos en una de las dieciséis pulperías o tiendas de comestibles del pueblo. La gente de los otros pueblos de la sección llegaba a pie, en mula o a caballo, para comprar y recoger su correo. Más tarde en la mañana, otras personas comenzaban a surcar la ruta entre Los Pinos y La Sede y Santiago. Cada día, varios pineros y otros habitantes de las comunidades aledañas viajaban a La Sede, la cabecera municipal, para obtener copias de sus certificados de nacimiento o matrimonio y corregir los errores en ellos, o a Santiago para legalizarlos en el juzgado. Legalizar documentos y confirmar que estaban correctos podría tomar varios viajes, pero eran los primeros pasos en el proceso de solicitud de visa de residente de los

Estados Unidos y tenían que ser realizados por todos los que intentaban ingresar legalmente en ese país. Este tráfico era uno de los pilares de los conductores del transporte público local.

Al mediodía, el pueblo estaba tranquilo y desierto, mientras los pineros efectuaban su comida del mediodía y la más grande, de arroz, frijoles y, para algunos, carne. Otros tomaban una siesta después de almuerzo. Alrededor de las tres o cuatro de la tarde, la actividad se iba acelerando una vez más. Muchas personas regresaban al centro del pueblo para hacer las compras de la cena, más simple: chocolate o café, huevos, pan y plátanos o mandioca. Los que habían ido al pueblo en la mañana comenzaban a retornar, cargados de compras en las grandes tiendas de la capital y Santiago. Los agricultores salían de sus campos y se dirigían al río Los Pinos para bañarse. Después de la cena, muchas familias veían telenovelas mexicanas o argentinas en la única estación de televisión del pueblo. Muchos sin televisores veían estas series en las casas de los vecinos que los tenían. Los jóvenes paseaban por la calle y se congregaban en la intersección principal, donde contaban chistes con el vigilante nocturno del pueblo hasta la medianoche. Otros hombres, incluyendo migrantes de vacaciones en el pueblo, se reunían en uno de los tres bares, donde beber y socializar podía continuar hasta las tres o cuatro de la mañana, acompañados por la música a todo volumen de las máquinas de discos.

MÉTODOS

El trabajo de campo de carácter antropológico, en una población enredada en una malla de actividades que implicaba a hogares y parientes, tenía que abordarse con paciencia. Era natural que alguien que hiciera preguntas específicas y personales sobre la migración a los Estados Unidos fuera visto con sospecha. Además, la migración internacional no era la única actividad importante para el sustento de los pineros, que a veces los empujaba más allá de la ley. Dadas estas circunstancias, la franca amabilidad que a menudo encontré nunca dejó de sorprenderme. Además de la notable paciencia de los pobladores, varios factores me ayudaron a emprender un estudio de esta naturaleza. Ofrecer un servicio solicitado por los propios pineros, como el curso de inglés impartido por las tardes,

fue algo ciertamente crucial. Al curso asistieron adultos y jóvenes, y se extendió a la socialización informal, las sesiones de tutoría y similares. Dado que la mayoría consideraba el conocimiento del inglés como una forma de ayuda para hacer frente a su vida futura en Nueva York, o como un medio para un trabajo más deseable en el país, el curso fue asumido como una valiosa contribución a la comunidad. También resultó importante, creo, el hecho de que consagré tiempo a desentrañar los múltiples vericuetos de las historias de migración, más tiempo, de hecho, de lo que originalmente había previsto. A medida que en el transcurso del trabajo de campo establecía amistades, me llamaban para ayudarlos con el papeleo de las solicitudes de visa. Acompañé a algunos al consulado de los Estados Unidos en Santo Domingo, escribí cartas de apoyo para otros que había llegado a conocer bien y traté de interpretar la correspondencia consular cuando los significados no estaban claros. Tales actividades me permitieron demostrar mi legítimo interés hacia los proyectos migratorios de las personas y, de no menor relevancia, corresponder en cierta medida a la buena voluntad que tan a menudo se me mostró. Fui muy afortunada de que nadie fuera deportado de los Estados Unidos mientras estaba en el campo (tampoco durante varios años después de completar el estudio). En cierto punto de mi estancia aprendí que gracias a eso mis allegados lo tomaron como evidencia de que yo no era espía del Servicio de Inmigración y Naturalización.

Utilicé una variedad de métodos durante el trabajo de campo. La observación y la participación en las actividades comunitarias fueron continuas. Se realizaron entrevistas no estructuradas a pineros en sus hogares, en los campos, en supermercados, en tiendas y bares. Pasé muchas horas hablando en las cocinas con las mujeres, mientras bombardeaba, tostaba y bebía café. Apliqué entrevistas a migrantes que regresaron de vacaciones a Los Pinos, y a migrantes internos y retornados permanentes que vivían en Santo Domingo y Santiago. También a personas clave en esas dos ciudades que intervinieron en la vida de los pineros (funcionarios consulares de los Estados Unidos, banqueros, industriales, administradores y otros). Las historias orales se obtuvieron de pineros mayores, tanto a título individual, como en sesiones grupales en las que tres o cuatro personas se reunían para discusiones libres sobre los temas específicos que presenté. Consulté materiales publicados e inéditos escritos sobre la República Dominicana,

incluidos documentos de archivo. La información recopilada durante las visitas a otras comunidades migrantes y el mes que permanecí en la Sierra Oriental, me ayudaron a ubicar a Los Pinos en el contexto de la región.

Para complementar los datos cualitativos extraídos de la observación y las entrevistas, consumí tanto Los Pinos como El Guano. El censo que realicé con la ayuda de asistentes después de un año de residir en el campo fue diseñado para generar información cuantitativa sobre la diferenciación entre los hogares en términos de su composición, experiencia migratoria, acceso a recursos estratégicos, ingresos y otras variables. La información sobre los ingresos se complementó con la recopilación de presupuestos detallados de seis hogares en el transcurso de un año, así como con entrevistas sobre este tema en otros hogares.

Sin embargo, un censo no podía incluir a los hogares que habían emigrado de la comunidad en su totalidad. Tampoco se puede confiar en que proporcione información precisa sobre asuntos tan delicados como la condición jurídica de los migrantes. Para obtener una comprensión cabal de las características demográficas, sociales y económicas de los migrantes, tanto documentados como indocumentados, compilé una lista de todos los pineros que alguna vez habían emigrado a los Estados Unidos. Mediante entrevistas con familiares, amigos y vecinos, se precisaron algunas características clave de los migrantes. La elaboración y verificación cruzada de la lista se llevó a cabo durante la mayor parte del trabajo sobre el terreno. Los migrantes internacionales fueron identificados a través de genealogías familiares y la observación de fotografías aéreas para localizar hogares «desaparecidos». Esas fotografías de Los Pinos habían sido tomadas en 1958, justo antes de que comenzara la migración a gran escala a los Estados Unidos, y nuevamente en 1967 y 1980, solo dos meses antes de que yo viniera a vivir a la comunidad.

Una vez ampliadas, me proporcionaron una imagen detallada de la comunidad en varios momentos. A la vez, despertaron gran interés en muchos pineros, lo cual derivó en discusiones fructíferas que facilitaron el análisis de los cambios en la tenencia y el uso de la tierra. Me permitieron reconstruir, además, los límites de las propiedades de principios del siglo XX y entender el sentido de las relaciones espaciales y la agrupación geográfica de las familias en el pueblo a través del tiempo.

ORGANIZACIÓN DEL LIBRO

Además de esta introducción, que describe los principales temas abordados e introduce a la comunidad y los métodos utilizados para estudiarla, el libro consta de siete capítulos. El capítulo 1 analiza los contornos generales de la migración dominicana a nivel nacional y la sitúa en el contexto del desarrollo del país durante el siglo XX. En el capítulo 2 trazo la historia de Los Pinos, desde su fundación a mediados del siglo XIX hasta el inicio de la migración intensiva hacia Estados Unidos en 1961. La discusión acerca de su evolución social y económica proporciona los antecedentes para un examen de los factores que promovieron la primera ola de migración. El capítulo 3 describe el comportamiento del proceso migratorio en las últimas dos décadas del siglo XX y proporciona una descripción cuantitativa de las principales características sociales, demográficas y económicas de los pineros migrantes documentados e indocumentados a los Estados Unidos. También introduce al lector en la comunidad no migrante de El Guano y explora la cuestión de por qué algunos poblados se convirtieron en comunidades migrantes internacionales y otros no. Los capítulos 4 y 5 examinan el impacto de la migración en la economía local y el desarrollo económico. El capítulo 4 analiza la economía de Los Pinos y explora las consecuencias de la migración internacional para la creación de empleos y la distribución del ingreso. Se aborda el impacto diferente entre mujeres y hombres de los cambios relacionados con la migración en la estructura de las oportunidades económicas locales. El sistema agrícola de Los Pinos, los efectos de la migración en la producción agrícola, la tenencia de la tierra y su uso y distribución, se discuten en el capítulo 5. Los Pinos se compara con El Guano en un intento de controlar variables significativas y así asegurar una mayor fiabilidad en la evaluación de qué efectos son estrictamente atribuibles al proceso migratorio. El capítulo 6 se centra en los cambios sociales, estructurales y culturales que han resultado de la migración. Se consideran sus consecuencias para la familia y la cuestión de la movilidad social de los hogares de los migrantes y de los migrantes de retorno. En el capítulo 7, la investigación se resume y se colocan en contexto las consecuencias de la migración hacia Estados Unidos para la República Dominicana en su conjunto y los patrones que prevalecen en otras regiones de origen.

CAPÍTULO 1

PATRONES DE DESARROLLO PERIFÉRICO Y MIGRACIÓN LABORAL

Las causas de la migración laboral internacional contemporánea desde la República Dominicana se remontan al comienzo de la incorporación del país a la economía mundial a fines del siglo XIX, y más específicamente a su creciente dependencia de los Estados Unidos. En la primera sección de este capítulo se describe la evolución de la sociedad y la economía durante el siglo XX, con el fin de situar la migración hacia los Estados Unidos en su contexto histórico, político y económico. En la segunda sección, se examinan sus patrones de comportamiento. La sección final proporciona un perfil de lo que se conoce acerca de las características socioeconómicas y laborales de los dominicanos migrantes hacia los Estados Unidos.

PATRONES DE DESARROLLO DOMINICANO: UNA VISIÓN GENERAL

Durante gran parte del siglo XIX, la República Dominicana era un país escasamente poblado, con relativamente poco movimiento dentro o fuera de la isla. El estancamiento demográfico reflejó el declive económico y social de un período colonial más próspero, dejado atrás hacía tiempo. En 1871, la gran mayoría de la población, estimada era de 150,000 a 200,000, y vivía en el campo. La ausencia de un mercado laboral interno, junto a la

abundancia de tierras, fomentaron una autosuficiencia cercana a la autarquía (Hoetink, 1982: 5-6). Al parecer, las diferencias sociales y económicas entre las personas eran mínimas. El número de grandes terratenientes era pequeño, y la gran parte del territorio nacional permanecía sin cultivar. El historiador H. Hoetink (1982:6) ha sugerido que durante este período de declive, la vida dominicana se caracterizó por una «democratización», derivada de la nivelación general de la sociedad.

Este estancamiento y aislamiento terminaron abruptamente durante el último cuarto del siglo XIX, cuando la sociedad dominicana entró en una etapa de rápida transformación social y económica. El crecimiento económico fue liderado por la inversión extranjera en la producción de azúcar a gran escala para el mercado mundial. Los plantadores de azúcar cubanos, huyendo de las interrupciones causadas por la primera guerra de independencia de Cuba (1868-1878), proporcionaron el catalizador inicial para dicho crecimiento. Trayendo consigo habilidades y capital que faltaban localmente, estos plantadores emigraron a la cercana isla de Santo Domingo en busca de nuevas oportunidades de inversión. Los inversionistas norteamericanos, europeos y puertorriqueños siguieron este ejemplo. En el sur y el este, establecieron empresas típicamente capitalistas que, en su momento, produjeron para el mercado mundial (Cassá, 1980:160). Los campesinos desplazados por estas nuevas empresas suministraban parte de la mano de obra necesaria, mientras se les unían en los cañaverales inmigrantes de las islas británicas y de Haití. Los altos precios mundiales del azúcar y las ganancias resultantes propiciaron el surgimiento de una nueva élite local, compuesta en parte por dominicanos y en parte por plantadores y comerciantes inmigrantes. Esta élite reinvertió sus crecientes ganancias en la siembra de otros cultivos de exportación, como el café y el cacao, al igual que en la ganadería. Como consecuencia, la demanda de tierras aumentó considerablemente, lo que llevó a un aumento sustancial de su valor (Gleijeses, 1978:11; Hoetink, 1982:10). A menudo, en las regiones productoras de azúcar del sur y el este sobre todo, los extranjeros adquirían grandes extensiones de tierra para el cultivo de azúcar a través de títulos falsos y acciones de coerción. Esta práctica trajo como consecuencia la paulatina proletarización de la fuerza de trabajo, dependiente del cultivo de azúcar, y a la vez causó un intenso de resentimiento local (Hoetink, 1982:11).

El proceso de consolidación de la propiedad de la tierra se aceleró aún más con la ocupación militar estadounidense en 1916. Las deudas contraídas por una serie de presidentes dominicanos casi habían llevado al país a la bancarrota a finales del siglo XIX. Para asegurar el reembolso y evitar la futura reacción de los acreedores europeos, el presidente Theodore Roosevelt indujo al gobierno dominicano en 1905 a firmar un decreto que colocaba sus aduanas y sus ingresos bajo el control de los Estados Unidos (Moya Pons, 1980:444). La inestabilidad política en los años siguientes, junto a un creciente deseo de afirmar la hegemonía estadounidense en el Caribe, dieron lugar a una intervención militar a gran escala en 1916 (Calder, 1984: 5). La ocupación del país, que duró hasta 1924, fue en efecto la culminación de años de injerencia en sus asuntos internos. A la vez, constituyó otro paso hacia la expansión de la influencia los Estados Unidos en la cuenca del Caribe y, de hecho, en el Pacífico y el Lejano Oriente, con posterioridad a la guerra hispanoamericana de 1898 (p. xii).

Uno de los cambios más significativos promulgados por el gobierno de ocupación fue la Ley de Registro de Tierras de 1920. Esta ley facilitó y reforzó la expansión de las plantaciones de azúcar de propiedad estadounidense (Calder, 1948: 240; del Castillo y Cordero, 1980:57). Cuando la intensa oposición local y una guerra de guerrillas contra la presencia extranjera finalmente lograron poner fin a la ocupación en 1924, las compañías azucareras controlaban casi una cuarta parte de las tierras agrícolas, el 80 % de las cuales eran propiedad de intereses norteamericanos (Gleijeses, 1978:18). Al mismo tiempo, se le aplicaron restricciones a la inversión extranjera. El capital europeo, en particular el alemán, había resultado ser de considerable importancia para la economía de la república. Sin embargo, las restricciones impuestas por el gobierno de ocupación y otras medidas aplicadas como consecuencia de la Primera Guerra Mundial disminuyeron significativamente la influencia del capital financiero europeo (Calder, 1984:240; del Castillo y Cordero, 1980:52). En su lugar, la dependencia del capital norteamericano aumentó.

Otra creación del gobierno de ocupación, la Ley Arancelaria de 1920, favoreció a los exportadores estadounidenses. Esta ley les permitió convertirse en la principal fuente de importaciones industriales y de alimentos para el país, en detrimento de los productores locales. El historiador dominicano Frank Moya Pons (1980:492) señala que las incipientes industrias

locales del período anterior habían sido frustradas durante la ocupación, y calcula que la industrialización se retrasó unos veinte años como consecuencia. De esta forma, la ocupación estableció las condiciones para el dominio de los productos manufacturados estadounidenses, un dominio que aumentaría en los años siguientes.

Los ocho años de presencia de Estados Unidos condujeron a algunos cambios culturales, sociales y políticos de gran importancia. El gobierno de ocupación emprendió ambiciosos proyectos de obras públicas que vincularon regiones remotas del campo por primera vez. Se construyeron escuelas, carreteras, puentes y hospitales. La unificación del país a través de estas mejoras infraestructurales tuvo el efecto de neutralizar el poder de los *caudillos*, es decir, los líderes políticos locales, y de allanar el camino para la centralización política (pp. 481). En el intento de pacificar la oposición popular a los Estados Unidos se creó la guardia nacional. La presencia de esta fuerza militar proporcionó los medios para asegurar que, después de la retirada de los *marines*, el liderazgo permanecería en manos de aquellos en sintonía con los intereses estadounidenses (Black, 1986: 25; Calder, 1984).

En 1930, ascendido en las filas de la guardia nacional, Rafael Leonidas Trujillo logró instalarse en la presidencia auxiliándose de la intriga y de la intimidación. Durante los siguientes treinta años, Trujillo aplicó políticas que resultaron en un rápido crecimiento económico y un enorme cambio social, que tocaba todos los aspectos de la vida dominicana. Su impulso hacia la industrialización generó un sector manufacturero que, utilizando principalmente materias primas autóctonas, abasteció el mercado interno y redujo las exportaciones. Después de demostrar su rentabilidad, industrias enteras se convirtieron en monopolios trujillistas. Las políticas agrícolas produjeron aumentos en la producción de los cultivos principales, aunque fuese a costa de una concentración de la tierra sin precedentes, principalmente en las propias manos del dictador (Cassá, 1980, 1982; Crassweller, 1966; Gomez, 1979). A través de la intimidación, el fraude y el terror, Trujillo adquirió el control de dos tercios de los activos del país, incluyendo la mitad de las tierras agrícolas (Herman y Brodhead, 1984: 20).

En gran parte, esta transformación se hizo posible gracias a la identificación total de Trujillo con el aparato estatal y a su manipulación. Como ha sido señalado por el historiador dominicano Roberto Cassá, «el Estado dominicano (sobre todo a través de Trujillo, Inc.) fue el agente fundamen-

tal en el proceso de industrialización [...]. El estado despótico permitió la extracción del excedente del sector precapitalista en el proceso de acumulación primitiva que alimentó la industrialización» (1982:281, traducción propia). El expresidente Juan Bosch (1983) calculó que aparte del dictador, «Trujillo. Inc.» (es decir, la burguesía dominicana de ese período) comprendía no más de unos sesenta u ochenta miembros. El apoyo que Trujillo recibió de los intereses financieros y políticos de Estados Unidos también fue indispensable para la implementación de su proyecto (Díaz Santana y Murphy, 1984:4). Se le atribuye a Franklin D. Roosevelt haber dicho sobre Trujillo: «[...] es un hijo de la gran puta, pero es nuestro hijo de puta» (Eric Williams, citado en *ibid.*, p. 7). Directa o indirectamente, gobernó desde 1930 hasta 1961, un período que vino a ser conocido como el «trujillato».

Durante el trujillato, la emigración se redujo a un goteo. El movimiento fuera de la isla fue restringido por las políticas promulgadas por Trujillo. Una época de cambios económicos rápidos y a menudo abruptos, fue testigo de una movilización masiva y sin precedentes de la fuerza laboral nacional. El país se transformó de una economía esencialmente agraria orientada hacia la subsistencia y la producción de unas pocas mercancías, a una nación industrializada (sino exclusivamente), basada en relaciones de producción capitalistas.

Por razones económicas y geopolíticas, Trujillo estaba preocupado por aumentar la población. El éxito de sus políticas pronatalistas y proinmigración se puede atestiguar en el hecho de que entre 1953 y 1960, la población se duplicó de 1,5 millones a 3 millones de personas (Cassá, 1982:572). Estuvieron motivadas en parte por las duraderas disputas territoriales con Haití. Sin embargo, otro objetivo importante era obtener un control estricto sobre la fuerza laboral nacional. Se formularon políticas que restringían la movilidad dentro y fuera de la isla para así garantizar el suministro de trabajadores calificados a las florecientes industrias de sustitución de importaciones de Santo Domingo, así como a los productores agrícolas, de los que dependía la siembra de cultivos tradicionales de exportación, al igual que alimentos. Es posible que hacia el final de su dictadura, Trujillo tuviese también una motivación política para restringir el movimiento de la población. La década de 1950 fue una época de reforma democrática en América Latina, un hecho que arrojó a la despótica dictadura de Trujillo bajo una luz cada vez más desfavorable. A veces se sugiere que Trujillo con-

tinuó restringiendo la emigración duante dicha década en un intento de ejercer control sobre la información que fluía desde países como Venezuela y Cuba, cuando esos regímenes autoritarios estaban siendo derrocados.

En esa misma década, el notable desarrollo de la industria dominicana, aunque dependiente, había comenzado a sentir los efectos de la recesión mundial. A pesar del impulso de Trujillo hacia la industrialización, las exportaciones agrícolas (sobre todo el azúcar) siguieron siendo fundamentales para la economía. Los precios de exportación cayeron, la deuda nacional creció, la inversión extranjera cesó y la economía se estancó (Díaz Sanatana y Murphy, 1983:7). Las contradicciones internas también perseguían a su régimen. Las políticas de salarios bajos limitaron la demanda efectiva de los bienes fabricados en sus industrias de sustitución de importaciones, una contradicción que persiste hasta el presente. Sin embargo, a pesar de las tasas cada vez más altas de desempleo y subempleo, se mantuvieron las restricciones a la circulación internacional de la población, y la emigración se mantuvo en niveles bajos.

La creciente oposición interna, junto con una nueva desafección de Estados Unidos, llevó al asesinato de Trujillo en 1961. A su muerte, muchas de sus vastas propiedades pasaron a las manos del Estado. El fuerte capitalismo estatal que el dictador dejó como legado preparó el escenario para la siguiente lucha de clases por el control del aparato estatal. La burguesía nacional, atrofiada y débil como consecuencia de las severas restricciones a su expansión (impuestas por Trujillo), luchó entre sí para asegurar el poder (Lozano, 1985:219). Estas luchas entre facciones hundieron al país en un período de agitación política e inestabilidad económica que culminó en la segunda invasión y ocupación estadounidense en abril de 1965 (Justo Duarte, 1979). Con el fin de sofocar una revuelta popular destinada a restituir a Juan Bosch a la presidencia, y también restaurar la Constitución democrática ratificada durante su breve mandato en 1963, la presencia de más de 40,000 marines logró una vez más establecer la hegemonía de los militares y la policía (Herman y Brodhead, 1984: 33).

Las elecciones patrocinadas por los Estados Unidos en 1966 instalaron en la presidencia a Joaquín Balaguer, un exsecretario de la presidencia de Trujillo. El gobierno de Balaguer, de 1966 a 1978, ha sido llamado «trujillismo sin Trujillo», ya que hubo algunas continuidades importantes entre los dos regímenes (Black, 1986: 42). Con el sólido respaldo de las fuerzas mili-

tares, el gobierno de Balaguer reprimió duramente la disidencia política y persiguió a los sindicatos. En 1977, Kryzanek observó que «desde un punto de vista puramente estadístico, la evidencia de la represión en la República Dominicana moderna es impactante» (1979:98). Sin embargo, el gobierno de Balaguer se benefició de niveles muy elevados de asistencia por parte de los Estados Unidos. En 1966, la República Dominicana recibió la mayor cantidad per cápita de ayuda en toda América Latina, superada únicamente en el mundo por Vietnam (Black, 1986:43). *The Wall Street Journal* informó que uno de cada cuatro dominicanos dependía de la ayuda alimentaria de los Estados Unidos (citado en NACLA, 1975:11).

Con el aparato estatal bajo control firme, el régimen de Balaguer implementó políticas de desarrollo económico diseñadas para facilitar la inversión extranjera. Fue en esta área donde rompió con el pasado, al forjar una alianza entre las diversas facciones de la burguesía industrial, comercial y financiera. Balaguer revirtió el proteccionismo de la era de Trujillo (Lozano, 1985:161). Se revisaron las leyes que restringían la propiedad extranjera sobre la tierra. En virtud de la Ley de Incentivos Industriales aprobada en 1968, se les hicieron generosas concesiones y exoneraciones fiscales a los inversionistas (principalmente corporaciones multinacionales controladas por los Estados Unidos) que dieron lugar a la expansión de la manufactura, las industrias extractivas y otros sectores (Gómez, 1979, capítulo 7; NACLA, 1975). Se crearon varias zonas de exportación de libre comercio con salarios muy bajos que quedaban fuera del ámbito de la legislación destinada a proteger la mano de obra. A fines de la década de 1970, unos 19,000 trabajadores ensamblaron vestimentos, equipos electrónicos y otros productos en estas zonas (Boin y Serullé, 1980:22-24). De hecho, la duplicación del número de trabajadores en la industria manufacturera entre 1968 y 1977, de 20,000 a 47,600, fue en gran parte atribuible a la creación de las nuevas zonas francas: alrededor del 37 % de los puestos de trabajo se ubicaron allí (Bray, 1987:158). Al igual que en otros países que han acogido con beneplácito esta ruta hacia la industrialización, la gran mayoría de los trabajadores de las zonas francas eran mujeres.

Balaguer estimuló la economía y proporcionó una importante vía de movilidad social a través del gasto público a gran escala, especialmente en la construcción (Díaz Santana y Murphy, 1983: 21; OIT, 1974). En este sentido, sus políticas sociales recibieron una ayuda en préstamos internaciona-

les masivos: entre 1970 y 1978 la deuda externa se triplicó (Banco Mundial, 1980:183). Gastar generosamente beneficiaba a los miembros de la burguesía aliados con Balaguer, que a su vez intervenían en todas las áreas de la economía (Díaz Santana y Murphy, 1983:21). También emergió una nueva burguesía. La política y el ejército fueron las principales rutas que sacaron de la clase media a este nuevo grupo, compuesto por generales y funcionarios gubernamentales de alto rango que cosecharon los beneficios del clientelismo y la corrupción (Cassá, 1979:10; Díaz Santana and Murphy, 1983:20).

Los altos niveles de gasto del sector público estimularon la considerable expansión de una clase media heterogénea que variaba desde pequeños burócratas gubernamentales y privados, hasta trabajadores bien remunerados en finanzas, comercio y administración (Lozano, 1985:166). Profesionales conectados con el régimen de Balaguer pudieron obtener contratos lucrativos para los proyectos de obras públicas que proliferaron durante este período. La rápida expansión de las universidades, muchas de ellas reestructuradas según los modelos estadounidenses, promovió la graduación de jóvenes profesionales y técnicos que llenaron la creciente demanda laboral calificada, creada por el proceso de modernización (Castro, 1985:137). De hecho, el número de graduados universitarios aumentó casi un 800 % entre 1970 y 1977 (del Castillo, 1982, citado en Bray, 1984:226). La creciente fortuna de la clase media se puede apreciar en el hecho de que, entre 1969 y 1973, la proporción del ingreso nacional que disfrutó creció del 27.6 % en 1969 al 30.3 %. Sin embargo, esto no fue consecuencia de una mejora en la distribución, altamente desigual, del ingreso nacional. Más bien, resultó del «goteo» de ingresos del 20 % más pobre de la población, cuya participación disminuyó del 2.9 % al 1.4 % durante el mismo período (Lozano, 1985:160).

El crecimiento económico fue estimulado en gran medida por los altos precios del azúcar (a pesar de los rápidos cambios experimentados, sigue siendo el principal rubro exportable), el café, el oro y otros productos básicos. Con una fuerte demanda de exportaciones, enormes infusiones de ayuda financiera y altos niveles de inversión extranjera y gasto gubernamental, el «milagro dominicano» de la primera mitad de la presidencia de Joaquín Balaguer ostentó tasas fenomenales de crecimiento del PIB, con un promedio de más del 11 % entre 1969 y 1974 (entre las más altas del mundo). Sin embargo, la naturaleza intensiva del capital de la mayor parte de la inversión extranjera significó un nivel comparativamente bajo de

creación de empleo. De hecho, la tasa global de desempleo se mantuvo casi sin cambios entre 1970 y 1983 (tabla 1.1). En 1970, la República Dominicana poseía una de las tasas más altas de desempleo en América Latina (ONAPLAN, 1980b). El rápido crecimiento contribuyó a una disminución del desempleo total en 1973, cuando los salarios reales en algunos sectores habían mejorado, aparentemente. Sin embargo, en ese mismo año, se estimó que alrededor del 60 % de la fuerza laboral de Santo Domingo se encontraba subempleada (OIT, 1974:3).

En general, esta explosión de crecimiento no se tradujo en una mejora sostenida de los ingresos reales de los trabajadores. La tendencia entre 1968 y 1975 fue de un rápido aumento de la inflación junto a salarios estancados, controlados en gran medida a través de la represión. El resultado de estos factores se puede ver en la figura 1.1, la cual muestra los salarios mínimos nominales y reales en el sector urbano en ese periodo. Después de 1970, los salarios reales experimentaron una disminución, como resultado de la congelación salarial, combinada con la inflación, particularmente en el costo de los alimentos. Desde entonces no han podido volver a los niveles anteriores al *miracle*.

El sesgo urbano de las políticas de desarrollo de Balaguer penalizó al sector rural, donde se encontraba la mitad de la fuerza laboral a principios de la década de 1970. La imposición de controles de precios sobre los productos agrícolas, la dependencia de la burguesía compradora con respecto al crédito y la comercialización, y el apoyo a los términos de intercambio favorables a los importadores urbanos y a los industriales, perjudicaron a los agricultores y exacerbaron las desigualdades de ingresos existentes entre la ciudad y el campo (Lozano, 1985:161). Como consecuencia, entre 1965 y 1978, la proporción del PIB aportada por la agricultura disminuyó del 26 % al 12 % (Vicens, 1982:168). Un poco más de la mitad de las tierras agrícolas se dedicaban a la cría de ganado, la mayor parte de manera extensiva (Dore y Cabral, 1979:19). Las políticas estatales diseñadas según los modelos de la Alianza para el Progreso promovieron la producción de carne de res para la exportación, al proporcionar crédito barato y asistencia técnica (Crouch, 1979:192ff.). En contraste, el cultivo de alimentos básicos, con la excepción del arroz, se vio estancado (Encarnación, 1982:27). La productividad por agricultor también disminuyó. El déficit resultante de la mayoría de los alimentos básicos requirió un aumento de las importaciones y los precios

comenzaron a subir durante la década de 1970 (Dore y Cabral, 1981:18-19). Las importaciones masivas desde los Estados Unidos a través de la Ley Pública 480, el Programa de Alimentos para la Paz, tuvieron un efecto adverso adicional en la producción de muchos alimentos básicos (Crouch, 1979).

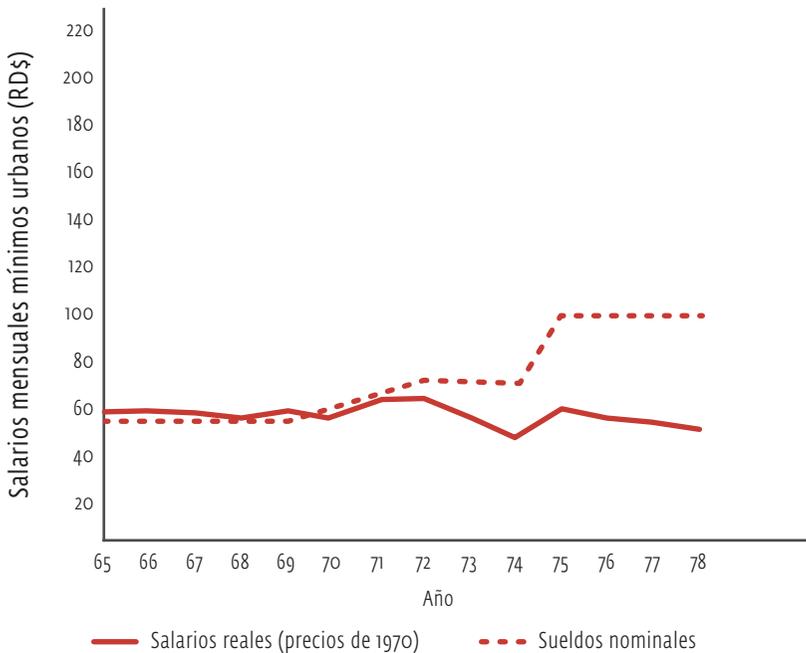
Tabla 1.1
 Tasas de desempleo en la República Dominicana: 1969-1983

Porcentaje de desempleados		
Año	Urbano	Rural
1970	24.0	24.0
1973	20.0 ^a	40.0 (subempleo)
1979	19.3 ^a	-
1981	18.2	22.8
1983	21.7 ^a	-

^a Santo Domingo solamente.

Fuentes: Lozano (1986) para 1970, 1981 y 1983; OIT (1974) para 1973; y Onaplan-One (1981) para 1979.

Figura 1.1
 Salarios mínimos urbanos reales y nominales en la República Dominicana, 1965-1978



Fuente: Adaptado de Wilkie y Perkal (1984:289).

La tendencia hacia la concentración creciente de terrenos, que comenzó en las últimas décadas del siglo XIX, se aceleró durante el trujillato y continuó hasta volverse aún más aguda. Bajo las leyes favorables promulgadas por el régimen de Balaguer, las corporaciones multinacionales de agronegocios pudieron acumular vastas extensiones de tierras agrícolas. Al hacerse cargo de la South of Puerto Rico Sugar Company, después de la invasión estadounidense en 1965, la Gulf and Western Corporation se convirtió en el mayor terrateniente de la república, con casi el 8 % de la tierra cultivable (Black, 1986:66; NACLA, 1975:8). En 1971 el 14 % de los terratenientes poseía el 79 % de las tierras (Boin y Serullé, 1980:8). Por el contrario, poco más del 70 % de los terratenientes ocupaba el 12 % de las tierras cultivables, un promedio de 29 tareas (1,8 hectáreas) por cada uno de ellos (Dore y Cabral, 1979:20). La fragmentación de la propiedad también se vio exacerbada por una de las tasas de crecimiento demográfico más elevadas del mundo, con un promedio aproximado de 3 % anual. Entre los pequeños agricultores, la semiproletarización se convirtió en una estrategia esencial para la supervivencia. De hecho, varios eran en realidad «trabajadores asalariados disfrazados de campesinos» (Duarte, 1980:180, traducción propia).

Los insumos técnicos para la agricultura fueron mínimos, especialmente en los terrenos que producían cultivos alimentarios. En 1971, solo el 5 % de las granjas utilizaba la producción mecanizada, y otro 5 % combinaba medios laborales animales y mecánicos. Solo alrededor de una quinta parte de la tierra fue fertilizada (Dore y Cabral, 1979:18). Con el fin de revertir la disminución de la productividad y reducir el costo de los alimentos básicos, Balaguer inició una reforma agraria en 1972 que le ganó el apoyo de una gran cantidad de campesinos. Sin embargo, la lentitud de la reforma, junto con el pequeño tamaño de las parcelas distribuidas, continuaron el declive del sector agrario, al igual que la depauperación de grandes segmentos de la población rural.

La migración masiva del campo a la ciudad fue una consecuencia directa de las limitaciones experimentadas por el sector agrario durante este período. El flujo de migrantes del campo a la principal ciudad de la república, Santo Domingo, ya resultaba bastante significativo para 1970. En ese año, los migrantes internos componían un poco más de la mitad de la población de la ciudad. En los cinco barrios más pobres estudiados por Isis

Duarte y sus colegas, hacia el final del régimen de Balaguer, el 91 % de los jefes de familia entrevistados eran migrantes, la mayoría provenientes de las zonas rurales (Duarte, 1980:198). Durante la década siguiente, el movimiento hacia las ciudades fue de tal magnitud que, por primera vez en su historia, el grueso de la población vivía en zonas urbanas. Debido a la limitada generación de empleos, muchos de estos migrantes ingresaron al sector «terciario» o informal en expansión, que comprende pequeñas actividades comerciales, de servicios y artesanales de productividad generalmente baja y escasa remuneración (Lozano, 1985: 167).

Sin embargo, la producción de los principales cultivos de exportación no se vio amenazada por este éxodo a gran escala. Más bien, la dependencia de la importación de mano de obra haitiana (con salarios extremadamente bajos), desde las primeras décadas de este siglo en la industria azucarera, no solo persistió, sino que se intensificó y se extendió hasta los principales cultivos de exportación, como el café. En 1980, se estimaba que 200,000 haitianos vivían en el país (Grasmuck, 1982a; ONAPLAN, 1980a).

En todo caso, el «milagro dominicano» duró poco; 1974 (el año de la crisis petrolera y de la recesión mundial) marcó el comienzo de un período de crisis sostenida. La creciente dependencia de los Estados Unidos después de 1965 hizo que la economía dominicana fuera especialmente susceptible a la recesión. Esta dependencia para la inversión privada, el comercio y la ayuda, dio lugar a que la República Dominicana se convirtiera en el sexto país más dependiente, de los veintitrés más dominados por los Estados Unidos durante el período de 1950-1973 (Richardson, 1978:104-5, 114-116). En 1973, Estados Unidos era el proveedor principal de importaciones, con el 58 %. También fue el mercado fundamental para las exportaciones, absorbiendo el 66 %. La República Dominicana llegó a ser considerada como «el mejor mercado que Estados Unidos tiene en el Caribe o en América Central» (informe de la embajada de los Estados Unidos, citado en NACLA 1975:5). El deseo de adquirir bienes de consumo estadounidenses fue avivado por las imágenes televisadas de la publicidad, a las que los dominicanos estaban expuestos, así como las películas y las estaciones de radio. En 1978, por ejemplo, una cuarta parte de la programación televisiva se importó de los Estados Unidos (Reimers, 1985:129).

Con un nivel tan alto de dependencia económica, las recesiones de la década de 1970 en los Estados Unidos inevitablemente tuvieron serias

repercusiones en la República Dominicana. La caída drástica de los precios de los principales productos de exportación después de 1975, el fuerte aumento en el costo de las importaciones claves (el valor de las importaciones de petróleo por sí solo aumentó de RD\$1.6 millones a RD\$157.8 millones en 1975; Banco Mundial, 1978, tabla 3.10), la inflación en espiral, al igual que la onerosa carga de la deuda, tuvieron un efecto devastador sobre la economía dominicana en la última parte de la década.

La derrota de Balaguer por el candidato socialdemócrata del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), Antonio Guzmán, en 1978, significó poco para detener este desastre. De hecho, el mandato de Guzmán, en el cargo entre 1978 y 1982, fue testigo no solo de un aumento de la deuda nacional en un 43 % (a RD\$1.5 mil millones), sino también de un creciente déficit en la balanza de pagos, que exacerbó la inflación (Díaz Santana y Murphy, 1983:34-35). El gobierno de Guzmán, en efecto, le dedicó una atención mayor al sector agrícola. La producción de algunos productos alimenticios aumentó, pero las importaciones masivas de los alimentos básicos continuaron siendo necesarias para alimentar a la población. Además, la producción de los alimentos que componen la canasta básica del trabajador o del agricultor permaneció estancada (o sin aumento), tanto como los artículos de lujo. A pesar de un aumento en el salario mínimo, bajo el control de Guzmán, la espiral ascendente de precios continuó erosionando los salarios reales (Vicens, 1982:170). El deterioro de la economía continuó con el gobierno sucesor de Salvador Jorge Blanco, también del PRD. Para obtener nuevos préstamos, Jorge Blanco accedió a las exigencias de austeridad del Fondo Monetario Internacional. Se impusieron congelaciones salariales y de los precios para los principales productos alimenticios, y se aplicaron reformas monetarias que elevaron el costo de las importaciones. El resultado fue un aumento del desempleo y graves dificultades para la mayoría de la población dominicana (Murphy, 1987). Reelegido para la presidencia en 1986, Balaguer no podría hacer milagros en medio de la devastación económica.

Las consecuencias de la forma en que la República Dominicana se ha incorporado a la economía mundial en el siglo XX, y el incremento de su dependencia de los Estados Unidos, han resultado en cambios estructurales que a su vez han fomentado las presiones individuales para emigrar. Presiones que sin duda se seguirán sintiendo en el futuro previsible. Aunque los detalles son parte de su historia singular, la experiencia dominicana-

na, como se describe aquí, se aprecia mejor como parte de procesos más amplios de penetración e incorporación que han forjado patrones similares en varias partes del mundo.

PATRONES DE MIGRACIÓN CON DESTINO A ESTADOS UNIDOS DESDE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Se ha señalado que si las clases dominantes locales se oponen, alienan o simplemente consienten a la emigración, ello está en dependencia de condiciones históricas específicas (Portes y Walton, 1981:42). En la República Dominicana, las clases dominantes han mostrado actitudes muy diferentes hacia la migración internacional. Como hemos visto, el proyecto trujillista de «desarrollo hacia adentro», controlado internamente, requería una fuerza laboral estable y disciplinada. Durante este período de expansión, el Estado y la clase dominante (en la persona de Trujillo y asociados) se opusieron firmemente a la migración e impusieron restricciones estrictas al movimiento del pueblo.

Sin embargo, a pesar de esas políticas, durante el régimen de Trujillo algunos dominicanos lograron emigrar. Entre 1950 y 1960, por ejemplo, unas 9,800 personas llegaron a los Estados Unidos como residentes legales (tabla 1.2). Estos primeros migrantes se dividieron en dos categorías. Los primeros eran personas económica y socialmente privilegiadas (relativamente). Los migrantes potenciales necesitaban recursos económicos sustanciales para emprender el costoso proceso de migración. En la década de 1950, el costo de solo el pasaporte ascendía a RD\$150, una cantidad que excedía el PNB per cápita para 1950 (el peso dominicano se valoraba oficialmente a la par con el dólar estadounidense). Sin embargo, importantes fueron también las conexiones políticas. La solicitud de pasaporte daba lugar a una investigación detallada, no solo acerca de las propias actividades políticas del solicitante, sino también de las de sus familiares. Llevadas a cabo por la policía secreta de Trujillo, estas investigaciones pusieron en peligro potencial a familias enteras. Dadas las circunstancias, pocos individuos podrían arriesgarse a solicitar un pasaporte sin la seguridad de vínculos personales con Trujillo, o sus asociados cercanos. La otra categoría de migrantes fue la de los exiliados políticos que lograron huir de la isla por un medio u otro

(Ameringer, 1974; Georges, 1984). Mientras algunos se establecieron en Nueva York, otros se fueron a Europa, Puerto Rico y Venezuela (Silfa, 1983).

Con la muerte de Trujillo, se eliminaron las restricciones al movimiento, y la migración internacional aumentó de manera dramática e inmediata. Desde el principio, la mayor parte de esta migración se dirigió a los Estados Unidos y, específicamente, a la ciudad de Nueva York. Las cifras que figuran en la tabla 1.2 ofrecen una idea de la magnitud de dicho aumento. De 1960 a 1962, la migración hacia ese país se multiplicó por seis. Después de 1962, una cantidad igual o mayor del total de la década anterior emigró anualmente a los Estados Unidos. Entre 1966 y 1981, el número de residentes legales admitidos promedió alrededor de 14,000 por año.

Tabla 1.2
Inmigrantes y no inmigrantes dominicanos admitidos por año y estatus

Año	Residente legal	No inmigrante
1950 a 1960	9,800	
1960	756	4,437
1961	3,045	9,102
1962	4,603	18,227
1963	10,683	56,236
1964	7,537	64,476
1965	9,504	52,638
1966	16,503	68,870
1967	11,514	78,791
1968	9,250	81,073
1969	10,670	101,454
1970	10,807	105,191
1971	12,624	74,252
1972	10,760	111,845
1973	13,921	124,528
1974	15,680	143,512
1975	14,066	149,386
1976	15,088	207,435
1977	11,655	154,964
1978	19,458	166,519
1979	17,519	134,461
1980 ^b	17,245	–
1981 ^b	18,220	–

^a Cifras correspondientes a 1976 para un período de quince meses

^b Cifras no disponibles o sólo parcialmente disponibles para estos años para visas no migratorias.

Fuente: INS, *Annual Reports and Statistical Yearbooks*, 1961-1981.

En contraste con las políticas restrictivas del trujillato, las clases dominantes ahora veían la migración bajo una luz positiva. Había proporcio-

nado una válvula de seguridad para las tensiones sociales y económicas desatadas después de la muerte de Trujillo. Fue una solución parcial al creciente desempleo en las ciudades. De hecho, en la historia de la migración dominicana a los Estados Unidos, probablemente no sea un accidente que el período 1962-1963 haya visto el mayor aumento relativo en el número de visas emitidas. En sus memorias, *Overtaken by Events* (1966), John Bartlow Martin (quien fue embajador en República Dominicana durante esta época) relata que un miembro destacado del gobierno le pidió que hiciera que Estados Unidos acelerara el proceso de visados. En respuesta, habilitaron nuevas instalaciones y ampliaron su personal consular. El resultado fue el mayor aumento relativo de visas de residencia emitidas antes o después de 1963 (Castro, 1985: 205).

Los factores políticos también contribuyeron a un fuerte aumento de la migración en 1966 y nuevamente en 1978. A causa de la agitación social y política, al igual que del consiguiente mal desempeño económico durante 1965, un número récord de dominicanos buscó ingresar a los Estados Unidos al año siguiente. Como indica la tabla 1.2, el número de visas de residencia legal emitidas aumentó un 74 %, de 9,500 en 1965 a 16,500 en 1966. Otros muchos más dominicanos intentaron emigrar sin éxito. Los registros internos del consulado de los Estados Unidos en Santo Domingo revelan que la cantidad de solicitantes de visas de residencia legal alcanzó su cenit en 1965, cuando se recibieron 25,269 solicitudes. Al parecer, algunos de los migrantes fueron motivados por razones políticas (Baez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986). Para escapar de la represión que siguió a su derrota, varios individuos que se opusieron activamente a la invasión estadounidense buscaron el exilio en la creciente comunidad dominicana de Nueva York (Georges, 1984). En contraste, el número de solicitantes, para 1970, se redujo a 14,728, y los inmigrantes admitidos se redujeron a 10,800 aproximadamente. Aunque 1970 fue un año de elecciones presidenciales, estas cifras constituían una conclusión inevitable, y la continuidad del régimen de Balaguer nunca se puso en duda.

Sin embargo, las elecciones presidenciales de 1978 fueron un asunto distinto. La victoria del PRD, gracias a la caída de la economía, la creciente insatisfacción política y el apoyo recibido de la administración del presidente Carter y la Internacional Socialista, amenazó con un cambio en las fuentes de patrocinio y la concesión de empleos, lo cual aumentó la incer-

tidumbre política y económica. El resultado fue otro pico en las solicitudes y aprobaciones de visas de residente en Estados Unidos. En 1978, 23,949 dominicanos solicitaron visas y 19,458 fueron admitidos como residentes legales, un aumento del 60 % en las admisiones con respecto al año anterior.

No obstante varios años de crecimiento excepcional, la migración a los Estados Unidos avanzó a buen ritmo a lo largo de la década de 1970. De hecho, un 75 % más de viajeros dominicanos recibieron visas de inmigrante entre 1971 y 1981 que en la década anterior. Se ha sugerido (Bray, 1984) que las limitaciones estructurales inherentes al modelo de desarrollo implantado después de finales de la década de 1960, indujeron a abandonar el país a una creciente cantidad de dominicanos, comparativamente bien educados y calificados, que no pudieron encontrar empleos de clase media. Este «cuello de botella» de la clase media también poseía una dimensión política. Los empleos deseables no solo estaban limitados con respecto a la demanda, sino que no dependían del mérito. Como Kayal (1978: 13) escribió: «solo los graduados de secundaria o universitarios políticamente cooperativos pueden encontrar trabajo con una remuneración razonable», y agregaba que «aquellos que cuestionan las políticas gubernamentales [...] tienden a venir a los Estados Unidos».

Las cifras de la segunda columna de la tabla 1.2 son reveladoras con respecto al aumento abrupto y constante de la migración en el período posterior a Trujillo. Muchos de los primeros migrantes ingresaron a los Estados Unidos con visas no migratorias (casi todos como «turistas»), y solo más tarde lograron ajustar su estatus a residentes legales (*cf.* Hendricks, 1947; Pérez, 1981). De 1960 a 1963, el número de visas de no inmigrante emitidas a dominicanos aumentó trece veces. Una vez más, el incremento más pronunciado ocurrió en 1963, con un récord de 300 % con respecto al año anterior. A mediados de la década de 1970, más de 150,000 no inmigrantes eran admitidos anualmente, y entre 1961 y 1978 alrededor de 1,800,000 dominicanos ingresaron a los Estados Unidos con visas de no inmigrante. Si bien la mayoría no cayó en categorías de posibles infractores que los excluirían de visas, una cierta proporción permaneció trabajando después de que sus visas expiraran. Algunos lograrían regularizar su estatus con el tiempo y convertirse en residentes legales. Otros regresarían al país para vivir de manera definitiva.

Las visas de no inmigrante no fueron la única ruta de entrada de indocumentados, aunque probablemente ha sido la más utilizada. Muy tem-

prano, en la década de 1960, los intermediarios parecían proporcionar a los migrantes potenciales documentos falsos, al igual que visas falsificadas (cf. Hendricks, 1974). Otros corredores se organizaron para entradas ilegales utilizando rutas indirectas. Muchos dominicanos han cruzado en lanchas el Canal de la Mona, en la parte oriental de la isla, hacia Puerto Rico. Algunos han volado hasta allí en pequeños aviones fletados por traficantes. Una parte se ha quedado en Puerto Rico para vivir y trabajar. Hasta 60,000 dominicanos pueden haber residido en ese país en 1987 (Díaz, 1987), que sigue siendo el segundo destino más popular para los inmigrantes dominicanos (Bray, 1987:153). Para otros, la isla representaba una estación de paso, desde la cual ingresaban a los Estados Unidos «pasando» como puerторriqueños. Este método de entrada es incluso el tema de un merengue popular. El merengue es un baile en pareja con un paso cojeante, cuyas letras traducen aspectos de los modos y costumbres locales contemporáneos. En este merengue, el cantante amonesta a su público:

*Puerto Rico queda cerca, pero móntate en avión
Y si consigues la visa, no hay problema en inmigración.
Pero no te vayas en yola, no te llenes de ilusiones
Porque en el Canal de la Mona, te comen los tiburones.*

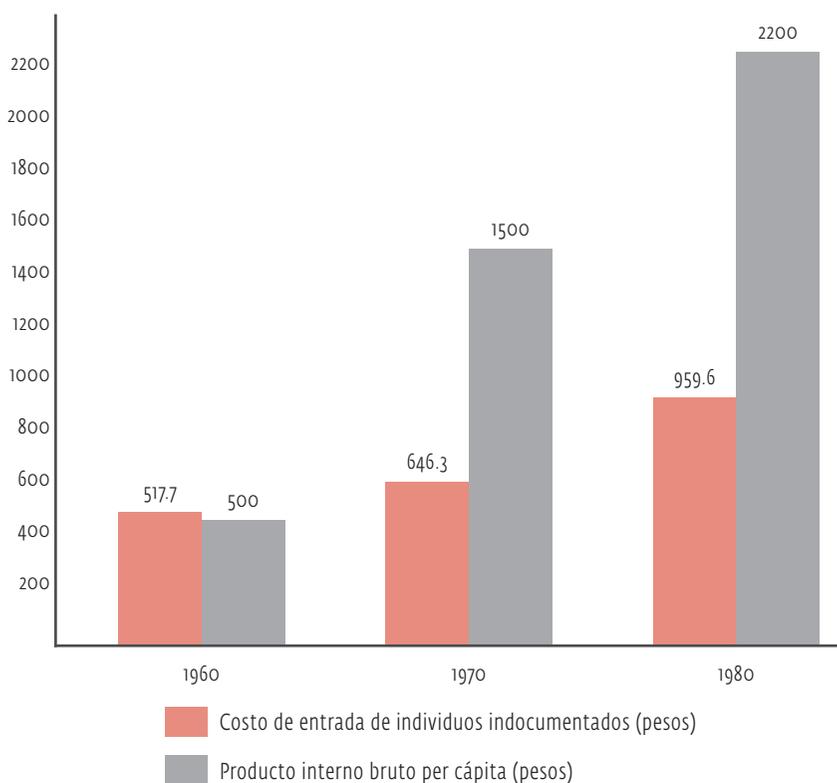
(Wilfredo Vargas, Karen Records)

Otra ruta de entrada ilegal que se ha ampliado es a través de México. Los intermediarios instruyen a los migrantes potenciales a obtener una visa de turista para ingresar en ese país. Esta visa es fácil de conseguir. En la Ciudad de México son recibidos por un guía que los lleva a la frontera con Estados Unidos, la cual intentan cruzar con la ayuda de «coyotes», es decir, contrabandistas. A fines de la década de 1970, muchos dominicanos también se escondían en buques de carga con destino al sur de la Florida. Se remite al lector al capítulo 3 para una discusión más detallada de esta y otras rutas alternativas de migración.

El hecho obvio de que la República Dominicana es una nación insular, ha planteado importantes limitaciones geográficas a la migración indocumentada. A veces se sugiere, quizás por analogía con la inmigración mexicana, que la cantidad de dominicanos indocumentados puede acercarse o exceder el de los documentados (por ejemplo, Reimers, 1985:138). Sin

embargo, a diferencia de México, la República Dominicana no comparte una frontera terrestre con los Estados Unidos, y este simple hecho ha tenido implicaciones para la naturaleza y las características de la migración. Aunque no es posible estimar con exactitud el número de dominicanos indocumentados en los Estados Unidos, la dificultad, el peligro, el riesgo y el costo de estos métodos de entrada sin duda han servido para verificar el volumen del flujo. La figura 1.2 yuxtapone el costo típico de una entrada indocumentada con el PIB per cápita del país entre 1960 y 1980. Los costos han aumentado de manera abrupta, y son claramente prohibitivos en un país en el que casi un tercio de los hogares ganaban RD\$100 al mes, o hasta menos, en 1978 (Soto y del Rosario, 1978).

Figura 1.2
Costo de la entrada de indocumentados a los Estados Unidos
y el producto interno bruto per cápita, República Dominicana, 1960-1980



Fuente: PIB per cápita de Wilkie y Perkal (1984:16).

Uno de los pocos estudios basados en una muestra aleatoria de dominicanos en la ciudad de Nueva York encontró que la proporción de migrantes indocumentados no excedía el 17 % al año (Pérez, 1981:6). En Los Pinos, identifiqué una proporción muy similar. Numerosos pineros habían comenzado sus estadías en los Estados Unidos como migrantes indocumentados, pero solo el 14 % permanecía así en 1981 (ver capítulo 3). Un intento de estimar, por parte de demógrafos (Warren y Passel, 1987), la cantidad de inmigrantes indocumentados en los Estados Unidos basado en el censo de 1980 y el registro de extranjeros de ese mismo año, refuerza la credibilidad de estas bajas proporciones. Este estudio colocó un «límite inferior» en la población de dominicanos indocumentados en 1980 de alrededor de 19,000, con una tasa desconocida de conteo insuficiente, muy probablemente no superior al 30-50 %. La baja participación de los dominicanos en la «amnistía», en virtud de las disposiciones de la Ley de Reforma y Control de la Inmigración de 1986, proporciona argumento adicional en cuanto a la disminución de la población indocumentada. Si bien hay muchas buenas razones por las que los migrantes indocumentados son reacios a intentar regularizar su estatus bajo este programa, el hecho de que solo alrededor de 27,700 lo hayan realizado sugiere un grupo relativamente pequeño de solicitantes potenciales (INS, 1989).

La incertidumbre sobre la cifra de indocumentados ha dificultado la estimación de la población de inmigrantes dominicanos en los Estados Unidos. Se sabe que los que llegaron de manera legal entre 1961 y 1981 suman unos 255,578 (Bray 1987:152). La magnitud de este flujo colocó a los dominicanos en tercer lugar entre los grupos de inmigrantes de América Latina admitidos, después de los mexicanos y los cubanos. Por supuesto, el patrón de migración de retorno establecido significa que no todos han permanecido en los Estados Unidos. Dados los componentes desconocidos del retorno y de la migración indocumentada, estimar la población dominicana total en los Estados Unidos se ha convertido en un «juego de números», un juego con importantes implicaciones políticas. La mayoría de las estimaciones han tendido a situar un rango entre 300,000 y 500,000, pero a veces lo aumentan hasta 800,000 a 1,000,000. Estudios demográficos (Larson y Sullivan, 1987; Larson y Optiz, 1988) basados en el censo dominicano de 1981 disputan las cifras más altas y sugieren estimaciones más bajas, alrededor de 300,000 para los Estados Unidos continentales.

COMPOSICIÓN DE LA CORRIENTE MIGRATORIA DOMINICANA

Hasta hace poco hemos poseído muy poca información sobre la composición del flujo migratorio dominicano a los Estados Unidos. Sin embargo, en los últimos años, se ha acumulado un cuerpo de investigación. A medida que las características generales de la corriente migratoria comenzaron a hacerse evidentes, las nuevas investigaciones fueron desafiando las concepciones comunes de la naturaleza de la migración dominicana a los Estados Unidos. Sin embargo, estos estudios, de los cuales solo se realizó uno a nivel nacional, no siempre coinciden en todos los detalles. Por lo tanto, si bien se ha acumulado una considerable cantidad de información en los últimos años, algunos aspectos aún no se han comprendido completamente.

Debido a que los primeros estudios fueron realizados por antropólogos que trabajaban en áreas rurales del país, se suponía que la mayoría de los migrantes eran campesinos con propiedades pequeñas y medianas (Vicioso, 1976) o proletarios rurales (Sassen-Koob, 1979). Por ejemplo, la etnografía pionera de Hendricks (1974) se centró en un área rural de la parte norte. Su trabajo proporcionó un retrato detallado de una comunidad de envío y de las redes transnacionales que sostuvieron y dirigieron la migración. Los primeros estudios de González (1970, 1973, 1976) también narraron las tribulaciones, así como el «progreso de los campesinos», de aquellos que abandonaron el corazón rural de la República Dominicana y se establecieron en Nueva York. Más recientemente, Bray (1983) ha descrito y comparado patrones migratorios internos e internacionales en una población del Cibao; Pessar (1982a,b) ha analizado el papel de los hogares en la migración internacional de una comunidad en la Sierra Oriental, y Castro (1985) ha estudiado las causas y consecuencias de la migración para el desarrollo económico en una agrocuidad del Cibao.

El trabajo de Ugalde, Bean y Cárdenas (1979) fue el primero en desafiar la opinión generalizada de que la mayoría de los migrantes dominicanos procedían de áreas rurales. Su análisis de la Encuesta Nacional Diagnos de 1974 (de 12,500 hogares) sigue siendo el único esfuerzo a nivel nacional con respecto a la migración internacional. Reveló que, aunque alrededor del 53 % de la población residía en áreas rurales en el momento de la en-

cuesta, solo el 24 % de los migrantes eran de origen rural. Que los orígenes urbanos predominan entre los migrantes dominicanos ha sido confirmado por varios estudios posteriores (Pérez, 1981; Kritz y Gurak, 1983, Grassmuck, 1984b; Baez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986).

El análisis de Ugalde *et al.* también puso en cuestión la opinión de que eran los desposeídos los que tendían a emigrar a los Estados Unidos. Encontraron que, aun cuando el 28 % de la población pertenecía al «estrato urbano inferior», esto era cierto para solo el 17 %. Al concluir que «la migración de la República Dominicana a los Estados Unidos parece ser un fenómeno predominantemente urbano y de clase media», Ugalde y sus colegas (1979: 240) sacudieron las nociones convencionales sobre la composición de la migración dominicana.

Ugalde *et al.* también proporcionan alguna evidencia indirecta con respecto a las características de la fuerza laboral previa a la migración. Informan que entre la «clase media urbana», alrededor del 26 % emigró debido al desempleo; un 26 % adicional se fue «para ganar más dinero». Entre los «migrantes urbanos de clase alta», estas razones arrojaron una proporción de 13 % y 7 %, respectivamente. Solo el 9 % citó el desempleo como el factor principal que motivó la migración. Este hallazgo debe interpretarse con cierta cautela. En el sector rural dominicano, como en otras naciones en proceso de desarrollo, el desempleo rural es raro y el subempleo es extenso. Sin embargo, aunque la encuesta de Diagnos no pintó un rasgo preciso de la participación en la fuerza laboral antes de la migración, la evidencia sugiere que la mayoría de los migrantes no estaban desempleados, y que un motivo importante para la migración era el deseo de ganar sueldos más elevados.

Este análisis de los datos de la encuesta de Diagnos inauguró un debate sobre la composición social de la inmigración dominicana hacia los Estados Unidos que aún no se ha resuelto por completo. Un problema es que los criterios utilizados por Ugalde *et al.* con fines de reconstruir los orígenes de clase social de los migrantes, dejan espacio para la ambigüedad. Sus índices de clasificación socioeconómica se basaban en la alfabetización, la educación y las comodidades del hogar. Para los hogares migrantes, sin embargo, criterios como el tamaño de la casa y las comodidades son problemáticos. Las «casas de Nassau» en las ciudades del norte de Haití, con una fuerte migración a las Bahamas; las «casas de Lon-

dres» de las aldeas de Hong Kong, y las «casas alemanas» en Andalucía, revelan un patrón de comportamiento generalizado entre los migrantes internacionales: la construcción de viviendas modernas bien abastecidas con bienes de consumo financiados por remesas y ahorros desde el extranjero. Por lo tanto, esos indicios pueden ser una consecuencia de la migración, en algunos casos una insignia simbólica de la movilidad, y no un indicador confiable de clase antes de emigrar. Un segundo problema es el hecho de que la encuesta de Diagnos, obviamente, no pudo identificar los hogares que habían emigrado en su totalidad. No se sugiere que esta omisión afecte los resultados de la encuesta. Sin embargo, Ugalde *et al.* (1979:250) informan que «cuanto más baja es la clase social, menos probable es que el migrante regrese». Esto plantea la posibilidad de que los hogares ausentes procedan de entornos de clase presumiblemente más pobres. Si esto es cierto, entonces puede haber una subrepresentación de los migrantes más pobres. Encuestas más recientes han agregado matices y complejidad al retrato de la migración dominicana. Desde el estudio de Diagnos, los investigadores han caracterizado de manera diversa la corriente migratoria dominicana: como predominantemente de clase media en su origen (Bray, 1984, 1987), de clase media baja y proletarización urbana (Baez Evertsz y D'Oleo, 1986) o integrada por migrantes de amplios sectores de la sociedad, excepto quizás los más pobres (Castro, 1985). Por ejemplo, en una muestra de hogares de Santiago —la segunda ciudad del país—, realizada en 1980, Grasmuck (1985) encontró que los migrantes de estratos inferiores se encontraban subrepresentados en su muestra. En otra muestra hecha en la ciudad de Nueva York, encontró que aunque los inmigrantes dominicanos de las áreas urbanas estaban mejor educados que los no migrantes de la ciudad capital, alrededor del 30 % se hallaban desempleados antes de la migración, un nivel más alto que el de los no migrantes (pp. 158-159). Con respecto a las personas empleadas antes de la migración, estaban menos representados los que eran profesionales y trabajadores técnicos de nivel inferior, en comparación con la población de Santo Domingo en su conjunto, caracterizada por un alto nivel de empleos profesionales. Sin embargo, en general, la proporción de migrantes con ocupaciones de niveles más bajos de calificación coincidía bastante con la población más amplia de Santo Domingo. Báez Evertsz y D'Oleo (1986) encuestaron a casi 300 migrantes potenciales que esperaban en la fila del

consulado de los Estados Unidos en Santo Domingo para ser entrevistados y obtener visas. Precisaron que tres cuartas partes de ellos provenían de niveles más bajos de la clase media y del proletariado urbano, aunque ganaban lo que eran ingresos considerados de «nivel medio» (en el contexto dominicano). También, que alrededor del 26 % estaban desempleados antes de la migración.

Independientemente de sus diversos orígenes, la migración dominicana en los Estados Unidos es sobre todo de clase trabajadora en su desempeño (Castro, 1985:125). Esto se refleja en un estudio basado en el censo estadounidense de 1980. De los 18 grupos de inmigrantes numéricamente más importantes que ingresaron al país entre 1970 y 1980, los dominicanos tenían el ingreso familiar medio más bajo (US\$9,569 al año). También poseían, en comparación, menores niveles de educación. Solo el 3.4 %, de 25 años o más, contaban con cuatro o más años de educación universitaria. Un poco más de una quinta parte había concluido menos de cinco años de educación primaria (Koch, 1987).

Aunque existe diversidad de criterios sobre los orígenes socioeconómicos de los inmigrantes dominicanos a los Estados Unidos, la creciente evidencia refleja que son jóvenes, predominantemente de origen urbano, con ocupaciones heterogéneas, pero a menudo calificados y semiprofesionales y, por lo general, mejor educados que los no migrantes. Aunque selectiva, al parecer la corriente resulta diversa, incorpora a amplios sectores de la sociedad y con poca representación de los menos calificados y los más pobres. Esta evidencia también sugiere que, a diferencia de otras corrientes de inmigrantes de Asia y algunas otras partes de América Latina y el Caribe, la migración dominicana a los Estados Unidos no puede considerarse una «fuga intelectual» en el sentido habitual. No obstante, aun cuando el número de migrantes de «fuga intelectual» es pequeño, en proporción la República Dominicana ha perdido una gran cantidad de sus profesionales a causa de la migración (Castro, 1985: 139).

Este capítulo ha ofrecido una visión general de los patrones de desarrollo dominicano en este siglo, con el fin de facilitar la comprensión de las fuerzas sociales y económicas que condicionan la migración con destino a los Estados Unidos. He defendido la estrecha relación entre la migración interna y la creciente penetración de los intereses estadounidenses en el país. Tal vez sea apropiado cerrar con un ejemplo paradigmático de esta

relación, el caso del béisbol. Antes de la primera ocupación militar estadounidense de 1916-1924, la pelea de gallos había reinado como el deporte nacional. Pero la ocupación introdujo la innovación cultural del béisbol y, con el tiempo, este deporte superó a la pelea de gallos en popularidad (Moya Pons, 1980:493). Hoy, sobre una base per cápita, la República Dominicana es el principal exportador mundial de jugadores de béisbol hacia las Grandes Ligas de los Estados Unidos.

CAPÍTULO 2

LA HISTORIA Y EL DESARROLLO DE LOS PINOS, 1850-1961

Los Pinos se ha visto afectado y ha participado activamente en muchas de las transformaciones más importantes que han caracterizado a la sociedad dominicana durante el siglo XX. En cada etapa de su desarrollo histórico, la comunidad ha sido marcada por cambios en los métodos de apropiación de las ganancias, en la naturaleza de las élites y de sus vínculos con las «no élites», y en la influencia ejercida por el Estado y otras fuerzas de control. El impacto específico de los cambios sociales y económicos regionales y nacionales en Los Pinos se describe y se analiza con cierto detalle en este capítulo, con el fin de proporcionar los antecedentes para una comprensión de las fuerzas que promovieron la migración a gran escala después de 1961. En las siguientes tres secciones, trazaremos el desarrollo de la población desde su primer asentamiento en el siglo XIX hasta 1930, el año clave en que Trujillo asumió el control del país. Durante sus primeros ochenta años, Los Pinos creció lentamente, desde un asentamiento pionero en la producción local de tabaco, hasta convertirse en el *entrepôt* principal para una próspera industria maderera descentralizada. La segunda parte del capítulo traza las consecuencias para Los Pinos de las políticas radicales de Trujillo. El objetivo general es iluminar de manera concreta, a través de una narración detallada del caso específico de Los Pinos, los procesos de desarrollo en el campo dominicano. En el próximo capítulo, examinaremos el efecto de la conjunción de estos procesos y su funcionamiento

en la estructura de la sociedad rural para promover la migración laboral internacional masiva a los Estados Unidos.

LOS PINOS: EL PRIMER ASENTAMIENTO, 1850-1910

Geográficamente aislados, los primeros habitantes vivieron una existencia pionera. Como en la mayoría de las áreas rurales, durante este tiempo los enlaces primitivos de comunicación y transporte con un gobierno central débil casi dieron como resultado condiciones de autarquía. El cultivo de mandioca, batatas, maíz, habichuelas y algunos otros rubros menos importantes satisfacía las necesidades básicas de subsistencia. De gran relevancia, tanto económica como cultural, fue la caza de cerdos salvajes. En 1869-1870, el geógrafo norteamericano William Gabb visitó el área y describió sus «cañones muy profundos, muy estrechos y rara vez penetrados, excepto por cazadores de cerdos rezagados» (1881:53).⁴ Los cerdos semisalvajes prosperaron en los densos bosques, donde eran cazados por serranos montados y sus perros. La carne y la manteca de cerdo eran componentes principales de la dieta, y la carne de cerdo salada, las salchichas y las pieles procesadas eran los principales productos para el consumo e intercambio. Transportados esporádicamente a Santiago en mula o caballo, estos sirvieron para el trueque con los pocos artículos, como sal, machetes y telas, no producidos en el hogar.

En la segunda mitad del siglo XIX, el crecimiento de la población, al igual que una mayor dependencia de la agricultura, condujeron a una forma de vida más estable (Antonini *et al.*, 1975:45). La población creció como resultado tanto del aumento natural como de la inmigración. A medida que la reserva agrícola en otras partes del país comenzó a reducirse, sus tierras vírgenes atrajeron a numerosos habitantes a la Sierra. Algunos vinieron también a extraer los depósitos de oro en las orillas y terrazas de los numerosos arroyos y ríos de la región (p. 52). A mediados de la década de 1860, otra afluencia de población tuvo lugar, cuando los agricultores de la Sierra escaparon de la agitación política causada por la Guerra de Restauración,

⁴ El estilo de vida de estos cazadores de la Sierra fue descrita de manera vívida por el dominicano Pedro Bonó en su novela *El Montero*, publicada originalmente como una serie de artículos en 1856.

una guerra contra la anexión de la república a España (Hoetink, 1982:174). Durante las siguientes dos décadas, se establecieron asentamientos permanentes a lo largo de los senderos, que sirvieron como los principales corredores de colonización (Antonini *et al.*, 1975:42).

El valle de Los Pinos, formado por el río del mismo nombre, fue poblado por primera vez a mediados del siglo XIX por dos hermanos, inmigrantes españoles, que llegaron a la región en búsqueda de oro. Los registros bautismales de La Sede indican que los colonos ya estaban en la zona en 1850, una fecha corroborada por las genealogías de sus descendientes. El pueblo que estos individuos ayudaron a fundar estaba enclavado a lo largo del Camino Real, un sendero de acceso que serpenteaba desde la ciudad hasta Monción en el oeste, y Santiago en el este. En realidad, como señaló Pedro Bonó en 1881, «esos caminos denominados reales son pasajes sin nombre, donde absolutamente nadie ha movido un dedo» (citado en Hoetink, 1982:47). Sin embargo, sirvieron como los principales corredores de colonización de la Sierra.

El nuevo asentamiento estaba ubicado en la unión de tres zonas ecológicas distintas. Al oeste se encontraba el campo semiárido de Monción, donde las palmeras útiles, como el guano y la cana (*Sabalumbra culifera martius*), crecían en abundancia silvestre. Elevándose unos cien metros sobre el Valle de Los Pinos al norte estaba La Loma, un denso bosque de pinos (*Pinus occidentalis*) a pocos minutos a pie del pueblo. Al sur se encontraban las tierras altas, húmedas y más fértiles de la Sierra adentro, la fuente del café y maderas preciosas, como la caoba, el roble y la *Lignum vitae* (guayacán). A principios del siglo XX, los diversos recursos y productos de estas zonas ya se habían entrelazado en un sistema de comercio regional, con Los Pinos en su apogeo.

CULTIVO DE TABACO EN LOS PINOS, 1870-1910

Durante este período de crecimiento demográfico acelerado y de expansión lenta, pero constante, de las redes de comunicación, la caza del cerdo disminuyó y la actividad económica principal de Los Pinos (y de la Sierra en general) pasó a ser el cultivo del tabaco. Casi toda esta producción se destinó al mercado de Hamburgo, donde los fabricantes alemanes

convirtieron el tabaco de baja calidad en imitaciones baratas de cigarros y cigarrillos cubanos (Boin y Serullé, 1979:54). Varios factores alentaron a los pequeños agricultores a adoptar este cultivo comercial. En primer lugar, a diferencia de los otros renglones principales de exportación del siglo XIX (el cacao y el café), el tabaco requería poco capital inicial; su corta temporada de crecimiento, de seis meses, en comparación con los cultivos arbóreos, hizo que el crédito fuera mucho más fácil de obtener. En adición, después de la cosecha, la tierra y el trabajo podían dedicarse a cultivos de subsistencia (Hoetink, 1982:66; ver también Ortiz Fernández, 1947).

Quizás de mayor importancia para el desarrollo general de Los Pinos fue el hecho de que el tabaco (nuevamente contrastado con el cacao y el café) creó notables beneficios que ayudaron a diversificar la economía local. Dos consecuencias muy relacionadas con el cultivo de tabaco fueron la nueva demanda de serones, contenedores, que protegen el tabaco cosechado de la humedad, y de mayores servicios de transporte.

A lo largo de la Sierra occidental surgió una industria artesanal para satisfacer los requerimientos de serones. Estos se tejían a partir de las hojas de la palma guanera, que florecía en el campo semiárido al oeste de Los Pinos. A partir del conocimiento tradicional en el tejido de guano en sombreros, alforjas y otros artículos útiles, los hombres serranos comenzaron a fabricar serones según las especificaciones de los compradores de tabaco.⁵ El tejido, que se realizaba justo antes y durante la cosecha de tabaco, pronto se convirtió en una importante actividad económica que implicó a «comunidades enteras» de la Sierra (las comunas eran las subdivisiones de provincias reconocidas durante este tiempo; Pedro Bonó citado en Boin y Serullé, 1979:81).

Como era habitual en otras partes del país, los intermediarios locales financiaban la producción y conectaban a la comunidad con los mercados nacionales e internacionales. Emergiendo de las filas de los mayores terratenientes y ganaderos, se conformó el eslabón local de una cadena de usuarios-comerciantes. Esta cadena de explotación desembocó en las grandes casas exportadoras de tabaco de la burguesía compradora de Santiago y Puerto Plata, agentes de comerciantes alemanes (Boin y Serullé, 1979:54;

⁵ En los últimos años, el precio de los serones disminuyó. Acompañando a esta disminución, ha habido un cambio en la división del trabajo, con las mujeres y los niños actuando ahora como los productores principales. Véase el capítulo 3.

Hoetink, 1982:68; Moya Pons, 1980:405). Con el capital de préstamo de intermediarios más poderosos ubicados fuera de la comunidad, estos agentes pudieron adelantar, por un lado, el crédito que estimulaba la producción local y, por otro, comprar los serones y el tabaco de la sección en el momento de la cosecha. Además, la mayoría de los intermediarios pineros poseían «trenes» de mulas o burros (recuas), que utilizaban para transportar estas mercancías a las ciudades y pueblos del norte. Allí, para completar el ciclo, el tabaco y los serones se revendían a los que inicialmente les habían adelantado el capital. En tanto método de transporte principal en la Sierra, los trenes de mulas crecieron en número y en tamaño, con equipos de hasta una docena de animales que conducían productos voluminosos, como el correo, los mensajes y el dinero. En la opinión de Hoetink (1982:48), estos arrieros «formaban un grupo profesional independiente, con habilidades especiales y una ética grupal». La naturaleza de su empresa, sin duda, les permitió establecer redes distribuidas en el norte del país. Su control sobre el movimiento de capital de préstamo, tabaco y serones también les permitió acumular ganancias. A medida que la producción de estas mercancías se expandió, estos arrieros-intermediarios surgieron como una élite que vinculaba a los productores precapitalistas de la Sierra con los capitalistas mercantiles del norte. En las décadas de 1880 y 1890, los trenes de mulas fueron superados y reemplazados por ferrocarriles en otras partes del país, construidos con capital holandés, británico y norteamericano (p. 52-53). Pero la topografía accidentada y el aislamiento geográfico protegieron a la Sierra de los desarrollos en el transporte durante la siguiente mitad de siglo, y los arrieros continuaron floreciendo.

EL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA MADERERA DESCENTRALIZADA, 1910-1930

Como se señaló en el capítulo anterior, la penetración de las relaciones capitalistas de producción en gran parte del campo dominicano en el último cuarto del siglo XIX desató procesos de diferenciación que provocaron la aparición de nuevas clases sociales y la consolidación de una burguesía nacional. A medida que crecía el número de granjas capitalistas, el tamaño de la burguesía agraria también aumentó, gracias también por la inmigra-

ción de capitalistas extranjeros durante este período. Las ganancias de la agricultura se invirtieron en más tierra, en otros medios de producción y en la compra de mano de obra asalariada (Boin y Serullé, 1971: 269-71). A nivel nacional, el número de pequeñas industrias creció y la estructura ocupacional se fue diversificando más (Hoetink, 1982:171).

Como consecuencia de estos progresos y de las mejoras concurrentes en la comunicación y el transporte, se expandió el aparato gubernamental y crecieron con rapidez las instituciones educativas, las ciudades y los pueblos. En las décadas de 1880 y 1890, más de dos docenas de ciudades fueron fundadas o promovidas de estado administrativo a «común» (Hoetink, 1982:42). A nivel nacional, la población se triplicó, de aproximadamente 150,000 en 1871 a más de 485,000 en 1987 (p. 19). Las nuevas ciudades, así como los centros comerciales más antiguos, atrajeron a capitalistas, comerciantes y especuladores (Moya Pons, 1980:428). La construcción proliferó y la demanda del principal material de construcción de la época, la madera, se incrementó de manera considerable.

La primera empresa maderera en la parte norte del país se estableció en Santiago en 1887 (Hoetink, 1982:172). En quince años, con el ímpetu del capital mercantil del Medio Oriente, Los Pinos operó como un próspero centro para la industria maderera en la Sierra Occidental. Atraídos por la prosperidad del Cibao, los primeros colonos del Medio Oriente —en su mayoría inmigrantes de Turquía y Siria, pero llamados «árabes» por los dominicanos— llegaron a Santiago en 1897. Se ubicaron con rapidez como vendedores ambulantes de productos manufacturados en el campo, con lo que llenaban el nicho mercantil creado como resultado de la transformación agrícola (Hoetink, 1982:34).

Los pineros más antiguos recuerdan que dos hermanos, conocidos como los «turcos», comenzaron a visitar el pueblo en algún momento entre 1910 y 1915. Pronto establecieron relaciones con los dos intermediarios y arrieros más ricos de Los Pinos, don Pancho Morales y don Sixto Linares, y les adelantaron el capital para comenzar a comprar troncos y madera en la sección. Don Pancho era un joven relativamente pobre cuando llegó por primera vez a Los Pinos para casarse. Su esposa era dueña de una panadería y costurera. Con el tiempo, don Pancho invirtió las ganancias de estos negocios en tierras, mulas y capital de préstamo. Don Sixto nació en Los Pinos, hijo del alcalde, bien conectado en la política y dueño de la valla de

gallos. Cuando los turcos llegaron a Los Pinos, don Pancho y don Sixto estaban en camino de convertirse en los grandes de la comunidad.

En su recorrido por todo el norte, los turcos sin duda se sintieron atraídos por Los Pinos, gracias a su ubicación favorable en la encrucijada de densos bosques de pinos al norte, y ricos rodales de maderas preciosas al sur. Además, la proximidad de los ríos navegables hacia el oeste también podría haber influido en su selección: guiados por balseros, los troncos podían flotar río abajo hasta su confluencia con el Yaque, el río más importante del país, y de allí a la ciudad de Santiago, ubicada en sus orillas. Algún tiempo después de que comenzaran a comprar madera, los turcos también introdujeron en el área un molino móvil (operado por vapor). Por lo tanto, los pineros podían cortar a mano sus troncos en tablas o venderlos a los turcos para ser procesados en el molino.

Siguiendo el patrón de cadena familiar, don Pancho y don Sixto usaron el capital de los turcos en préstamos a otros individuos en Los Pinos con el fin de comprar herramientas para cortar árboles y moler los troncos. A una tasa de interés reportada del 20 % por mes, este capital era claramente caro. Sin embargo, debido a que los instrumentos eran simples —un hacha y una sierra de mano eran las únicas necesarias— casi todos los hogares en Los Pinos lograron financiar ciertas labores del proceso productivo: cortar árboles, moler madera, hacer trementina, etc. Algunos pudieron comprar animales para comenzar sus propios trenes de mulas y así transportar madera.

En el momento de la llegada de los turcos, los pinos vírgenes de la sección eran bienes gratuitos. Las expropiaciones en curso en el sur y el este desde finales del siglo XIX, habían dejado a la Sierra intacta. Casi todos los hogares tenían títulos o derechos sobre extensiones de bosques de pino más grandes de lo que podrían usarse para fines agrícolas. Algunos pineros poseían títulos sobre un número específico de acciones de terrenos comuneros (acciones, pesos); técnicamente, heredaron o compraron derechos de uso de tierras otorgadas por la corona española a los colonos originales de La Española (ver Albuquerque, 1961). La mayoría de estos titulares lograron acopiar más tierras de las que tenían derecho en virtud de la transacción original. Delimitarlas implicaba afirmar la propiedad mediante la limpieza del área o por lo común colocando árboles con muescas, y no la delimitación real con una cerca o empalizada. En 1911 la partición de terrenos comuneros se hizo obligatoria, y se realizó un estudio catastral

nacional en 1920 bajo la égida del gobierno de ocupación estadounidense. Sin embargo, la encuesta no llegó a las zonas más montañosas y el municipio de La Sede permaneció sin encuestar.

Hubo pineros que adquirieron tierras sin título, ya sea a través de compras en efectivo o trueque. Otros simplemente ocuparon tierras estatales, una práctica sancionada por el reconocimiento comunitario de los derechos a la tierra no reclamada a través del uso. Tales tierras eran, en teoría, propiedad del Estado, pero en áreas remotas, como Los Pinos, se consideraban propiedad comunal. Estas tierras eran administradas por la comunidad, en parte por un consejo que distribuía parcelas a los necesitados, y en parte a través de la costumbre. Las tierras estatales eran un ingrediente importante en la base de recursos de los pineros. La costumbre, por ejemplo, les daba derecho al uso comunal de La Loma, el vasto bosque de pinos al norte del pueblo, para buscar ganado y recolectar materiales de construcción y leña. La mayor parte de la actividad maderera tuvo lugar en La Loma. Ya sea que los pineros explotaran los bosques de las tierras estatales o en terrenos comuneros, el acceso al suministro ilimitado de árboles era libre y sin obstáculos.

Con una fuerte demanda, suficiente capital y recursos forestales abundantes y libres, la actividad maderera creció rápidamente y Los Pinos creció junto con ella. Por ejemplo, alrededor de 1915-1920, cuando Los Pinos comprendía no más de cincuenta hogares y aproximadamente 300 personas, existían más de una docena de trenes de mulas para trasegar madera, con un total de más de 350 animales. Es decir, aunque el capital era caro, el comercio era lo lucrativo como para permitir que casi una cuarta parte de los jefes de familia se convirtieran en arrieros y se establecieran como intermediarios. Atraídos por esta bulliciosa prosperidad, los migrantes de otras partes de la Sierra se radicaron en la comunidad. Como consecuencia, para 1953, la población de se había triplicado y alcanzaba 945 habitantes (Censo Nacional de Población, 1935).

La industria maderera local que se desarrolló durante las siguientes dos décadas se basó en diversas relaciones sociales de producción. El trabajo asalariado fue empleado por los grandes intermediarios madereros para cosechar los pinos en sus inmensas propiedades o en tierras estatales, y para tripular sus trenes de mulas. Los trenes de don Pancho, por ejemplo, llegaban a 150 o 200 animales, y requerían tripulaciones de una docena de

hombres o más, así como observadores. Pero aunque el trabajo asalariado era un ingrediente importante en la organización de la explotación maderera, la mayoría de los pineros se dedicaban a la producción de mercancías simples. Esta producción dependía del trabajo no remunerado de los miembros del hogar que tributaba a un fondo de subsistencia común, en lugar de obtener ganancias para la inversión con fines de generar aún más ganancias. Como se señaló antes, los requisitos de capital eran bajos y las herramientas simples. La sierra de mano, muy usada en la construcción de casas, requería dos personas para operarla, de modo que los hombres se unieron en sociedad para comprar sus herramientas a crédito de los intermediarios madereros, así como para operar la sierra. En conjunto, los sencillos procedimientos técnicos y organizativos, al igual que la ausencia de control sobre los recursos esenciales, facilitaron la entrada de asociaciones independientes en la explotación maderera. Al mismo tiempo, desalentaron la consolidación de un sistema de producción basado exclusiva o predominantemente en el trabajo asalariado. De la misma manera, aunque don Pancho y don Sixto se convirtieron en los hombres ricos y poderosos de Los Pinos, no les fue posible monopolizar la actividad maderera.

EL IMPACTO DE LA INDUSTRIA MADERERA LOCAL EN LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS PINEROS

La especialización en madera y en su transporte ayudó a diversificar y enriquecer la sociedad y la economía pinera. En primer lugar, y lo más importante, las ganancias se utilizaron para financiar nuevos emprendimientos productivos. La tierra, la agricultura y la ganadería fueron las inversiones preferidas. Pero los arrieros ricos también exploraron nuevas formas de invertir sus ganancias para generar aún más ganancias. En 1920, por ejemplo, don Pancho compró el primer arado en Los Pinos, solo veinte años después de que aparecieron en Santiago (Hoetink, 1982:5), y mucho antes que en otras áreas rurales (*cf.* Werge, 1975). Utilizando mano de obra asalariada, don Pancho no solo sembró grandes campos de alimentos, sino que por primera vez emprendió el cultivo comercial de la caña de azúcar y el sisal. Construyó un trapiche para procesar la caña, y para 1930 ya estaba suministrando a toda la comunidad el azúcar muscovado grueso. Para sa-

tisfacer la necesidad local de cuerda de sisal, que se utilizaba para asegurar las tablas de pino y los troncos a los animales de carga, don Pancho introdujo dispositivos de decorticación manuales. De las hojas espinosas del sisal fruncido en los campos de don Pancho, los trabajadores extrajeron las fibras que, luego de secas y peinadas, retorcieron en cuerdas.

Una segunda salida para la explotación maderera y las ganancias de los trenes de mulas se encontró en la actividad comercial. Alrededor de 1920, los arrieros más ricos abrieron las primeras tiendas en la sección. Aprovechando la ventaja de sus numerosos trenes de mulas, compraban grandes cantidades de productos manufacturados a mayoristas en Navarrete, Mao, Santiago y otras ciudades del norte a las que transportaban madera. En sus viajes de regreso, llevaban estos productos a Los Pinos para venderlos en sus tiendas, que estaban a cargo de un hijo o una hija. Gracias a la favorable ubicación de Los Pinos en el nexo de diversas áreas de recursos, que en ese momento estaban interconectadas en una red de comercio, estas tiendas pronto ayudaron a satisfacer las necesidades mayoristas y minoristas de toda la sección. Los serones de Monción, el café, las maderas duras y los alimentos básicos de Sierra Adentro, sin mencionar los pinos de toda la sección, fluyeron a través de Los Pinos y dejaron una parte de su valor en manos de intermediarios y comerciantes.

Un tercer resultado de la especialización de Los Pinos en madera y transporte fue la creación de una demanda de artículos artesanales locales utilizados en los trenes de mulas. Las mujeres fabricaban sillas de montar, alforjas, estribos, mantas de silla de montar, etc., con materiales locales como el guano, el sisal, las hojas de plátano y varias pieles. Esta producción representó una fuente secundaria pero importante de empleo y de dinero efectivo para muchos hogares (Pérez, 1972:224-225). La creciente importancia de las actividades no agrícolas (madera, artesanía, transporte y comercio) se puede apreciar en el hecho de que los alimentos básicos ya no se cultivaban en cantidad suficiente para satisfacer la demanda local. Así, para 1930, otras zonas habían comenzado a especializarse en el cultivo de alimentos, una parte de cuya producción se comercializaba en Los Pinos.

Un resultado final fue la propagación de pastos cultivados y mejorados. La apremiante demanda de forraje creada por el gran número de animales de carga en Los Pinos estimuló la introducción temprana de pastos de alto rendimiento (por ejemplo, yerba guinea). Algunos hogares comenzaron a

«alquilar» sus campos a arrieros, una práctica que proporcionó otra nueva fuente de dinero efectivo. El crecimiento impulsado por la industria maderera y sus ramificaciones puso en marcha procesos de diferenciación social y económica en una comunidad donde la igualdad había sido la norma. Sin embargo, al mismo tiempo, otros factores mitigaron en esas diferencias en el modo y la calidad de vida de los pineros.

Como resultado de sus vínculos con los comerciantes de Santiago, don Pancho y don Sixto se encontraron en una posición favorable para acumular ganancias provenientes del desarrollo local de las fuerzas productivas. Ya en 1930 habían comprado gran parte de la tierra más adecuada para la agricultura y, en especial, para el cultivo con el uso del arado. Sin embargo, la frontera agrícola aún estaba lejos de agotarse, en particular hacia el sur, donde las precipitaciones eran abundantes y habituales. Los hogares sin tierra o con espacio insuficiente en el bosque para despejar tierras, solicitaron al comité del pueblo que distribuyera los derechos de usufructo de las tierras comunales. Por lo tanto, a través del acceso a dichas tierras, los hogares más pobres pudieron satisfacer la mayor parte de sus necesidades de subsistencia, y aunque el mercado penetró cada vez más en Los Pinos, la disponibilidad de dinero efectivo se resolvió a partir de una variedad de medios. Los hombres trabajaban por un salario en la madera, en la agricultura, en el trapiche de azúcar, en los trenes de mulas y en las máquinas cortadoras. Otros vendían troncos de pino a los molinos turcos y tablas a los arrieros-intermediarios. Las mujeres ganaban dinero bateando oro y horneando pan de mandioca, y fabricaban y vendían artículos que requerían los trenes de mulas. Algunas eran especialistas en el tejido de sombreros y de zapatos de tela y pieles de animales.

Los niveles de vida entre los estratos socioeconómicos de Los Pinos diferían en aspectos significativos; sin embargo, estas diferencias no parecen haber sido drásticas. La vivienda, la dieta y la educación, por citar solo algunos ejemplos, diferían dentro de límites más estrechos de lo que iba a ser después de 1935. Es cierto que los arrieros más ricos habían pintado casas de estilo santiaguero y las adornaban con detalles de casita de jengibre. Mas como los materiales de construcción eran abundantes, producidos localmente y disponibles con facilidad, la mayoría de las casas eran grandes estructuras de madera aireada (una evidencia de su amplitud es que cuando sus propietarios murieron en los años 1950 y 1960, los hered-

ros construyeron dos o tres casas más pequeñas con la madera original). En palabras de un pinero, el arroz era «la comida de los ricos», pero la carne era central en la dieta de todos. El bosque y las sabanas intercaladas de La Loma proporcionaron abundantes áreas de forraje que soportaron el gran número de ganado, cerdos y cabras. Los animales se marcaban o se señalaban con muescas en las orejas, y se soltaban para que se alimentaran sin supervisión. Los encuestados de más edad coincidían en que la masa ganadera de Los Pinos era más abundante antes de 1935 y que una práctica común consistía en que los hogares mataran un cerdo cada semana y una vaca cada mes (para información similar acerca de una comunidad en las montañas centrales del sur, ver Werge, 1975). Tampoco parece que la educación de los niños haya variado mucho entre los hogares. En 1930, ya había una escuela con tres grados. Incluso los hijos de los arrieros más ricos ayudaban en los campos y en los trenes de mulas desde una edad temprana, y solo unos pocos alcanzaron el tercer grado.

EL TRUJILLATO, 1930-1961

En 1930, Rafael Leonidas Trujillo utilizó su base de poder en la guardia nacional creada durante la ocupación militar estadounidense para instalarse en la presidencia. Durante los siguientes treinta años, Trujillo siguió políticas que propiciaron un rápido crecimiento económico y un cambio social enorme, que impactaron casi todos los aspectos de la vida nacional. Como se señaló en el capítulo 1, creó un sector manufacturero que procesaba materias primas locales para abastecer el mercado interno y reducir las importaciones. La concentración de tierras y sus inversiones en agricultura aceleraron la transformación del sector agrario. Y siguiendo los estándares de calidad de los proyectos estadounidenses materializados durante la ocupación, Trujillo triplicó el programa de construcción de carreteras y levantó docenas de puentes nuevos (Bell, 1981). El éxito de esas políticas fue posible gracias al estricto control de Trujillo sobre el aparato estatal, respaldado por una inversión sustancial en el ejército (Cassá, 1982).

Las áreas remotas, como Los Pinos, recibieron no solo las ondas expansivas de las transformaciones nacionales, sino también la intervención directa de Trujillo. Entre los muchos proyectos que emprendió, los

tres siguientes tuvieron una influencia decisiva en la estructura de la vida de los pineros: la monopolización de la industria maderera, el desarrollo de la infraestructura y la introducción del cultivo de maní. Como en otras partes del país, estos proyectos tuvieron profundas consecuencias, incluso mucho después de la desaparición de Trujillo, las cuales contribuyeron a a crear las condiciones que llevaron a muchos pineros a considerar la migración laboral internacional como una opción atractiva después de 1961.

El trujillato I: privación de derechos y monopolio

Desde el principio, Trujillo dirigió una atención considerable a la Sierra Occidental. Construyó una villa en La Sede, La Mansión, que visitaba a menudo. Hizo su primera visita a Los Pinos poco después de asumir la presidencia, y mantuvo contacto personal con algunos pineros prominentes durante su vida. Como parte de su «panal de poder», instauró la práctica de incorporar «figuras respetables» en su red siempre que fuera posible (Crassweller, 1966). Al atraer a la élite tradicional, al menos en cierta medida, y otorgarles algunas concesiones, se aseguró su lealtad y fortaleció la apariencia de legitimidad que necesitaba (Cassá, 1982:449-450). Por supuesto, además de la cooptación, el panal de poder también fue aglutinado por la amenaza de la fuerza y la represión.

Cuando Trujillo llegó por primera vez a Los Pinos a principios de la década de 1930, el arriero-intermediario don Pancho lo alojó y lo atendió generosamente, tanto a él, como a su séquito. Con posterioridad, don Pancho se convirtió en «el hombre de Trujillo» en Los Pinos, el único en la sección, por ejemplo, al que se le permitió llevar un revólver (un símbolo de gran prestigio y estatus). Una hija de don Pancho me explicó durante una de sus raras visitas desde los Estados Unidos, que Trujillo «le había ofrecido a Pancho lo que necesitaba, porque Trujillo sabía que era un hombre neutral que no lo iba a traicionar». Poco después de esta primera visita, nombró al yerno de don Pancho como alcalde de toda la sección. El alcalde era el representante directo de Trujillo a nivel local, una figura de autoridad, influencia y coerción. El yerno de don Pancho se desempeñó como alcalde durante los siguientes treinta años. En ese tiempo adquirió una reputación como «calié», un hombre fuerte y autoritario, que usó su posición para apoderarse de la tierra y del trabajo no remunerado de otros, y colocó a

sus hijos en trabajos deseables. Don Sixto también fue un fiel partidario de Trujillo que se benefició de su relación con él. Don Pancho, su yerno y don Sixto se posicionaron así como mediadores entre las nuevas instituciones estatales y la población local.

La presencia de Trujillo en la Sierra Occidental se sintió no solo de manera directa a través de sus visitas y de las relaciones que estableció con prominentes serranos, sino también indirectamente mediante sus representantes. Para aliviar el resentimiento popular causado por sus acciones, Trujillo a menudo prefería hacer negocios a través de estos hombres de confianza, que representaban sus intereses bajo el disfraz de los suyos propios (Cassá, 1980: 263; 1982: 449). Esta fue otra táctica para lograr un grado de legitimación y para enmascarar el grado en que la riqueza se estaba concentrando en sus manos. Su principal representante en la Sierra Occidental fue Santos Casagrande, un capitán del ejército allí nacido. Con el tiempo, Casagrande forjó estrechos lazos personales y de patrocinio en Los Pinos. Se convirtió en el compadre de los arrieros y comerciantes más ricos y tomó a la viuda del hijo de don Pancho como su concubina. La hermana de Casagrande fue nombrada la primera maestra permanente, una posición de influencia que ocupó durante treinta años. Con los informes de primera mano de Casagrande, y sin duda a partir de sus propias observaciones, Trujillo se sintió atraído por la industria maderera de Los Pinos. Los historiadores de este período han apuntado que, una vez que observaba las ventajas económicas de una actividad, se movía rápidamente para obtener el control, y una vez en sus manos maximizar la rentabilidad tanto eliminando competidores como estableciendo un monopolio sobre los recursos y la tecnología (Crassweller, 1966; Cassá 1980:263). Sus acciones en Los Pinos se ajustaron a este patrón. Con el fin de hacerse cargo de la explotación forestal, Trujillo primero obtuvo el control completo sobre los recursos forestales. Se recordará que, debido a su aislamiento, Los Pinos, como la mayor parte de la Sierra Occidental, había escapado de la aplicación de la Ley de Registro de la Propiedad de 1920. Por lo tanto, cuando Trujillo llegó al poder en 1930, sus sistemas tradicionales de tenencia de la tierra aún estaban intactos. A mediados de la década de 1930, con el pretexto de ejecutar un estudio catastral de la sección, el apoderado de Trujillo, Santos Casagrande, declaró todos los títulos de propiedad de la tierra inválidos y todas las tierras no reclamadas propiedad del Estado.

Como ha señalado Bell (1981), «la distinción entre la propiedad estatal y la propiedad personal de Trujillo no era nada sino borrosa» (p. 348). A los pineros se les ofreció una opción: vender los títulos antiguos, ahora declarados sin valor, a Casagrande, o revalidarlos y notarizarlos ante el tribunal de tierras en Santiago. La revalidación, sin embargo, era costosa, y solo las familias más ricas podían costearla. Aquellos que no poseían títulos y los pocos que se atrevieron a negarse a vender los suyos a los bajos precios que se ofrecieron, les fueron confiscadas sus tierras. Sin embargo, aunque todos los títulos fueron declarados inválidos, solo los terrenos cubiertos de bosque resultaron confiscados. El patrocinio de Casagrande permitió a don Pancho y a don Sixto conservar sus propiedades intactas, pero casi todos los hogares en Los Pinos perdieron parte de sus tierras. Una vez que estos bosques pasaron a su control, Trujillo prohibió la tala no autorizada y los infractores corrían el riesgo de ser encarcelados.

Las consecuencias de la pérdida de las tierras de pinos para la comunidad, al igual que el derecho a cortar árboles, no pueden ser minimizadas. En el municipio completo, Trujillo compró o expropió un total de 374,431 tareas, el 58 % de la superficie total. Gran parte de esta tierra estaba cubierta de bosques de pinos (Instituto Agrario Dominicano, 1963; cf. Gómez, 1979:102). Curiosamente, estas tierras fueron registradas a nombre de un apoderado. Las expropiaciones de Trujillo en Los Pinos redujeron la base agrícola de la comunidad en al menos un tercio, creando una presión demográfica sobre los recursos restantes casi de la noche a la mañana. Con la pérdida de derechos de La Loma, y otras tierras no reclamadas, la frontera agrícola de Los Pinos desapareció, así como su principal suministro de combustible y de materiales de construcción, y su sitio de pastoreo comunal. Aún más importante en ese momento, sin embargo, fue la pérdida de los derechos, en todas las tierras, sobre los árboles mismos, que eran la fuente principal de ingresos para la casi totalidad de los sectores de la comunidad. Al prohibir la tala no autorizada, eliminó de un solo golpe la competencia de las asociaciones independientes y liberalizó el empleo para laborar en su recién creado latifundio maderero.

Trujillo luego dirigió su atención y recursos a racionalizar la producción de madera. A finales de la década de 1930, había mecanizado, primero, la molienda y, poco después, el transporte. El aserradero diesel instalado en La Loma era ahora el centro de la actividad maderera en Los Pinos. Para

facilitar la mecanización del transporte, Trujillo emprendió un ambicioso programa de construcción de carreteras. Por primera vez, estas unirían Los Pinos con La Sede en el este y con Monción al oeste. Se construyeron puentes de hormigón sobre los principales ríos, con lo que se eliminaban pérdidas por las inundaciones durante la temporada de lluvias. Las nuevas carreteras penetraron incluso en los densos bosques de Sierra Adentro, conectando Los Pinos con esta importante zona productora de madera y café.

Estas mejoras de infraestructura hicieron posible la llegada de los primeros camiones y tractores en 1939. Aunque los árboles continuaron siendo talados con hachas, ahora los tractores y los bueyes arrastraban los troncos hasta el sitio de molienda, donde la sierra Diesel los transformaba en tablas. Estas se cargaban en camiones que llegaban directamente hasta los sitios de molienda en el bosque y que luego transportaban las tablas a Santiago para ser secadas y lijadas.

A principios de la década de 1940, Trujillo vendió el molino en Los Pinos a su administrador, un miembro de la emergente burguesía industrial estrechamente vinculada y dependiente de su gobierno. Sin embargo, retuvo la propiedad de los bosques y cobró una tarifa por cada corte de pino. Trujillo siempre concentró su atención y sus recursos ilimitados en aquellas empresas que ofrecían el mayor rendimiento al capital. En comparación con las nuevas industrias de sustitución de importaciones que comenzaba a instaurar como monopolios en las zonas urbanas, la industria maderera de la Sierra no resultaba competitiva. Por eso, Trujillo vendió su molino a un cliente de confianza, quien continuó la explotación incesante de los bosques de pinos de la región durante las siguientes dos décadas.

La consecuencia de las políticas de Trujillo en Los Pinos: el impacto ecológico

El impacto ecológico de la mecanización de la madera fue profundo y generalizado e hizo posible una escala de molienda desconocida en la región. A los cinco años de la venta del molino, los árboles más grandes de La Loma habían sido talados. La molienda se trasladó más al sur, en Sierra Adentro, llevando consigo máquinas y algunos (los más privilegiados) trabajadores pineros. El daño causado al ecosistema de La Loma, sin embargo, permaneció en la comunidad. Con el dosel del bosque desaparecido, muchos ríos

y arroyos se secaron, mientras que otros fluían solo durante la temporada de lluvias. Estos arroyos habían sido las fuentes principales de agua potable para Los Pinos; con su desecación, el agua potable ahora tenía que ser transportada desde el río más cercano, a cinco kilómetros de la comunidad. Un viaje de cinco horas en burro, tarea que recayó sobre los niños pequeños, que pasaron y todavía pasan la mayor parte de cada mañana ejecutándola.

Pero la extensión de las actividades de molienda a Sierra Adentro iba a tener efectos ecológicos aún más profundos. Los principales sistemas fluviales de la Sierra, y muchos de los ríos más importantes de la nación, tienen sus cabeceras en esa parte de la Cordillera Central. La mecanización de la madera también disminuyó el dosel forestal de esta región, alterando profundamente el volumen y el régimen de los ríos más grandes. Esta situación se vio agravada por las actividades agrícolas, dado que numerosos agricultores se sintieron atraídos a la zona por la construcción de nuevas carreteras y por la extensión de la industria maderera. Las inundaciones severas en la temporada de lluvias comenzaron a alternarse con la casi desaparición de los ríos durante los meses más secos. El río Los Pinos, en cuyas orillas se fundó la comunidad del mismo nombre, se convirtió en una fuente poco segura de agua. Los cultivos con altos requerimientos de humedad, como cebollas, tomates, ajo y berros, ya no podían plantarse en los huertos para la de subsistencia. Algunos tuvieron que ser importados, otros desaparecieron por completo de la dieta local (*cf.* Secretaría de Agricultura, 1978).

Alarmado por los efectos adversos de la industria maderera y de tala y quema en los regímenes fluviales, Trujillo comenzó a desalojar a los campesinos de Sierra Adentro a principios de la década de 1950 y prohibió la colonización del área. En 1956, creó el Parque Nacional José Armando Bermúdez, que abarca 77,972 hectáreas de tierra en Sierra Adentro, como reserva administrada por el gobierno en la que todas las actividades agrícolas y madereras estaban prohibidas.

El conservacionismo militante de Trujillo con respecto a la región estaba arraigado en su preocupación por proteger el suministro de agua a las fértiles tierras del Valle del Cibao. Para detener la destrucción de los ríos y la sedimentación acelerada de los canales de riego, ordenó que la población de Sierra Adentro fuera expulsada por la fuerza de sus propiedades. Algunos de los campesinos desalojados fueron reubicados en asentamientos de colonización planificados (colonias), cerca de la frontera con Haití,

pero muchos optaron por mudarse a tierras no reclamadas en la periferia sur de la sección de Los Pinos. Por lo tanto, Sierra Adentro ya no estaba disponible para los campesinos pineros, puesto que una importante reserva agrícola cerca de la comunidad había sido confiscada a los ocupantes ilegales. En 1960, con la doble pérdida de La Loma y de Sierra Adentro, los agricultores pineros se vieron atrapados en un problema: ya no existía ninguna cantidad significativa de tierra no reclamada en la sección.

El impacto del programa de construcción de carreteras en la economía local

El nuevo sistema de carreteras y puentes y los cambios en la tecnología del transporte tuvieron consecuencias devastadoras para los arrieros y un profundo impacto en la naturaleza de la producción local y del consumo en general. Durante la fase inicial de los aserraderos de Trujillo, antes de que se completaran los caminos, los arrieros pineros se habían beneficiado del incremento de las operaciones de molienda por el incremento del volumen de madera para transportar, aun cuando, simultáneamente, se les privó del derecho a comprar tablas de pino. Don Sixto y don Pancho se beneficiaron aún más gracias a sus vínculos con Casagrande y Trujillo, y obtuvieron permiso para talar y procesar maderas preciosas en sus extensas propiedades, que no fueron tocadas por la encuesta. Sin embargo, en cinco años, quedaban pocas maderas duras. En 1940, los primeros camiones habían llegado y, de la noche a la mañana, los trenes de mulas se volvieron obsoletos. Si alguna fueron activos importantes, ahora los animales de carga dejaban de ser útiles en la medida que los nuevos camiones los reemplazaron en todas las tareas, excepto en el transporte de agua para fines domésticos.

La opinión de un prominente arriero de la Sierra sobre las transformaciones económicas fue registrada por el geógrafo dominicano Juan B. Pérez en su viaje por la región en la década de 1940 (Pérez, 1972). En sus palabras:

Las carreteras están acabando con nosotros, porque antes de las carreteras los que teníamos trenes de mulas ganábamos dinero y nos ayudábamos unos a otros. Entre los que ayudamos estaban, primero, los criadores de animales de carga, cuando surgió la necesidad de reemplazar animales; segundo, los que alquilaban sus pastos; tercero, los fabricantes de sillas de montar; cuarto, los fabricantes de estribos; quinto, los que tejen alforjas; sexto, los fabricantes

de cuerdas de sisal; séptimo, todos los de las afueras de los pueblos que se encargaron de mantener a los propios arrieros; noveno, los veterinarios, y así sucesivamente. Pero hoy todo el dinero va a los bolsillos de los fabricantes de automóviles y camiones y a los propietarios de pozos de petróleo, es decir, a los extranjeros (pp. 224-225, traducción propia).

Aunque las afirmaciones de este arriero son quizás algo egoístas, su lamentación expresa la real, aunque gradual, movilidad descendente experimentada por los miembros de su clase. Incapaces de comprar y vender madera, y sus trenes de mulas superados por los nuevos camiones, comenzaron un largo declive social y económico. El patrocinio de Trujillo compensó este proceso hasta cierto punto para los dos grandes hombres de Los Pinos, pero en última instancia ellos también cayeron casi al nivel de los pineros sin conexiones. Mientras que algunas manufacturas, como las enumeradas por este arriero, quedaron en desuso por los nuevos camiones, otras fueron eliminadas por el flujo sin precedentes hacia la comunidad de nuevos alimentos elaborados. Numerosos productos locales comenzaron a desaparecer. Por ejemplo, alrededor de una década después de que el primer camión llegara a Los Pinos, el azúcar muscovado ya no se producía en el trapiche local y los zapatos y sombreros no eran fabricados por mujeres pineras. El sisal fue arrancado de raíz y el pan de trigo comenzó a ser favorecido sobre el pan de mandioca. Los alimentos procesados, como la pasta de tomate enlatada y el chocolate, reemplazaron a la anaca (bija orellana) y el cacao, que ya no se cultivaban en huertos de subsistencia. Los nuevos productos eran fabricados por industrias nacionales, casi todas monopolizadas por Trujillo. Al facilitar el flujo de alimentos manufacturados que desplazaron a los artículos locales, el proyecto de construcción de carreteras de Trujillo reforzó su creciente control sobre mercados aún más remotos, como Los Pinos.

El trujillato II: el proyecto de sustitución de importaciones y Los Pinos

Si los primeros quince años del régimen de Trujillo estuvieron marcados por la acumulación de capital a través de la expropiación y el «monopolio por decreto», los siguientes quince años vieron la inversión de ese

capital en el desarrollo de la industria.⁶ Los precios favorables y el aumento de la demanda de exportaciones dominicanas en el período inmediato de posguerra ayudaron a promover el proyecto de industrialización de Trujillo, pero el gran impulso sobrevino de las condiciones internas, en especial del alto grado de control político y económico adquirido sobre la producción y el consumo nacional. Utilizando materiales autóctonos y produciendo para el mercado interno, este tipo de inversión constituyó algo inédito en la historia de la República Dominicana. Las nuevas fábricas se ubicaron en los centros urbanos, la mayoría de ellas en la capital, mientras que las áreas rurales se incorporaron al proceso de industrialización como productores especializados de materias primas baratas y consumidores de los nuevos productos.

Uno de los bienes de consumo fabricados por Trujillo fue el aceite de maní. Ansioso por encontrar un sustituto para los aceites comestibles tradicionales, como el aceite de oliva, que se importaba, y la manteca de cerdo, seleccionó como la fuente de aceite más adecuada el maní de Valencia, aunque no era nativo del país. No hace falta decir que se creó un monopolio nacional: no solo toda la producción de aceite de maní estaba en manos de Trujillo, sino que ningún otro aceite le hacía competencia comercial. Trujillo tenía así un gran interés en difundir el nuevo cultivo en el país.

Los cacahuetes (maní) se introdujeron en Los Pinos en 1949, y en pocos años los hombres de toda la sección habían adoptado el nuevo cultivo. Varios factores llevaron a los pineros a aceptarlo con rapidez y entusiasmo. En primer lugar, Trujillo fue cuidadoso en la forma de introducirlo. Los sacerdotes, que gozaban del respeto y la confianza de muchos dominicanos, a veces eran utilizados como agentes para propagar los nuevos proyectos. La Iglesia católica se mantuvo estrechamente aliada con Trujillo hasta los últimos años de su régimen (Crassweller, 1966). Un sacerdote de La Sede fue quien primero trajo maní a Los Pinos y alentó su cultivo, engatusando a los agricultores desde el púlpito; plantó incluso una parcela demostrativa (Registros Internos de la Sociedad Industrial Dominicana). En segundo lugar, la introducción del maní coincidió con circunstancias que llevaban a los pineros a depender cada vez más de la agricultura para su sustento. A

⁶ Por supuesto, esto no quiere decir que las expropiaciones y la acumulación primitiva en general cesaron; no lo hicieron, sino que continuaron proporcionando capital para el sector industrial (cf. Gómez, 1979:99).

principios de la década de 1950, los recursos forestales locales habían sido diezmados y la actividad de molienda había decrecido considerablemente. Con la disminución de las oportunidades de empleo en los molinos, y con la mayoría de las industrias artesanales destruidas, muchos pineros tuvieron que recurrir a la tierra, el único recurso aún más o menos bajo su control. Un tercer factor tenía que ver con la naturaleza del cultivo en sí. Al requerir el maní dos cultivos al año y con ciclo de crecimiento de sesenta días, aún dejaba suficiente tiempo durante los seis meses restantes para un breve barbecho o cultivos de subsistencia. Aunque el maní solo podía venderse a los agentes de Trujillo a un precio bajo fijo, el hecho de dirigirlo a un mercado cautivo y monopólico garantizaba la demanda y los precios estables. Esto contrastaba favorablemente con las fluctuaciones de los precios de cultivos tradicionales, como el tabaco.

La producción se expandió con rapidez en la década de 1950. En 1954, una subagencia de la compañía de aceite de maní de Trujillo se estableció en Los Pinos para recibir las 586,100 libras cosechadas en la sección ese año. La subagencia también distribuyó insumos, como semillas mejoradas, fertilizantes y pesticidas a crédito, que se reembolsaron con una parte de la cosecha. Para 1965, la producción aumentó 120 %, a 1,249,700 libras.

Frente a los bajos precios y la escasez de dinero, la alta demanda de mano de obra fue el freno principal para el cultivo de maní por parte de los agricultores pobres. Este obstáculo fue superado a través de la intensificación del sistema tradicional de intercambio de trabajo. Llamado «junta», «convide» o «burricá», era un medio importante para que los hogares pineros captaran mano de obra adicional sin necesidad de dinero. Se crearon juntas tanto entre socios establecidos como entre grupos de hombres y mujeres que intercambiaban labores de un hogar a otro. Las juntas se utilizaron para completar diversas tareas agrícolas y no agrícolas, incluyendo la construcción de casas, techos de paja y la elevación de cercas. Las mujeres también participaban para tejer serones, hornear pan de mandioca o realizar las tareas domésticas de un vecino enfermo. Aunque la mayoría de las juntas eran estrictamente igualitarias, con cantidades similares de servicios intercambiados entre socios que tendían a estar vinculados por otros medios también, algunos tenían una naturaleza jerárquica y explotadora. Cuando don Pancho y don Sixto enviaban invitaciones a una junta, por ejemplo, los pineros acudían no solo a darse un festín con el novillo

que sería sacrificado, sino también para honrar los lazos de patrocinio que los unían. En la época de Trujillo, cuando el alcalde organizaba juntas para la construcción de carreteras y otras tareas, todos participaban por temor a represalias.

A principios de la década de 1950, en respuesta a la introducción del maní, la institución de la junta experimentó un cambio significativo. Con el fin de satisfacer las exigencias de mano de obra, las juntas se hicieron mucho más grandes, a menudo reuniendo a cincuenta personas o más. Al mismo tiempo, se volvieron mejor organizadas y más especializadas. Ante las severas limitaciones en efectivo y de crédito, la asistencia mutua mediante las juntas se volvió vital para un cultivo como el maní. En palabras de un exagricultor pinero, «el maní ayudó a los pobres, y los pobres se ayudaron unos a otros».

Una tarea que no se les dejó a las juntas fue la cosecha. El momento de la cosecha era de crucial importancia, ya que los agricultores no podían permitirse esperar demasiado tiempo por miedo a que las lluvias pudrieran los cacahuetes. En este caso, los costos se mantuvieron bajos gracias a la contratación de mujeres para cosecharlos y empacarlos en bolsas de plástico suministradas por la agencia local de maní. Todas provenían de hogares semiproletarios o sin tierra, y la mayoría eran asistidas por sus hijos. Así, la cosecha, la única actividad asalariada a gran escala en la producción del maní, se convirtió en trabajo de mujeres. Vale la pena señalar que los hombres recibían un salario diario y por eso no gustaban del trabajo de las cosechadoras, a las que se les pagaba una tarifa a destajo por el saco. La cosecha se convirtió en el trabajo peor pagado. Y así se ha mantenido. Con los años, los salarios de los hombres se han más que triplicado, mientras que las tarifas a destajo pagadas a las mujeres cosechadoras solo se duplicaron, la misma tasa de aumento que se aplicó al alquiler de burros para transportar la cosecha (véase la tabla 5.4).

Pero no fueron sólo los pineros más pobres los que confiaron en las juntas. Los comerciantes más destacados también se aprovechaban de ellas para cultivar sus grandes campos. Ocupados a tiempo completo en sus tiendas, sus cultivos eran relegados a un pariente cercano u otro individuo de confianza que los administraba a cambio de una parte de la cosecha. Dicho individuo era también arador profesional, bueyero, araba los campos, organizaba las juntas y contrataba la mano de obra asalariada

adicional necesaria. Sin embargo, el trabajo no remunerado donado por las juntas a los comerciantes no fue correspondido. El patrocinio de estos comerciantes llevaba a los pineros que dependían del crédito para cubrir las necesidades domésticas a acudir a ellos. La siguiente declaración de un pequeño agricultor-cliente revela la tintura moral con la que se coloreaban estos lazos: «Don Martín daba mucha comida en sus juntas, pero no era por la comida que yo iba. Más bien fue por amistad y agradecimiento».

Durante un breve período que duró poco más de una década y media, el cultivo de maní proporcionó una importante fuente de dinero efectivo a muchos hogares campesinos. Como Los Pinos era el sitio de la subagencia a la que todos los agricultores tenían que acudir para obtener sus insumos y créditos y traer su cosecha, los comerciantes y vendedores también se beneficiaron. Un comerciante comparó la cosecha bianual de maní con una fiesta, con camiones y personas de toda la sección abarrotando la calle principal. Las ventas alcanzaron decenas de miles de pesos a medida que los agricultores liquidaban sus deudas y realizaban compras que habían tenido que retrasar hasta la cosecha. Esta trajo otros beneficios, como mayores oportunidades para el trabajo asalariado estacional, el trasiego de maní y la conducción de camiones a la refinería de Santo Domingo. Algunas mujeres aprovecharon el aumento de la circulación de personas y de dinero en efectivo para instalar fondas, o puestos, y vender alimentos preparados a quienes venían a entregar sus cosechas.

Pero el nuevo auge fue de corta duración. Ante los bajos precios, que imponían la apremiante necesidad de cultivar suficiente maní para satisfacer las crecientes demandas de efectivo de sus hogares, los agricultores literalmente «minaron el suelo» y, al hacerlo, socavaron su propia capacidad para continuar la producción. El doble cultivo en las empinadas laderas de Los Pinos aceleró la tasa de erosión. Los cacahuetes, como destacó un agricultor painero, «necesitan mucho que el suelo se mueva». Es decir, aunque bien adaptadas al cultivo, las margas arenosas de Los Pinos tuvieron que aflojarse aún más para permitir la brotación y el desarrollo de las vainas de maní. El arado profundo, el deshierbe y la azada perturbaron la delgada capa superior del suelo y dañaron de manera muy severa su estabilidad. Esto también ayudó a promover la erosión y, en última instancia, a destruir los campos. Sin ninguna de las ganancias extraídas del cultivo de maní invertidas localmente en labores tendentes a aumentar la productividad de

la tierra, y el uso intensivo de recursos limitados y frágiles que afectaron los terrenos, la mayoría de los agricultores pineros abandonaron finalmente el cultivo del maní, como se verá en el capítulo 5.

El impacto del trujillato en la economía y estructura social pinera

Ninguna parte de la sociedad pinera quedó al margen de las profundas transformaciones económicas y ecológicas descritas con anterioridad. En esta sección, examino los efectos de estos cambios en las principales clases y segmentos de clase durante el trujillato: arrieros-intermediarios, comerciantes-usureros, trabajadores asalariados en el aserradero y agricultores con grandes, medianos y pequeños latifundios. Cabe señalar que, al igual que en otras partes de la república y del Caribe en general, la mayoría de los hogares, incluidos algunos de los más privilegiados, dependían (y siguen dependiendo) de una multiplicidad de actividades generadoras de ingresos para satisfacer las necesidades de subsistencia y para el ahorro (cf. Comitas, 1973). Centro la atención en el impacto del trujillato en estos sectores y en la capacidad del hogar para reproducirse, es decir, garantizar a su progenie una posición similar o comparable en el sistema de producción y en la estructura social.

Los individuos más poderosos y prominentes antes del Trujillato, los arrieros-intermediarios, entraron en un largo período de declive social y económico después de 1940. El mayor golpe fue la aniquilación del control local sobre la explotación forestal y la competencia de los nuevos medios de transporte. Dicho control pasó de estos intermediarios al Estado dominicano, mediado por representantes como Casagrande y otros agentes. Este cambio abolió el medio más importante del arriero para extraer ganancias de los pineros más pobres. A mediados de la década de 1940, los arrieros no tuvieron más remedio que recurrir a la agricultura y a la ganadería para ganarse la vida. De hecho, estaban bien preparados para hacerlo, ya que, según los estándares de Los Pinos, sus propiedades eran enormes: Don Sixto, por ejemplo, tenía más de 2,000 tareas de tierra registradas en el tribunal de tierras de Santo Domingo y otras más sin registrar. Los hogares de estos arrieros también eran muy grandes y proporcionaban un suministro de mano de obra no remunerada complementada por trabajadores asalariados y la junta ocasional. Por lo general, incluían una docena de niños

o más, a menudo niños «adoptados» (hijos de crianza), peones de la casa que vivían dentro del recinto doméstico, comían con la familia, etc., y una variedad de parientes y vecinos pobres que acudían a comer y pedir caridad. Don Sixto también había establecido un segundo hogar en Los Pinos, una práctica que ocurría con mayor o menor frecuencia entre los hombres. Apoyó a su segunda esposa y otorgó reconocimiento al hijo nacido de esa unión, lo que de acuerdo con la costumbre y la ley dominicanas significaba que asumía la responsabilidad por él y le daba cierto derecho a su patrimonio (ver Walker, 1972:90).

Sin embargo, para cubrir sus altos gastos de consumo doméstico, los arrieros se vieron obligados de vez en cuando a vender parcelas de sus tierras. Y a medida que las alternativas a la agricultura disminuyeron durante el trujillato, los hijos de estos arrieros también recurrieron a la tierra familiar para mantener a sus hogares. Cuando los hijos se casaban, los padres estaban obligados por tradición a proporcionarles parcelas de subsistencia. Además, a la muerte de uno de los padres, se distribuían cantidades equivalentes de las tierras restantes a los descendientes legítimos. Con poca reserva agrícola después de las expropiaciones de Trujillo, tales prácticas derivaron en la fragmentación de las propiedades. Volviendo al caso de don Sixto, cuando murió en la década de 1950, sus trece hijos recibieron cada uno unas 200 tareas de tierra, lo que los colocó en las filas medias de los agricultores. Su segunda esposa también recibió la casa que había construido para ella y una porción más pequeña de tierra. Sin la posibilidad de nuevas adquisiciones, los nietos de don Sixto enfrentaron la realidad de la escasez de tierras y de la semiproletarización. Algunos arrieros pudieron invertir en tiendas que inicialmente eran administradas por un hijo o por una hija y su esposo. Esto les dio la opción de resistir la espiral de movilidad social descendente y la privación de estatus que amenazaba a sus hermanos. Sin embargo, la costumbre de la herencia compartida, y en menor medida el establecimiento de múltiples hogares, funcionaron como poderosos mecanismos de nivelación frente a la limitada frontera terrestre.

Mientras los viejos arrieros entraban en declive, una nueva élite estaba emergiendo para reemplazarlos, tanto social como económicamente. Esta nueva élite estaba compuesta por los comerciantes más ricos de Los Pinos, quienes pudieron beneficiarse de la creciente mercantilización de la economía local y también del continuo aislamiento de la mayor parte de la po-

blación, lo que les permitió fijar precios a niveles más altos que en las principales ciudades. A principios de la década de 1950, varios comerciantes habían emigrado a Los Pinos desde otras partes de la Sierra. La instalación de los molinos mecanizados, la febril construcción de carreteras, puentes y viviendas para los empleados, la afluencia de trabajadores especializados de otras áreas de la Sierra y el consiguiente aumento del volumen y la circulación de dinero efectivo local incrementaron el atractivo del pueblo, que se estaba convirtiendo en el bullicioso centro comercial de la sección y sus alrededores. Algunos de estos comerciantes-empresarios invirtieron sus ganancias en camiones conducidos por sus hijos. Al principio, transportaban madera para los molinos, y con posterioridad la cosecha de maní hasta las refinerías de Santo Domingo. Por lo general, regresaban cargados de mercancía para sus tiendas. Estos comerciantes prosperaron en Los Pinos, aun cuando su objetivo era abandonar la comunidad tan pronto como pudieran acumular suficientes ganancias y establecerse en Santiago u otra ciudad del norte.

Tres de los comerciantes más grandes y prósperos, cada uno situado prominentemente en una esquina de la intersección principal de Los Pinos, permanecieron en la comunidad. La tienda más grande era propiedad de un migrante de otra ciudad de la Sierra. Las otras dos pertenecían a descendientes de don Pancho y don Sixto. Estos tres comerciantes, que fueron remplazando con el tiempo a los antiguos arrieros en riqueza y conexiones, y ahora eran honrados con los títulos de «don» y «doña», emergieron como la nueva élite local. También fungían como usureros, utilizando las ganancias de sus tiendas como capital de préstamo. Las ganancias del comercio se invirtieron en tierras, en el cultivo de productos comerciales y en ganado. Para 1961, estos comerciantes se habían convertido en los mayores terratenientes de Los Pinos, eclipsando a los antiguos arrieros y a sus descendientes. Además de las líneas tradicionales para la obtención de ganancias, los comerciantes, por primera vez en las prácticas de la comunidad, invirtieron en propiedades urbanas y en la educación superior de sus hijos. Esto significaba, para el hijo mayor, la escuela secundaria, y tal vez «academia de negocios» para una hija. Casi todos los hijos menores asistieron a la universidad.

Además de mantenerse en buenos términos con los representantes de Trujillo en la región, estos comerciantes también forjaron estrechos vín-

culos con la burguesía usurera comercial de Santiago. En gran parte debido al proceso de centralización social, política y económica puesto en marcha por las políticas de Trujillo, Santiago se convirtió en la ciudad más importante del norte. Simultáneamente, los vínculos entre Los Pinos y las ciudades intermedias del norte, como Mao, Navarrete, Puerto Plata y Monte Cristi, que fueron significativas en los días de la explotación maderera descentralizada, casi desaparecieron.

Los nuevos comerciantes pineros estaban en una posición única para beneficiarse de este cambio en el enfoque de la actividad social y económica. Sus transacciones con prominentes importadores, mayoristas y otros intermediarios en Santiago sentaron las bases para consolidar múltiples lazos de confianza, amistad y cooperación, de los cuales se derivaron ventajas sociales, políticas y económicas. Conocido en la República Dominicana como el «enllave», estas conexiones con la élite de Santiago permitieron a los comerciantes pineros obtener consejos para inversiones especulativas, colocar a sus hijos menores con educación universitaria en trabajos prestigiosos y bien remunerados, y adquirir contratos lucrativos para los negocios de camiones de sus hijos mayores y para otras actividades comerciales.

Los trabajadores de los molinos formaban el grueso de los asalariados, empleados más o menos constantemente, y representaban otra clase importante en Los Pinos. Además de aumentar las oportunidades de trabajo asalariado —entre 1935 y alrededor de 1950, no menos de 50 pineros fueron empleados por los molinos— la mecanización de la industria maderera generó una multiplicidad de tareas que amplió enormemente la división del trabajo. La producción de madera ahora abarcaba cuatro sitios distintos. Cada uno tenía su propia jerarquía interna de labores y salarios, así como su propio supervisor o capataz. En el bosque (loma), los leñadores cortaban los pinos y los fragmentaban. Los conductores de tractores y bueyes transportaban las piezas a un área central de recolección, el batey, donde los cargadores los montaban en los camiones. Los choferes de camiones llevaban los troncos al molino, donde el cortador de fresado y sus asistentes operaban la sierra Diesel. En el patio, el área justo afuera del molino, los trabajadores clasificaban los tableros en categorías según el tamaño y la calidad y los cargaban en camiones destinados a los almacenes de Santiago. Además, los operadores de equipos de carreteras despejaban continuamente nuevos senderos para llegar a los pinos aún sin explotar. En la

cúspide de toda la cadena de mando en Los Pinos estaba un administrador, estrechamente aliado de Trujillo. La oficina del administrador también era el sitio de la bodega, la tienda de la compañía, que era administrada por un pinero de confianza. Así, las asociaciones igualitarias que antes predominaban para la tala y el aserradero de árboles, fueron sustituidas por una jerarquía de trabajos y centros especializados. Cada uno era supervisado por un capataz, cuya tarea principal era acelerar la producción, a pesar de una jornada laboral que ya duraba doce horas. Los capataces, junto con los conductores de camiones y de tractores, el gerente de la bodega y los oficinistas, eran considerados como individuos privilegiados. No solo se beneficiaban de la confianza del administrador, sino que también ganaban salarios superiores. A mediados de la década de 1950, por ejemplo, cuando el salario mensual promedio en la República Dominicana era de RD\$35 (Banco Central, 1962), los capataces ganaban RD\$40. En contraste, los trabajadores bajo su supervisión recibían un salario diario de RD\$50, o aproximadamente RD\$12 cuando podían trabajar un mes completo. En este sentido, vale la pena comparar la opinión de un excapataz, quien dijo: «Aunque mi salario no era mucho, vivíamos adecuadamente con él»; mientras un exleñador se lamentaba: «los aserraderos nos llevaron a todos los pobres a la miseria». Por lo tanto, aunque todos estos hombres se encontraban empleados, hay evidencia de lo que Ferguson (1987) ha llamado una «división de clase criptográfica» entre estos asalariados.

La muestra de que los capataces y los trabajadores vinculados con ellos eran privilegiados fue el hecho de que permanecieron en el molino y resultaron trasladados junto con él después de que los bosques cercanos habían sido diezmados y la actividad maderera se trasladó más al sur. En contraste, hubo mayores probabilidades de que los asalariados resultaran sustituidos por trabajadores locales en los nuevos sitios de producción.

Como los buenos empleos eran pocos, solo un puñado de los hijos de los trabajadores privilegiados fue ubicado en condiciones similares a las que disfrutaban con anterioridad. Otros, como su trabajo no era esencial para la subsistencia del hogar, pudieron cursar los seis y ocho grados impartidos por la escuela de Los Pinos en 1961. Con la modernización llevada a cabo bajo Trujillo, las calificaciones de educación superior se estaban volviendo importantes para ocupar empleos fuera de la agricultura. Por lo tanto, para aquellos que podían permitírselo, asegurar una educación para

sus hijos era cada vez más deseable. Para 1961, muchos de los descendientes de los empleados de nivel medio de los molinos, se habían convertido en los primeros pineros en encontrar trabajo como oficinistas, enfermeras, maestros de escuela y otras profesiones.

En contraste con los empleados privilegiados, a principios de la década de 1950 la mayoría de los pineros dependía cada vez más de la agricultura para su sustento. Sin embargo, varios factores socavaron su capacidad para mantener y reproducir sus hogares. Algunos de esos factores ya se han observado en otros contextos: expropiación de la frontera agrícola, aumento demográfico, herencia compartida, y erosión y destrucción del suelo. Los términos cada vez más desiguales de intercambio entre el campo y la ciudad también resultaron críticos. Además, la penetración del mercado exacerbó el proceso de fragmentación de la tierra que ya estaba en marcha. A partir de la década de 1950, la evidencia sugiere que la tasa de ventas de tierras había aumentado. La tierra fue vendida para cubrir una variedad de gastos. Por ejemplo, a mediados de la década de 1950, en un momento en que una vaca costaba seis pesos y el médico de La Sede cobraba treinta pesos por visitar a un paciente en Los Pinos, una sola epidemia de fiebre tifoidea provocó la venta de varios cientos de tareas. Los beneficiarios de estas ventas fueron en gran medida la élite mercantil ascendente, que esperó para comprar hasta que la necesidad obligó a bajar los precios. Significativamente, estas compras de tierras ocurrieron entre 1945 y 1961, es decir, en un momento en que la rápida penetración del mercado proporcionó altas ganancias para los comerciantes y aumentó la necesidad de efectivo por parte de los campesinos, mientras que el precio de la tierra se mantuvo bajo y estable. Aunque amenazaba a todos los pineros, la fragmentación progresiva de la propiedad generada por estos factores representaba la mayor amenaza para los agricultores con propiedades medianas y pequeñas, ya que desde el principio estaban más cerca del margen de subsistencia.

La fragmentación progresiva de las parcelas en Los Pinos también obstruyó la aplicación del conocimiento cultural, que ha ayudado a los agricultores a determinar la mejor manera de usar sus campos. Debido a su topografía accidentada, las tierras agrícolas de Los Pinos se encuentran en laderas empinadas (loma) o en llanos. En reconocimiento de este hecho, los agricultores pineros, al igual que otros serranos (Werge, 1975), clasificaron los suelos en «calientes» y «fríos». Los calientes se encuentran en

las laderas, ya que el rápido drenaje cuesta abajo produce suelos más secos que absorben el calor rápidamente. Como son inclinadas, se erosionan más fácilmente y exponen los suelos a la matriz rocosa subyacente. Su alto contenido en cuarzo y feldespato hace de esta matriz un buen conductor del calor. Por lo tanto, las laderas retienen más calor que las llanuras menos rocosas. Con su mayor profundidad del suelo y una mayor retención de humedad, estas llanuras se clasifican como frías.

Cada tipo de tierra tiene un conjunto de cultivos adecuado a sus características. Los cultivos con altos requerimientos de humedad, como los plátanos y la caña de azúcar, deben plantarse en tierras frías. La mandioca dulce y otros cultivos de raíces se consideran adecuados para laderas cálidas, donde, si las lluvias han sido abundantes, sus tubérculos tendrán una mayor protección contra la podredumbre. Sin embargo, a causa de la creciente fragmentación de las parcelas en Los Pinos, este protocolo de siembra no siempre se podía seguir, y los cultivos tenían que sembrarse en cualquier tierra disponible y adecuadamente barbechada.

Otro factor que socava los medios de subsistencia, excepto de los agricultores más grandes, fue la eliminación sucesiva de una gama de actividades económicas tradicionales que anteriormente habían ayudado a complementar los ingresos derivados de la agricultura. A excepción del tejido de serón, que en 1961 era realizado por mujeres y niños, la mayor parte de la actividad artesanal había cesado. Otro golpe fue la devaluación del oro instigada por Trujillo. Sobre todo para las mujeres, la sedimentación de oro había representado un importante complemento de ingresos. Aunque otros golpes continuaron durante el trujillato, los precios del oro se mantuvieron muy bajos y la actividad relacionada con él se redujo severamente.

Una última dificultad fue la creación de impuestos regresivos por parte de Trujillo. Dos impuestos constituían ya una gran carga para los agricultores pobres. El primero era el impuesto a la cédula (documento nacional de identidad). Con un monto de RD\$7.50 por año, en la década de 1950 representaba el equivalente a quince días de trabajo asalariado. Los hogares más acomodados vendían ganado para cubrir este gasto. El segundo era un impuesto al trabajo; bajo la dirección del alcalde de la sección, los adultos se reclutaban durante dos semanas cada año para trabajar en los proyectos de infraestructura de Trujillo. Este mecanismo de *corvé* ayudó a construir

la villa de Trujillo en La Sede y se utilizó para muchos otros proyectos (Casá, 1982: 441). Los más acaudalados terratenientes y comerciantes de Los Pinos lograron evitar esta *corvée*, ya sea a través de su enllave con el alcalde o enviando un peón de la casa en su lugar. Los campesinos más pobres, por el contrario, no tuvieron más remedio que donar su trabajo cuando eran llamados por el alcalde, quien, como representante directo de Trujillo a nivel local, no debía ser rechazado (el resentimiento despertado hacia el alcalde por estas y otras prácticas se refleja en el hecho de que inmediatamente después del asesinato de Trujillo en 1961, el alcalde se vio obligado a huir y permanecer escondido).

Para los terratenientes, la amenaza planteada por la combinación de estos factores no fue inmediata. Los hogares con las propiedades más grandes fueron aquellos que habían podido notarizar los títulos durante la encuesta de tierras de Casagrande. Descendientes de los primeros pobladores, tendían a estar vinculados por lazos consanguíneos mediante matrimonios mixtos. Algunos lograron obtener buenos empleos para ellos y sus hijos, y sus salarios contribuyeron a mantener su nivel de vida e intactos sus recursos productivos. Pero para parte de sus hijos, por otro lado, la movilidad descendente era inminente. La excepción, por supuesto, fue la élite mercantil. Los hijos de Merchant, como se señaló anteriormente, no estaban involucrados en la agricultura.

Durante este período, había pocas personas realmente sin tierras en Los Pinos. Los que no las poseían habían venido de otras zonas rurales. En la celebración del centenario nacional en 1944, fecha recordada por los viejos pineros porque conmemoraba cien años de que el país se independizó de Haití, los encuestados alegaron de que no más de tres hogares carecían de tierras. De hecho, su carencia parece haber sido rara hasta después de mediados de la década de 1950. Sin embargo, un número creciente de pineros tuvo que depender de parcelas cada vez más pequeñas. Para mantener sus hogares, los pequeños agricultores emplearon dos estrategias principales.⁷ Muchos se convirtieron en semiproletarios, combinando la agricultura de subsistencia y los cultivos comerciales con el trabajo asalariado. Importante en esta estrategia fue el trabajo agrícola diurno, realizado para

⁷ Los pequeños agricultores son aquellos con menos de 80 tareas, la cantidad mínima estimada por el Ministerio de Agricultura (Secretaría de Estado de Agricultura, 1978) para satisfacer las necesidades de subsistencia de un hogar promedio

los agricultores con grandes y medianas propiedades. El sistema de juntas ampliado proporcionó casi toda la mano de obra para el cultivo de maní. En tareas en las que la rapidez y el tiempo eran cruciales, las oportunidades para el trabajo asalariado se presentaban relativamente abundantes. Aquellos que podían permitírselo empleaban a los hombres en las labores de cultivo y a las mujeres y los niños en las cosechas durante los momentos óptimos. Los hogares más pobres cubrieron una parte de sus necesidades de consumo acumulando deudas con comerciantes específicos. Con la reunión de los salarios ganados por todos los miembros del hogar en los campos de maní, estas deudas se liquidaban semestralmente.

La otra estrategia era la obtención de derechos de usufructo sobre parcelas en las propiedades de los grandes terratenientes. Ya cerca del límite de subsistencia, los hogares con pequeñas propiedades fueron arrojados cíclicamente a una virtual falta de terrenos, mientras que sus tierras quedaban en barbecho. Para sobrevivir durante los tres a cinco años en que las parcelas tardaban en recuperar su fertilidad mínima, estos agricultores adquirían derechos de usufructo a través de una variedad de acuerdos, incluida la aparcería (casi siempre a la mitad), el alquiler y el «préstamo» de tierras. Mediante este último procedimiento, la parcela se «prestaba» a un cultivador con la condición de que al final de una o dos temporadas la tierra se dejara sembrada con pasto de alto rendimiento. Grandes extensiones de tierra pertenecientes a la élite mercantil y a otros grandes terratenientes fueron gradualmente despejadas y mejoradas utilizando este método de pago en especie por parte de los agricultores más pobres. Una vez mejoradas, las tierras de pastoreo ya no estaban disponibles para ser cultivadas por ellos. Eventualmente, la tierra para compartir o «pedir prestado» se volvió extremadamente difícil de encontrar.

Dado que el trabajo conjunto de los miembros del hogar era imprescindible para satisfacer las necesidades de subsistencia y de dinero de la familia, los hijos de los sin tierra y casi sin tierra, así como los de muchos agricultores con propiedades medianas y grandes, fueron implicados en el trabajo productivo desde edad temprana. Los varones ejercían tareas agrícolas, mientras que las niñas ayudaban a sus madres con la cosecha de maní y con el tejido de serón. Por eso, pocos de estos muchachos asistieron a la escuela más allá del tercer grado. Ya adultos, también realizaron labores agrícolas como asalariados, y cuando el sector informal de la economía

comenzó a crecer en la década de 1960, algunos se convirtieron en vendedores de lotería, pequeños comerciantes y sirvientes domésticos.

El trujillato fue un período de rápido cambio social y desarrollo económico para la sección de Los Pinos. La base económica, si no el estatus social y el prestigio, de los mayores arrieros-intermediarios fue socavada. El control total de Trujillo sobre una industria maderera, transformada y modernizada, eliminó abruptamente su papel como intermediarios entre los simples productores de mercancías de la Sierra occidental y los capitalistas usureros-comerciales de los florecientes centros urbanos de la parte norte del país. La construcción de carreteras y puentes asestó el golpe a este grupo, ya que los camiones reemplazaron a los trenes de mulas. Después de 1945, los antiguos arrieros recurrieron a la tierra, pero la baja productividad, en combinación con la exigencia de disponer de dinero efectivo, les impidió mantener su posición económica. El declive finalmente obligó a este grupo a utilizar sus activos para satisfacer las necesidades de consumo de sus grandes hogares y sus obligaciones habituales con los vecinos y parientes más pobres. Con la venta de tierras y ganado, su situación económica se deterioró aún más.

De la creciente mercantilización de la economía rural y de la consecuente destrucción de los sistemas tradicionales de producción e intercambio, surgió una nueva élite. Los comerciantes más ricos, que eran al mismo tiempo mayoristas, usureros y grandes terratenientes, ascendieron a medida que se transformaba la economía rural tradicional. Las ganancias extraídas de sus tiendas, de la usura y del trabajo asalariado y no remunerado de los pinneros más pobres se invirtieron en tierra, ganado, agricultura comercial y en la educación superior de sus hijos, quienes abandonaron la comunidad para completar sus estudios en Santiago o en la capital, Santo Domingo.

La estructura social de Los Pinos se diversificó como resultado de la compleja división del trabajo introducida por la mecanización de la madera. Un estrato privilegiado de los empleados de los molinos emergió a partir de las filas del campesinado más acomodado. Este grupo se liberó de la dependencia de la agricultura para ganarse la vida, aunque todavía se cultivaban parcelas para satisfacer una parte de las necesidades de los hogares. La disminución del interés por la agricultura y la disponibilidad de dinero en efectivo procedente de los salarios disminuyeron la utilización de la mano de obra de los niños en los campos. Por consiguiente, este

estrato también pudo invertir en la educación de sus hijos, que más tarde se desempeñaron como maestros de escuela, enfermeras y otros oficios calificados y semicalificados.

Los hogares con tierra pero sin acceso estable y seguro a la mano de obra asalariada recurrieron cada vez más a la agricultura. La introducción del cultivo de maní ocurrió en un momento crucial para este segmento y les presentó, por un breve período, una nueva oportunidad para generar el dinero que les permitiera sufragar las necesidades de subsistencia de sus hogares. Sin embargo, el crecimiento de la población, junto con un sistema de herencia compartida, redujo en gran medida el tamaño promedio de la parcela. Con las expropiaciones de tierras cubiertas de bosque virgen por parte de Trujillo, la frontera agrícola de los agricultores en toda la Sierra occidental fue eliminada. En estas condiciones, los requisitos específicos del cultivo de maní resultaron desastrosos para los suelos, que quedaron destruidos por la erosión severa de la capa superficial. Además, el intercambio desigual de larga data entre los productores agrícolas y la burguesía mercantil-usurera urbana se ahondó con las políticas monopólicas y monopsonistas de Trujillo. Al mismo tiempo, poco o nada de las ganancias extraídas se invirtió en medidas destinadas a aumentar la productividad de la tierra o el trabajo. En última instancia, las pocas ganancias de los agricultores de maní llegó a niveles tan críticos que llevó a muchos a abandonar el cultivo por completo, como veremos en el capítulo 5.

El efecto culminante de estos factores fue el aumento del empobrecimiento para todos, excepto para los comerciantes más exitosos y los trabajadores asalariados de las fábricas y algunos de los mayores terratenientes. Atrapados en una doble presión entre la disminución del acceso a los recursos productivos y el aumento de la necesidad de dinero efectivo, muchos hogares se vieron obligados a vender tierras y ganado. El consumo de carne disminuyó y numerosos pineros afirmaron que también se produjo una reducción absoluta en la ingesta calórica. A medida que los materiales de construcción tradicionales se mercantizaron, la calidad de la vivienda también se deterioró. Las famosas casas serranas no solo se hicieron más pequeñas y concurridas, sino que además eran más propensas a tener pisos de tierra en lugar de madera. A los niños de los hogares más pobres se les negaba la educación ante la exigencia de que dedicaran su tiempo a tareas agrícolas y actividades auxiliares de producción. Los

gastos educativos, como libros y uniformes, eran prohibitivos. Por lo tanto, cuando las oportunidades de empleo calificado comenzaron a aparecer a nivel nacional y local, esta cohorte de niños quedó excluida por su falta de educación formal.

Los procesos históricos que afectaron la evolución de las clases y segmentos de clases en Los Pinos se han discutido con cierto detalle en este capítulo con el fin de proporcionar los antecedentes para comprender la capacidad diferencial y la inclinación a emigrar de la comunidad. Las transformaciones estructurales descritas trajeron prosperidad y movilidad social para algunos, pero la mayoría se vio relegada a un margen crítico. Como explicó un pinero, «para 1961, Los Pinos se habían convertido en una olla a presión a punto de explotar». La explosión que ocurrió después de 1961 es el tema del capítulo 3.

CAPÍTULO 3

LA MIGRACIÓN LABORAL INTERNACIONAL DESDE LOS PINOS, 1952-1981. EVOLUCIÓN DE UNA COMUNIDAD MIGRANTE

En menos de tres décadas, cientos de pineros han emigrado a los Estados Unidos para vivir y trabajar. ¿Cómo fue posible un flujo tan masivo desde una comunidad remota y económicamente en declive en tan poco tiempo? ¿Cuáles son las características esenciales de esta migración? Este capítulo presenta respuestas cuantitativas y etnográficas a estas preguntas. Tiene tres objetivos: primero, rastrear el desarrollo histórico y la organización de la corriente migratoria entre 1952, año en que la primera pinera partió hacia Estados Unidos, y 1981; segundo, proporcionar un perfil demográfico y socioeconómico básico de los pineros que han migrado a los Estados Unidos, distinguiendo a los migrantes documentados de los indocumentados, y comparándolos con los migrantes internos; y tercero, presentar al lector la comunidad de El Guano y examinar comparativamente su diferente patrón migratorio. Una descripción detallada de la corriente migratoria de Los Pinos y la comparación con El Guano también proporcionan los antecedentes esenciales para el análisis de las consecuencias de la migración internacional para la economía y la sociedad, tema de los capítulos restantes del libro.

LAS PRIMERAS MIGRACIONES: 1952-1961

Solo una pequeña cantidad de mujeres y hombres salieron de Los Pinos hacia los Estados Unidos durante la década de 1950. Estos primeros migrantes formaban parte de un grupo socioeconómicamente selectivo, caracterizado por redes sociales que los vinculaban a Trujillo. Sus vínculos eran directos con el dictador y sus representantes, o indirectos a través de la participación en el propio partido de Trujillo, el Partido Dominicano. Con algunas excepciones, pertenecían a los sectores económicamente privilegiados de la comunidad. De hecho, la mayoría eran hijos y nietos de don Pancho y don Sixto.

Para los descendientes de los viejos arrieros, la perspectiva de la migración ofrecía una alternativa a la inminente movilidad descendente y a la pérdida del estatus. Como se describe en el capítulo 2, las grandes propiedades de sus padres y abuelos se habían reducido gradualmente por la división entre los herederos y la venta de tierras. Además, aunque algunos de los hijos de aquellos arrieros intentaron administrar y cultivar estas tierras, pocos se sentían bien orientados hacia el tipo de agricultura propia o «campesina» que se habían visto obligados a emprender en las parcelas medianas que recibieron. Al mismo tiempo, las alternativas a la agricultura que les habrían permitido un nivel de vida y un estatus social similar al de sus padres, eran pocas en la década de 1950. Estos factores operaron en mayor o menor medida en todos los pineros, pero solo los descendientes de los arrieros pudieron reunir los recursos económicos y sociales necesarios para la emigración.

A pesar de una década de declive entre 1940 y 1950, los arrieros más prominentes todavía disfrutaban de las amplias redes personales creadas durante los tiempos prósperos. Estas les proporcionaban acceso a la información, así como a canales de patrocinio social y económico. Igualmente importantes fueron sus vínculos con los representantes de Trujillo y, en algunos casos, con el mismo Trujillo. Los hijos de don Pancho, por ejemplo, fueron incitados a emigrar a Nueva York por su abuela, una mujer bien conectada a quien visitaban con frecuencia en Santiago, y que también había sido migrante. Como referencia a la hora de solicitar los pasaportes, pudieron citar a Trujillo, que se había quedado en la casa de su padre durante sus visitas a la Sierra Occidental. Sus pasaportes fueron expedidos sin demora.

Otros de los primeros migrantes presagiaron lo que se convertiría en un componente pequeño, pero significativo, de la corriente migratoria después de 1961. Uno de estos migrantes provenía de un hogar que, aunque también encabezado por un exarriero, este no era ni rico ni socialmente prominente. La migración de este hogar fue iniciada por una de las primeras pineras en mudarse a Santiago y encontrar trabajo como empleada doméstica. En Santiago, esta enérgica mujer, criticada por algunos pineros por ser lo que consideraban «masculina», se convirtió en miembro activo del Partido Dominicano. A través de su enllave con el partido pudo obtener un pasaporte en 1952 y se convirtió en la primera persona de Los Pinos en emigrar a Nueva York. Al carecer de recursos sociales, políticos y económicos, el grueso de la población pinera no pudo eludir la política antimigratoria de Trujillo. Sin embargo, por pocos que fueran en números, los primeros migrantes, todos los cuales se establecieron en la ciudad de Nueva York, constituyeron un ejemplo para los futuros viajeros. Demostraron que la migración era factible. Una vez que la ola de pineros comenzó a llegar a Nueva York, estos pioneros proporcionaron a los que arribaron después un lugar donde quedarse, orientaciones y otras formas de asistencia. Por ejemplo, el nieto de don Sixto, uno de los primeros hombres en emigrar de Los Pinos, encontró trabajo sindicalizado para más de una docena de los migrantes en el Gran Hotel de Nueva York, donde trabajó durante quince años. Del mismo modo, el espacioso apartamento en Alto Manhattan de una de las hijas de don Pancho sirvió como lugar de residencia inicial a numerosos familiares que emigraron después de ella.

ORGANIZACIÓN DE LA MIGRACIÓN: 1961-1981

Históricamente, el reclutamiento activo por parte de los empleadores y sus agentes desempeñó un papel fundamental en el inicio de la migración laboral de los antiguos migrantes de Europa, la migración mexicana en las primeras décadas del siglo XX y la migración desde Puerto Rico (Piore, 1979:19-24). En contraste, las olas de inmigración posteriores han sido en gran medida autoiniciadas y autofinanciadas. La integración de naciones periféricas, como la República Dominicana, en el sistema capitalista mundial ha promovido el flujo de información incluso desde regiones remotas y

ha facilitado el movimiento de personas a través de largas distancias. Este movimiento se ha efectuado, en general, sin costo alguno para los empleadores (Portes y Walton, 1981:49). Desde el principio, la migración desde Los Pinos ha seguido este patrón. Esta migración autoorganizada ha sido posible en parte gracias al desarrollo de un sistema extralegal respaldado por los lazos sociales de parentesco, patrocinio y amistad entre los propios pobladores. Este es un sistema en adaptación continua a las factibilidades siempre cambiantes de los diferentes medios de entrada a los Estados Unidos. Esta sección explora cómo fue posible esta migración autoorganizada desde Los Pinos a gran escala, y cómo el sistema migratorio ha condicionado la composición de la corriente migratoria internacional, tal como ha evolucionado.

Después del asesinato de Trujillo en 1961, se revocaron las restricciones al movimiento de población, y la tasa de migración desde Los Pinos se aceleró rápidamente (tabla 3.1). A pesar de la gran cantidad de personas que abandonaron el pueblo, no todos los que deseaban emigrar a los Estados Unidos pudieron lograrlo, en parte a causa de ciertas restricciones y de la selectividad de los aspirantes a migrar. Un factor significativo ha sido la ausencia de un programa de trabajadores temporales, como el existente para los braceros mexicanos vigente entre 1943 y 1964, o el programa de trabajo costal para las islas seleccionadas del Caribe libre asociado. Tales programas han facilitado la migración temporal de trabajadores que, debido a desventajas sociales y económicas, de otra manera no habrían podido encontrar los medios para ingresar a los Estados Unidos. La geografía, como ya se señaló, es otra limitación que ha tenido implicaciones en las particularidades socioeconómicas de la corriente migratoria dominicana. Debido a que la frontera de los Estados Unidos se encuentra distante y es difícil de penetrar por mar, el que aspira a emigrar debe obtener algún permiso para ingresar al país. Por eso, las políticas de inmigración y consulares de Estados Unidos han condicionado la composición de la ola migratoria post-Trujillista.

La mayoría de los pineros que emigraron a principios y mediados de la década de 1960 ingresaron a los Estados Unidos con visas de turista. Para aprobar la solicitud de dicha visa, el consulado de los Estados Unidos requirió pruebas de recursos suficientes para atraer al turista de vuelta a su hogar. Las evidencias incluían títulos de propiedad, registros de impuestos de compras y de vehículos, y libretas de ahorro. No todos los pineros lograban cumplir estos requisitos, a causa de lo cual las políticas consulares favorecían

ron a los sectores más ricos del pueblo. Entre los migrantes de principios de la década de 1960, se encontraban los empleados de fábrica de nivel medio y sus descendientes, los grandes terratenientes y sus descendientes, y los comerciantes con tiendas medianas que no pertenecían a la élite mercantil.

Tabla 3.1
Migración internacional de Los Pinos, por sexo, 1952-1981

Años	Sexo				Total	
	Masculino		Femenino		N	%
	N	%	N	%		
1952-1960	6	3.1	9	4.4	15	3.8
1961-1970	70	36.7	93	45.8	163	41.4
1971-1981 ^a	115	60.2	101	49.8	216	54.8
Total	68	100.0	94	100.0	66	100.0

^a Hasta septiembre de 1981

Los dos primeros grupos compartieron motivaciones que decidieron la migración. Al igual que los que se fueron en la década de 1950, estos eran sectores privilegiados que experimentaban un declive económico real o en amenaza. En aquellos inicios de la década de 1960, los empleados se enfrentaron a la perspectiva inminente del desempleo. El volumen de la actividad de molienda había disminuido constantemente, y la industria maderera estaba en sus últimos días. En 1967, la promulgación de una legislación conservacionista por parte del presidente Balaguer prohibiendo la tala en todo el país, dio el golpe de gracia a una industria ya moribunda. Si bien todos los trabajadores se vieron amenazados, solo aquellos con empleos de nivel medio dispusieron de los recursos para financiar su traslado a los Estados Unidos. Esta diferenciación en la posibilidad de migrar subraya la importancia de las estratificaciones de clase entre los asalariados, señalada en el capítulo anterior. En algunos casos, las esposas de estos empleados, en previsión de la pérdida de empleo de sus maridos, emigraron primero. Sus maridos, en cambio, se aferraron a sus trabajos hasta el final, y luego también partieron para reunirse con sus esposas en Nueva York. Los problemas que los agricultores de Los Pinos enfrentaron en la década de 1950 se discutieron en el capítulo anterior. Al igual que los empleados de la fábrica, los agricultores también emigraron para evitar la espiral descendente de recursos y la pérdida de estatus.

Sin embargo, los comerciantes presentan un caso algo diferente. La expansión del comercio fue una de las principales consecuencias de las transformaciones que las políticas de Trujillo provocaron en Los Pinos y esta tendencia se profundizó durante el régimen de Balaguer. Los propietarios de negocios medianos viajaron a los Estados Unidos con el fin de acumular el capital que les permitiría participar más plenamente en esta expansión. Su objetivo era regresar a Los Pinos después de un breve período de arduo trabajo y abnegación, trasladar sus tiendas a lugares más favorables cerca del centro del pueblo y ampliar sus existencias.

La siguiente historia de uno de esos migrantes tipifica la determinación de algunos pequeños comerciantes de utilizar la migración como un medio para acumular el capital necesario con vista a mejorar y mantener su posición económica y social en la comunidad. Juanito Sánchez, de 53 años, poseía 400 tareas de tierra y más de una docena de cabezas de ganado. A mediados de la década de 1960, abrió una pequeña tienda en las afueras del pueblo que, a pesar de su tamaño y ubicación, resultaba bastante rentable. Sobre la base de sus títulos de propiedad y registro de tienda, Sánchez recibió una visa de turista en 1967. Puso a su esposa a cargo del negocio en Los Pinos y partió a Nueva York. Vivió frugalmente en Manhattan con su hermana, quien había emigrado seis años antes. Sánchez cargaba cajas en una fábrica de ropa en Nueva Jersey de lunes a viernes y lavaba platos en el restaurante de un amigo los fines de semana. Trabajaba tantas horas extras como le era posible. Después de un año y siete meses, regresó a Los Pinos con US\$7,000 en ahorros. Usó el dinero para abrir una tienda nueva en el centro del pueblo y comprar un camión para transportar su mercancía.

Juanito Sánchez prosperó durante la década de 1970, pero el deterioro constante de la economía después de 1975, así como la creciente competencia de las varias tiendas abiertas en Los Pinos con capital migrante, le hicieron acumular deudas que no pudo pagar. A los 50 años, Sánchez emigró una segunda vez en 1980. Regresó al apartamento de su hermana en Nueva York, y durante los siguientes dos años y medio trabajó en una fábrica durante el día y en la bodega de un sobrino por las noches. Cuando lo visité en Los Pinos en 1987, le había ido bastante bien desde su regreso a principios de 1983: había construido una nueva casa, su inventario se había ampliado considerablemente y su negocio había mejorado.

Muchos de los que fracasaron en su intento de obtener una visa de turista por vías consulares recurrieron a los servicios de corredores que les proporcionaron visas y documentos falsos. Estos últimos incluían títulos de tenencias de tierras, libretas de ahorro, etc. Dos hombres pineros, ambos grandes terratenientes, con el objetivo de lograr la migración ilegal de sus hijos, establecieron relaciones de confianza con corredores en Santo Domingo y Santiago. Tiempo después, ellos mismos actuaron como intermediarios entre estos corredores de visas y la población local.

Por lo tanto, a finales de la década de 1960, un complejo sistema de migración había comenzado a tomar forma en Los Pinos. Los agentes locales de visas, llamados «buscones», tanto de personas como de ganancias, desempeñaron un papel fundamental en el reclutamiento y la canalización de los migrantes. Sus redes profesionales facilitaron la migración de muchos pineros que carecían de los contactos sociales y de los recursos económicos que sí poseían los mayores terratenientes y los viejos arrieros. Esenciales también resultaron los prestamistas, usureros que se especializaron en hacer préstamos para cubrir el enorme costo de los documentos falsificados. Aquellos que no pudieron obtener lo que los pineros llamaron una «visa gratuita» del consulado, buscaban los servicios de un buscón y un prestamista. Dentro de un rango de RD\$500 y RD\$800 en 1965 y RD\$1,000-1,500 en 1970, hasta llegar a RD\$2,200-3,000 en 1980, las tarifas del buscón eran obviamente exageradas (véase la figura 1.1). Una de las mayores ironías de la migración dominicana hacia los Estados Unidos, tal como tomó forma en las décadas de 1960 y 1970, fue que los que tenían más recursos pudieron obtener visas gratuitas y legítimas, mientras que los que contaban con menos capital se vieron obligados a pagar tarifas exageradas.

Para obtener los préstamos, los migrantes potenciales tuvieron que proporcionarles a los prestamistas garantías en forma de tierras y ganado equivalentes hasta dos veces el valor del préstamo. Al principio, la élite mercantil y algunos de los mayores terratenientes proporcionaron estos préstamos. Pero pronto los migrantes pineros en los Estados Unidos se sintieron atraídos por las condiciones favorables de las tasas de interés en ese país, que oscilaban entre el 5 y el 10 % mensual. De esta manera, solicitaron préstamos en pesos dominicanos para ser reembolsados en una cantidad equivalente de dólares estadounidenses. En 1981, por ejemplo, estos términos agregaron otro 23-29 % al valor del préstamo, además de

los intereses. Por consiguiente, los ahorros acumulados por una parte de dichos migrantes se invirtieron en el financiamiento de la migración de aún más Pineros a los Estados Unidos, aunque fuera a un precio elevado.

A lo largo de los años, los métodos de entrada de indocumentados cambiaron varias veces en respuesta a las condiciones nacionales e internacionales. A fines de la década de 1960, el consulado de los Estados Unidos en Santo Domingo había comenzado a ejercer un mayor escepticismo en la evaluación de las solicitudes de visas de turista y de residencia, y se había vuelto cada vez más exigente con respecto a las evidencias de la intención de regresar; es decir, demostración de bienes en el país de origen. A medida que se hizo más difícil obtener visas de turista en la década de 1970, los corredores buscaron otros canales de entrada. Fue durante este período que comenzaron a enrutar a los potenciales migrantes pineros a través de Puerto Rico. Al parecer, esta ruta se había utilizado con anterioridad en otras partes de la República Dominicana, pero solo después de 1968 en Los Pinos. Se organizó un sistema complejo y costoso mediante el cual los migrantes viajaban en aviones pequeños a pistas de aterrizaje aisladas en las afueras de San Juan. Allí eran recibidos por un guía y llevados a un hotel por un día o dos. Luego los conducían al aeropuerto donde, haciéndose pasar por puertorriqueños, compraban sus boletos de avión y continuaban viaje hasta Nueva York. El costo total de este medio de entrada era de alrededor de RD\$1,500. Cuando comencé el trabajo de campo, el contacto para utilizar esta ruta había desaparecido, por lo tanto los pineros ya no lo utilizaban.

A mediados de la década de 1970, los buscones abrieron dos nuevas rutas de entrada indocumentada a los Estados Unidos. En la primera, los migrantes volaban a la Ciudad de México y, asistidos por guías, tomaban un autobús hasta la frontera entre Estados Unidos y México. Cruzaban la frontera de noche con la ayuda de un «coyote», o contrabandista de extranjeros, y luego volaban a Nueva York. En 1978, este método costaba RD\$2,000 o más. La segunda ruta, considerada la más desesperada y peligrosa, implicaba la entrada por el sur de Florida como polizón en un buque de carga y después conducir a los migrantes en avión (casi todos los polizones eran hombres) hasta Nueva York. La mayoría de los pineros desaprobaban esta vía de ingreso a los Estados Unidos, y de hecho solo un hombre la usó. No obstante, para numerosos habitantes de los pueblos vecinos que tardaron en unirse a la corriente migratoria, a menudo era el único método

disponible. A partir de 1975 surgió un nuevo grupo de conos de autobuses (ninguno de Los Pinos) para promover y canalizar el tráfico de polizones. En 1981, los costos de entrar por el de la Florida y volar desde allí a Nueva York oscilaban entre RD\$2,200 y RD\$3,000.

Los grandes riesgos que conllevaba este último método de entrada, no obstante su popularidad, se pusieron en evidencia con la tragedia del *Regina Express*. Este buque de carga transportaba regularmente polizones al sur de Florida. El 5 de septiembre de 1980, la policía portuaria de Santo Domingo abordó el buque para investigar los informes de contrabando de extranjeros. Para evadir la detección, los polizones se ocultaron en el tanque de lastre del barco. Mientras la investigación a bordo se prolongaba, los 34 hombres hacinados en el tanque sellado comenzaron a asfixiarse y a gritar pidiendo ayuda. Cuando la policía los descubrió, ya habían muerto veintidós (*Listín Diario*, 6-9 de septiembre de 1980). Varios polizones eran de las aldeas vecinas a Los Pinos y de una sección cercana. Durante días después del incidente, las ambulancias pasaban por Los Pinos, llevando a las víctimas de regreso a sus poblados en condiciones de convalecencia o muertos para el entierro. Uno de los sobrevivientes con los que hablé continuaba atormentado por pesadillas aun meses después de su rescate. Sin embargo, cuando la policía interrogó a los pobladores sobre los conos de autobuses que operaban en la sección, recibieron poca cooperación. Esto revela la ambigüedad de actitud hacia los buscones que, aunque se los consideraba avaros y no del todo confiables, no eran denunciados a las autoridades. Después de unas semanas escondidos, en la clandestinidad, los buscones locales una vez más comenzaron a viajar por el campo en sus motocicletas, reclutando migrantes potenciales y ayudándolos a obtener préstamos.

Los pineros tenían una sola frase para calificar estos diversos métodos de migración indocumentada: «viajes por la izquierda». Esta frase no sugería inmoralidad o maldad, sino más bien una acción indirecta. La migración indocumentada no era muy estigmatizada por parte de los pineros. Los «viajes por la izquierda» contrastaban con los menos frecuentemente «viajes por la derecha», que aludían a la entrada directa y documentada. Sin embargo, los pineros también habían ideado una taxonomía que distinguía tres clases de migrantes indocumentados, las cuales, además, se agruparon a lo largo de un continuo de conveniencia y aprobación crecientes. En la parte inferior estaban los completamente indocumentados («sin

papeles»), aquellos que habían ingresado a los Estados Unidos a través de Puerto Rico o México, o como polizones. Luego se encontraban aquellos que ingresaron legalmente a los como turistas, pero se quedaron más allá de los términos de su visa; estos migrantes, al menos al inicio, tuvieron papeles. La mejor, es decir, la entrada indocumentada menos peligrosa fue la que se realizó con una visa de residencia comprada o prestada («con papeles de otro»). Esta última clase de entrada podría ofrecer al migrante cierta protección contra la detección. En su estudio de una familia de migrantes dominicanos en Nueva York, Garrison y Weiss (1979: 278) encontraron una clasificación jerárquica de los diversos modos de entrada. Aunque difiere en algunos puntos del orden de preferencias de los pineros, el estudio define los modos de entrada en términos de las ventajas y las conveniencias que, por lo general, motivaban a los migrantes dominicanos y a los migrantes potenciales.

Para 1980, la migración indocumentada se había convertido en una empresa muy costosa. El aumento del valor de la tierra y la creciente red de migrantes en los Estados Unidos dispuestos a ayudar a sus parientes pobres en Los Pinos compensaron en cierta medida el alto costo de la entrada ilegal. Pero para numerosos aspirantes a inmigrantes indocumentados, las crecientes tarifas de los autobuses tuvieron que ser sufragadas con varios préstamos. La entrada indocumentada, cada vez más selectiva, se convirtió en una opción cada vez menos abierta a los habitantes de Los Pinos. En contraste con el estereotipo popular de que los migrantes indocumentados eran personas desesperadas, en Los Pinos estos, en su mayor parte, provenían de los segmentos privilegiados de la población.

Con el tiempo, la creciente comunidad de pineros en los Estados Unidos se convirtió en un recurso valioso para aquellos que deseaban migrar. Los migrantes no solo proporcionaron capital de préstamo para financiar entradas indocumentadas, sino que quizás lo más importante era que constituían una opción altamente deseable para enlazar parejas. A medida que los migrantes regularizaban su estatus y se convertían en residentes de los Estados Unidos, estaban en condiciones de acogerse a las disposiciones de reunificación familiar contenidas en la ley de inmigración de los Estados Unidos. Un matrimonio legítimo con un migrante legal («matrimonio por amor») se convirtió en un medio común para obtener la entrada documentada, ya que los cónyuges podían patrocinar la migración del otro.

Algunos pineros también utilizaron las disposiciones de reunificación familiar para ampliar el sistema de migración extralegal. Surgió una contraparte del «matrimonio por amor»: el matrimonio de negocios. Este es un método popular para ingresar a los Estados Unidos. Los pineros que pretendían emigrar pagaban para casarse con migrantes legales y luego utilizar las disposiciones de reunificación familiar para adquirir una visa de residente legal. Con un costo de alrededor de US\$ 500 en 1970 y US\$ 2,000 en 1980, los matrimonios comerciales estaban destinados a la ruina: eran sellados solo por ceremonia civil, rara vez consagrados por una boda en la iglesia, y las relaciones sexuales entre «cónyuges de negocios» estaban excluidas. Solo los que poseían propiedades de tamaño mediano (más de 80 tareas) pudieron cubrir el alto costo del matrimonio comercial, así como los otros métodos de entrada indocumentada.

A pesar de que los costos ejercían una presión selectiva que a favor de los hogares con propiedades medianas y grandes, alrededor de una cuarta parte del flujo migratorio de Los Pinos la integraban miembros de hogares semiproletarios que en el momento de la migración solo tenían parcelas de subsistencia (menos de 80 tareas) o carecían de tierra (Tabla 3.2). Desde el inicio de la migración internacional, los lazos de parentesco, el patrocinio y la amistad ayudaron a los pobres pineros a migrar de diversas maneras. Algunos, como un aparcerero leal o un empleado de una tienda de confianza, lograban préstamos sin garantía de clientes con quienes compartían una relación de confianza. Imbuidos de un sentido de obligación moral («prestar ayuda»), algunos migrantes ayudaron a miembros necesitados de sus parientes y, en menor medida, a otros de sus redes a viajar a los Estados Unidos. En algunos casos, se prestaba la documentación de residencia, la codiciada *Green Card*, a un pariente que se parecía a la fotografía de identificación en la tarjeta. Un migrante de unos sesenta años, por ejemplo, prestó su tarjeta de residencia a su hermano menor, un pequeño agricultor que apenas podía mantener a su esposa y siete hijos mediante la agricultura y el trabajo asalariado ocasional. Para que tuviera una actuación convincente ante los funcionarios de aduanas en el aeropuerto John F. Kennedy, sus sobrinos migrantes lo entrenaron sobre cómo vestirse, cómo caminar como un hombre mayor y cómo responder a las preguntas de los funcionarios. Otros migrantes « echaron una mano » casándose con sus primos pobres u otros parientes para patrocinar su migración. En tales casos,

al igual que con los matrimonios negociados, las relaciones sexuales estaban excluidas. Otros migrantes incluyeron al hijo de un pariente o vecino pobre como propio en una solicitud de visa legítima, utilizando el certificado de nacimiento de un hijo o hija fallecido como documentación para demostrar la paternidad o maternidad. Las altas tasas de mortalidad infantil y el hecho de que a menudo no se declararan propiciaba que muchos hogares podrían utilizar este medio de entrada. A través de estos métodos, la prioridad asignada por la ley de inmigración de los Estados Unidos a la reunificación familiar se articuló imaginativamente con la obligación moral de ayudar a los parientes necesitados.

Tabla 3.2.
Tamaño de propiedad familiar antes de la migración

Tamaño de propiedad familiar (tareas)	Número de migrantes individuales	Porcentaje de migrantes individuales
0	19	4.8
1-79	71	18.0
80-159	90	22.9
160-399	98	24.1
400-799	52	13.2
800-1,599	40	10.2
1,600+	24	6.1
Total	394	100.1^a

^a Debido al redondeo

En el juego del gato y el ratón entre los aspirantes a emigrar y el consulado de Estados Unidos en Santo Domingo, este último fue un participante activo y astuto. Consciente de dichas prácticas, el personal especial del consulado recorrió con frecuencia el campo en sus distintivas camionetas azules para investigar las afirmaciones de los solicitantes. Los vecinos y otros pobladores fueron entrevistados sobre la relación biológica de un niño con el solicitante, el grado de relación de un cónyuge, etc. En algunos casos, la solidaridad acudió al rescate de algunos migrantes potenciales y se proporcionaron respuestas favorables al solicitante. En otros casos, alguien podría cooperar con los investigadores consulares, hundiendo la posibilidad del solicitante de obtener una visa. Un pinero, por ejemplo, cooperó plenamente cuando los empleados consulares llegaron a Los Pinos para investigar la relación entre un hombre y el cónyuge cuya inmigración estaba patrocinan-

do. Antes de la investigación, este pinero había insinuado al aspirante que debería pagarle para responder favorablemente en caso de que le hicieran preguntas. El aspirante lo rechazó y el pinero tomó represalias cooperando plenamente con los investigadores consulares. Desde entonces, algunos pineros han tenido que compensar con generosidad a ese individuo.

Otros hogares pobres participaron en un proceso de migración escalonada, especial las hijas. Las mujeres jóvenes, que estaban en relativa desventaja en el mercado laboral rural, se sintieron atraídas por Santiago, donde tuvieron mayores oportunidades de empleo. En la ciudad, algunos acumularon los recursos materiales, se consiguieron mecenas o establecieron otros lazos sociales que les permitieron emigrar. Debido a que este componente de la corriente migratoria tenía características únicas asociadas con los roles de género y la división del trabajo por género, se aborda con mayor detalle a continuación en relación con la migración Pinera.

Antes de concluir esta sección, debo señalar quiénes no habían emigrado de Los Pinos a los Estados Unidos en los últimos veinte años. Los no migrantes se encontraron en los dos extremos de la sociedad pinera. En un extremo del espectro socioeconómico estaban los pobres sin tierra. Incapaces de reunir los recursos necesarios para obtener una visa de turista o pagar las tarifas del buscón, permanecieron en la comunidad y se volvieron cada vez más dependientes del trabajo asalariado ocasional y las artesanías para su sustento. Algunos emigraron a otras zonas del país en busca de trabajo asalariado, y un número determinado se estableció en las ciudades. En el extremo opuesto del espectro estaba la élite mercantil. En el ascenso que experimentó desde la década de 1950, sus miembros tenían pocos motivos para abandonar el país. Viajaban a los Estados Unidos, pero no como migrantes laborales. Más bien, como otros dominicanos acomodados, iban en calidad de turistas a visitar a familiares y comprar. Por ejemplo, dos hijas de una familia de comerciantes visitaron Nueva York durante un año para perfeccionar su inglés. A medida que los lazos culturales y económicos con los Estados Unidos se fortalecían, sobre todo durante la década de 1970, el conocimiento del inglés se convirtió en una habilidad cada vez más comercializable. Mujeres que se fueron a vivir a un barrio dominicano en Estados Unidos con parientes que eran migrantes laborales, y que ellas mismas no trabajaban, al regresar a República Dominicana encontraron trabajos en la sucursal de Santiago de un banco multinacional.

LEGALIZACIÓN: REGULARIZACIÓN DE ESTATUS

Aunque muchos pineros comenzaron su estadía en los Estados Unidos sin la documentación adecuada, solo 53 personas, o el 13.5 % de la corriente migratoria internacional, eran indocumentadas en 1981. La regularización del estatus era una prioridad, y la mayoría de los pineros lograron convertirse en residentes legales dentro de los tres a cinco años posteriores a su llegada, a menudo a un costo considerable.

La regularización era un proceso complicado y con frecuencia requería los servicios de un abogado de inmigración. La forma más utilizada fue a través del matrimonio con un extranjero residente legal o un ciudadano estadounidense. Como la mayoría de los migrantes eran jóvenes, y a menudo solteros, había bastante probabilidades que al llegar por primera vez a los Estados Unidos logran casarse, y esto a su vez facilitó el proceso de regularización. Un estudio (Gurak, 1987) encontró que los dominicanos manifestaban la tendencia a formar más matrimonios en los Estados Unidos que en la República Dominicana. El grueso de estos matrimonios se establecía entre dominicanos, pero la alta tasa de interacción con puertorriqueños, quienes, por supuesto, son ciudadanos estadounidenses, contribuyó a que algunos dominicanos obtuvieran su estatus de residente legal. En 1975, por ejemplo, alrededor del 20 % de los matrimonios de dominicanos en Nueva York fueron con puertorriqueños (Fitzpatrick y Gurak, 1979). Una vez que el cónyuge solicitara una visa, debía viajar fuera de los Estados Unidos para realizar el cambio en el estado de la visa. La mayoría de los pineros partieron a Canadá, pero algunos, siguiendo el consejo de sus abogados de que mejorarían sus posibilidades de obtener una visa de residencia, se trasladaron hasta Austria y Brasil.

Los migrantes indocumentados podrían contraer un «matrimonio de negocios» con vista a regularizar su estado. Los lazos de parentesco, la amistad y la residencia común en la República Dominicana, así como la importante cantidad de dinero involucrado, ayudaron a muchos migrantes indocumentados a encontrar una pareja entre los pineros en Nueva York. La siguiente historia tipifica este complicado proceso e ilustra sus altos costos.

Cano Pérez, de 36 años, mantenía a su esposa y doce hijos cultivando cacahuetes en sus 40 tareas de tierra en Los Pinos, buscaba oro y trabajaba como jornalero, vendedor de lotería y leñador. En 1975, con préstamos de

cinco de sus hermanos, dos de los cuales estaban en los Estados Unidos, Pérez hizo una entrada indocumentada a Nueva York a través de Puerto Rico. Durante los siguientes dos años, trabajó cuarenta horas semanales como conserje en una universidad durante el día y cuarenta y cuatro horas cada semana limpiando edificios de oficinas por la noche. Dado que la regularización era su objetivo y quería «hacer todo correctamente», no tuvo en cuenta los dependientes que mantenía en Los Pinos. Aunque solo ganaba un poco más del salario mínimo en su trabajo diurno y el mínimo legal en el de la noche, había logrado ahorrar lo suficiente como para pagar sus préstamos y organizar un matrimonio negociado con su prima, residente legal. Cano Pérez contrató a un abogado de inmigración para ayudar a su «esposa» a solicitar una visa de residente para él. Después de un año de papeleo y espera, viajó a Canadá, acompañado por un amigo que hablaba inglés y le serviría de guía durante la entrevista en el consulado de Estados Unidos. Su solicitud fue aprobada. Un año después, se divorció de su prima y se casó con su verdadera esposa, con quien había vivido en unión consensuada durante casi veinte años, y de esta manera pudo solicitar una visa de residencia para ella y sus hijos mayores.

Como se indica en la tabla 3.3, los costos de la regularización podrían superar los derechos pagados a los autobuses por la entrada ilegal. En este caso, eran el doble de altos. El ejemplo narrado ilustra cómo la prevalencia de uniones consensuales en la República Dominicana, especialmente en el campo, ayuda a un migrante potencial a regularizar su situación. En Los Pinos, muchas uniones largas y estables eran consensuadas, sobre todo entre parejas mayores. Después que el migrante conseguía una entrada indocumentada a los Estados Unidos, se consideraba libre para hacer un matrimonio de negocios y obtener visa de residente. Por supuesto, algunos de estos pineros que intentaban regularizar su situación ya estaban casados en ceremonia civil o eclesiástica; y si se aprestaban a llevar a cabo un matrimonio de negocios, primero tenían que obtener el divorcio de su cónyuge legítimo. A veces, las esposas en Los Pinos se negaban a aceptar el divorcio, sospechando que la regularización del estatus no era el único motivo del marido. La regularización del estatus de un migrante en ocasiones se debió a la formalización de una unión consensual de larga data mediante el matrimonio para que la documentación apropiada estuviera disponible y pudieran traer legalmente a Estados Unidos a los miembros de la familia.

Una vez obtenido el estatus de residente legal, estos migrantes solicitaban visas adicionales para los miembros de la familia que aún estaban en República Dominicana. En otras palabras, se convirtieron en las anclas a las que se unieron las cadenas de futuros migrantes.

A medida que el sistema de migración pinera evolucionó y maduró con el tiempo, el parentesco se convirtió en el principal mecanismo de reclutamiento. Los dominicanos llaman al proceso de desplazamiento sucesivo de familiares a los Estados Unidos «la cadena», una sucesión de migrantes que vincula a la comunidad de envío en la República Dominicana con la comunidad migrante receptora en los Estados Unidos. Las cadenas de migrantes comenzaron a proliferar a fines de la década de 1960, y más y más pineros pudieron ingresar a los Estados Unidos como residentes legales.

Tabla 3.3

Costos de la migración y regularización de individuos indocumentados de Cano Pérez (US\$)

Tarifas del buscón para la entrada a través de Puerto Rico	\$2000.00
Cuota a prima por matrimonio de negocios	\$1500.00 ^a
Honorarios de abogado	\$1,426.00
Viaje a Canadá (incluye gastos de amigo que hablaba inglés)	\$500
Divorcio de prima a través de abogado	\$700
Total	100.0

^a Debido al hecho de que eran primos, la mujer con la que Pérez se casó por negocio descontó \$500 de la tarifa vigente.

LA MIGRACIÓN EN CADENA Y EL HOGAR MIGRANTE EN LOS ESTADOS UNIDOS

La decisión de migrar se basó sobre todo en las necesidades del hogar, la unidad social y económica fundamental en Los Pinos. Los cónyuges y los padres acordaron los movimientos migratorios y las estrategias para recaudar la cantidad de capital necesario para financiarlos. Lo planificaron con la asistencia de la familia extensa, en especial si la migración era indocumentada, como el caso de Caño Pérez, para quien el círculo mayor de parientes tendría que movilizarse para cubrir el alto costo implicado.

En los últimos años, se ha dedicado considerable atención al hogar como la unidad social central que media entre las fuerzas sociales y la

elección individual y restrictiva en respuesta a estas fuerzas (por ejemplo, Wood 1981, 1982; Wallerstein, Martin y Dickinson, 1979). Aun cuando el hogar desempeña un papel central en la organización de la migración, y es un criterio *a priori* como la unidad principal de análisis, a veces puede ofuscar otros procesos relevantes. Puede oscurecer, por un lado, el funcionamiento semiautónomo de los segmentos de hogares en algunas circunstancias. Por otro, puede excluir las relaciones y transferencias que se producen entre los hogares vinculados en un intercambio de redes más amplio (Guyer, 1981).⁸ Para una comprensión completa de la migración desde Los Pinos, además de la unidad familiar en sí, deben incluirse en el análisis tanto los segmentos intrafamiliares como las redes de hogares adicionales.

Un intento migratorio exitoso resulta en la separación física de los miembros de la familia. Por esta razón, en comunidades migrantes como Los Pinos, la definición del hogar debe apartarse del uso habitual (por ejemplo, Yanigasako, 1979). Obviamente, los hogares migrantes no eran grupos coresidenciales. Algunos miembros residían en Estados Unidos y otros en Los Pinos, y todos podrían contribuir al mantenimiento de la unidad familiar. Como ha señalado Murray:

Un problema es distinguir claramente entre la manifestación tangible del hogar como un grupo parcialmente co-residencial —la unidad de observación en la aldea— y su manifestación funcional general en términos de actividades generadoras de ingresos. Es útil mantener el término hogar cuando se refiere a estos dos aspectos de su identidad porque el hogar sigue siendo la unidad de viabilidad económica, ya sea que sus miembros estén físicamente dispersos o no en un momento dado (1981:45).

⁸ Irónicamente, aunque se ha propuesto un enfoque del hogar como una solución al *impasse* teórico entre el equilibrio y los enfoques estructural-históricos para el estudio de la migración, sufre algunas de las deficiencias de ambos. Tal enfoque a menudo asume el análisis funcionalista de costo-beneficio que caracteriza a los estudios de equilibrio. En lugar de ocurrir a nivel individual, estos cálculos racionales ahora tienen lugar a nivel del hogar. También asume a menudo que la forma y el comportamiento de los hogares pueden deducirse de los imperativos del sistema mundial, otra forma del funcionalismo que caracteriza el enfoque estructural-histórico (ver Bach y Schraml, 1982).

El término hogar, según se utiliza aquí, se refiere tanto a la unidad residencial de observación en Los Pinos, como a la unidad económica básica de análisis. He restringido el uso del concepto «hogar migrante» a aquellos hogares en los que al menos un miembro de la familia nuclear (esposo, esposa o hijo) residía en los Estados Unidos (y los pocos que vivían en Canadá) en el momento del trabajo de campo. Con la migración, por supuesto, los parientes y las redes sociales también se vuelven transnacionales. En dependencia de quién se convierta en el ancla, la cadena en Los Pinos siguió uno de los pocos patrones típicos. El primero ocurrió cuando cualquiera de los cónyuges de un hogar emigró. La ideología de género enfatiza el papel del esposo-padre como sostén de la familia y tomador de decisiones dentro del hogar y, de hecho, en la mayoría de los casos, fue él quien emigró primero. Sin embargo, el que emigrara primero dependía también de las redes de cada cónyuge. Por ejemplo, si una esposa tenía una categoría apropiada de parientes para patrocinar su solicitud de visa y el esposo no, ella podría ser la que emigrara. En algunos casos, la motivación de emigrar podría derivar de sus parientes migrantes y no necesariamente de las necesidades y decisiones específicas de su hogar. Por ejemplo, después de enterarse de que su padre en la República Dominicana había tomado una amante, una migrante pinera (que era ciudadana estadounidense) se molestó mucho y tomó la decisión de patrocinar la migración de su madre para sacarla de la dolorosa situación. En otros casos, como ilustra el siguiente ejemplo de Rita Morales, los migrantes pueden cansarse de mantener a sus parientes en el país de origen y decidir patrocinar su migración, a menudo convirtiéndose en ciudadanos estadounidenses expresamente para hacerlo. Los hermanos o padres en tales situaciones de dependencia no están en condiciones de negarse a migrar.

Una vez establecido en un trabajo, el migrante solicitaba una visa de residencia para su cónyuge y sus hijos en edad laboral (o cerca de la edad). Menos frecuentes eran las solicitudes de visas para niños pequeños. Un migrante pinero, Polo Rodríguez, explicó cómo decidió a quienes reclamar: «En Nueva York, mi cabeza estaba partida en dos. Tenía gastos aquí y gastos allá y no podía ahorrar nada. Así que traje a mi esposa y a mis dos hijas mayores. Los niños más pequeños se quedaron con su abuela, porque una mujer con dos o tres niños jóvenes en Nueva York no puede trabajar».

La declaración de Polo Rodríguez capta algunas de las principales consideraciones involucradas en la migración de mujeres casadas. El predominio

de mujeres inmigrantes a los Estados Unidos se explica por la disposición de unirse a sus maridos migrantes en sus nuevas comunidades (Houston, Kramer y Barrett, 1984). De hecho, la esposa de Polo, Lucinda, emigró a Nueva York para reunirse con su esposo, pero como sugiere su declaración, una consideración importante fue la posibilidad de trabajo para ella. De hecho, desde que emigró hace siete años, Lucinda de Rodríguez, cuando no estaba desempleada, trabajó en una fábrica de cortinas junto con una de sus hijas. La «feminización» de una parte significativa de los empleos de bajos salarios en países centrales como los Estados Unidos (Fernandez-Kelly, 1985:219-220) había ampliado las oportunidades para que las mujeres inmigrantes como Lucinda ingresaran a la fuerza laboral y contribuyeran con sus salarios al fondo de ingresos de los hogares migrantes.

Por lo general, se solicitaban visados para el resto de los niños a medida que se acercaban a la edad de trabajar. Mientras tanto, se dejaban al cuidado de sus abuelos o tíos. A veces, personas ajenas al círculo familiar eran contratadas como cuidadoras de los niños que quedaron atrás. Los no migrantes más pobres representan un complemento de los ingresos familiares, gracias a lo que reciben de los migrantes para servicios de cuidado infantil. Sin embargo, para otros, especialmente las abuelas ancianas, asumir el papel de cuidador podría ser una carga pesada que las remesas hicieron poco para aliviar. Las dificultades que esta estrategia podría crear se pueden ver en la siguiente historia de Gladys Pérez y su madre, Nina Morales.

El esposo de Gladys, Luis, emigró a Nueva Jersey en 1975. Su hermana, que había vivido en los Estados Unidos desde 1960, se había convertido en ciudadana estadounidense para patrocinar la migración de sus cuatro hermanos en Los Pinos, que se ganaban la vida realizando trabajos diurnos y otros ocasionales. Después de dos años en los Estados Unidos, Luis solicitó visas para Gladys y su hijo mayor, de 17 años. Sus otros seis hijos permanecieron en Los Pinos con su abuela Nina. Nina se quejó conmigo: «Cuando mi hija está en Nueva York, yo soy una prisionera. No veo a mis otras hijas hasta que ella regresa y recupera a sus hijos». Por supuesto, la carga de la separación para Gladys y Luis también fue grande. Gladys viajaba a Los Pinos dos veces al año para visitar a sus hijos. En su última visita, se quedó durante seis semanas para dar los toques finales a la modesta casa nueva que ella y Luis habían construido en las afueras del pueblo, la cual permanecía vacía la mayor parte del año. Cuando llegó el momento

de llevar a sus hijos a casa de su madre y regresar a Nueva Jersey, se sentía extremadamente angustiada. El médico de la clínica local le dio un poco de diazepam (Valium), el segundo medicamento dispensado con mayor frecuencia en Los Pinos después de la aspirina. Cuando fui a despedirme de ella, se encontraba aturdida por los varios diazepam que había tomado para prepararse ante la inminente separación.

A veces, esa separación, a pesar de los mejores esfuerzos de una familia, se convertía en permanente. Había algunas cadenas en Los Pinos en las que toda la familia había emigrado a los Estados Unidos, excepto los hijos con discapacidades físicas o mentales. En esos casos, los padres habían solicitado repetidamente visados para sus hijos. Tiempo y ganancia de tiempo, los niños habían sido seleccionados por los rigurosos exámenes médicos y psicológicos requeridos por el consulado antes de la entrevista de visa. Sin embargo, los padres continuaron gastando una gran cantidad de tiempo y dinero en esfuerzos renovados para obtener visas para estos niños.

Otro patrón migratorio es cuando un hijo o hija deja el hogar paterno en Los Pinos para viajar a los Estados Unidos. Allí se casaron y formaron nuevos hogares. Cuando la esposa comenzó a tener hijos, la pareja se enfrentó a la posibilidad de tener que retirarse temporal o permanentemente del mercado laboral. Una alternativa a esto y a la costosa y a menudo inadecuada guardería, era traer a la madre de cualquiera de los cónyuges para que cuidara de los niños y del hogar. Hasta 1976, otra razón para traer a los padres a los Estados Unidos era que ellos mismos podrían solicitar visas para sus hijos que aún permanecían en el país. Después de 1976, un nuevo sistema de preferencias para el hemisferio occidental redujo las categorías de parientes que podían ser patrocinados por extranjeros residentes legales a cónyuges e hijos solteros solamente (Garrison y Weiss, 1979:277). Los ciudadanos estadounidenses, sin embargo, pueden patrocinar tanto a los padres como a los hermanos. De esta manera, se continuaron forjando nuevas cadenas migratorias.

En sí misma, la iniciación de nuevas cadenas de hermanos era una consideración secundaria, pero significativa, por parte de los migrantes que solicitaban visas para sus padres. Ya sea patrocinado directamente por ciudadanos estadounidenses o, antes de 1976, indirectamente por residentes legales a través de sus padres, las cadenas de hermanos fueron un medio por el cual los migrantes cumplieron con la obligación de ayudar a los miembros de la familia. Al mismo tiempo, su carga de remesas se ali-

vió, ya que ahora había más familiares en los Estados Unidos para enviar dinero a menos dependientes en la República Dominicana. Rita Morales, una migrante que había sido maestra de escuela en Los Pinos, explicó por qué decidió solicitar una visa para su hermana divorciada, una mujer muy respetada en la comunidad:

Me convertí en ciudadana estadounidense para mejorar mis posibilidades de traer a mamá y papá. Pero también quería estar por encima de mi hermana, Rosita. Nosotros [Rita y sus nueve hermanos] hemos estado apoyando a Rosita y sus hijos durante diez años y eso es suficiente, más de lo que nadie hubiera hecho. Sé que en su corazón realmente no quiere venir, ¡una mujer como Rosita trabajando en una fábrica! Pero debo pensar en regresar pronto al país y Rosita debe decidirse y traer a sus hijos a los Estados Unidos. Y también ahora ella puede ayudarnos [financieramente] a cuidar a mamá y papá.

Por supuesto, no se solicitaron visas de residencia para todos los padres. Alrededor del 7 % de la población de Los Pinos en 1981 tenía 65 años o más. Esta proporción relativamente grande reflejaba los altos niveles de migración de los jóvenes y la relativa inmovilidad de los ancianos.

DURACIÓN DE LA MIGRACIÓN

Los estudios antropológicos de la migración a menudo clasifican a comunidades enteras de origen de acuerdo con la duración «típica» o modal de la estadía en la sociedad receptora. Se dice que las comunidades se caracterizan por patrones de migración «circular», «temporal» o «permanente». Sin embargo, la migración desde Los Pinos no es tan fácilmente clasificable. Aunque casi todos los migrantes con los que hablé consideraban su estadía como temporal, algunos eran, por así decirlo, más temporales que otros. Por consiguiente, la duración de la residencia en el extranjero varió dentro de una amplia gama. La primera persona que abandonó el pueblo hace treinta años permanecía residiendo en los Estados Unidos (y todavía planeaba regresar a Los Pinos), mientras que uno o dos migrantes legales habían regresado a Los Pinos de manera permanente después de solo unos pocos meses infelices en el extranjero.

Ciertos migrantes participaron en un patrón circular. Trabajaron —en hoteles, en algunos tipos de fábricas— durante temporadas que han definido como «muertas» o lentas, toman unos meses de licencia sin goce de sueldo y regresan a Los Pinos y viven de los ahorros acumulados en los Estados Unidos.

La mayoría de los migrantes pineros, sin embargo, trabajan todo el año en los Estados Unidos. Se las arreglan para regresar a la República Dominicana una o dos veces al año y permanecen durante dos o tres semanas. En estas vacaciones, pueden comportarse como turistas, alquilan autos, recorren las playas y frecuentan restaurantes que atienden a extranjeros. Un pinero me dijo que había conocido más su país desde que se mudó a Nueva York que cuando vivía en la isla. Los «neoyorquinos dominicanos», como a menudo se llamaba a los migrantes, se habían convertido en un elemento importante de la industria turística de la isla.

Unos pocos migrantes, como los comerciantes mencionados con anterioridad, disfrutaron de un acceso considerable a los recursos productivos en Los Pinos y hacían estancias relativamente cortas en los Estados Unidos solo para aumentar sus activos. Arrighi (1973), quien también encontró este patrón en África, ha llamado a aquellos que están motivados estrictamente por una absoluta necesidad «migrantes discrecionales». Los migrantes discrecionales de Los Pinos realizaban viajes que duraban desde unos pocos meses hasta dos o tres años para acumular el efectivo que les permitía cumplir con objetivos específicos. Aunque migrantes pineros alegaron que reducirían su consumo a niveles mínimos en los Estados Unidos (por ejemplo, ir a una sola película en cinco años), entre los migrantes discrecionales se observaron actitudes de abnegación extremas, como lo ilustra el siguiente testimonio.

Don Fonso, de 50 años, era uno de los mayores terratenientes de Los Pinos. Parte de su tierra estaba dedicada a la agricultura comercial, pero la parte más grande de empleaba en la cría de ganado. En 1965, una severa sequía destruyó sus cultivos y campos y le imposibilitó pagar un préstamo al Banco Agrícola sin vender algunos de sus activos. Don Fonso reprogramó su deuda, obtuvo una visa de turista sobre la base de sus títulos de propiedad y se fue a Nueva York. Allí, trabajó como lavaplatos en un promedio de cien casas a la semana. Después de siete meses de consagrarse solo a trabajar y dormir, había ahorrado lo suficiente para regresar a Los Pinos, pagar su deuda y contratar la mano de obra para mejorar sus tierras de pastoreo.

Trece años después, en 1978, otra sequía causó problemas similares. Para entonces, las visas de turista se habían vuelto más difíciles de obtener. Con documentos prestados de un pariente, Don Fonso regresó a Nueva York, donde lavó platos durante dieciocho a veintiún horas al día durante diez meses. Cuando regresó a Los Pinos, no solo había pagado su deuda con el banco, sino que también había invertido en el mejoramiento de su tierra. Además, compró una pequeña sierra diésel y estableció un taller para hacer sillas de madera que empleaba a seis hombres.

En 1981, emigró una vez más, con el fin de acumular los RD\$10,000 que necesitaba para comprar una parte del negocio mayorista de su sobrino en Santiago.

La distinción de Arrighi ayuda a perfilar nuestra comprensión de las complejidades de la migración dominicana. Sin embargo, esto es solo después de que los migrantes pueden clasificarse como discrecionales. Esto se debe a que, como Don Fonso Rodríguez y Juanito Sánchez, casi todos migraron para resolver un problema: construir una casa, pagar una deuda, enviar a los hijos a la universidad, recuperarse de un divorcio, aprender inglés, escapar de los bajos salarios y regresar lo más rápido posible para continuar la vida en el país natal. Lo cierto fue que solo unos pocos lograron realizar sus intenciones iniciales. Todos, menos la fracción de migrantes pineros, se encontraban todavía en los Estados Unidos. También problemático en el contexto dominicano es el concepto de retorno permanente. Solo alrededor del 12 % (47 personas) de migrantes pineros había regresado a vivir en su país. Pero entre estos retornados, muy pocos estaban dispuestos a renunciar a sus visas de residencia en los Estados Unidos. Un sentido fundamental de inseguridad política y económica se reflejó en el adagio que muchos migrantes pineros utilizaron para explicar su falta de voluntad de entregar su residencia: «Se sabe el día de hoy, pero no el día de mañana». Para evitar que sus visas fueran revocadas, tenían que regresar a los Estados Unidos al menos una vez al año. Una vez allí, trabajaban durante dos o tres meses para recuperar sus gastos de viaje. Por lo tanto, continuaron participando en el mercado laboral de los Estados Unidos incluso mucho después de su regreso permanente a la República Dominicana (véase el capítulo 6). Para evitar estas visitas anuales, algunos se convirtieron en ciudadanos estadounidenses antes de reasentarse en la República Dominicana.

EL GÉNERO Y LA CORRIENTE MIGRATORIA INTERNACIONAL

Los primeros tres migrantes de Los Pinos en la década de 1950 eran mujeres, y estas continuaron superando ligeramente en número a los hombres. Un nivel tan alto no era inusual, sino paralelo al de las mujeres dominicanas a nivel nacional. Sin embargo, dada la fuerte ideología patriarcal que intenta proscribir las actividades de las mujeres a límites estrechos, la alta tasa de participación de las mujeres dominicanas en la migración internacional es sorprendente. Varios factores fueron responsables de este alto nivel. En primer lugar, la disponibilidad de oportunidades de empleo en el «sector secundario» de la economía estadounidense, es decir, el sector compuesto por empleos no calificados, de bajos salarios, no sindicalizados, sin salida de tenencia insegura (véase Edwards, Reich y Gordon, 1975). Este sector ha crecido rápidamente en los últimos tiempos y, como ya se señaló, se ha feminizado cada vez más. Su expansión, sin duda, alentó a muchas mujeres en toda América Latina y el Caribe a migrar a los centros industriales del noreste de los Estados Unidos. Las dominicanas no fueron una excepción a este patrón (véase, por ejemplo, Gurak y Kritz, 1982). Un segundo factor se encuentra en la dinámica de la cadena migratoria discutida anteriormente. Como en la división del trabajo las mujeres eran asignadas a las tareas domésticas y al cuidado de los niños, se instauró la preferencia por traer madres, en lugar de padres, para ayudar a las trabajadoras en hogares migrantes. Por lo tanto, al igual que la propia ley de inmigración de los Estados Unidos, muchos hogares migrantes tenían su propia jerarquía de parentesco que, en este caso, contribuyó a la preponderancia de las mujeres en la corriente migratoria internacional.⁹

Esta significativa participación de las mujeres dominicanas en la migración documentada a los Estados Unidos es evidente en la tabla 3.4. Su predominio sobre los hombres es intrigante ya que en entrevistas realizadas en el consulado de Estados Unidos en Santo Domingo, el cónsul general y el

⁹ Kim (1981:42) informa razones idénticas en la preferencia de solicitar visas para madres entre los inmigrantes surcoreanos a los Estados Unidos. Véase Houstoun, Kramer y Barrett (1984:924) con respecto a una noción acerca de esta preferencia en los nuevos inmigrantes en general.

panel de vicecónsules, que tomaban las decisiones con respecto a las visas, indicaron que desconocían un sesgo predominante hacia las mujeres. Estos funcionarios enfatizaron que el criterio más importante para conceder una solicitud de visa era precisar si resultaba probable que el solicitante se convirtiera en una carga pública una vez en los Estados Unidos. Dado que las mujeres eran más elegibles que los hombres para asistencia pública y que la mayoría de los beneficiarios de esa asistencia en los Estados Unidos eran mujeres y niños, algunos vicecónsules declararon explícitamente su preferencia por aprobar a los «hombres sin compromisos». En solo un año, entre 1965 y 1979, se emitieron más visas a hombres que a mujeres, y la proporción total de aprobaciones de visas de mujeres con respecto a los hombres fue de 1.16 (puede que un número mayor de mujeres solicitara visas aun cuando los vicecónsules hayan otorgado un trato preferencial a los solicitantes masculinos; o sea, el número de mujeres solicitantes fue lo suficientemente grande como para superar a los hombres en número de aprobaciones).

Tabla 3.4
Visas de residencia expedidas a dominicanos por sexo y año, 1965-1979

Año	Sexo		Proporción
	Masculino	Femenino	
1965	4,290	5,214	1.22
1966	7,150	9,353	1.31
1967	4,709	6,805	1.45
1968	4,083	5,167	1.27
1969	4,845	5,825	1.20
1970	5,072	5,735	1.13
1971	5,963	6,661	1.12
1972	5,087	5,673	1.12
1973	6,570	7,351	1.12
1974	7,567	8,113	1.07
1975	6,639	7,427	1.19
1976	5,714	6,812	1.19
1977	5,191	6,464	1.25
1978	9,355	10,103	1.08
1979	8,868	8,651	.98

Fuente: Informes anuales y anuarios estadísticos del INS, 1966-1980.

La participación diferencial de la mujer en la migración también podría, en última instancia, contribuir, aunque indirectamente, a la elevada tasa de migración internacional femenina a nivel global. En la República Dominicana, como en casi todos los países de América Latina (Orlansky y Dubrovsky,

1978), los factores de mercado que promovían la expulsión del campo y la atracción hacia las ciudades eran más fuertes para las mujeres que para los hombres.¹⁰ Por un lado, las mujeres tenían pocas oportunidades de trabajo asalariado en sus propias comunidades. En Los Pinos, el trabajo agrícola, con la excepción de la cosecha de algunos cultivos, era desempeñado por los hombres, Como veremos en el capítulo 4, la economía pinera se diversificó considerablemente; sin embargo, la mayoría de las oportunidades de mejor remuneración también cayeron bajo la rúbrica de trabajo de hombres.

En las ciudades, por el contrario, las mujeres tenían un acceso favorable a los empleos de domésticas y operarias de fábricas. El servicio doméstico, mal pagado, era el usual para las mujeres. Los nuevos puestos en las fábricas también han sido ocupados, en su mayoría, por mujeres. Importante para las pineras fue la gran zona industrial de procesamiento de exportaciones, la zona franca, ubicada en el corazón de Santiago. Un administrador de zonas francas con el que me entrevisté fue explícito sobre las categorías preferidas como trabajadores de ensamblaje en estos complejos. En orden descendente eran mujeres divorciadas o separadas con hijos pequeños que mantener, mujeres solteras y, por último, mujeres casadas. Como consecuencia, la fuerza laboral de la zona franca, que ascendía a 6,275 en 1980, estaba compuesta casi en su totalidad por mujeres (*El Sol*, 9 de diciembre de 1980). La fábrica estaba fuera del entorno doméstico, pero varias de sus características la hacían adecuada para que las mujeres aceptaran ese trabajo. No requería su libre circulación, estaba estrechamente supervisado y el lugar contenía muy pocos hombres. Las mujeres que trabajaban en la zona franca recibían lo que podría llamarse un «salario de divorciado», comparable al «salario de soltero» pagado a los migrantes varones que trabajan en las minas del sur de África. En ambos casos, los ingresos adicionales de la familia resultaban necesarios para complementar los salarios ganados. Por lo tanto, la migración de las mujeres resultó de la intersección de varios factores: las necesidades de ingresos del hogar, la división del trabajo por género, la falta comparativa de oportunidades de generación de ingresos en Los Pinos y las mayores oportunidades de empleo de bajos salarios en la ciudad.

¹⁰ Una encuesta de migrantes a Santo Domingo y Santiago de 1978 encontró que alrededor del 56 % eran mujeres (Ramírez, 1980, citado en Larson, 1987b:157).

Aunque las fuerzas del mercado laboral fueron quizás las más importantes, otros factores también promovieron la migración interna diferencial de las mujeres, lo que en última instancia podría llevarlas a los Estados Unidos. Muchas niñas de hogares pobres, cuyos padres no podían permitirse continuar apoyando su educación, fueron enviadas a vivir con pineros acomodados que se habían mudado a Santiago. A cambio del cuidado de los niños y del trabajo doméstico, estas niñas recibían alojamiento, comida y, a menudo, gastos educativos. Este arreglo era mucho más frecuente para las niñas que para los niños, porque en el contexto urbano el trabajo de los niños (buscar agua, recoger leña, ordeñar vacas) era menos valioso para el hogar que el de las niñas, cuya labor liberaba a otras mujeres adultas para el trabajo asalariado. Además, las mujeres jóvenes de hogares más solventes también fueron enviadas a Santiago para vivir con sus parientes. Algunas continuaron su educación, a menudo en una academia o escuela de secretariado, de las que no había equivalentes para los hombres, ya que las mujeres eran abrumadoramente preferidas para el trabajo de secretaría en la República Dominicana. Otras fueron enviadas a la ciudad simplemente con la esperanza de que encontrarán una buena pareja. La madre de un hogar acomodado explicó que envió a sus hijas a Santiago a vivir con su hermana después de terminar la escuela primaria porque, según dijo: «¿A quién iban a conocer en Los Pinos?». Una de sus hijas se casó con un migrante a los Estados Unidos y también emigró.

Como indica la tabla 3.5, las pineras contaban con muchas más probabilidades que los hombres de emigrar a una ciudad importante en la República Dominicana antes de mudarse a los Estados Unidos. Si bien más de tres cuartas partes de los hombres emigraron directamente de Los Pinos a los Estados Unidos, esto ocurrió solo para un poco más de la mitad de las mujeres. Tres veces más mujeres que hombres se habían trasladado a Santiago antes de la migración, y las mujeres tenían más del doble de probabilidades que los hombres de haber vivido en Santo Domingo antes de emigrar.

Para muchas mujeres, sobre todo las de hogares más pobres, la migración interna parecía ser un paso crítico hacia la migración internacional. No fue así en cuanto al acceso a los recursos económicos del empleo asalariado urbano, puesto que los trabajos que ejercían eran mal remunerados. Más importantes eran los lazos sociales que las mujeres podían establecer

una vez en una ciudad importante, lazos que las ayudaban a materializar su movimiento internacional. A través de la migración escalonada a Santiago y Santo Domingo, las mujeres tuvieron más oportunidades de construir redes y formar vínculos que podrían proporcionarles acceso a los recursos materiales y sociales necesarios para la migración. Los siguientes ejemplos ilustran dos estrategias diferentes para migrar a los Estados Unidos.

Tabla 3.5
Residencia de migrantes pineros antes de la migración a Estados Unidos, por sexo

Residencia	Sexo				Total	
	Masculino		Femenino			
	N	%	N	%	N	%
Los Pinos	148	77.5	111	54.7	259	65.7
Santiago	25	13.1	74	36.5	99	25.1
Santo Domingo	4	2.1	10	4.9	14	3.6
Otra (Urbana) RD	7	3.7	5	2.5	12	3.1
Rural RD	5	2.6	1	0.5	6	1.5
Venezuela	2	1.1	0	0	2	0.5
Puerto Rico	0	0	2	1.0	2	0.5
Total	191	48.5	203	51.5	394	100.0

Silvia Pérez, de 26 años, trabajó durante seis años como empleada doméstica en Santiago y Santo Domingo. Con la migración a los Estados Unidos como su objetivo, trató siempre de trabajar para los extranjeros, que pagaban salarios más altos, en 1980, RD\$80-90 por mes, en comparación con la tarifa actual de RD \$60-70. Durante sus últimos tres años de servicio, acumuló RD\$1,800. Lo hizo reduciendo casi todo el consumo, ahorrando sus salarios y usándolos para hacer préstamos al 10 % de interés. También organizó clubes de crédito rotativos por una tarifa.¹¹ En 1981, pudo cumplir sufragar las tarifas de los buscones para emigrar.

Laura Rodríguez, de 32 años, fue a Santiago para trabajar como lavandera en 1975. En 1977, entró en una unión consensuada con Tomás Andújar, un guardia nacional que tenía un importante patrón en el gobierno de Balaguer. Después de la victoria electoral del PRD sobre Balaguer en 1978, su patrón ayudó a Tomás a migrar a los Estados Unidos con una visa de turista. Posteriormente, Tomás envió a Laura parte del dinero para pagar un auto-

¹¹ La organización de un club de crédito rotatorio es una actividad ocasional de generación de ingresos realizada por mujeres de hogares pobres.

bús; el resto se recaudó mediante préstamos sin garantía de usureros que tenían una relación de confianza con Tomás y estaban seguros de que él les pagaría si algo salía mal. Después de que su primer intento de irse fracasara y fuera encarcelada brevemente en la República Dominicana, Tomás le envió más dinero para otro intento. Ingresó con éxito a los Estados Unidos en 1979. Silvia Pérez actuó de manera decidida en la búsqueda de su objetivo. Su entrada en la fuerza laboral asalariada, junto con otras actividades empresariales, le permitió comprar su entrada en los Estados Unidos.

En el segundo caso, que representa una ruta mucho más común de migración para las mujeres, fueron los lazos sociales establecidos al vivir y trabajar en la ciudad los que le dieron a Laura Rodríguez los medios para migrar. El desglose de la corriente migratoria según el género arroja algo de luz sobre la cuestión no resuelta de la relación de la migración escalonada interna con la migración internacional. González (1970), Hendricks (1974) y Pessar (1982a) implican que el migrante rural dominicano típico se mueve directamente de su pueblo hacia los centros industriales urbanos del noreste de los Estados Unidos. Otros, como Bray (1983), Kayal (1978) y Ugalde *et al.* (1979), describen un patrón de migración escalonada en el que los migrantes pasan algún tiempo en una ciudad dominicana antes de ir a los Estados Unidos. Al examinar las diferentes rutas tomadas por hombres y mujeres, se tiene claridad adicional sobre la relación entre la migración interna y la internacional. El caso de Los Pinos sugiere que la migración internacional desde la República Dominicana podría caracterizarse por una «corriente dividida», en la que las mujeres y los hombres participaron de manera diferente. En una medida considerablemente mayor para las mujeres que para los hombres, vivir en un importante centro urbano facilitaría un medio indirecto de entrada en la corriente migratoria internacional.

CARACTERÍSTICAS DEMOGRÁFICAS DE LA CORRIENTE MIGRATORIA PINERA

La propensión de las mujeres a migrar tuvo grandes repercusiones para la composición demográfica de Los Pinos. Las mujeres constituían alrededor del 52 % de la corriente migratoria internacional y otro 55 % de la corriente interna. Este hecho tuvo efectos significativos en la distribución

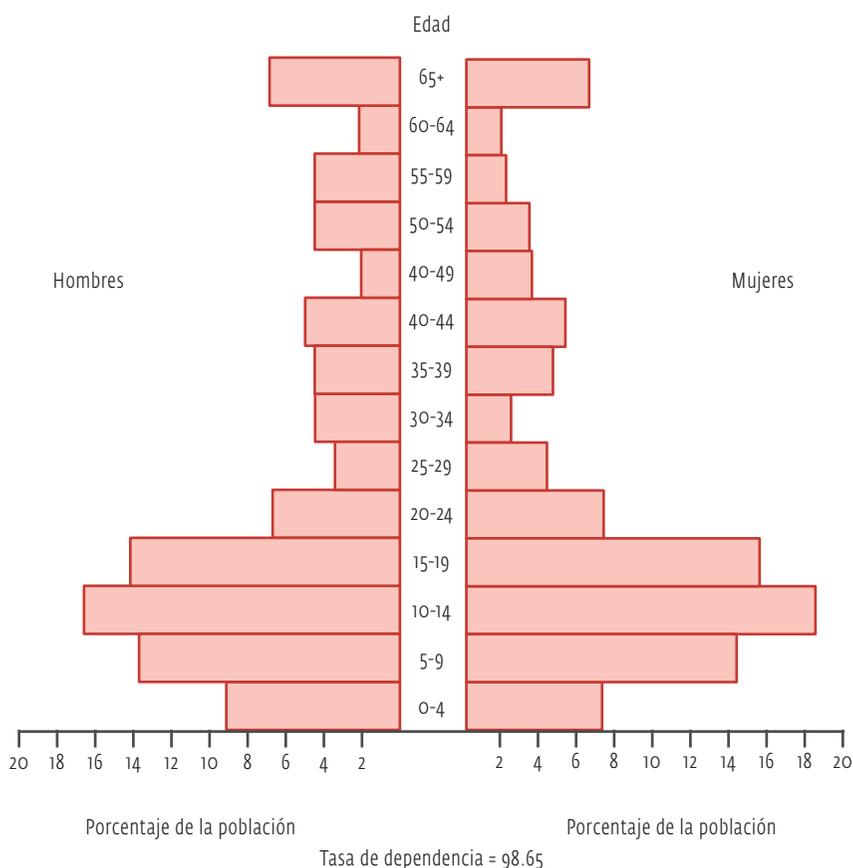
por edad y sexo de la población residente en Los Pinos. Las figuras 3.1 y 3.2, muestran la distribución por edad y sexo de la población residente en Los Pinos en 1981 y de la población nacional en 1960 y 1970. Cuando se compara la estructura de la población de Los Pinos con la de la nación, algunas diferencias son evidentes. En comparación con la población nacional. Los Pinos tenían una proporción considerablemente menor en los grupos de edad de 0 a 9 años. Esta diferencia fue muy pronunciada para los de 0-4 años. En contraste con la distribución nacional, la pirámide de población de Los Pinos se abultó para los grupos de 10 a 19 años, se cerró para los años productivos de 20 a 59 y se amplió una vez más para los mayores de 65 años. Esta última categoría comprendía el 7,1 %, de la población de Los Pinos, pero solo el 3,1 % de la nación (de los Santos *et al.*, 1981).

En ciertos aspectos, la población de Los Pinos se desvió de lo que comúnmente esperamos para las comunidades migrantes. Por lo general, estas comunidades tienen distribuciones en forma de reloj de arena, proporciones más altas de jóvenes y ancianos que aquellos en sus mejores años productivos y reproductivos. Por esta razón, se caracterizan por lo que los demógrafos llaman altas tasas de dependencia. Esta relación se define como la proporción de individuos entre 0 y 14 años y 60 años y más (dependientes) a los de 15 a 59 años (población económicamente activa), multiplicada por cien. A diferencia de otras áreas del mundo con migración a gran escala (véase, por ejemplo, Murray, 1981 para África), Los Pinos tenían una tasa de dependencia de 98.65. Esta casi paridad de dependientes y productores es sorprendente cuando observamos que, además del gran flujo de migrantes internacionales, la migración interna también fue sustancial. Como indican los gráficos 3.3 y 3.4, tanto los migrantes internos como los internacionales se concentraron abrumadoramente en las edades productivas de 15 a 59 años.

¿Qué factores explican este perfil demográfico inusual? Lo más importante es la pequeña proporción de individuos en el grupo de 0-4 años. La responsabilidad directa del bajo número de lactantes radica en la composición por género y por edad de la corriente migratoria pinera. Las mujeres no solo están bien representadas entre los migrantes. Como lo confirman las figuras 3.3 y 3.4, tendían abrumadoramente a disminuir en sus mejores años fértiles. Casi tres cuartas partes (73.7 %) de las mujeres migrantes internacionales tenían entre 20 y 39 años. Entre las migrantes internas,

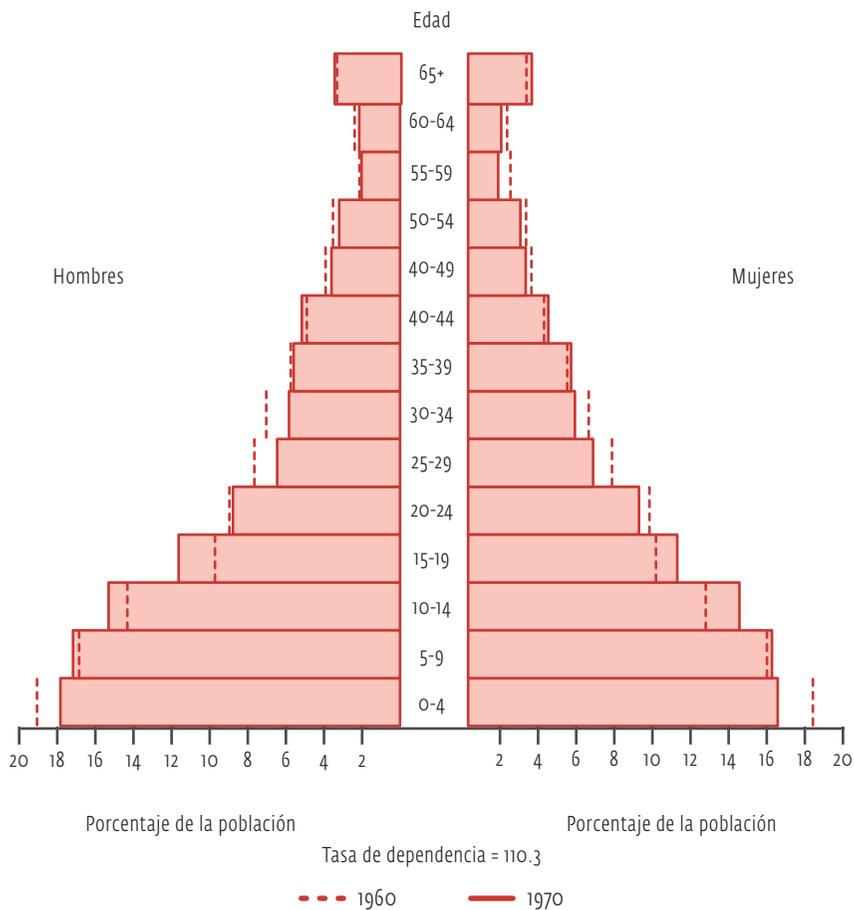
el 63.6 % cayó en esta cohorte. Por el contrario, entre la población restante en Los Pinos, solo el 19.4 % de las mujeres tenían entre 20 y 39 años.¹² Por lo tanto, los altos niveles de migración entre las mujeres en edad fértil han dado lugar a una población pequeña de niños pequeños y es uno de los principales determinantes de la tasa de dependencia favorable encontrada en Los Pinos.

Figura 3.1
Distribución de la población por sexo y grupo de edad, Los Pinos, 1981



¹² Que los factores que promueven la migración de las mujeres de Los Pinos en sus primeros años fértiles están operando en todo el país se ve en las diferencias entre la distribución nacional en 1960 y en 1970 (figura 3.2). Estos cambios, en especial el número notablemente menor de niños de 0 a 4 años, se han atribuido en parte a los efectos de la migración internacional (de los Santos *et al.*, 1981).

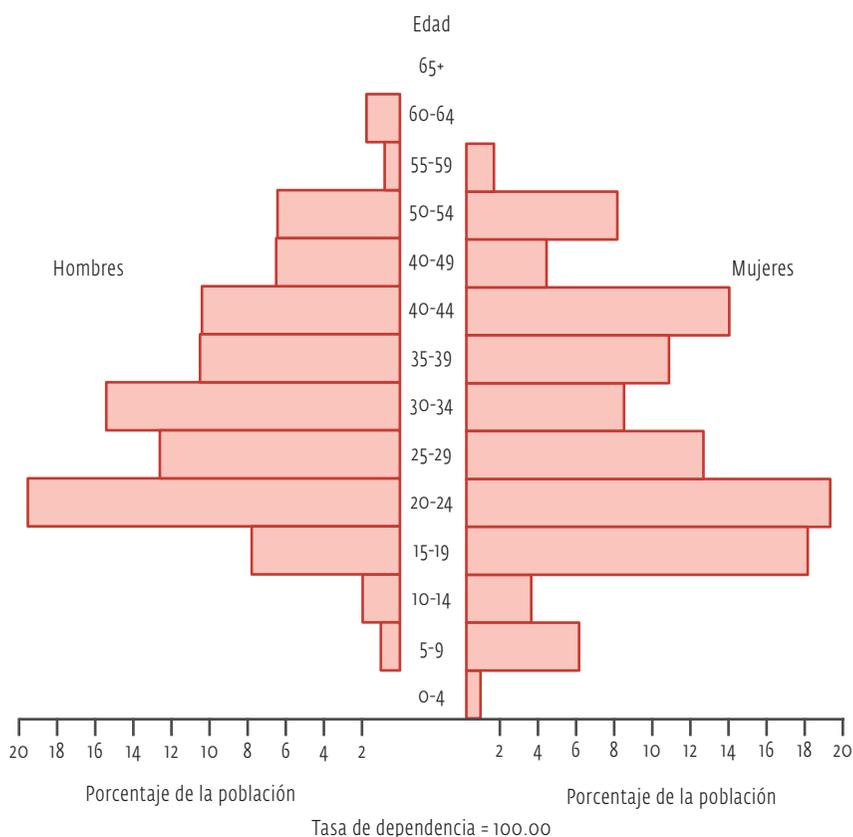
Figura 3.2
Distribución de la población por sexo y grupo de edad, República Dominicana, 1960-1970



SELECTIVIDAD OCUPACIONAL

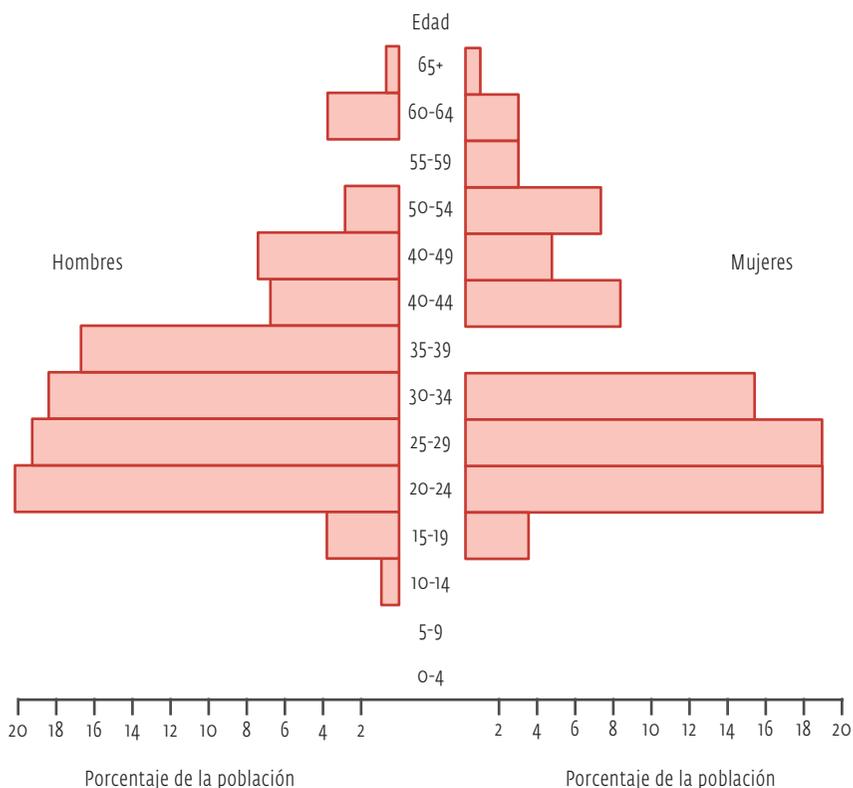
La comprensión de las características ocupacionales de los migrantes laborales internacionales es fundamental para cualquier evaluación de su impacto socioeconómico en la comunidad de origen. Este es el tema de los capítulos 4 y 5. El hecho de que los migrantes estuvieran empleados antes de la migración y en qué sectores de la economía tiene implicaciones para evaluar la distribución de los efectos de la migración entre los miembros de la comunidad de origen. En esta sección, se examinan y comparan las ocupaciones de los migrantes, hombres y mujeres pineros.

Figura 3.3
Distribución de migrantes internos por sexo y grupo de edad, Los Pinos, 1981



La tabla 3.6 muestra las principales ocupaciones de los migrantes internacionales antes de la migración. Varias características de esta distribución ayudan a colocar la migración pinera en perspectiva teórica. En primer lugar, solo el 2 % de los hombres, y ninguna mujer, estaban desempleados antes de la migración. Sin duda, una cierta cantidad se mantuvo en cierto subempleo. En alrededor del 30 % de las mujeres migrantes, el trabajo doméstico era la ocupación principal antes de la migración. Pero esta categoría puede ser engañosa al ocultar el subempleo o el desempleo. Numerosos hombres dedicados a la agricultura y a actividades no calificadas también experimentaron subempleo antes de ir a los Estados Unidos. Sin embargo, el desempleo abierto parece haber sido raro para los migrantes, al menos entre los hombres.

Figura 3.4
Distribución de los migrantes internacionales por sexo y grupo de edad, Los Pinos, 1981



En segundo lugar, la mayor proporción de pineros eran estudiantes en el momento de su migración. El hecho de que los estudiantes representaran el 22.8 % de la corriente migratoria refleja la dinámica de la cadena dominicana tratada con anterioridad. Patrocinados por sus padres migrantes, casi todos los estudiantes ingresaron como migrantes documentados. Los pineros llegaron a otorgar un alto valor a la educación de sus hijos, incluso si la escolarización de algunos había sido interrumpida por necesidad económica. La obtención de ingresos procedentes de las remesas permitió que muchos niños de hogares migrantes permanecieran en la escuela más tiempo que los de los no migrantes (véase el capítulo 6). Por lo tanto, era menos probable que estuvieran en la fuerza laboral en el momento de su propia migración.

En tercer lugar, como podría esperarse para una pequeña comunidad rural como Los Pinos, la mayor proporción de migrantes varones (32.5 %) se

dedicaba a la agricultura. Esto refleja tanto la importancia de la agricultura para la economía local como la división del trabajo por género.

Tabla 3.6
Empleo primario antes de la migración, por sexo

Sector	Hombres		Mujeres		Total	
	N	%	N	%	N	%
Agricultura ^a	62	32.5	1	0.5	63	16.0
Calificado / Semicalificado	31	16.2	16	7.9	47	11.9
No cualificado	11	5.8	33	16.3	44	11.2
Comercio ^a	19	10.0	9	4.4	28	7.1
Producción artesanal	18	9.4	24	11.8	42	10.7
Industria urbana	10	5.2	7	3.5	17	4.3
Tareas domésticas	0	0	59	29.1	59	15.0
Estudiante	36	18.9	54	26.6	90	22.8
Desempleado	4	2.1	0	0	4	1.0
Total	191	49.5	203	51.5	394	100.0

^a Cuenta propia

Menos esperada, sin embargo, fue la gran proporción de hombres (16.2 %) que se dedicaban a lo que, en el contexto dominicano, pueden considerarse actividades calificadas y semicalificadas antes de su migración. Una categoría mixta, esto incluyó maestros de escuela, trabajadores de oficina, asistentes técnicos de profesionales, y profesionales como médicos, ingenieros, arquitectos y agrónomos. Los más calificados de estos migrantes pineros residían en las principales ciudades dominicanas antes de su migración a los Estados Unidos, pero otros, como los maestros y algunos técnicos, vivían en Los Pinos. En el contexto de una comunidad como esta, la pérdida de estos hombres, así como de mujeres calificadas y muchos de los estudiantes, podría verse como una verdadera «fuga de cerebros rurales».

Hubo diferencias significativas de género con respecto a los niveles de calificación. Una característica sobresaliente de la corriente migratoria fue la disminución de la selectividad entre los hombres. Entre las mujeres, las que ocupaban ocupaciones no calificadas antes de la migración superaban en número a las que ocupaban ocupaciones calificadas y semicalificadas, dos a uno. En contraste, los hombres tenían tres veces más probabilidades de ser calificados y semicalificados que los trabajadores no calificados. Dicho de otra manera, el doble de hombres trabajaron en empleos calificados y se-

micalificados antes de migrar que las mujeres. El menor nivel de calificación encontrado entre las mujeres migrantes estaba relacionado con los patrones diferenciales de migración interna mencionados anteriormente. Es decir, la mayor participación de las mujeres en la migración interna les dio entrada en los niveles más bajos de la fuerza de trabajo asalariada. Al mismo tiempo, les ofrecía ventajas sociales que en algunos casos superaban sus desventajas profesionales y de ingreso, en comparación con los hombres migrantes.

A pesar de su relativa concentración en empleos no calificados, la participación en la fuerza laboral de las migrantes pineras antes de la migración fue considerablemente mayor que la de las mujeres en su conjunto. En 1979, solo el 15.7 % de las dominicanas adultas trabajaban fuera del hogar, en comparación con el 32.5 % de las migrantes pineras (Wilkie y Perkal, 1984: 260, tabla 1300). Las mayores tasas de participación en la fuerza laboral de las pineras subrayan una vez más el hecho de que el trabajo fuera del hogar y, más específicamente, fuera del pueblo, podría ser una ruta significativa hacia su migración internacional.

Otros componentes importantes de la corriente migratoria incluyeron a los comerciantes (7.1 %) y los artesanos. Entre estos últimos había muchos, como sastres y fabricantes de sillas, que también eran dueños de su propio negocio. Los trabajadores de las fábricas, casi todos viviendo en Santiago o Santo Domingo antes de la migración, representaban solo el 4.3 % de los migrantes (a nivel nacional, en 1980, el 8.1 % de la fuerza laboral estaba empleada en la industria manufacturera, Wilkie y Perkal, 1984:260, Tabla 1301).

De la tabla 3.6 se desprende que la composición de la corriente migratoria pinera era bastante diversa y que ninguna categoría ocupacional representaba la mayoría de los migrantes. Esta diversidad fue un reflejo de la variada estructura ocupacional de Los Pinos, su acceso privilegiado, como sede de la escuela secundaria de la sección, a la educación formal y su patrón de migración interna. También sugiere que amplios sectores de la sociedad pinera habían experimentado fuertes presiones para migrar.

La imagen que emerge de esta y las descripciones anteriores de las características premigratorias de los pineros no es el de una población rural «excedente» desfavorecida, expulsada de la tierra y hacia las ciudades por la pobreza absoluta. Por el contrario, los migrantes tienden a ser miembros de hogares propietarios de tierras con parcelas grandes y medianas

en el momento de la migración. Su nivel educativo promedio (5-6 años) fue superior al de los que permanecieron en Los Pinos (4 años), aunque no tan alto como el de los que migraron a Santiago y Santo Domingo (6-7 y 6-5 años, respectivamente; muchos de estos últimos eran estudiantes universitarios). Además, la mayoría eran estudiantes, trabajadores relativamente calificados o comerciantes y artesanos autónomos. En resumen, los migrantes a los Estados Unidos, así como muchos de los que emigraron a las principales ciudades del país, se caracterizaron por el acceso preferencial a los recursos materiales, el capital humano y las conexiones sociales no distribuidas equitativamente entre la población.

COMPARACIÓN DE MIGRANTES DOCUMENTADOS E INDOCUMENTADOS

Curiosamente, las características ocupacionales de hombres y mujeres indocumentados exageran las tendencias selectivas que acabamos de describir. De hecho, el retrato de la población pinera indocumentada que emerge es todo lo contrario a las concepciones populares del «extranjero ilegal» económicamente desesperado.

La lista de migrantes pineros arroja que 53 individuos (19 mujeres y 34 hombres) residían en los Estados Unidos como migrantes indocumentados. A diferencia de los documentados, solo un hombre y dos mujeres eran estudiantes en el momento de su migración. Los hombres indocumentados tenían solo la mitad de probabilidades que los hombres documentados de haber participado en cualquier tipo de agricultura antes de la migración. Más de dos quintas partes (42.2 %) de los hombres indocumentados trabajaban en puestos calificados y semicalificados, y casi una quinta parte (17.7 %) poseían sus propias tiendas. Estas proporciones son aproximadamente el doble que para los hombres documentados. En contraste, las mujeres indocumentadas tenían tres veces más probabilidades que las documentadas de haber ocupado puestos no calificados. La gran mayoría de ellas habían emigrado a Santiago, donde trabajaron como empleadas domésticas antes de ir a los Estados Unidos.

Dos factores fueron en gran parte responsables de estas particularidades. El primero fue el alto y creciente costo de la entrada de los indocu-

mentados, que intensificó la selección de pineros social y económicamente favorecidos. El segundo se refiere a la actualidad de la corriente indocumentada. Más del 80 % (43 migrantes) de los indocumentados habían estado en los Estados Unidos cinco años o menos. En otras palabras, la mayoría abandonó el país a mediados y finales de la década de 1970. Era una época en que la agricultura estaba en grave declive (véase el capítulo 5). En Los Pinos, como en muchas comunidades rurales de América Latina durante la década de 1970, el acceso a la tierra se volvió menos importante para la supervivencia que el acceso al trabajo asalariado y otras fuentes de ingresos. Además, fue un momento en que el aumento de los niveles educativos de los jóvenes pineros hizo posible que algunos accedieran a trabajos técnicos y de servicios calificados o semicalificados creados durante el régimen de Balaguer, aunque esto requirió emigrar, por lo general, a una gran ciudad.

Por lo tanto, incluso menos que la población documentada, los indocumentados no formaban parte del excedente laboral antes de la migración. Más bien, su incorporación relativamente más privilegiada a la economía nacional parece haberles proporcionado el trampolín desde el cual lanzar una costosa mudanza internacional.

COMPARACIÓN DE LA MIGRACIÓN INTERNA E INTERNACIONAL: UN PUNTO DE VISTA DESDE LA SECCIÓN

En la Sierra Occidental, como en otras regiones del país con migración intensiva hacia Estados Unidos, no todas las comunidades participan por igual en la corriente migratoria internacional. En el caso de la Sierra, es inexacto considerar que la migración transcurre de manera lineal de los pueblos a las principales ciudades a medida que se dispone de información sobre el proceso (por ejemplo, Piore, 1979:137-138). Es cierto que los estrechos vínculos con Santiago, el sitio original de enllave, patrocinio, información, documentación y corredores de visas, proporcionaron gran parte del ímpetu inicial para la migración pinera. Pero si la idea se difundió desde Santiago, lo hizo de una manera de salto de rana, evadiendo muchas comunidades en el camino. No obstante, los poblados que no contribuyen a la corriente migratoria internacional exhiben altos niveles de migración interna. Cada comunidad en la sección se caracterizó por uno de dos patro-

nes migratorios. En casi un tercio de las menos de 20 pueblos de la sección, la migración era predominantemente internacional, mientras que en los dos tercios restantes, la migración era interna. Donde prevalecía la migración interna, esta también era significativa, pero menor en proporción. Por otro lado, las comunidades con altos niveles de migración interna tienen niveles muy bajos de migración internacional.

Para examinar la relación inversa entre los niveles de migración internacional e interna, es esencial trascender el análisis a nivel de comunidad que hemos seguido en este capítulo y colocar a Los Pinos en el contexto de su sección. En lo adelante, se compara el flujo migratorio de Los Pinos con el de El Guano, un caserío vecino, típico de una comunidad migratoria interna de la sección. Tal comparación ayudará a aclarar las características esenciales de las dos corrientes, así como la relación dinámica entre ellas. Antes de pasar a esta comparación, se describen brevemente la economía y la estructura social de El Guano, a las que volveré a menudo en los capítulos siguientes.

Comunidades de migrantes no destinadas a Estados Unidos: el ejemplo de El Guano

Con una población de unos 170 habitantes en 1981, El Guano era un pequeño pueblo no lejos de Los Pinos. Los escasos recursos agrícolas y la dependencia de la producción artesanal hicieron que se pareciera mucho a otras comunidades pequeñas y empobrecidas de la sección que enviaban pocos migrantes a los Estados Unidos. Situado en una cresta alta y estrecha, El Guano era un área con suelos más finos y tierras agrícolas más limitadas que las comunidades de migrantes internacionales, las cuales estaban favorablemente enclavadas en valles fluviales. La mandioca amarga, rara vez cultivada en Los Pinos, era el producto principal, y procesarla en casabe o pan de mandioca era una actividad económicamente importante.

La producción artesanal de esteras superaba a la agricultura de subsistencia y otros cultivos comerciales. El tejido de esteras resumía bien las condiciones de gran parte de la producción de otros bienes artesanales en estas comunidades. Todos eran procesos altamente intensivos en mano

de obra que dependían completamente del trabajo doméstico. Dentro del hogar, las múltiples tareas involucradas en la producción recayeron sobre todo en mujeres y niños. Algunas mujeres, con la ayuda ocasional de sus maridos, iban a los campos y bosques para recoger las hojas de guano, que se cortaban de las altas palmeras con cuchillas dentadas hechas de latas y se aseguraban a largos postes. Las hojas se rasgaban y se decorticaban. Las mujeres hervían las tiras con un poco de detergente para blanquearlas y, después de escaldarlas al sol, tejían las fibras flexibles en largas bandas enrolladas. Usando gruesas agujas de madera, cosían estas bandas en vainas con hilo de cordel que también elaboraban con el guano. Al comentar sobre las demandas de mano de obra y los bajos ingresos de la producción de estera, una mujer de El Guano observó con pesar: «Si te detienes a pensar en todo el trabajo que implica hacer una estera, no lo harías. Por eso trato de no pensar en ello».

A pesar del uso exclusivo de mano de obra doméstica no remunerada, la producción de estera se caracterizó por rendimientos económicos muy bajos. Estos se agudizaron a causa de que era necesario comprar las hojas de guano. Hasta el pasado reciente, las palmas de guano eran un bien gratuito que crecía con abundancia en bosques y pastizales. Pero a causa del aumento de la población, la fragmentación de la tierra y el deterioro de los recursos agrícolas, más comunidades han llegado a depender del tejido de palma para su sustento. Esto incrementó la demanda de todo tipo de hojas, cada vez más mercantilizadas. Esto era menos cierto en Los Pinos, donde pocos dependían del tejido. Pero los lugares más pobres y dependientes del tejido de esteras se vieron oblicados a comprar más hojas de palma. El aumento de la demanda impuso que las mujeres tuvieran que viajar para encontrarlas. Siempre escasos, los rendimientos del tejido se volvieron mínimos, como se puede ver en la tabla 3.7. Para situarlos en su contexto, en la tabla 3.8 se enumeran los costos de una comida típica del mediodía, la principal del día, para una familia de seis miembros de El Guano que obtuvo casi todos sus ingresos del tejido de estera con la combinación del esfuerzo de la esposa, madre de la familia, y la labor diurna ocasional del padre, el esposo.

Las condiciones comerciales de las esteras no siempre fueron tan sombrías (tabla 3.9). Los recuerdos de los encuestados coinciden en expresar que en el pasado los hombres tejían serones y esteras. A medida que los tér-

minos de intercambio se deterioraron, la tarea de tejer palmas fue relegada a las mujeres, con la ayuda de los niños.

Para satisfacer los gastos de consumo frente a tan escasos retornos laborales, muchos hogares en las comunidades de migrantes no internacionales participaron en un sistema de trueque de gravámenes con los comerciantes locales. En El Guano, un comerciante controló la mayoría de las transacciones económicas. Este comerciante era el mayor terrateniente y, por lo tanto, el mayor proveedor de hojas de guano, así como el empleador más importante de mano de obra asalariada. También fue el eslabón local en la cadena de intermediarios en el negocio de las esteras. Este hombre adelantó a gran parte de los hogares pobres el crédito para comprar alimentos en su tienda. El crédito se pagó con esteras, que compró a RD\$.40 por par, es decir, RD\$.10 por debajo del «precio de mercado» estándar. Como se puede deducir de una comparación de las tablas 3.8 y 3.9, si un hogar se ve obligado a subsistir tejiendo esteras, podría permanecer perpetuamente endeudado con el comerciante. Esto dio lugar a una relación de dependencia que tuvo implicaciones en otros aspectos de la economía local y de la estructura social. El ejemplo más notable fue la obligación de que los varones adultos de estos hogares deudores trabajaran por el salario diario dictado por el comerciante. Alrededor de RD\$2.50, el salario diario para el trabajo agrícola en El Guano, era más bajo que en Los Pinos, donde un hombre con una reputación de buen trabajador podría recibir el doble. Debido a que los trabajadores estaban atados a su comerciante-patrón por deudas con connotaciones casi morales, pocos pudieron devengar salarios más altos que en Los Pinos.

Tabla 3.7
Insumos y rendimientos de la producción de estera, 1981

Costo de 1 salta (paquete estándar) de guano	RD\$.50
Número de esteras/salta	4 pares ^a
Número de esteras tejidas en un día «completo» ^b	4 pares
Precio pagado por el intermediario	.50/par
Ganancias netas por un día completo	\$1.50

^a Siempre se habla de las esteras y se venden en parejas.

^b Una mujer con la ayuda de dos niños pequeños, dedicándole ocho horas a la producción de estera. Debido a las demandas de otras actividades domésticas, pocas mujeres podían producir este número de esteras todos los días. La mayoría no tejían los domingos.

Tabla 3.8
Costo mínimo de una comida del mediodía para una familia pobre de seis, 1981

Artículo	Cantidad	Costo	Costo / Comida
Arroz	2 ½ libras	RD\$.30lb.	RD\$.75
Frijoles	½ libra	.60/libra	.30
Aceite	⅓ botella	.90/botella	.30
Recao			.15
Azúcar	½ lb	.26/lb	.13
Total			RD\$1.63

^a «Recao» es el condimento que consiste en pasta de ajo, cebolla y tomate, utilizado para darles sabor y color al arroz y los frijoles.

Tabla 3.9
Costo aproximado de los alimentos básicos seleccionados y los precios de estera/serón, 1930-1981

Artículo	Año		
	1930-1940	1960	1981
Estera/Seron	RD\$.10	RD\$.20/pr	RD\$.50/pr
Carne	.04/lb	.20/libra	1.50/libra
Casave	.02/galleta	.30/galleta	.60/galleta
Maíz	.03/cajón ^a	.40/cajón	1.40/cajón
Porcentaje de 3 artículos adquiridos por 1 par de esteras:	111%	22%	14%

^a Un cajón = 12 libras

Sin embargo, los habitantes de El Guano y Los Pinos mantuvieron un contacto frecuente y cercano. El Guano y los otros poblados de la sección dependían de Los Pinos para servicios básicos, como educación más allá del tercer grado, correo, cambio de dólar, atención médica privada y pública, y transporte directo a Santiago y Santo Domingo. Los Pinos también fue el centro mayorista y minorista de la sección, así como el sitio de su iglesia y área de peleas de gallos. De la misma manera que un intercambio desigual había existido históricamente entre Los Pinos y los centros urbanos del país, una situación similar había prevalecido entre Los Pinos y los centros urbanos, y también entre Los Pinos y los pueblos más pequeños de la sección. Los Pinos era el centro de una variedad de intermediarios que vivían de la extracción de ganancias del campo circundante. Los intermediarios pineros eran los principales compradores de esteras, serones, troncos, pan de mandioca y oro producido en El Guano y otras comunidades pobres. También compraban productos

agrícolas, hojas de caná y ganado. Sus considerables tasas de ganancia se reflejan en la tabla 3.10.

Las desventajas económicas de los pueblos vecinos frente a Los Pinos también se tradujeron en desventajas sociales. Los lazos de larga data, como los que unían a Los Pinos con Santiago, eran pocos entre los pueblos pobres y los principales centros urbanos. El contacto que existía a menudo estaba mediado por intermediarios pineros. Como consecuencia, muchos individuos pobres de El Guano y otras pequeñas aldeas trataron de establecer relaciones patrón-cliente con los pineros más acomodados. Este patrón de dependencia económica y social, a su vez, tuvo implicaciones para los patrones de migración de estas poblaciones, como se analiza en la siguiente sección.

Tabla 3.10
Tasas brutas estimadas de ganancia sobre los principales productos artesanales
producidos en la sección Los Pinos, 1980

Artículo	Precio de compra (en sección)	Precio de reventa (en Santiago y Santo Domingo)	Beneficios brutos
Esteras	RD\$.50/pr	RD\$. 75	50%
Madera	100/100 tablas	300	Aprox. 200% ^a
Cana	2.50/50 hojas	5.00	100%
Oro	17.00/gram ^b	27-28 ^b	59-65%

^a Debido a que esta actividad era completamente ilegal, fueron necesarios los sobornos a la policía en los puestos de control en varias ciudades y pueblos. Por lo tanto, la madera sin duda implicó costos más altos para el intermediario.

^b Noviembre de 1980.

Migración desde El Guano y Los Pinos

Un patrón distinto al de Los Pinos caracterizó la migración de El Guano. De las 83 personas que habían salido de El Guano, solo 6 habían emigrado a los Estados Unidos, tres después de casarse con residentes legales de Los Pinos y otro pueblo migrante en el municipio y otras tres como polizones indocumentados, un método de entrada rechazado en Los Pinos. Los otros 77 se establecieron dentro del país. Por lo tanto, al igual que otras comunidades pequeñas y pobres de la sección, El Guano tenía una alta tasa de migración interna. Los migrantes internos constituían solo el 35.8 % del flujo total de migrantes de Los Pinos, lo que representaba el 92.8 % del de El

Guano. Además, los destinos de los migrantes internos de El Guano y Los Pinos fueron diferentes. Especialmente llamativa fue la gran proporción de habitantes de El Guano que emigraron a otras zonas rurales del país. De hecho, en cuanto a los destinos de los migrantes internos, El Guano y Los Pinos fueron imágenes especulares entre sí. Un de 71.8 % de la corriente migratoria interna de Los Pinos se dirigió a las zonas urbanas del país, en contraste con el 37.7 % de El Guano, mientras que las zonas rurales recibieron el 28.2 % de los migrantes internos de Los Pinos y el 62.3 % de los de El Guano (tabla 3.11). Solo Santiago y Santo Domingo acogieron el 60.5 % de todos los migrantes internos pineros, pero solo el 35.1 % de los de El Guano. Por lo tanto, la orientación de los migrantes internos de Los Pinos era abrumadoramente urbana, mientras que la de los migrantes de El Guano era fuertemente rural.

Tabla 3.11

Tasas de migración interna e internacional desde Los Pinos y El Guano (porcentajes)

Destino	Corriente migratoria total		Migración interna	
	Los Pinos	El Guano	Los Pinos	El Guano
Internacional	64.2	7.2	–	–
Interno	35.8	92.8	–	–
Santiago	14.3	16.9	40.0	18.2
Santo Domingo	7.3	15.6	20.4	16.9
Otros RD (Urbanos)	4.1	2.4	11.4	2.6
RD Rurala	10.1	57.8	28.2	62.3

^a Una comunidad es clasificada como rural si su población en 1981 era inferior a 2000.

En el momento en que censé Los Pinos y El Guano, las personas de hogares sin tierra y semiproletarios predominaban entre los no migrantes y los migrantes a las zonas rurales del país (tabla 3.12). En contraste, la migración a las zonas urbanas fue más selectiva según el tamaño de las tierras familiares. Así, mientras que el 23 % de la población nacional tenía acceso a 80 tareas de tierra o más, esto solo se cumplía en el 34.5 % y el 32.3 % de los migrantes urbanos de El Guano y Los Pinos. Estos hallazgos apoyan el punto mencionado anteriormente con respecto a la migración internacional, un punto contrario a la creencia de muchos economistas neoclásicos y marxistas; es decir, que los migrantes provienen de una población rural «excedente» que, desposeída de sus tierras, se «libera» para trasladarse a las ciudades y trabajar por un salario. En cambio, como he argumenta-

do, era más probable que los migrantes provinieran de hogares con acceso más privilegiado a recursos estratégicos en el contexto rural.

La aplicabilidad más amplia de estos hallazgos es sugerida por un estudio reciente sobre la clase trabajadora y los sectores informales de Santo Domingo, realizado por los sociólogos dominicanos Duarte y Pou. Ellos alegan que «en términos de tenencia de la tierra y relaciones de producción no son los más empobrecidos ni los desposeídos [los que están en las peores condiciones de trabajo] los que migran. Más bien, son los hijos de familias con acceso a los medios de producción» (es decir, aquellos hogares con más de 80 tareas de tierra; 1982:11, traducción propia). En resumen, las personas que habían sido «liberadas» de sus tierras tenían limitadas sus oportunidades de migración fuera del sector rural.

Tanto en El Guano como en Los Pinos, era poco probable que los miembros de hogares sin tierra y semiproletarios emigraran fuera del campo. Sin embargo, la selectividad según la tenencia de tierras ha sido menor para los migrantes internacionales de Los Pinos. ¿Cómo explicar las marcadas diferencias entre Los Pinos y El Guano con respecto a la migración internacional? Parte de la más débil relación entre la tenencia de la tierra y la migración internacional encontrada en Los Pinos radica en su economía diversificada, en la cual el empleo asalariado en el sector estatal y la variedad de los recursos productivos de la tierra eran significativos. Quizás más importantes aún fueron los recursos sociales disponibles para muchos pineros como resultado de la larga historia de intercambio desigual y dominio económico sobre los pueblos circundantes. En Los Pinos, la posición históricamente nodal que algunos de sus miembros ocupaban en una «red de explotación» más grande (Soares, 1977) les había permitido concentrar las ganancias y los contactos en sus propias manos. Los pineros privilegiados pudieron establecer y mantener amplias redes sociales que abarcaban ciudades importantes como Santiago. Como hemos visto, estos vínculos fueron de importancia crítica para los primeros migrantes. Después de 1961, los más acomodados siguieron el ejemplo de estos pioneros; utilizaron sus mayores recursos para obtener visas legítimas o compradas. El intenso tráfico con corredores de visas urbanas condujo a la aparición de reclutadores locales en Los Pinos que facilitaron la migración durante la década de 1970. Con la consolidación de la élite mercantil, los terratenientes más grandes y más tarde los propios migrantes como los usureros

a los que recurrían los migrantes, el sistema autoorganizado de migración se completó. Y una vez que el sistema a punto, los múltiples lazos entre sus miembros demostraron ser un recurso lo suficientemente valioso como para ayudar a muchos a compensar las desventajas en términos de acceso a los recursos productivos. Tal sistema no desarrolló ni pudo desarrollar comunidades más pequeñas y pobres como El Guano, atrapadas de manera menos favorable en la red de explotación. En estos, por lo tanto, solo los más ricos fueron capaces de emigrar.

Tabla 3.12
Tamaño de las propiedades de migrantes internacionales, migrantes internos y no migrantes, Los Pinos y El Guano (porcentajes)

Destino	Sin tierra y semiproletario <80 tas.		Subsistencia y comercial >80 tas.	
	El Guano	Los Pinos	El Guano	Los Pinos
No migrantes	65.0	76.0	35.0	24.0
Internacional	0	57.7	100.0	42.3
Urbano (RD)	65.6	67.7	34.5	32.2
Rural	83.3	88.7	16.7	11.3
Total RD^a	77.0		23.0	

^a Fuente: Duarte y Pou (1983, Tabla 2).

Comparación de la migración interna entre El Guano y Los Pinos: características selectivas básicas

Las desigualdades entre Los Pinos y El Guano también se manifestaron de varias maneras. No es sorprendente que los migrantes de El Guano tuvieran niveles de educación más bajos que los migrantes pineros. Mientras que el 76 % de estos últimos habían completado más de cuatro grados de escuela, en el caso de El Guano solo lo había alcanzado el 35 % de la población. A excepción de uno o dos comerciantes, la gente de El Guano rara vez experimentó las ventajas sociales que disfrutaban muchos pineros. La tabla 3.13 muestra la distribución ocupacional de los migrantes internos urbanos de El Guano y Los Pinos. La tabla 3.14 refleja la distribución de los migrantes internos rurales de las dos comunidades. Los migrantes pineros, sea en áreas rurales o urbanas, tuvieron más oportunidades de trabajar en ocupaciones calificadas y semicalificadas y menos en la agricultura.

Además, contaban con diez veces más probabilidades de tener un negocio independiente. Así, las desigualdades que caracterizan a Los Pinos y El Guano en el campo fueron llevadas con los migrantes y replicadas en sus áreas de destino, ya fueran rurales o urbanas.

Tabla 3.13
Ocupación primaria de migrantes urbanos de El Guano y Los Pinos

Ocupación	Los Pinos		El Guano	
	N	%	N	%
Agricultura	3	2.0	0	0
Calificado y semicalificado	44	29.1	2	7.4
Inexperto	25	16.6	16	59.3
Comercio (cuentapropia)	18	11.9	0	0
Industrial urbano	5	3.3	1	3.7
Trabajo doméstico	25	16.6	1	3.7
Jornaleros	12	8.0	3	11.1
Estudiante	19	12.6	4	14.8
Total	151	100.1^a	27	100.0

^a Debido al redondeo.

Tabla 3.14
Ocupaciones primarias de migrantes rurales de El Guano

Ocupación	Los Pinos		El Guano	
	N	%	N	%
Agricultura	6	9.8	7	15.2
Calificado y semicalificado	9	14.8	3	6.6
Inexperto	2	3.3	2	4.4
Comercio (cuentapropia)	8	13.1	2	4.4
Jornaleros	2	3.3	7	15.2
Trabajo doméstico	19	31.2	5	10.9
Artisanal	10	16.4	16	34.8
Estudiante	5	8.2	4	8.7
Total	61	100.1^a	46	100.2^a

^a Debido al redondeo.

PERFILES DE LA CORRIENTE MIGRANTE: IMPLICACIONES TEÓRICAS

En este capítulo, he descrito la evolución de un sistema reclutamiento de migrantes iniciado localmente y he analizado cómo la interacción entre este sistema y la política de inmigración de los Estados Unidos condujo

a la inducción de algunos segmentos de la sociedad pinera en la corriente migratoria internacional mientras excluía a otros. Esta interacción, por supuesto, ocurrió en el contexto de la reorganización social y económica tanto en la República Dominicana como en los Estados Unidos. En pueblos como Los Pinos, la base agraria de la economía se había visto socavada drásticamente, y los medios para la estabilidad y mejora social y económica se encontraban por lo general fuera de la comunidad. En ciudades como Nueva York, los pineros, junto a otros inmigrantes, ayudaron a satisfacer la demanda de mano de obra de bajos salarios en industrias en declive, así como en sectores en expansión, como servicios y manufactura ligera. Además, la feminización de una proporción significativa de estos empleos incorporó un número récord de mujeres, tanto nativas como inmigrantes, a la fuerza laboral. Mientras se producían estos cambios, la República Dominicana experimentaba una integración cada vez mayor en el sistema mundial y, en particular, una creciente articulación con los intereses estadounidenses.

En este contexto, se hace evidente que la migración pinera a los Estados Unidos fue un proceso dinámico que no se ajustó completamente a los modelos prevalecientes, como se apuntó en la introducción de este volumen. La división funcional del trabajo entre las sociedades de envío y de destino postuladas por Meillassoux y otros, aunque inicialmente aplicable, no permaneció vigente por mucho tiempo. Con la migración de mujeres en números comparables a los hombres, se fueron formando nuevos hogares migrantes en los Estados Unidos. O bien, los hogares divididos por la migración se reconstituyeron a medida que los migrantes utilizaron las disposiciones de reunificación familiar de la ley de inmigración de los Estados Unidos para traer a los miembros del hogar de la comunidad de envío. Muchos de los descendientes de los hogares migrantes no nacieron ni se criaron en la comunidad de origen como consecuencia del impulso creciente que había cobrado la migración. Contrario a las predicciones, este proceso, que evolucionaba en Los Pinos y otras comunidades de envío en la República Dominicana, no había generado una población de jóvenes dependientes criados gracias al trabajo no remunerado de las mujeres para futuras migraciones. Aunque este podría haber sido el caso en el período más temprano de la migración, cuando las abuelas y tías reemplazaban temporalmente a algunas madres, la migración de mujeres en los

años reproductivos había transferido parte de la «función de guardería» a la sociedad receptora.

Todo esto no implica que la crianza fuera más barata en la República Dominicana rural que en los Estados Unidos urbanos. Tampoco quiere decir que los costes importantes —por ejemplo, la educación y el mantenimiento de los ancianos y los discapacitados, a quienes se les negaban los visados— no resultaran sufragados en parte por la sociedad de envío. Es simplemente para argumentar en contra de una visión teleológica y estática de la división internacional del trabajo y la pasividad implícita de la periferia. En ausencia de restricciones a la reunificación familiar, los migrantes aprovecharon las oportunidades disponibles y desplegaron sus recursos culturales para crear otros nuevos, a fin de maximizar los beneficios económicos de la migración y minimizar su costo emocional. A través de sus redes, los pineros pudieron crear una corriente subterránea transnacional, «en contra de las estructuras dominantes de explotación» (Portes y Walton, 1981:60). Y, al hacerlo, transformaron algunas de las condiciones inicialmente tan favorables para los empleadores capitalistas.

CAPÍTULO 4

EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL EN LA ECONOMÍA LOCAL. MODERNIZACIÓN E INFORMALIZACIÓN

Durante el trujillato, Los Pinos fue testigo de profundas transformaciones económicas, sociales y políticas, cuyos efectos continuaron con igual fuerza después de la muerte del dictador. Después de una breve pausa anárquica en los principios de la década de 1960, el balaguerato, de 1966 a 1978, restableció patrones autoritarios de control que recordaban el largo régimen de Trujillo. También persiguió un sistema migratorio nuevo en respuesta a estos cambios y otras transformaciones resultantes del capitalismo nacional e internacional y sus políticas.

Este capítulo resume la narrativa iniciada en el capítulo 2: el desarrollo de Los Pinos en los años posteriores a Trujillo, con énfasis especial en las consecuencias del sistema migratorio para la economía y la sociedad locales. El análisis de las consecuencias de la migración para la agricultura pinera está reservado para el capítulo 5.

LOS PINOS EN EL PERÍODO POSTRUJILLISTA

Un hito en la historia dominicana, la desaparición del régimen de Trujillo, tuvo un impacto inmediato y profundo en la comunidad de Los Pinos. Como se ilustra en el capítulo 3, la migración laboral internacional despegó a medida que las personas que carecían del enllave para

migrar durante el trujillato comenzaron a obtener visas y abandonar la comunidad.

Para los que se quedaron, el período de anarquía política que siguió al asesinato del dictador abrió nuevas posibilidades en varios sectores de la economía. Los pineros persiguieron al alcalde trujillista hasta el escondite, y arrebataron el control de los asuntos locales de sus propias manos. La relajada supervisión sobre las comunidades rurales en toda la Sierra favoreció la reactivación de la industria maderera descentralizada, una erupción de reclamos de ocupantes ilegales sobre tierras estatales y actividades extralegales innovadoras en diversas esferas de la economía local (Antonini *et al.*, 1975: 56).

Conocida en Los Pinos como «la libertad», una época de independencia, los años entre 1962 y 1966 fueron testigos de una sucesión de regímenes políticos, que culminaron en la guerra civil y la invasión de la república por tropas estadounidenses. Una de las primeras respuestas locales a «la libertad» fue «la zafra» (la cosecha), que implicó la tala generalizada de latifundios forestales estatales y privados. Una vez más, los pinos fueron cosechados a gran escala para la venta en Santiago. Además, las presiones creadas por el crecimiento demográfico, la parcelación de las propiedades y las expropiaciones estatales de vastas extensiones de tierra durante el trujillato motivaron a muchos a reclamar parcelas en La Loma. Los pequeños agricultores pineros plantearon sus reclamos, talando parcelas de tierra y sembrándolas con cultivos de subsistencia. Pero los suelos poco profundos y las pendientes pronunciadas propiciaron que, una vez deforestadas, las laderas de La Loma se erosionara rápida y drásticamente. Después de una o dos cosechas, la tierra se volvió inútil para la agricultura y las parcelas se convirtieron en terrenos de pastoreo.

Los intermediarios locales compraban la madera y la transportaban a Santiago en sus camiones. La mayoría de estos intermediarios eran hijos de los mayores comerciantes locales; algunos, incluso, inmigrantes atraídos por Los Pinos durante el apogeo de los aserraderos. Cuando se presentó la oportunidad después de 1961, se movieron al papel de intermediarios madereros. Más tarde, con el capital acumulado de la madera, financiaron sus mudanzas a Santiago y Santo Domingo. Así, durante «la libertad», los pineros pudieron revivir su comercio maderero descentralizado y expandir un poco su base agrícola. En otras palabras, los años 1961-1966 presen-

taron a Los Pinos un breve respiro después del deterioro económico de la década de 1950.

La elección del líder del Partido Reformista, Joaquín Balaguer, como presidente de la república en 1966 revirtió una vez más la suerte de la comunidad. La proclamación de la ley forestal conservacionista en 1967 prohibió la tala no autorizada de árboles en todas las tierras, tanto privadas como estatales. El control sobre los bosques se transfirió a los militares, y la actividad maderera abierta y las reclamaciones de los ocupantes ilegales a las tierras estatales cesaron abruptamente. Durante el balaguerato, una fuerte vigilancia y penas severas impidieron la elusión de la nueva ley. No obstante, la tala de contrabando continuó enmascarada en la noche. Con la victoria electoral de 1978 del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), el control sobre los bosques se volvió más relajado y politizado. Considerados como botín, los bosques fueron puestos en manos de forestales, todos partidarios leales del PRD, que se aseguraron de que la explotación clandestina de los recursos forestales fuera llevada a cabo por otros partidarios leales al PRD, al igual que por miembros de sus redes sociales. Ubicados en las partes más remotas del bosque, pequeños aserraderos de Diesel comenzaron a proliferar en Los Pinos. Gracias a estos aserraderos, también en gran parte bajo el control de los partidarios del PRD, Los Pinos proyectó una tenue sombra de su antigua prominencia como el centro de producción y distribución de madera en la sección. En el momento de mi trabajo de campo, la madera formaba parte de una floreciente economía subterránea. Los árboles en La Loma se cortaban por la noche. Los troncos eran arrastrados por bueyes a través de senderos encubiertos hasta el aserradero. Accedían por entradas supuestamente secretas, y los intermediarios cargaban las tablas en sus camiones, escondidas bajo una manta de hojas de cana. Los aserraderos estaban estratégicamente ubicados en caminos laterales a los que se podía ingresar sin pasar los puestos de control policial. Por lo general, se requerían sobornos en los otros puestos de control en ruta a Santiago, donde la madera se servía a las grandes empresas constructoras. En realidad, esta tala de contrabando era un secreto a voces. Al observar la forma en que las llantas de un camión se hundían bajo el peso de la madera, hasta los niños se daban cuenta cuándo la carga era madera en lugar de las ligeras hojas de cana.

En relación con la tala clandestina y los aserraderos, otra nueva característica en la economía pinera surgió a principios de la década de 1970.

Los talleres caseros para la producción de sillas y balancines de respaldo recto comenzaron a proliferar en la comunidad. Atraído por la abundante oferta de mano de obra y materias primas (madera y hojas de palma real), un rico propietario de un taller de otra comunidad estableció su primera sucursal en Los Pinos en 1972. Su pueblo era famoso por su artesanía de muebles y, desde principios del siglo XX, satisfacía la demanda nacional de muebles de caoba y roble finamente elaborados. El taller establecido por este empresario en Los Pinos, sin embargo, produjo sillas de pino baratas y toscamente talladas para un mercado diferente: los pobres urbanos y rurales de la República Dominicana. Pronto, los pineros comenzaron a montar sus propios talleres. Aunque durante los años de Balaguer se redujo la explotación maderera, el comercio nocturno de contrabando pudo proporcionar un suministro adecuado de pino para los nuevos talleres. Después que el PRD obtuvo el control del gobierno central, el número de talleres aumentó considerablemente. Al igual que los aserraderos, estos estaban ubicados en las afueras del pueblo, más allá del puesto de control policial.

En un breve momento de colapso de la agricultura local y de recuperación de La Loma de los ocupantes ilegales, los talleres representaron una oportunidad para la actividad artesanal independiente, ávidamente aprovechada tanto por mujeres como por los hombres pineros. Los talleres de sillas se asociaron con hogares semiproletarios que dependían casi por completo del trabajo de sus miembros para esta producción, la cual se organizó mediante una división bastante estricta del trabajo: los hombres cortaban y tallaban pequeños pinos en marcos de sillas, y las mujeres y los niños reunían, procesaban y tejían hojas de palma real para respaldos y asientos. La producción de sillas no solo generó mayores ingresos que la agricultura, sino que también prometió una mayor seguridad. Para los hombres, también se consideraba una labor menos ardua y «más limpia» que la agricultura. En la década de 1970, los bajos rendimientos de la agricultura y la creciente disponibilidad y prestigio del trabajo no agrícola llevaron a muchos numerosos pineros a distinguir (especialmente los más jóvenes) entre «trabajo sucio» en los campos y «trabajo limpio y sin sol» fuera de los campos. Los hombres de estos hogares de pequeños agricultores, al preferir el trabajo limpio y en la sombra de la fabricación de sillas, se alejaron cada vez más de la agricultura. Las mujeres abandonaron el tejido de esteras y serones en favor del tejido de sillas (más lucrativo).

La relajación de la autoridad central y la abolición de la represión extrema después de 1961 crearon las condiciones para el surgimiento de otra ocupación: el vendedor ilegal de loterías. Bajo el control del Estado desde su aparición, la lotería nacional fue distribuida por vendedores autorizados y con licencia durante el trujillato. Después de mediados de la década de 1960, los vendedores no autorizados, «riferos cimarrones», comenzaron a proliferar. Con el pequeño cuaderno en sus bolsillos delanteros en el que llevaban un registro de los números, los vendedores recorrían el campo a pie y a lomo de mula para vender sus boletas del premio semanal de lotería. A medida que la economía de Los Pinos se monetizaba, el número de vendedores y el volumen de las transacciones de lotería crecía constantemente.

Una treintena de vendedores operaban a tiempo completo o parcial en la comunidad. En Los Pinos, como en otras partes del país, la mayoría de los vendedores de lotería eran hombres. Algunos mantenían a sus hogares únicamente vendiendo números, otros ganaban lo suficiente para complementar el presupuesto semanal. El tamaño del negocio de un proveedor no estaba limitado solo por la demanda. Más bien, los límites se establecían por el tamaño del fondo de capital del cual se extraía el pago de los ganadores. Algunos vendedores pudieron respaldarse a sí mismos; otros trabajaron sobre una base de comisión (10-20 % de las ventas semanales) con el respaldo de un individuo más rico.

Los pineros, como muchos dominicanos, manifestaban un fuerte y permanente interés en la lotería nacional. Era raro que alguien, hombre o mujer, no jugara. Los sueños se discutían e interpretaban en busca de pistas sobre qué números jugar, y los eventos comunes se veían como signos que indicaban números de la suerte. De hecho, la lotería se había convertido en una actividad central de la vida pinera: el amor, el matrimonio y el resultado de las peticiones de visa a los Estados Unidos se compararon con ella, no obstante las dosis de incertidumbre y azar comunes a los tres.

La migración ayudó a financiar la expansión de la lotería ilegal de dos maneras. En primer lugar, como resultado del aumento del flujo de las remesas, la migración impulsó la demanda agregada de lotería en la comunidad. En segundo lugar, respaldar a los vendedores de lotería ilegales era una forma popular de invertir los ahorros. Por lo tanto, las inversiones de los migrantes ayudaron a apoyar al número cada vez mayor de riferos en la comunidad.

Es interesante notar, también, que los pineros replicaron esta institución en los Estados Unidos. Los números ganadores allí fueron vinculados a la lotería nacional en Santo Domingo. En Nueva York, los riferos vendían sus boletas a compañeros del pueblo, vecinos y amigos, en algunos casos la misma clientela que tenían en Los Pinos, así como a compañeros de trabajo hispanos. Algunos pasaban sus fines de semana viajando en el metro a los distritos de Nueva York para visitar a sus clientes habituales, al igual que una vez montaron sus mulas para ir a los pueblos de la sección. Por lo tanto, la lotería formó otro vínculo cultural que los migrantes forjaron entre Los Pinos y Nueva York.

El sistema migratorio, tal como evolucionó en Los Pinos, creó un nuevo conjunto de roles de intermediarios. Los buscones, siempre hombres, vagaban con frecuencia por el campo tratando de encontrar clientes. También surgieron los tributarios, personas que, por una tarifa generalmente elevada, completaban los formularios para una solicitud de visa legítima. Desde mediados de la década de 1960, los administradores de correos se convirtieron en los cambiadores semioficiales de los miles de dólares que ingresaban a la sección cada semana. Individuos de todas partes de la sección recogían su correo en Los Pinos. Aquellos que recibían giros postales o efectivo de los Estados Unidos a menudo convertían sus dólares a pesos dominicanos en la propia oficina de correos. La mayoría de los propietarios de tiendas medianas y grandes también cambiaban dólares. Estos cambiadores siempre tenían una tasa de cambio más baja que los ubicados en Santiago.

Tanto directa como indirectamente, las remesas y los ahorros de los migrantes ampliaron las oportunidades de empleo en Los Pinos. Al igual que los migrantes en muchas otras partes del mundo (Bausic, 1972; Marshall, 1985a, Rhoades, 1978, Watson, 1975, entre otros), los migrantes pineros dieron prioridad a la mejoría de sus viviendas. Docenas de nuevas casas se construyeron en Los Pinos, en las últimas décadas, y las reparaciones y mejoras eran continuas. Los proyectos de construcción patrocinados por migrantes impulsaron la demanda local de carpinteros, albañiles, pintores y electricistas. Un pinero concluyó una carrera comprando casas antiguas de migrantes en toda la sección, derribándolas y vendiendo la madera en Santiago. Santiago mismo experimentó un auge en la construcción de viviendas de costos moderados, al igual que ciertos barrios de la capital, como resultado de la fuerte demanda de los migrantes (Grasmuck, 1985:167).

Poco después de que comenzara la migración en Los Pinos, los migrantes comenzaron a repatriar las ganancias para comprar tierras, ganado, camiones y tiendas. Además de la lotería ilegal, invirtieron capital líquido en cajas de ahorros y en préstamos usureros, a menudo a otros migrantes. Unos pocos invirtieron en recursos productivos no agrícolas. Por ejemplo, dos migrantes retornados en Los Pinos compraron aserraderos y establecieron talleres de sillas. Estos emplearon entre seis y ocho hombres cada uno. Un tercero construyó una fábrica de pan de mandioca que empleaba a tres trabajadores. En Santiago, una mujer migrante de retorno abrió una fábrica de prendas de vestir que creó empleos para quince personas, incluidos varios pineros. Otro migrante de retorno comenzó una fábrica de bloques de cemento en la capital que dio empleo a seis trabajadores a tiempo completo, tres de los cuales eran sus primos que habían emigrado de Los Pinos para trabajar para él (cuando este migrante de retorno necesitó moldes de madera para hacer los bloques de cemento, se los encargó a su primo, un carpintero y propietario de un aserradero en Los Pinos). Muchos otros migrantes invirtieron en pequeñas tiendas de comestibles, bares o salas de billar, a veces administradas por un padre o hermano. Un migrante tenía cuatro tiendas, cada una bajo la administración de un pobre pinero que se quedaba con la mitad de las ganancias, el arreglo habitual para administrar el negocio de un migrante. Debido a estas inversiones, el número de públicos, minibuses y tiendas de comestibles creció, y también la cantidad de hombres empleados como conductores, comerciantes y en otros puestos.

IDEOLOGÍA DE GÉNERO Y ACCESO DIFERENCIAL DE HOMBRES Y MUJERES A NUEVAS OPORTUNIDADES DE EMPLEO

Para entender la distribución diferencial de nuevas oportunidades de empleo entre mujeres y hombres en Los Pinos, es necesario examinar con mayor detalle la subordinación de las mujeres, la división del trabajo por género y la ideología que las sustenta.

Aunque en la práctica su papel se ajustaba según la clase, idealmente las mujeres pineras se definían como amas de casa y los hombres como

sostenes de la familia. En la construcción cultural de género en Los Pinos, como en la República Dominicana rural, (Rosado, Fernández y Hernández, 1987), las actividades de las mujeres se limitaron en gran medida a la casa y al patio (el área despejada detrás de la casa) y a los arroyos cercanos para lavar, con visitas ocasionales al centro del pueblo para hacer compras, asistir a misa o llevar un público a la ciudad para ver a un médico, arreglar documentos o visitar a un hijo. Dentro de esta esfera circunscrita, eran responsables de las tareas que giraban en torno a la reproducción de los hogares: cocinar, limpiar y otras funciones domésticas, y cuidar a los niños y de los pequeños animales que deambulan por el patio. Esto se reflejó, por ejemplo, en el hábito común de designar un hogar únicamente por el nombre de la esposa-madre. Los pineros decían que iban a visitar «la casa de Ramona», no «la casa de Antonio y Ramona» o de «Antonio». Del mismo modo, un hombre se refería a su residencia como «la casa de mi esposa». Así, cuando un hombre dejaba a una mujer, era costumbre que tomara solo su ropa: la mujer se quedaba con la casa y el resto de las pertenencias.

«Esa no sale de su casa» era un gran elogio para una mujer que se ajustaba a las expectativas culturales. Lo opuesto a una «mujer seria» era una mujer «de la calle», el dominio espacial de hombres y niños. Este último término también tenía una connotación sexual. Se suponía que el comportamiento sexual de la mujer seria, que permanecía confinada a la casa y al patio, estaba bajo mayor control que el de la mujer asociada con el dominio de los hombres, cuyo comportamiento sexual tenía un margen permisivo mucho mayor. Por lo tanto, las mujeres serias en general pertenecían a familias nucleares estables. En contraste, la pobreza extrema de algunas no migrantes que encabezaban sus propios hogares favoreció una mayor flexibilidad de roles y movilidad espacial (ver Brown, 1975). Como consecuencia de esta flexibilidad y de su tendencia a formar relaciones y tener hijos con más de un hombre, estas mujeres podían etiquetarse con el estigma de «estar en la calle» y convertirse en objeto de rumores, chismes e incluso recibir un cierto grado de rechazo social.

Las tareas asociadas con la esfera doméstica, pero que requerían salidas frecuentes a la calle, como transportar agua del río y hacer las compras diarias de alimentos, recaían en los niños pequeños. Las niñas permanecían en casa para ayudar a sus madres con las tareas domésticas. Hasta la

edad de ocho años, las niñas también podían ir a la tienda, pero después de la pubertad su esfera de actividad se reducía considerablemente. Cuando se convertían en señoritas (alcanzada la menarquía), su sexualidad tenía que ser vigilada para preservar su virginidad, el valor más alto atribuible a una mujer (ver Rosado *et al.*, 1987). Esta vigilancia se ejercía por miembros del hogar y con su confinamiento al recinto familiar.

Los espacios públicos, como tiendas y bares donde los hombres se reunían para charlar y beber, rara vez eran frecuentados por mujeres y niñas, aunque las esposas de los comerciantes podían trabajar detrás del mostrador con sus maridos. La valla de gallos, el centro de acción social durante los fines de semana, era casi en su totalidad dominio de los hombres. Una mujer vendía pollo frito en un puesto cerrado a un lado de la valla, pero los alimentos preparados por otras pineras en sus casas eran vendidos a la multitud por niños jóvenes. Una excepción a la estricta segregación de género en la valla de gallos fue la de una aficionada de un pueblo cercano, vieja viuda, que nunca se perdió una pelea. Su edad, seriedad y conocimiento sobre el deporte parecían eximirla de la desaprobación.

Aun cuando la movilidad de las mujeres estaba limitada, no vivían en aislamiento social. Todos los hogares en Los Pinos, con la posible excepción de los comerciantes más ricos y algunos de los grandes terratenientes, cuyas redes tendían a orientarse más allá del espacio local, realizaban múltiples intercambios con vecinos, parientes y amigos, con frecuencia categorías superpuestas, dados los patrones de herencia de la tierra y la tendencia hacia la endogamia de la aldea. Las mujeres a menudo se visitaban y juntas lavaban la ropa en el arroyo, recogían café en sus patios traseros, lo tostaban en sus cocinas y veían televisión en compañía de los demás por las noches. Además, se mantenían al tanto de gran parte de los acontecimientos del pueblo a través de sus hijos. Los niños, en especial los varones, eran enviados a llevar recados a lugares públicos o a las casas de las personas. Mientras se entretenían para charlar y observar, trasegaban una gran cantidad de información de segunda mano a sus madres. Las proscripciones sobre los movimientos habituales de las mujeres dentro de la aldea parecían recaer más sobre las adolescentes, atrapadas en las contradicciones del cambio social. Los nuevos roles y aspiraciones laborales, la ropa de moda enviada por parientes en los Estados Unidos, y las frecuentes fiestas y bailes en los bares y clubes sociales locales hicieron que

las jóvenes se hicieran cada vez más visibles en la comunidad, pero eran criticadas si aparecían «en la calle» con demasiada frecuencia.

Dada la ideología de género descrita, puede parecer paradójico que los tres primeros pineros que emigraron a Nueva York fueran mujeres, y que las mujeres estuvieran bien representadas desde el comienzo de la migración internacional. Muchas de las primeras migrantes estaban en uniones formales en el momento de su migración. Otras eran solteras, pertenecientes a los hogares más respetables de la comunidad. Pero independientemente de su estado civil, no viajaban solas. En casi todos los casos lo hacían acompañadas por otras mujeres mayores o por sus parejas que ya vivían en Nueva York. La presencia de estos acompañantes puede haber mitigado las críticas y los chismes hasta cierto punto, pero no necesariamente proporcionó una inmunización total. A veces se decía de estas primeras mujeres migrantes que iban a Nueva York para convertirse en prostitutas, pegar cuernos a sus maridos, y así sucesivamente. Después de 1961, cuando la migración con destino a Estados Unidos se volvió rutinaria, estas críticas se calmaron.

La subordinación de las mujeres pineras tenía fundamentos ideológicos y materiales. La mayoría de las casadas tenían menos oportunidades de ganar dinero fuera del hogar y, en cualquier caso, se espera que el marido sea el principal proveedor de la familia. No obstante, las que establecieron uniones estables a menudo contribuyen con ingresos al hogar. Trabajaban junto a sus maridos en las tiendas o participaban en una variedad de actividades artesanales en el hogar. Pero su definición social como amas de casa ante todo, es decir, la «ideología del ama de casa» (Mies, 1982; *cf.* Pesar, 1982b), condicionó que muchas mujeres respondieran negativamente cuando se les preguntó si trabajaban. Al presionarla, abordaban las actividades productivas en las que participaban, pero considerándolas como complementarias, una forma de ayudar a sus maridos, los principales proveedores de ingresos (por eso adopté el uso de una lista de verificación para aquellas actividades económicas en las que participaban pero no eran reconocidas). En combinación con las limitadas posibilidades de trabajar fuera del hogar, la devaluación de su propia contribución reforzó la dependencia de las mujeres de sus maridos y, por lo tanto, su subordinación.

Esta aparente digresión es esencial para comprender cómo las oportunidades de trabajo que comenzaron a aparecer a fines de la década de 1960

se modelaron según el género, en otras palabras, cómo los trabajos y las habilidades llegaron a ser «de género» (Benería y Roldán, 1987). Ya fueran gestionadas por las inversiones de los migrantes, o por las tendencias generales de la economía dominicana, la gran mayoría de las oportunidades de generación de ingresos fueron ocupadas por hombres, sobre todo las más altamente remunerativas. En el pasado, solo los comerciantes más ricos empleaban sirvientes. Ahora muchos hogares migrantes, así como varios de los hogares encabezados por maestros, empleaban a mujeres pobres para limpiar la casa, lavar la ropa y cuidar a los niños. El número de las así empleadas aumentó considerablemente durante el decenio de 1970. Sin embargo, el servicio doméstico era de bajo estatus, con salarios muy bajos y malas condiciones de trabajo. Las sirvientas, casi todas mujeres jóvenes solteras, trabajaban durante diez u once horas al día, seis días a la semana, y ganaban solo de RD\$30 a \$40 por mes, más tres comidas diarias. Algunas procedentes de los poblados más humildes que fueron a a trabajar como domésticas en Los Pinos, también recibieron alojamiento. En contraste, un hombre que trabajaba a tiempo completo como vendedor de lotería ganaba entre RD\$120 y RD\$160 al mes, y no tenía que sufrir la estrecha supervisión que caracterizaba el servicio doméstico.

En la división del trabajo por género en Los Pinos, los hombres asumían las tareas que requerían el uso de herramientas, mientras que las mujeres resultaban excluidas (ver Deere y León de Leal, 1981; Mones *et al.*, 1987). En la agricultura, los hombres trabajaban los campos con arados, azadas y machetes anchos llamados «colinas» (por el nombre de su fabricante, la Collins Steel Company). Las mujeres de hogares pobres cosechaban ciertos cultivos con sus manos, como los cacahuets. Los hombres, por su parte, vagaban por la Loma en busca de pinos para talar. Así, pues, la reaparición de la tala creó actividades suplementarias generadoras de ingresos sobre todo para los hombres. La madera era un trabajo triplemente de hombres: requería exploraciones solitarias a parajes aislados de bosque, se consideraba un «trabajo pesado» en contraste con el «trabajo débil» reservado a las mujeres y, por último, exigía el uso de herramientas. Del mismo modo, cuando se introdujo la fabricación de sillas a principios de la década de 1970, los hombres usaban hachas, sierras y martillos para modelar los marcos y las actividades menos remunerado de tejer a mano fibras de palma para asientos y respaldos recayó en mujeres y niños.

Como regla general, el trabajo agrícola que los hombres migrantes realizaban para la sustentación doméstica no fue reemplazado por trabajadores asalariados. Más bien, la producción agrícola se reducía o, en algunos casos, se abandonaba (véase el capítulo 5). Sin embargo, muchos hogares migrantes con grandes propiedades, en su ausencia, empleaban a hombres para administrar sus tierras y rebaños. Por lo general, los supervisores (encargados) recibían alguna remuneración en efectivo por sus servicios (entre US\$25 y US\$50 por mes), así como el uso de parte de la tierra del migrante para aparcería, pastar su propio ganado y recolectar leña, cana y palma.

A causa de las restricciones a la libre circulación de las mujeres dentro y fuera del pueblo, la lotería ilegal también era casi exclusivamente una ocupación de hombres. Algunas mujeres vendían un número limitado de boletas desde sus cocinas, principalmente a otras mujeres y a vecinos. Por lo general, los clientes tenían que acudir a ellas. Los hombres, en cambio, recorrían por completo el pueblo y la sección para vender sus boletas. Visitaban a sus clientes regulares en sus hogares para asegurar sus negocios semanales, llegaban a acuerdos con la policía y se reunían en el centro del pueblo con otros riferos cada domingo después de que se hacían las apuestas y antes de que se anunciaran los números ganadores para desatar duelos de gritos llamados «peleas». Los vendedores, en ocasiones, intentaron intercambiar boletos de lotería entre sí para reducir el riesgo de que demasiados clientes apostaran al mismo número. El auge del transporte, que fomentó la inversión de los migrantes en públicos y minibuses también creó empleos exclusivos para hombres. Cinco de los nueve vehículos públicos, de fabricación japonesa, que podían transportar hasta seis pasajeros, eran propiedad de migrantes.. Estos vehículos prestaban el único servicio entre los pueblos de la sección y Santiago y Santo Domingo. Según el acuerdo alcanzado con los propietarios, los conductores se quedaban con una parte variable de las ganancias (generalmente la mitad) y eran responsables de todos los gastos, incluidas las reparaciones. Los conductores complementaban sus ingresos procedentes de las tarifas realizando una variedad de servicios por una propina: cambiar dólares en la ciudad, llevar mensajes y recetas, y hacer compras de bienes que no estaban disponibles localmente.

La migración estimuló la demanda de servicios de transporte. Los miembros de los hogares migrantes tendían a realizar más viajes a Santiago para ir al médico, hacer compras y visitas. Los arreglos de visa re-

querían traslados frecuentes. Los migrantes potenciales podrían totalizar una docena o más de viajes a la cabecera municipal, donde se obtenían los certificados de nacimiento; a Santiago, donde se certifican los documentos; y a Santo Domingo, donde se realizaban los exámenes médicos y se cumplían las citas consulares. Durante los días festivos, como Navidad, Semana Santa y Día de la Madre, los conductores públicos recaudaban la mayor parte de sus ingresos anuales. Los migrantes que llegaban de Nueva York acordaban a los conductores que los recogieran en los aeropuertos de Santo Domingo o Puerto Plata y los llevaran a Los Pinos. El viaje de ida costaba hasta RD\$100. Otros migrantes contrataban chofer y automóvil para llevarlos a las playas y otros centros turísticos. De este modo, los conductores se beneficiaban de una mayor demanda de sus servicios generada por los visitantes y los migrantes potenciales. Al mismo tiempo, esta demanda estimuló a los migrantes a invertir en más automóviles, públicos y minibuses. La mayoría de los hombres que trabajaban como conductores podían mantener a sus hogares con los RD\$125-200 que liquidaban cada mes de las tarifas y propinas.

Un pinero me expuso su punto de vista acerca de por qué los hombres, no las mujeres, trabajaban como conductores y vendedores de lotería:

El hombre se dedica a buscar el mantenimiento de la casa, las necesidades del hogar. El trabajo a nivel de la calle es más para un hombre que para una mujer. ¿Una mujer vendedora de lotería? Eso se vería muy mal. En su casa, eso es otra cosa[...] Hay una conductora en Santiago que lleva a los niños a la escuela en su automóvil. Eso se ve bien. Pero no una mujer conductora pública. Debido a su nerviosismo, la gente tendría miedo de los accidentes.

Esta respuesta ejemplifica la ideología que asigna a las mujeres tareas estrechamente asociadas con la esfera doméstica. En su opinión, el nerviosismo de una mujer, una manifestación de su supuesta debilidad, le impedía conducir un vehículo público. Sin embargo, no se consideró que afectara su capacidad para llevar a los niños pequeños a la escuela. Esta ideología parecía tener influencia más allá de Los Pinos, para la nación en su conjunto, dado que la ocupación con la tasa más baja de absorción de mujeres entre 1970 y 1981 fue la de operador de equipos de transporte (Larson, 1987a:76).

MODERNIZACIÓN, EMPLEOS DE CLASE MEDIA Y ASPIRACIONES LABORALES CAMBIANTES

Una política de modernización e integración de las áreas rurales a través de la educación pública, mejoras de infraestructura y servicios sociales comenzó bajo Trujillo, se tambaleó durante «la libertad» y floreció después de que Balaguer asumió el cargo. Esta política ayudó a aumentar en gran medida el número de empleos de servicios financiados por el Estado, sobre todo en la educación. Entre 1966 y 1974, la escuela de Los Pinos creció de ocho a doce grados y la matrícula se duplicó. Esta expansión en las instalaciones educativas creó una demanda no solo de maestros de primaria y secundaria, sino también de personal auxiliar, como secretarías escolares, conserjes, vigilantes nocturnos y jardineros. Además, el establecimiento y la ampliación de la estación de policía, la oficina de correos y la clínica rural y de los servicios de extensión agrícola y forestal también abrieron nuevas oportunidades ocupacionales para los pineros, en especial para aquellos con alguna educación formal. Estos trabajos eran muy apreciados por el ingreso seguro que el gobierno proporcionaba en forma de cheques mensuales. Aquellos que vivían «del cheque» formaban un grupo privilegiado, a menudo envidiado en Los Pinos. La educación se había convertido en una credencial necesaria para obtener estos nuevos empleos, pero el patrocinio político era también crucial.

A partir de mediados de la década de 1970, las calificaciones educativas de los maestros fueron más exigentes. Mientras que los maestros pineros mayores tenían entre cuatro y seis años de escolaridad, los más jóvenes (entre veinte y treinta años) tenían alguna educación secundaria, muchos eran bachilleres y algunos contaban con un año o dos de universidad. En contraste con las oportunidades de generación de ingresos en el decenio de 1970, las mujeres con las credenciales adecuadas —en general, algo de educación secundaria— ocuparon muchos de estos nuevos puestos, especialmente en la educación. Pudieron acceder a ellos porque los hogares pineros han ido valorando la importancia de la educación por igual para niñas y niños. Cabe destacar que en su excelente estudio de las mujeres rurales en toda la República Dominicana, Rosado *et al.* (1987) encontró dos posiciones contradictorias con respecto a la educación de las niñas. Algu-

nos hogares preferían concentrar los recursos en la educación de los hijos, mientras otros se centraban en las hijas. Esta última posición se explica porque se percibía que las mujeres estaban en desventaja en el mercado laboral y, por lo tanto, necesitaban educación para ampliar sus oportunidades de empleo.

Como explicó uno de sus encuestados: «Los hombres pueden defenderse más fácilmente que las mujeres. En última instancia, un hombre puede trabajar como jornalero en cualquier lugar, pero una mujer está más indefensa y, debido a que la agricultura no es trabajo para ella, tiene que aprender otras habilidades que le permitirán defenderse» (p. 199, traducción propia).

Como resultado de esos cambios de actitud, la educación se convirtió en una nueva fuente de estatus para mujeres jóvenes. No obstante, en Los Pinos, las mujeres tendían a convertirse en maestras de escuela primaria, mientras que la mayoría de los puestos de trabajo de los maestros de secundaria mejor remunerados eran ocupados por hombres (ver tabla 4.1).

Dado el clima clientelista y paternalista del sistema político dominicano, la tenencia de empleos estatales era a menudo insegura. En particular después de las elecciones, estas posiciones se distribuían como botín a los partidarios leales del partido victorioso. Un número considerable de dominicanos se ven afectados cuando se barajan los empleos durante los años electorales. Amenazados con su inminente pérdida, muchos empleados estatales en Los Pinos, como en otras partes del país, solicitaban visas con antelación y después de las elecciones presidenciales (véase también Bray, 1984:230). A pesar de esta inseguridad, los empleos en el sector estatal seguían siendo muy codiciados.

Los maestros recibían los salarios más altos entre el conjunto de empleados que vivían de los cheques. Jóvenes y bien educados para los estándares de Los Pinos, los maestros formaron la columna vertebral de lo que podría llamarse la nueva clase media de la comunidad. Aunque arraigados en el campo, del que derivaban su sustento y prestigio, estos maestros aspiraban a un estilo de vida urbano de clase media. Sus casas rivalizaban con las de muchos migrantes de larga data en el número y la variedad de electrodomésticos. Los dos autos no comerciales en Los Pinos eran propiedad, uno, del comerciante más rico, el otro de un maestro de escuela (sin embargo, el automóvil del comerciante fue pagado; el

automóvil del maestro no). La mayoría de los profesores poseían motocicletas, en las que viajaban cada fin de semana a las universidades de Santiago y La Vega para continuar sus estudios. Como se señaló antes, empleaban a mujeres de hogares pobres para que hicieran las tareas domésticas y cuidaran a los niños.

Las aspiraciones de aumentar el consumo y el estatus social a través de la educación adicional crearon, sin embargo, graves tensiones en los presupuestos. Muchos maestros estaban casados con otros maestros y, por lo tanto, recibían dos cheques de pago (por un salario combinado de más de RD\$400 por mes, atractivo para los estándares de la comunidad), pero tuvieron que vivir más allá de sus posibilidades para mantener sus costosos estilos de vida. Se mantenían perpetuamente endeudados con los comerciantes locales, así como con los propietarios de tiendas de muebles y electrodomésticos en Santiago. No obstante, los prestigios de la educación y los salarios comparativamente altos convirtieron a los maestros en uno de los sectores más respetados de la comunidad. Como se abordará en el capítulo 6, tanto los maestros como las maestras asumieron un papel de liderazgo activo en Los Pinos y fueron los principales impulsores del club social, las cooperativas de ahorro y consumo, y otras organizaciones comunitarias. Estaban a la vanguardia de la introducción de ideas y comportamientos nuevos y «modernos», y junto con los migrantes resultaron ser los modelos culturales de los estilos de vida y gustos urbanos de Los Pinos.

Tabla 4.1
Ocupación primaria del jefe de hogar por sexo, Los Pinos, 1981

Ocupación	Hombres		Mujeres		Total	
	N	%	N	%	N	%
<i>Sector agrario</i>						
Agricultura por cuenta propia	36	22.6	1	1.3	37	15.9
Ganadero	2	1.3	0	0	2	.9
Caná, vendedor de palma	1	.6	0	0	1	.4
Jornalero	7	4.4	0	0	7	3.0
<i>Trabajo doméstico</i>	0	0	41	54.7	41	17.5
<i>Sector estatal</i>						
Maestro/a de primaria	0	5	6.7	5	2.1	
Profesor/a de secundaria	6	3.8	0	0	6	2.6
Secretaria/o de escuela secundaria	0	0	1	1.3	1	.4
Director de escuela secundaria	1	.6	0	0	1	.4
Conductor de tractor	1	.6	0	0	1	.4

Vigilante	4	2.5	0	0	4	1.7
Guardabosques	2	1.3	0	0	2	.9
Alcalde, síndico ^a	2	1.3	0	0	2	.9
Empleado de oficina de correos	2	1.3	0	0	2	.9
Guardia nacional	2	1.3	0	0	2	.9
Empleado de obras públicas	1	.6	0	0	1	.4
Sector informal						
Transporte						
Conductor público	6	3.8	0	0	6	2.6
Comercio						
Comerciante, vendedor	0	0	1	1.3	1	.4
Intermediario (camiones)	2	1.3	0	0	2	.9
Intermediario (esteras)	0	0	1	1.3	1	.4
Vendedor de lotería	11	6.9	0	0	11	4.7
Lavandera	0	0	2	2.7	2	.9
Cuidador/a de niños asalariado/a	0	0	2	2.7	2	.9
Sirviente doméstico/a	0	0	3	4.4	3	1.3
Supervisor	2	1.3	0	0	2	.9
Operador de puesto de alimentos	0	0	1	1.3	1	.4
Recolector de leña	1	.6	0	0	1	.4
Dentista ^b	2	1.3	0	0	2	.9
Artesanal						
Propietario del taller de sillas	7	4.4	0	0	7	3.0
Barbero	3	1.9	0	0	3	1.3
Costurero/a	0	0	7	9.3	7	3.0
Tejedor/a de sillas	0	0	4	5.3	4	1.7
Propietario de un aserradero	3	1.9	0	0	3	1.3
Carpintero	3	1.9	0	0	3	1.3
Sastre	2	1.3	0	0	2	.9
Operario de aserradero	2	1.3	0	0	2	.9
Tejedor/a de estera	0	0	1	3.1	1	.4
Albañil	1	.6	0	0	1	.4
Carnicero	1	.6	0	0	1	.4
Panadero	1	.6	0	0	1	.4
Zapatero	1	.6	0	0	1	.4
Leñador		1	.6	0	0	1
Otros						
Dueño de la valla de gallos	2	1.3	0	0	2	.9
Minero de pacer de oro	1	.6	1	1.3	2	.9
Entrenador de gallos de pelea	4	2.5	0	0	4	1.7
Trabajador hotelero de EE. UU.	1	.6	0	0	1	.4
Sin ocupación	15	9.4	0	0	15	6.4
Total	159	68.0	75	32.0	234	100.4^c

^a Un *síndico* era un funcionario electo que estaba a cargo de obras públicas y otros asuntos comunitarios.

^b Los «dentistas» de Los Pinos eran practicantes autodidactas especializados en la extracción de dientes.

^c Debido al redondeo.

La conveniencia de estos trabajos asalariados en términos de ingresos y estatus generó, por parte de los padres, una tendencia a ignorar la agricultura para ayudar a sus hijos a obtener la valorada credencial de educa-

ción. Los jóvenes, además, aspiraban a puestos profesionales de clase media y a menudo asumían actitudes negativas hacia el trabajo en el campo. Citaban el riesgo y la incertidumbre del trabajo agrícola, su dificultad y su «suciedad». Los comentarios de Ramón Morales, un pinero de diecinueve años que acababa de convertirse en maestro de escuela, ejemplifican las crecientes aspiraciones de muchos jóvenes y su rechazo a la agricultura: «Me gusta la agricultura. Pero las ganancias son bajas y te cansas mucho. Mueres cansado y pobre... Antes de convertirme en maestro de escuela quería ser ingeniero agrónomo». Muchos padres compartían esta visión negativa de la agricultura e hicieron todo lo posible para mantener a sus hijos en la escuela el mayor tiempo posible. Al escuchar estos comentarios, el padre de Ramón, un pequeño propietario que había pasado su vida en la aparcería, añadió: «No quería que mis hijos trabajaran en la agricultura. Vi que no dejaba resultados. Debido a esto me sacrificué, para que mis hijos pudieran ir a la escuela».

Monguita Rodríguez fue otro ejemplo de la forma en que padres pineros veían la educación. Esposa de José, un agricultor con más de 200 tareas y varias cabezas de ganado, lavaba la ropa para dos maestros de escuela y tejía asientos de sillas para comprar a sus hijos uniformes, zapatos, textos y demás suministros. Aunque rico en tierras, José tenía sus gustos. En el campo, como Gudeman (1978:20) ha señalado, esa es una idea que con «resonancia económica fundamental». Los gustos de José eran los habituales a los que algunos hombres pineros se entregaban y que agotaban los ingresos del hogar: beber, fumar y apostar en peleas de gallos. En 1980-1981, Monguita ganó un total de RD\$240 lavando y planchando ropa y otros RD\$288 tejiendo. Insistió en que el dinero que ganaba con la lavandería y el tejido de sillas era suyo para gastarlo como mejor le pareciera. Sin embargo, una fuerte ideología de «altruismo maternal» guiaba la forma en que lo usaba (ver Benería y Roldán, 1987). Su deseo expreso era ver a todos sus hijos graduarse de la escuela secundaria. Además de asumir este trabajo adicional para sufragar los costos escolares de los hijos, Monguita asumió algunas de las tareas domésticas de sus hijas, y así liberar tiempo para sus estudios. En el caso de José, uno de los pocos agricultores consagrados que quedaban en Los Pinos, era poco usual que esperara que su hijo pequeño lo ayudara en los campos. Ambos padres se harían cargo de algunas de las responsabilidades de sus hijos para que

asistieran a la escuela e hicieran las tareas. En resumen, el fuerte deseo de los padres de ver a sus hijos progresar y mejorarse a sí mismos había resultado en una gran decantación de los varones fuera de los campos y de las hembras fuera de las cocinas y en las escuelas (cf. Nevadomsky, 1983:73). En ambos casos, los padres absorbieron polas labores y el tiempo que conllevaba liberar a los hijos del trabajo doméstico.

ESTRUCTURA OCUPACIONAL EN 1981: EL AUGE DE LA ECONOMÍA INFORMAL

Los cambios en la economía pinera descritos tuvieron profundas implicaciones para la estructura ocupacional de la comunidad. El fuerte alejamiento de la agricultura se puede ver al comparar la ocupación primaria de los hombres pineros con la de sus padres. Un poco más del 80 % de los jefes de familia varones dijeron que sus padres habían trabajado principalmente como agricultores —agricultor es el término siempre utilizado para referirse a un hombre que trabaja la tierra (ver Geoffrey, 1975)—. Para 1981, las fuerzas que socavaban tanto la agricultura comercial como la de subsistencia se habían vuelto tan severas que solo el 23 % de los jefes de familia varones enumeraron la agricultura como su ocupación principal; el otro 21 % la mencionó como una actividad auxiliar.

La disminución del trabajo agrícola fue paralela a las tendencias nacionales. En el período intercensal entre 1970 y 1981, la ocupación en la agricultura cayó de aproximadamente el 46 % a alrededor del 24 %, y el sector agrario fue uno de los que absorbió el menor número de nuevos trabajadores (*Larson, 1987a*). En contraste, el sector informal en Los Pinos creció en importancia como fuente de empleo, reflejando nuevamente las tendencias nacionales (*Duarte, 1980; Lozano, 1987*).

En la práctica, el sector informal estaba compuesto por una serie de actividades económicas dispares, incluida la producción y la circulación de bienes y servicios. Pero compartían ciertas características básicas: eran intensivas en mano de obra y de pequeña escala, requerían poco capital o tecnología y, por lo general, evitaban la supervisión estatal (*Long y Roberts, 1984; Geertz, 1963; Moser, 1978; Hart, 1973; véase tam-*

bién Portes y Walton, 1981). Hasta la fecha, el sector informal ha sido descrito como un desarrollo de ciudades periféricas, resultado acumulativo de las opciones de los migrantes rurales con escasas alternativas de empleo. Perlman (1976), Mangin (1967) y otros han demostrado que este no es solo un fenómeno marginal de las ciudades latinoamericanas, sino un componente dinámico, expansivo e integral del desarrollo capitalista de la ciudad. El caso de Los Pinos sugiere que, en el contexto de un capitalismo periférico, el sector informal puede ser un elemento importante de algunas economías rurales, en particular en aquellas áreas donde la agricultura ha sido socavada sin la aparición concomitante de un mercado laboral asalariado.

En 1981, Los Pinos, al igual que las comunidades caribeñas sobre las que Rubin (1962: 449 citado en Nevadomsky 1983: 78) comentó hace décadas, parecían «más semiurbanas que rurales». Pero mientras que Rubin se refería a incursiones de la cultura urbana como escuelas, películas, radio, etc., en Los Pinos la economía misma había llegado a tener puntos en común con las ciudades del país. Tampoco la comunidad era única en este sentido. Acerca del campo dominicano, el sociólogo rural Bendezú Alvarado (1982) observó: «La tierra ha dejado de ser el único factor de supervivencia [...]. La nueva forma de organización en los pueblos y secciones tiende hacia un tipo urbano, especialmente en aquellos pueblos en los que hay una cierta concentración de población, como la sección y las cabeceras municipales» (pp.110-111, traducción propia).

Cuando se compara con la imagen habitual de una comunidad rural, la heterogeneidad de la actividad económica de Los Pinos—empresarial, profesional, de servicios, salarial y artesanal— resulta sorprendente. Como se señaló, algunas de las oportunidades de empleo fueron creadas por las inversiones de los migrantes. Otros se sentían alentados por las remesas que los migrantes enviaban a sus hogares. Parte de las fuentes trabajo se derivaban de las tendencias en la economía dominicana y la expansión de la burocracia gubernamental, como efecto de las políticas estatales aplicadas después de 1966. En total, el sector informal empleó alrededor del 40 % de los jefes de familias pineras y muchos miembros adicionales del hogar. La producción artesanal se convirtió en un componente en expansión, sobre todo para los hogares más pobres, puesto que su contribución a los ingresos familiares superó a los de la agricultura.

Las actividades comerciales informales también crecieron. Como consecuencia de la desaparición de la producción primaria en Los Pinos, la creciente comercialización de productos para satisfacer las necesidades de subsistencia se aceleró e intensificó por la migración. El desplazamiento progresivo de miembros de la familia a los Estados Unidos significó que gran parte de los alimentos y otros artículos que antes producían los miembros del hogar ahora tenían que ser comprados. Al mismo tiempo, la entrada masiva de remesas, que se examinará en breve, también alentó la comercialización. Es decir, a medida que los cultivos de subsistencia se volvieron cada vez más difíciles de producir, la capacidad de comprar productos se hizo necesaria y posible. Además, con el deterioro de los recursos de la tierra y el impacto perjudicial de las políticas estatales, incluso los hogares no migrantes con abundante mano de obra solo podían satisfacer la mitad de sus necesidades de alimentos mediante la agricultura de subsistencia (capítulo 5). Como consecuencia, Los Pinos experimentó una expansión en muchos aspectos de su vida comercial.

Indicativo de esa amplitud fue el hecho de que después de las tareas domésticas y de la agricultura, la categoría ocupacional más significativas en Los Pinos era la del comerciante o vendedor (tabla 4.1). Uno de cada trece jefes de familia poseía era copropietario u operaba una tienda. Estas variaban en tamaño, desde pequeños ventorillos o puestos donde se vendían frutas y verduras, hasta grandes empresas mayoristas y minoristas que comercializaban alimentos, ropa, ferretería y muchos otros artículos a clientes locales, así como a tiendas más pequeñas en los pueblos circundantes. Había aproximadamente una tienda de comestibles por cada quince hogares. Más de la mitad eran propiedad de migrantes, y todas dependían en gran medida del patrocinio de los hogares migrantes.

Los cambios en la economía de Los Pinos se destacan aún más cuando se comparan con El Guano. En la tabla 4.2 se enumeran las principales ocupaciones de los jefes de hogar, hombres y mujeres, en El Guano. Pequeño y pobre, esta comunidad tenía menos de una cuarta parte de las ocupaciones primarias de Los Pinos. Brillaron por su ausencia los empleos en el sector estatal y la amplia gama de actividades informales que distinguieron a Los Pinos. Las opciones económicas en El Guano estaban restringidas. A pesar de los suelos empobrecidos y las pendientes pronunciadas de sus campos, la agricultura era la ocupación principal de la mayoría de sus jefes de hogar

masculinos (65 %). Como se verá en el capítulo siguiente, la distribución de la tierra fue más equitativa que la de Los Pinos. En combinación con la escasez de oportunidades alternativas de empleo, El Guano conserva la apariencia de una comunidad campesina, una apariencia que ha desaparecido casi por completo de Los Pinos.

Tabla 4.2
Ocupación primaria de la cabeza del hogar por sexo, El Guano, 1981

Ocupación primaria	Hombres		Mujeres		Total	
	N	%	N	%	N	%
<i>Agricultura</i>						
Agricultura por cuenta propia	15	65.2	0	15	50.0	
Arador	1	4.4	0		1	3.3
<i>Sector informal</i>						
Sastre	1	4.4	0		1	3.3
Comerciante	1	4.4	0	4	3.3	10.7
Tejedor/a de estera	0	4	57.1	4	13.3	.4
Panadero de casabe	0	1	14.3	1	3.3	.9
Albañil	1	4.4	0	1	3.3	.4
Carpintero	1	4.4	0	1	3.3	4.7
Tejedor/a de cestas	1	4.4	0	1	3.3	.9
<i>Otros</i>						
Minero de oro	0		1	14.3	1	3.3
Sin ocupación	2	8.7	1	14.3	3	10.0
Total	23	76.7	7	23.3	30	99.7^a

^a Debido al redondeo.

MULTIPLICIDAD OCUPACIONAL, MIGRACIÓN Y REMESAS

Basada en la distribución de las ocupaciones primarias, la tabla 4.1 no captura la amplia gama de ocupaciones en las que participaron los pineros. Tampoco indica el grado de subempleo que se ocultaba en muchas de estas categorías ocupacionales. Es importante destacar que una actividad considerada como primaria no se realizaba necesariamente a tiempo completo. De hecho, la mayoría de las actividades generadoras de ingresos en Los Pinos se realizaban solo una parte del tiempo. A lo largo de la República Dominicana, labores como albañil, carpintero, electricista y otras presentaban solo oportunidades fortuitas e irregulares para ganar dinero. Tales actividades irregulares con frecuencia no se conceptualizaban como ocupaciones, sino que caían bajo la categoría popular de chiripa: ganancias

inesperadas de la suerte (Bosch, 1983; Bray, 1983:226). Como las mujeres desempeñaban actividades pagadas a tiempo parcial a veces se planteaba que no trabajaban; igualmente, los hombres pineros tendían a no considerar a las chiripas como ocupaciones.¹³

Los pineros, como los habitantes rurales en otras áreas del Caribe, tuvieron que combinar actividades en su intento de cubrir los gastos de subsistencia. El resultado fue una alta incidencia de «multiplicidad ocupacional», una estrategia que, como ha señalado Comitas (197:171), «ofrece la máxima seguridad con el mínimo riesgo, en un entorno básicamente limitado». Por supuesto, esta necesidad de entrelazar múltiples actividades generadoras de ingresos en una estrategia económica coherente caracterizó a la mayoría de los segmentos de la sociedad pinera durante gran parte del siglo XX. Pero la naturaleza de las actividades había cambiado con el tiempo. En el pasado, la agricultura, el jornalero y la explotación forestal eran combinados por todos, excepto por los pineros más ricos, mientras que sus esposas intercalaban el tejido de serón, la cocción de pan de mandioca y el lavado de oro entre sus tareas domésticas. Incluso la vieja élite apoyó su riqueza y posición social en los diversos pilares del transporte, el comercio, la agricultura y el procesamiento de productos agrícolas. A principios de la década de 1980, la agricultura y el trabajo diurno en los campos constituían componentes bastante insignificantes de las variadas estrategias de ingresos de los hombres. Por otro lado, la producción artesanal y otras actividades informales, que podrían integrarse de manera flexible en los horarios diarios, se volvieron cada vez más importantes, tanto para hombres como para mujeres. Tampoco la nueva élite mercantil dependía solo de las actividades comerciales. Pudieron mantener su posición en la comunidad a través de su combinación de ganadería extensiva, préstamos usureros y otras inversiones.

El grado en que la multiplicidad ocupacional caracterizó a la mayoría de los pineros fue revelado claramente por el censo comunitario. Los jefes de hogares reportaron un promedio de 2.8 ocupaciones generadoras de ingresos durante todo el año. Las mujeres jefas de hogar desempeñaban un promedio de 1.3. A excepción de los más educados que vivían del cheque,

¹³ Por estas razones, fue útil investigar las actividades auxiliares, incluyendo el censo comunitario y las listas de verificación exhaustivas de ocupaciones generadoras de ingresos, tanto para mujeres como para hombres.

la multiplicidad ocupacional caracterizó a los jefes de hogar para las agrupaciones principales de Los Pinos. Los hombres jefes de familia migrantes mostraron una tendencia algo más fuerte a no tener ninguna ocupación (debido en parte a su mayor edad promedio: 64 años en comparación con 47 para los no migrantes), o solo una sola ocupación; Sin embargo, para aquellos que sí trabajaban, las diferencias entre los hogares migrantes y no migrantes con respecto a la multiplicidad ocupacional no fueron sorprendentes. Tampoco hubo diferencias notables en la tenencia de tierras. En resumen, la multiplicidad ocupacional caracterizó a todos menos a los Pineros más educados.

Las estrategias de inversión de los migrantes ayudaron a reforzar este patrón. Con algunas excepciones, como los gerentes de las grandes tiendas de comestibles y los conductores públicos, los empleos creados por las inversiones de los migrantes no eran a tiempo completo. Más bien eran a tiempo parcial y suplementarios, y se entretajeron en el patrón preexistente de multiplicidad ocupacional. A pesar de su naturaleza auxiliar, estos empleos proporcionaban un impulso importante a los ingresos totales de los hogares no migrantes. Los siguientes ejemplos ilustran algunas de las formas en que las inversiones de los migrantes se propagan a través de las redes sociales existentes para beneficiar a los hogares no migrantes.

Blanca Rodríguez

De 66 años, única sostenedora de cuatro nietos, de 14 a 7 años. Tenía una pequeña parcela de tierra al lado de su casa que plantó con pasto forrajero de alta calidad y la alquiló a ganaderos en la comunidad por RD\$60 al año. Su principal fuente de ingresos estables, sin embargo, era de sus ventas diarias de leche y gasolina. Obtenía la leche de su sobrino, Bolo Rodríguez, un prominente ganadero que manejaba los rebaños de su hermano migrante (ver abajo). Su nieto mayor estaba casado con Bolo y vivía en su rancho de ganado. Los nietos de Blanca ayudaron a Bolo en la granja. A cambio de esta ayuda y debido a los múltiples lazos de parentesco entre ellos, Bolo entregaba su leche exclusivamente a Blanca para retenerla en Los Pinos. Ganó una comisión de RD\$.10 por cada una de las botellas de aproximadamente 20 litros que vendía cuando las vacas daban leche. Su principal fuente de ingresos, sin embargo, era la venta de gasolina. La ga-

solinera más cercana estaba ubicada en la cabecera municipal y Blanca era uno de los dos pineros que la vendía localmente. Antes de 1979, podía permitirse comprar solo diez galones a la semana para revender. En 1979, un sobrino (el hijo de la hija del hermano de su padre) regresó de los Estados Unidos y compró una estación de gasolina en Santiago. Como un favor a su tía, y para aumentar sus propias ventas, le adelantó el dinero para ampliar su compra de gasolina a 62 galones a la semana. Le costaba RD\$4.50 a la semana para que le llevaran la gasolina a Los Pinos, que los pagaba a su hijo, quien conducía un público perteneciente a otro migrante. Con una ganancia neta de aproximadamente RD\$.50 por galón, Blanca disfrutó de un aumento sustancial en los ingresos como resultado de esta colaboración.

Gordo Morales

De 22 años, vendedor de lotería a tiempo completo en Los Pinos. Era soltero y vivía con su madre y cinco hermanos en las afueras, adyacente a la propiedad mediana de su familia de unas 180 tareas. Su hermano mayor, también soltero, ayudó a mantener esta casa engordando terneros en esa propiedad y comprando ganado en la sección y vendiéndolo al matadero de Santiago. Gordo contribuyó a los ingresos de la familia vendiendo boletas de la lotería a comisión para un exitoso migrante que invirtió parte de sus ahorros en respaldar a proveedores como Gordo. Joven, trabajador y querido, ganó alrededor de RD\$140 a RD\$160 al mes, vendiendo sus números de lotería hasta mediados de 1980. En ese momento, su primo, que también era un amigo cercano, fue detenido mientras intentaba ingresar a los Estados Unidos con documentos falsificados. Para ayudarlo a pagar la pesada deuda con el prestamista, Gordo le dio a su primo la mitad de sus boletas semanales para que las vendiera.

Hogar de Luis y Mechi Sánchez

Era uno de las más pobres de Los Pinos. Casi sin tierras, Luis dependía de una serie de actividades para satisfacer las necesidades de subsistencia de su familia. En 1980-1981, ganó un total de RD\$90 por quince días de trabajo en el acondicionamiento de cercas y del pasto en dos propiedades, una de las cuales pertenecía a un migrante. También compró pavos jóvenes y

gallinas guineas y los engordó con maíz para su reventa. Durante las vacaciones, como Navidad, los hogares más acomodados en Los Pinos compraban estas aves para las cenas familiares. Los hogares migrantes constituían la mayoría de sus clientes. Luis y Mechi tuvieron tres hijos que emigraron a Santo Domingo y Santiago, pero debido a sus propias obligaciones y bajos ingresos, los niños pudieron remitir un monto total de RD\$160 a sus padres durante un año. El resto de la familia en Los Pinos consistía en su hijo, Guillo, de 21 años, y el hermano de Mechi, Samuel, un viudo de unos 60 años de edad. Samuel contribuyó a los ingresos de la familia viajando a Santiago para comprar frutas y verduras, que eran muy difíciles de encontrar localmente, y las revendían en Los Pinos. Como en el caso de Luis, la mayoría de sus clientes pertenecían a hogares migrantes. Sin embargo, sus ganancias eran muy escasas. Samuel también era el «tío favorito» de dos de sus sobrinos en Nueva York, quienes le enviaron un total de RD\$45 en 1980-1981, que también contribuyó al grupo de ingresos del hogar. En el pasado, Samuel, al igual que otros pineros, había escrito a sus sobrinos migrantes para hacerles solicitudes específicas, por lo general relacionadas con sus gastos médicos, que pocas veces rechazaban. Sin embargo, todas las actividades de los Sánchez combinadas no habrían generado suficiente efectivo como para cubrir la mitad de sus necesidades mínimas de ingresos anuales, de aproximadamente RD\$1,100. La familia pudo sobrevivir gracias a Guillo. Cuando un vecino migrante invirtió en una pequeña tienda de comestibles a las afueras del pueblo, le pidió a Guillo, con quien tenía una relación de confianza, que la administrara. La mitad de las ganancias anuales de Guillo totalizaron RD\$700. La mayor parte se dedujeron de las compras de alimentos que su familia hizo en la tienda para compensar su déficit de ingresos familiares.

El acceso a muchas de estas oportunidades de generación de ingresos, dependientes de los lazos informales entre un migrante y pineros locales, a veces tenían cierto grado de inseguridad. Un migrante podía vender una tienda a otro, quien reemplazaría al gerente por uno nuevo de entre su propia red. La siguiente historia ilustra los efectos adversos que este tipo de rotación puede tener para los hogares pobres. Martín Pérez, de 49 años, fue el supervisor de la tierra (alrededor de 120 tareas) de su vecino migrante durante siete años. Durante ese tiempo, Martín pudo dedicar sus propias 80 tareas a los cultivos de subsistencia y a los comerciales, y usar parte de la tierra de

su vecino para pastar su propio ganado, junto con el rebaño de un vecino. También reunió y vendió el cana de esta tierra y se quedó con las ganancias. Su esposa recogió el guano y lo tejió en esteras. Al combinar estas actividades, Martin y su esposa pudieron mantenerse a sí mismos y a sus cinco hijos. Al morir su vecino migrante en los Estados Unidos en 1978, sus herederos vendieron la tierra a otro migrante. Martin fue reemplazado por un nuevo supervisor y ahora tenía que depender únicamente de sus propios recursos. Después de dos años, se había endeudado y se vio obligado a vender todas menos una vaca y 40 tareas de su tierra. Cuando salí de Los Pinos, una vez más se encontraba muy endeudado con los comerciantes locales por comida y planeaba vender otras de sus propiedades para cubrir los gastos.

Estos casos ejemplifican algunas intrincadas maneras, a veces precarias, en que los no migrantes son condicionados económicamente por las inversiones de los migrantes y sus efectos colaterales. Si bien estas inversiones crearon unas pocas oportunidades de empleo a tiempo completo, incrementaron de actividades auxiliares generadoras de ingresos que, sin embargo, representaban significativos complementos de los presupuestos de muchos hogares. Además, gracias a la red de lazos que unen a un pinero con otros algunos de los beneficios de ingresos de la migración se pudieron gastar en diversos segmentos de la comunidad a lo largo de las líneas de parentesco y amistad.

SELECTIVIDAD MIGRATORIA Y CREACIÓN DE EMPLEO EN LOS PINOS

Además de las inversiones de los migrantes, las ocupaciones creadas por la migración abrieron nuevas posibilidades para quienes permanecieron en la comunidad. Un elemento central para comprender el impacto de la migración laboral internacional en la creación de empleos a nivel local es lo relacionado con la selectividad de los migrantes. En gran medida, los efectos de la migración dependen de la posición que ocupaban los migrantes en la economía y la estructura social antes de la migración. En el capítulo 3, se señaló que los migrantes internacionales de Los Pinos no pertenecían a la oferta de mano de obra excedente antes de la migración. Por el contrario, la migración con destino a Estados Unidos fue selectiva desde el punto de vista

laboral. Casi todos los migrantes estaban empleados en el momento de la migración. Muchos desempeñaban trabajos calificados y semicalificados. Y en lugar de trabajadores sin tierra o pequeños propietarios con parcelas de subsistencia que no permitían la agricultura a tiempo completo, los migrantes que se habían dedicado a la agricultura tendían a pertenecer a hogares con propiedades de tamaño mediano y grande. El éxodo de estas personas abrió una gama de oportunidades y recursos para los que se quedaron atrás. Las siguientes historias fueron seleccionadas para ejemplificar las tres formas principales en que se crearon empleos a través de la migración.

Nancy Rodríguez

Se graduó de noveno grado en Los Pinos en 1976. Después de graduarse, intentó sin éxito encontrar trabajo en una oficina en Santiago. Mientras permanecía en Santiago, escuchó que la secretaria de la escuela secundaria de Los Pinos se había casado con un migrante que estaba solicitando visa para ella. Cuando su primo Augusto, quien era el director de la escuela, le prometió ese empleo, Nancy decidió ganar tiempo trabajando como operaria en una planta de ensamblaje en la zona industrial de Santiago hasta que la secretaria recibiera su visa. Después de dos años en la fábrica, regresó a Los Pinos en 1978 para hacerse cargo de la secretaría.

Julio Pérez

Era panadero en Los Pinos hasta 1969, año en que emigró a los Estados Unidos. Dejó su panadería y todas sus ganancias a Roberto Reyes, su cuñado, un pequeño agricultor. Cuando Roberto emigró también en 1977, a su vez dejó la panadería a su asistente, un joven pinero sin tierra que continuó operándola y manteniendo las ganancias.

Bolo Rodríguez

De 39 años, guardia nacional durante veinte años en Santo Domingo. En los últimos quince, sus nueve hermanos y hermanas emigraron a los Estados Unidos. Sus ancianos padres se mudaron a Santiago en una casa propiedad de una de sus hijas migrantes y para cuidar a los niños peque-

ños que había dejado atrás. Además, querían estar cerca de instalaciones médicas, ya que el padre de Bolo tenía una afección cardíaca. Después de retirarse del ejército en 1978, Bolo regresó a Los Pinos, a la tierra de la familia. Con 400 tareas de pastos, pudo obtener un préstamo del Banco Agrícola y comenzar su propio rebaño. Sus hermanos, hermanas y padres también tenían ganado, que él cuidaba junto con el suyo. Desde entonces, Bolo se convirtió en uno de los ganaderos más importantes e innovadores de la comunidad. Criaba razas de carne y leche de alta calidad, vendía leche localmente y hacía compraventa ganado en toda la sección.

El primer caso ilustra la situación en la que los mejores empleos asalariados (oficinista, maestro, enfermera), gracias a la migración, se abrieron a no migrantes calificados que tenían que competir en un mercado ajustado pero con la ventaja competitiva en su comunidad de origen por las redes de parentesco y clientelismo. En un contexto de desarrollo dependiente, la combinación de amplias instalaciones educativas, devaluación de la agricultura y aspiraciones de empleo de clase media dieron como resultado más jóvenes calificados que empleos disponibles. Por lo tanto, al igual que en todo el país (Bray, 1984), Los Pinos experimentaron un rápido crecimiento en la cantidad de esos jóvenes educados pero desempleados. Aunque la sociedad de envío tuvo que soportar los costos sociales de educar a jóvenes que luego emigraban a los Estados Unidos, una reserva de desempleados educados esperaba entre bastidores para reemplazarlos.

El segundo caso muestra la difusión de los recursos no agrícolas (panadería, carnicería, sastrería, transporte público). Por lo tanto, aun cuando muchos artesanos y otras personas con empleos calificados y semicalificados emigraron a los Estados Unidos, no se contaba con evidencias de que esta considerable «fuga de cerebros rurales» dejara puestos de trabajo sin cubrir por falta de personal calificado. El tercer caso demuestra cómo la relación persona-tierra resultante de la migración beneficia a aquellos que se quedaron y desempeñaron el papel de supervisores de los hogares migrantes.

REMESAS

Otra forma a través de la cual la migración afectó profundamente la economía y la estructura ocupacional de Los Pinos tuvo que ver con el flujo

masivo de remesas de los migrantes. Su volumen y los usos que les daban son puntos centrales en el debate sobre las consecuencias de la migración laboral internacional para las sociedades de origen. Las conclusiones optimistas derivadas de los principios de la economía neoclásica han sido desafiadas por una serie de estudios empíricos. La mayoría de estos estudios sugieren que, en lugar de invertirse en aumentar la eficiencia y la producción en las zonas rurales, las remesas de los migrantes se han utilizado principalmente para el consumo. Cuando se ahorran remesas, tienden a invertirse contra-productivamente en vivienda y tierra. Estos estudios también sugieren que, desde una perspectiva nacional, la balanza de pagos puede no haberse beneficiado de las remesas de divisas. Parte de estas divisas tan necesarias pueden haberse gastado para satisfacer los nuevos gustos por los bienes de consumo importados, estimulados a partir de las ostentaciones de los migrantes (véase, por ejemplo, Bohning, 1975; Castillos y Kosack, 1973; Lipton, 1890 Swanson, 1979; Weist, 1979; y para una visión general, Russell, 1986). Al examinar el contexto social y cultural en el que fluyen las remesas y dentro del cual circulan, el siguiente análisis aborda estas cuestiones en específico.

Este flujo de dólares a Los Pinos participó de un sistema de remesas más grande que operó de manera similar en toda la república. Este era un sistema informal que eludía los canales oficiales casi por completo, lo que hacía que cualquier contabilidad fuera extremadamente difícil. Por regla general, las remesas se enviaban por giro postal, pero a menudo el efectivo se introducía en las cartas o era entregado en mano por los visitantes. En sus viajes, los migrantes pueden llevar miles de dólares en efectivo, más los ahorros de varios amigos y familiares, y los distribuyen de acuerdo con las instrucciones anotadas en un trozo de papel.

El sistema implicaba un gran secretismo sobre los planes de los migrantes al visitar la comunidad. Solo el conductor que recibía al migrante en el aeropuerto y los familiares más cercanos que le encargaron hacer el viaje sabían de la llegada del migrante. Esta era una sabia precaución. Además de grandes cantidades de dinero en efectivo, los migrantes arribaban cargados con regalos, de ropa nueva y usada «estadounidense», zapatos, toallas y ropa de cama, jabón y cosméticos, relojes, electrodomésticos y una multitud de chucherías. Se sabía que los ladrones en Nueva York aprovechaban el denso intercambio de información entre los pobladores y los

migrantes, y lo usaban para rastrear a las posibles víctimas. Los migrantes podían ser acosados y asaltados a la salida de sus edificios de apartamentos en Nueva York, cargados de dinero en efectivo y regalos. Los atracos y robos eran sucesos lo suficientemente comunes en Nueva York como para introducir una nueva palabra en el vocabulario local: «el joló» (*the holdup*/«el atraco»), un delito cometido por «joloperos».

El efectivo y los giros postales se convirtieron a pesos dominicanos en la oficina de correos o tiendas, o en Santiago, donde en 1981 se informó que las dos casas de cambio más grandes cambiaron RD \$80,000 a RD \$100,000 por día. Calles enteras de Santo Domingo estaban llenas de hombres que anunciaban su deseo de cambiar dólares a los transeúntes. A través de tales medios informales, se estima que RD\$230,000,000 a RD\$280,000,000 en remesas ingresaban anualmente al país a mediados de la década de 1980, una suma equivalente al presupuesto total del gobierno dominicano (Vega, 1987; ver también Baez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986: 44).

Los pineros se forjaron entre los Estados Unidos y la comunidad nacional. El envío de remesas es la obligación prioritaria que un migrante tiene con los que se quedan atrás. La expectativa cultural supone que los maridos enviarían regularmente suficiente dinero a sus esposas para cubrir los gastos del hogar. Las esposas, en cambio, no enviaban dinero con regularidad a sus maridos. Por otro lado, los hijos e hijas enviarían remesas a los padres de acuerdo con sus necesidades. La obligación de hacer llegar dinero a los hermanos no era tan grande, y la mayoría de los migrantes que tenían hermanos solo les mandaban sumas ocasionales si recibían dinero en efectivo. Las remesas eran simbólicamente correspondidas por la familia obsequiando a los migrantes pan de mandioca, hierbas, miel, ron y otros productos locales para que llevaran consigo (*cf.* Philpott, 1973).

El gran flujo de remesas hacia Los Pinos atestiguó la fortaleza de los compromisos de los migrantes internacionales con los familiares que quedaron atrás. Cuando estos enviaban remesas frecuentes, se decía que «se comportaban bien». Los que así actuaban y los que no eran objeto de comentarios en la comunidad. Los primeros recibían aprobación y se les consideraba ejemplares; los otros, que no mandaban remesas, se convertían en el centro de chismes y críticas.

Además del sentimiento familiar, devla expectativa cultural y de la difusa sanción social, hubo otros factores que operaron para mantener e

incluso fortalecer los lazos entre los migrantes y los que se quedaron atrás. El hecho de que los hijos pequeños de los migrantes pudieran permanecer en Los Pinos sirvió para fortalecer los lazos entre los miembros de la familia. La mayoría de las veces, los niños se dejaban bajo el cuidado de la madre o hermana del migrante. Se suponía que algunas de las remesas que iban a recibir se utilizarían para mantener el hogar en el que residían los niños. La herencia compartida fue otro factor que influyó en la continua participación de un migrante en la comunidad de origen. Como Eric Wolf (1962:19, citado en Brettell, 1986:113) observó para Italia, la práctica de la herencia imparcial tiende a hacer que los hermanos menores que emigran sean «socialmente irrelevantes para la familia que permanece en la aldea», mientras que la herencia compartida nutre los lazos entre los migrantes y sus parientes. En Los Pinos, las tierras y el ganado de los migrantes quedaban bajo custodia de familiares u otros miembros de sus redes, quienes, además, asumían en su totalidad su representación.

Un factor final que refuerza los lazos tiene que ver con el hecho de que los migrantes consideran a la comunidad de origen como un lugar de inversión, así como de eventual retorno. Como operaban dentro de un solo sistema económico transnacional, se encontraban en una posición única para aprovechar las oportunidades económicas, distribuidas de manera desigual, entre los Estados Unidos y la República Dominicana. Como Portes y Walton (1981:60) han observado: «Las oportunidades para ganar asalariados son a menudo mayores en el centro; los destinados a la inversión y la actividad económica informal suelen ser mayores en la periferia». Los ahorros acumulados en los Estados Unidos a menudo se invirtieron en actividades que, para su rentabilidad, dependían de la abundante oferta de mano de obra barata de Los Pinos. Sin embargo, debido a que los migrantes estaban físicamente ausentes de su comunidad, esa rentabilidad se vio amenazada por la naturaleza no supervisada de la mano de obra empleada. Una solución común era que los migrantes emplearan a miembros de sus redes personales cercanas para administrar la tierra, el ganado y sus negocios. Por lo tanto, las redes de migrantes suelen ser cruciales para el éxito de sus inversiones y la posibilidad de un retorno permanente. Cuando los lazos de parentesco y de confianza se reforzaban con remesas y regalos, los relacionados se mantenían disponibles para activarse económicamente si el migrante invertía en Los Pinos. Debe tenerse en cuenta también que los

clientes de las empresas a menudo eran miembros de la red del migrante. Por lo tanto, mantener los lazos con el pueblo de origen era una estrategia a largo plazo que permitiría entrar a la clase media de la nación. En resumen, estas múltiples consideraciones funcionaron para reforzar los lazos con la familia y otros miembros de la red, a pesar de que los migrantes podrían estar ausentes de la comunidad durante años.

Que la mayoría de los migrantes se ajustaron a las expectativas culturales y «se comportaron muy bien» se puede ver en la tabla 4.3, que muestra una distribución de las remesas recibidas anualmente por los hogares migrantes y no migrantes en Los Pinos. Casi tres cuartas partes (73.1 %) de los hogares migrantes recibieron remesas que promediaron un estimado de RD\$100 o más por mes, mientras que casi el 40 % recibió un promedio de RD\$200 o más por mes.¹⁴ Estos hallazgos concuerdan con los de un estudio de hogares migrantes en Santo Domingo que encontró que de las remesas enviadas, alrededor del 60 % recibió un promedio de US\$115 al mes, mientras que otro 33 % recibió US \$350 al mes (Báez Evertsz y D'Oleo, 1986:44-45).¹⁵ En esas remesas se incluyeron las sumas ocasionales para gastos específicos, como mejoras en la casa y tratamientos médicos. A veces, estas sumas eran el resultado de las contribuciones conjuntas de varios hijos para cubrir los gastos médicos de un padre anciano, como la operación de próstata o cataratas. En un país en el que se privatiza la atención médica de calidad, estos gastos oscilaron entre RD\$2,000 y RD\$3,000.

Las remesas enviadas por los migrantes establecidos en Estados Unidos a sus familias representaron la mayor fuente de ingresos en efectivo en Los Pinos (gráfico 4.1). De mayo de 1980 a mayo de 1981, totalizaron un monto estimado de RD\$229,000, que representa aproximadamente el 36 % del total estimado de ingresos comunitarios de todas las fuentes. Las remesas promediaron RD\$987 por cada hogar. Dado su alto volumen, hayan llegado de manera directa o indirecta, incrementaron la demanda efectiva de una variedad de bienes y servicios locales.

¹⁴ Esto supone un tipo de cambio promedio en el mercado paralelo de US\$1.00 dólares = RD\$123 para entre mayo de 1980 a mayo de 1981.

¹⁵ Desde mi investigación, la devaluación del peso ha alterado enormemente los tipos de cambio. A modo de comparación, los montos de las remesas correspondientes a 1985 se expresan en dólares estadounidenses.

Tabla 4.3
Remesas anuales recibidas por tipo de hogar: Los Pinos, 1980-1981

Monto (RD\$)	Hogares migrantes		Hogares no migrantes		Total	
	N	%	N	%	N	%
0	2	2.2	59	41.8	61	26.1
1-50	1	1.1	25	17.7	26	11.1
51-120	1	1.1	18	12.8	19	8.1
121-600	10	10.8	23	16.3	33	14.1
601-1200	11	11.9	5	3.6	16	6.8
1201-2400	31	33.3	11	7.8	42	18.0
2401-3600	24	25.8	0	0	24	10.3
3601-4800	10	10.8	0	0	10	4.3
4801-6000	1	1.1	0	0	1	.4
6001-7200	2	2.2	0	0	1	.4
Total	93	39.3	141	60.7	234	100.1^a

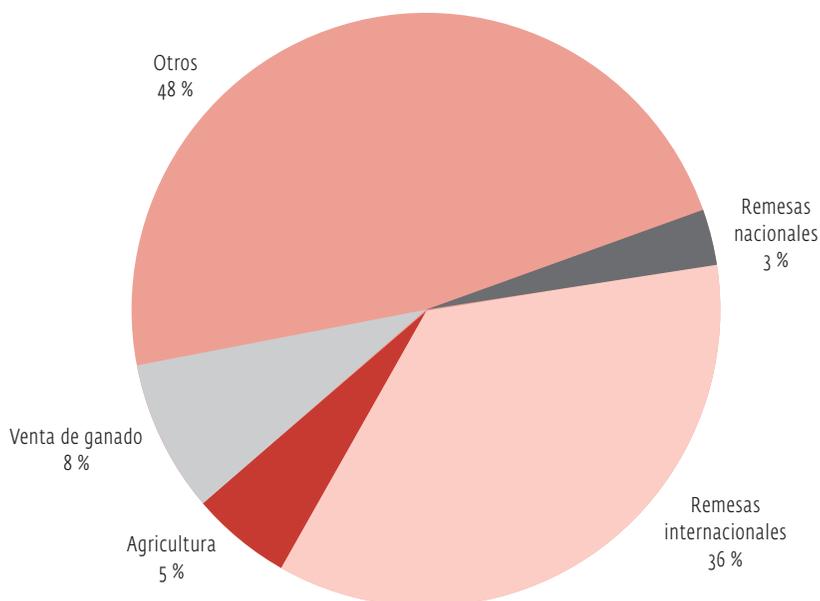
^a Debido al redondeo

Algunos hogares no migrantes también recibieron remesas sustanciales de los Estados Unidos. Casi el 30 % recibió entre RD\$51 y RD\$600 al año, y otro 11 % recibió RD\$601 y \$2,400. Las mayores cantidades correspondieron a los hogares que cuidaban a los hijos de los migrantes. Los hogares pobres fueron los menos receptores de la caridad colectiva de algunos migrantes. Cuando los pineros pobres sufrían alguna calamidad, como una enfermedad grave, un accidente, o la muerte del sostén de la familia, algunos migrantes en los Estados Unidos hacían una colecta y enviaban sus contribuciones a la familia afectada, por lo general entre US\$ 200-300 (curiosamente, el término «colecta» se refiere en los Estados Unidos a los subsidios sociales, que cuentan con cierto estigma, ya que evidencian que provienen de la caridad colectiva). Además, algunas mujeres no migrantes mantienen relaciones semi-clandestinas con migrantes casados que les envían remesas. Las divorciadas o separadas de migrantes recibían pequeñas sumas (entre RD\$10 y RD\$30 al mes) destinadas a cubrir los gastos básicos de subsistencia de sus hijos; como dicen las pineras, «para la leche» (solo lo suficiente para comprar la leche).

La historia de una de estas mujeres, Sandra Pérez, proporciona un ejemplo de cómo la migración puede afectar la vida de las mujeres pobres y las respuestas que algunas han podido diseñar. Sandra encabezó uno de los hogares más pobres de Los Pinos. Su padre murió cuando ella era una niña pequeña. Por necesidad, su madre se convirtió en una de las pocas mujeres en dedicarse a la agricultura. A la edad de 12 años, cuando su madre ya no podía permitirse alimentarla, Sandra fue enviada a Santiago para trabajar

como empleada doméstica. Regresó a Los Pinos cuatro años después. En ese momento, se involucró en una relación con Santos Morales, hijo de un empleado de molino bastante próspero, y dio a luz a un hijo. Poco después, en 1964, Santos emigró a los Estados Unidos, donde se casó. Tres años más tarde, Sandra se involucró con otro hombre, Manuel Santana, de un pueblo cercano. Dio a luz a una hija y, poco después, Manuel también emigró a Nueva York. Más tarde entró en una unión consensuada con un jornalero sin tierra que duró hasta 1979 y con el cual tuvo tres hijos.

Figura 4.1
Porcentaje de distribución del ingreso comunitario estimado total, Los Pinos



A lo largo de los años, Sandra apenas mantuvo a su familia trabajando como sirvienta en una sucesión de hogares de migrantes y maestros en Los Pinos. En 1975, cuando su hijo mayor cumplió once años, descubrió que ya no podía permitirse vestirlo y mantenerlo en la escuela. Fue a ver a los padres de Santos para pedir ayuda, pero fue rechazada. Debido a que la ley dominicana 24-02 establece que los padres deben proporcionar apoyo a sus hijos menores, Sandra amenazó con denunciar a Santos al consulado de los Estados Unidos por violar la ley. Santos y sus padres cedieron. El hijo de Sandra se mudó a su casa y Santos comenzó a enviar dinero para sus gastos.

Con los años, cuando Santos visitaba a su familia de origen en los Pinos, fue encariñándose con el niño y decidió adoptarlo legalmente para patrocinar su migración a los Estados Unidos. Después de que el hijo se fue a Nueva York en 1981, comenzó a enviar remesas esporádicamente a su madre.

Sandra intentó usar la misma estrategia para obligar a su segundo compañero, Manuel, a apoyar a su hija. Manuel se negó, Sandra no hizo nada y no recibió remesas. Sin embargo, el padre de Manuel, un migrante de retorno que vivía cómodamente de su cheque de seguridad social y de las remesas de sus hijos, recibió a la niña en su casa. Su abuelo pagó sus gastos escolares, y después de la escuela la niña se ocupaba de la mayor parte de sus tareas domésticas. En 1980, Sandra entró en una relación semiclandestina con un migrante casado mucho mayor, que le sufragó casi la mitad de los gastos totales de su hogar de RD\$950.00 para el año. En 1981, la relación había terminado y Sandra, una vez más, fue el único apoyo de sus tres hijos menores.

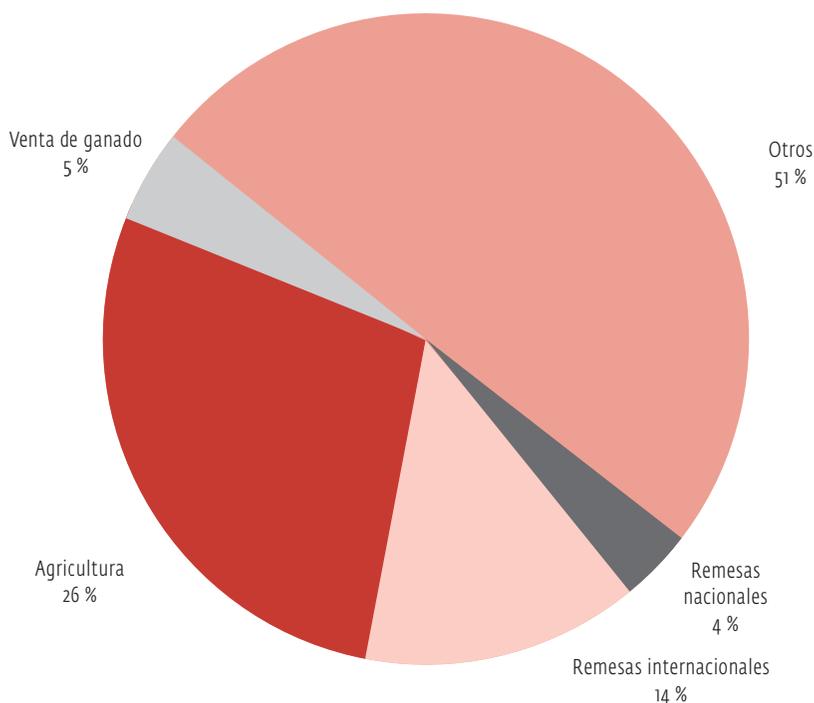
En su ingenio y flexibilidad, Sandra se asemeja a las dominicanas pobres descritas por Brown (1975:324) para quien el patrón de apareamiento múltiple significaba «la dinámica adaptación femenina a la vida bajo pobreza severa». Sandra también es típica de las mujeres dominicanas que presentan denuncias contra sus excónyuges bajo la Ley 24-02. Tales denuncias son hechas sobre todo por mujeres extremadamente pobres que han tenido hijos de hombres mejor educados y en una mejor posición económica que ellas (CIPAF, 1985). Sin embargo, al vivir en una comunidad migrante, Sandra pudo negociar valiéndose de aspectos del sistema migratorio para asegurar algunos beneficios para ella y sus hijos. Otras pineras pobres también intentaron hacer reaccionar a los padres que no cumplían con los pagos de manutención infantil, amenazándolos con denunciarlos. La estrategia funcionaba bien cuando dichos padres no poseían los documentos adecuados.

La mayoría de los hogares no migrantes no recibían remesas o solo pequeñas sumas ocasionales. Estas representaban a menudo contribuciones combinadas de varios amigos y familiares en los Estados Unidos. En días festivos como Navidad, Semana Santa y Día de las Madres, los migrantes solían enviar dinero en efectivo a amigos y vecinos pobres de la comunidad. Un ejemplo extremo fue un pinero muy querido de unos cincuenta años, quien recibió un total de más de RD\$250 en 1980-1981 de dos sobrinas, un hermano, un ahijado, un exvecino y una expareja. Pero la mayoría recibe sumas mucho más pequeñas.

Para situar el volumen de las remesas en su contexto, es instructivo examinar los montos enviados por los migrantes internos. Aunque el nivel de migración interna es alto, las remesas enviadas a Los Pinos por esos migrantes es solo una fracción de las de los migrantes internacionales. Entre mayo de 1980 y mayo de 1981, las remesas enviadas por migrantes dentro del país totalizaron un aproximado de RD\$19,218.00, una contribución del 3 % al ingreso estimado de la comunidad desde todas las fuentes. El ingreso total de la comunidad promedió RD\$81 por hogar.

Incluso en El Guano, con un alto nivel de migración interna, las remesas de dichos migrantes hicieron solo una pequeña contribución al ingreso total. Aunque el 44 % de la población de El Guano es de migrantes internos, las remesas de este grupo contribuyeron solo con el 4 % al ingreso total de la comunidad. Por otro lado, los seis migrantes internacionales del pueblo, que representan el 3 % de la población, enviaron remesas equivalentes al 14 % del ingreso total estimado de la comunidad (figura 4.2).

Figura 4.2
Distribución porcentual del ingreso total estimado de la comunidad El Guano



A pesar del gran volumen de remesas internacionales enviadas a Los Pinos, especialmente si se compara con la cantidad enviada por los migrantes internos, solo el 61.5 % de los hogares migrantes informaron que les fueron suficientes para cubrir los gastos básicos. De hecho, el análisis de los presupuestos de los hogares migrantes y las entrevistas con los migrantes que remesan sugieren la existencia de una «ética de subsistencia» que guía el cálculo de cuánto enviar. Es decir, parecía haber una fuerte inclinación a fijar el monto de las remesas justo en correspondencia con las necesidades de consumo del hogar o ligeramente por debajo. El ahorro que hacen la mayoría de los migrantes internacionales no puede explicarse solo apelando a los bajos ingresos en los Estados Unidos. Más bien parece que el envío de remesas de subsistencia y por debajo de la subsistencia fue una estrategia para eludir las demandas tradicionales de compartir recursos entre los miembros de redes sociales muy unidas. Como explicó la hija migrante mayor de un hogar:

Cuando fui por primera vez a Nueva York [hace veinte años] envié a mi madre y a mi padre más dinero del que necesitaban para comer, y todos los vecinos venían a mi casa y comían y pedían dinero. No saben lo difícil que es ganar dinero en Nueva York. Mi madre nunca rechazó a nadie cuando se lo pidieron, así que mis hermanos y hermanas y yo nos unimos y decidimos enviar menos. Hablé con un comerciante aquí y les dije que le dieran a mi familia todo el crédito que necesitaban, que yo los cubriría. Pero dejamos de enviar tanto dinero cada mes.

La existencia de tal ética está respaldada por los presupuestos detallados de tres hogares migrantes. Para estos, la cantidad de remesas recibidas no varió según el número de miembros del hogar en los Estados Unidos. Parecía estar calibrado para el número de miembros del hogar en Los Pinos que dependían de las remesas y para la cantidad de ingresos que podían generar con sus propias actividades. Por ejemplo, un hogar con diez hijos migrantes y un total de ocho dependientes adolescentes y adultos en Los Pinos recibía aproximadamente RD\$280 cada mes. Esta cantidad era más o menos equivalente a los RD\$310 por mes recibidos por otro hogar migrante. Este hogar, sin embargo, tenía un solo miembro (el esposo-padre). Era el único sustento de su esposa y sus once hijos, y recibió solo RD\$800 durante

todo el año de un hijo migrante. Desde Nueva York, este hijo había invertido en una tienda de comestibles en Los Pinos que su padre administraba. Las ganancias de la tienda, junto con los ingresos de la esposa-madre por la costura y el tejido de esteras, cubrieron la mayor parte de las necesidades de subsistencia de ese hogar durante el año.

Como las remesas a menudo eran insuficientes para cubrir todos los gastos, muchos hogares migrantes tenían que comprar artículos de primera necesidad a crédito de los comerciantes locales. En Los Pinos, el crédito era un recurso casi tan importante como el efectivo, y era obtenido con segura ventaja por los hogares migrantes. Incluso si los migrantes no habían confirmado personalmente a los comerciantes que cubrirían las deudas de su hogar, el crédito se extendía sin cuestionar a los hogares con familiares migrantes que «se portaban bien».

Al depender del crédito, los hogares migrantes se comportaban como la mayoría de los pineros (y de hecho de los dominicanos), para quienes la deuda era un elemento crucial para la supervivencia. Por ejemplo, la Encuesta de Ingresos y Consumo de los Hogares del Banco Central, realizada en 1976-1977, mostró que en el 66 % de los hogares a nivel nacional, los gastos de subsistencia superaron los ingresos anuales (Soto y Del Rosario. 1978). Varios hogares pineros permanecieron endeudados durante todo el año. No es sorprendente que mantener la solvencia crediticia fuera una preocupación importante. Como se acaba de señalar, los hogares que recibían remesas regulares se asumían como riesgos aceptables, pero aquellos que carecían de parientes cercanos en los Estados Unidos no se hallaban en una posición tan afortunada.

Se desarrollaron dos estrategias principales para mantener la solvencia. Primero, los pineros se esforzaban por pagar un poco de su deuda cada vez que iban a la tienda o cada vez que podían hacerlo. Esto se conocía como «abonando»; o sea, «fertilizar» una línea de crédito. El abono, o fertilizante, de reembolso parcial alimentó la relación de confianza entre comerciante y cliente. Una pinera comparó esta práctica común con «echarle maíz a los pollos»: «Porque así como nunca hubo dinero para comprar suficiente maíz para satisfacer el hambre del pollo, sino solo lo suficiente para dar un poco a cada uno para detener el clamor, así fue con los comerciantes». Una segunda estrategia está ejemplificada por Chuco Reyes. Un semi-proletario, subempleado crónico, con pocos activos, Chuco mantuvo una

excelente reputación moral en el pueblo. Fue líder en muchas actividades comunitarias relacionadas con la iglesia y que implicaban una inversión considerable de tiempo y ninguna remuneración. Resultó compensado con una buena reputación, lo que a su vez lo convirtió en un buen riesgo crediticio. Por supuesto, él también tuvo cuidado de mantener su línea de crédito fertilizada siempre que podía permitírselo.

Aunque los comerciantes estaban dispuestos a otorgar crédito sin intereses a clientes establecidos con los que tenían una relación de confianza, a menudo se les negaba a los pineros más pobres. Cuando Martín Pérez era supervisor de la tierra de su vecino, tenía fácil acceso al crédito, pero después de que su fortuna disminuyó y sus deudas aumentaron, los comerciantes de Los Pinos ya no le otorgaron crédito y tuvo que pagar en efectivo. Con oportunidades limitadas para obtener ingresos, él y su familia se vieron obligados a reducir su consumo. El subconsumo es una característica intermitente o continua en gran parte de los hogares pineros más pobres.

En los casos en que hubo un superávit de remesas después de que se cubrieron los gastos del hogar, ¿cómo se utilizó? De los 56 hogares migrantes que reportaron remesas suficientes para cubrir sus necesidades básicas, alrededor de la mitad, o 29, afirmaron experimentar un excedente regularmente; pero en casi todos los casos, ese excedente tendía a ser muy pequeño. La tabla 4.4 muestra las principales formas en que este se utilizó. En ocasiones se ahorraba en un banco o cooperativa de ahorro o se invertía especulativamente para respaldar fondos de lotería ilegales o hacer préstamos usureros. Una cuarta parte de los hogares que reportaron un excedente invirtieron en la construcción y reparación de viviendas. Cuando se ingresaba en la cooperativa comunitaria de ahorro y préstamo y en los bancos de Santiago, también se ponía a disposición para inversiones generadoras de ingresos, como la construcción. De hecho, la construcción era la razón principal para solicitar un préstamo a la cooperativa en Los Pinos. A pesar de estos casos de inversión productiva, muchos hogares prefirieron la opción especulativa. A causa de esta preferencia, las pequeñas cantidades de esos ahorros y la mínima cantidad de hogares involucrados, el superávit de las remesas no parece haber contribuido significativamente a la producción y creación de empleo en Los Pinos.

Tabla 4.4
Uso del excedente de remesas por los hogares migrantes

	N	%
Reparación y construcción de viviendas	7	24.1
Ahorro en banca y cooperativa	7	24.1
Préstamos, ahorros y lotería	6	20.7
Préstamos	5	17.2
Lotería de respaldo	3	10.3
Consumo de lujo	1	3.5
Total	29	99.9^a

^a Debido al redondeo.

Las remesas en efectivo no son la única forma en que se repatrian los ingresos de los migrantes. Un gran volumen de bienes de consumo, llevados a la República Dominicana por los migrantes en visitas de vacaciones, también fluyeron hacia Los Pinos. En las semanas previas a la Navidad, por ejemplo, los públicos llegaban a Los Pinos llenos de hombres y mujeres, a veces familias enteras con sus baúles, y los techos y asientos traseros repletos de maletas a punto de reventar. Algunos de los pasajeros continuaban hacia sus pueblos en lo profundo de la sección. Sus familiares les dejaban mulas y burros en Los Pinos, atados a los postes en el centro del pueblo. Los hombres cargaban sus pesadas maletas en las espaldas de las mulas y metían las más pequeñas en grandes «hagánas», alforjas tejidas con guano por mujeres de los pueblos pobres de la sección.

Poco después de llegar, comenzaban a visitar a familiares y amigos. Estas visitas eran ocasión para distribuir los regalos. Estos eran otro medio importante para mantener los vínculos, cumplir con las obligaciones sociales y asegurar la buena disposición. Por ejemplo, una migrante pintera regresó a Los Pinos para visitar a su prometido, y le trajo un gran reproductor de cintas que él llevaba consigo en sus paseos nocturnos por el centro del pueblo. Al advertir el tipo de regalo, un amigo le comentó: «Parece que ella realmente te ama». Que tales regalos pueden implicar un gasto sustancial para los migrantes se puede apreciar en la declaración de uno de ellos, quien me dijo, refiriéndose a su primer viaje de regreso al pueblo: «Gasté \$400 [dólares] antes de poner un pie en el avión». Y los hombres migrantes, además, gastaban mucho más en Los Pinos, invitando a sus amigos a tomar en los bares. Tal ostentación de gastos fue una manera de afirmar el éxito en los Estados Unidos y demostrar

que el proceso de lograr los proyectos de migración personal estaba bien encaminado.

Los pineros tenían el siguiente dicho: «Nueva York cambia a las personas», aludiendo no solo a los cambios obvios en la vestimenta y el lenguaje, sino también a la sutil distancia social que la migración establecía entre los migrantes y algunos coterráneos. Al tiempo que los migrantes transmitían un mensaje de éxito que lucía aparentemente, también se preocupaban por demostrar que vivir en Nueva York no los había hecho tan «comparones» como para olvidar a sus amigos y parientes en el pueblo. Se esforzaban por hacer visitas, aunque breves y superficiales, a los miembros de sus redes y las aprovechaban para reforzar los lazos entregando regalos. La tabla 4.5 muestra la distribución y variedad de los regalos más comunes.

Tabla 4.5
Bienes de consumo recibidos como regalos de migrantes estadounidenses^a

Artículo	Hogares migrantes		Hogares no migrantes		Total	
	N	%	N	%	N	%
0	2	2.2	59	41.8	61	26.1
1-50	1	1.1	25	17.7	26	11.1
51-120	1	1.1	18	12.8	19	8.1
121-600	10	10.8	23	16.3	33	14.1
601-1200	11	11.9	5	3.6	16	6.8
1201-2400	31	33.3	11	7.8	42	18.0
2401-3600	24	25.8	0	0	24	10.3
3601-4800	10	10.8	0	0	10	4.3
4801-6000	1	1.1	0	0	1	.4
6001-7200	2	2.2	0	0	1	.4
Total	93	39.3	141	60.7	234	100.1^a

^a Esta tabla solo enumera los bienes ofrecidos como regalos, no incluye aquellos que trajeron a Los Pinos como encargos.

Se ha sugerido que la ostentación de bienes de consumo por parte de los migrantes y sus hogares produce un «efecto de demostración» que, en última instancia, aumenta la demanda de estos artículos entre los no migrantes. Como se señaló con anterioridad, esta demanda incrementada podría derivar en una factura de importación más alta, anular los beneficios cambiarios que se derivan de las remesas y, por lo tanto, exacerbar las dificultades de la balanza de pagos. Está claro que la migración ayuda a crear nuevas necesidades de artículos suntuarios entre los no migrantes,

como televisores, grabadoras y jeans de diseño. En Los Pinos, sin embargo, un «comercio informal de importación» llevado a cabo por los propios migrantes evolucionó para satisfacer la parte de esta demanda.

Todos los artículos enumerados en la tabla 4.5 fueron traídos por migrantes. Los bienes no entregados a amigos y parientes estaban destinados a ser vendidos. Algunos migrantes ayudaron a financiar sus vacaciones de esta manera. Los que trabajaban en fábricas en los Estados Unidos a menudo compraban artículos a bajos precios para venderlos en su próximo viaje. Los pineros escribían a los migrantes y les encargaban televisores, equipos de música, relojes y prendas de vestir nuevas o usadas que a veces hasta especificaban el diseñador. En Santiago, las migrantes abastecían a las numerosas boutiques con las últimas modas en ropa, zapatos y cosméticos de Nueva York. Mientras recopilaba información en las oficinas gubernamentales de Santo Domingo, observé a mujeres migrantes vendiéndoles estos artículos a otras trabajadoras en los días de pago. Este comercio informal de importación no requería divisas y eludía los derechos de exportación, pero las propinas a los inspectores de aduanas para alentarlos a renunciar o reducir los impuestos de importación fueron una parte establecida de los costos operativos.

Había pruebas de que la gran afluencia de bienes de consumo no duraderos tenía un efecto perjudicial sobre la demanda de algunos bienes producidos a nivel local y nacional. La gran cantidad de ropa que se regalaba en Los Pinos es un buen ejemplo. Dos tercios de los hogares la recibían de los migrantes. Esto tuvo un impacto en la producción local. El presupuesto de un hogar migrante, por ejemplo, reveló que durante todo el año no se había comprado ninguna prenda de vestir, excepto uniformes escolares y algunos artículos menores, como calcetines. La ropa para el cónyuge del migrante y sus once hijos había sido traída de Nueva York por el esposo en sus visitas anuales o enviada con las hermanas migrantes en sus visitas. Otros migrantes traían maletas llenas de ropa usada que entregaban a los hogares más pobres.

En Los Pinos, como en otras zonas rurales de la República Dominicana, los sastres y costureras satisfacían aún gran parte de la demanda de ropa terminada. Los sastres pineros se quejaron de que, aunque los migrantes les trajeron muchas modificaciones para realizar, habían reducido drásticamente su negocio de pan con mantequilla al inundar la comunidad

con regalos de pantalones y camisas. Los propios migrantes fomentaron nuevos gustos en la ropa, que ellos mismos contribuyeron a satisfacer. Los migrantes más jóvenes casi siempre usaban jeans nuevos, de marcas específicas como Jordache y Serge Valente, combinados con camisas y blusas color pastel. Este estilo «dominicanyorker» gustaba a los no migrantes. Al tener en cuenta la restricción de la demanda efectiva por los bajos ingresos y la ventaja competitiva de los productos estadounidenses en términos de estatus, no es difícil entender cómo el comercio informal llevado a cabo por los migrantes representaba una amenaza para los artesanos locales, así como para las industrias nacionales.

RESUMIENDO: DISTRIBUCIÓN DE INGRESO EN LOS PINOS

El proceso migratorio puso en marcha una variedad de corrientes sociales y económicas en Los Pinos. También reforzó e intensificó los procesos de cambio cuyos orígenes eran independientes del proceso de migración *per se*. Está claro que la migración trajo consigo una mezcla de efectos económicos positivos y negativos. Por un lado, los migrantes dejaron vacantes de empleo que los no migrantes tuvieron pocos problemas para llenar, aunque tal vez no con el mismo grado de competencia. Sus inversiones, aunque no frecuente, en aspectos productivos de la economía comunitaria, crearon oportunidades para actividades suplementarias generadoras de ingresos, que fueron absorbidas por el patrón preexistente de multiplicidad ocupacional, particularmente en el caso de los hombres. Para las mujeres, por el contrario, estas oportunidades eran más limitadas y se dirigían básicamente al servicio doméstico mal remunerado o al cuidado de los hijos de los migrantes. La entrada masiva de remesas aumentó la demanda local de bienes de consumo y apoyó las actividades comerciales y de servicios en un sector informal en expansión. Además, el aumento del consumo en los hogares migrantes en Los Pinos y otras comunidades similares podría haber contribuido al aumento de la tasa de inflación experimentada a nivel nacional en la década de 1970. Si este es realmente el caso, —aunque queda por demostrar pero no parece improbable—, la cuestión es la siguiente: «si de hecho los efectos negativos de las remesas

en el consumo no son diferentes de los resultados que se obtendrían si los miembros más pobres de una sociedad en desarrollo hubieran mejorado por otros medios» (Russell, 1986:687-688). Los efectos negativos menos ambiguos se refieren al surgimiento de nuevos roles de carácter parasitario, que se aprovecharon de las aspiraciones de progreso de los pineros a través de la migración, como el buscón, el tributario, el prestamista y el cambista. La afluencia de regalos de bienes de consumo, sobre todo ropa, ayudó a crear nuevas preferencias, que han perjudicado la producción artesanal en la comunidad y deprimido el negocio de sastres y costureras.

Entonces, ¿qué se puede decir de las consecuencias generales de la migración con destino a Estados Unidos para el bienestar económico? En particular, ¿qué derivar de estas consecuencias con respecto a la distribución del ingreso? Para intentar responder a estas preguntas, es procedente comparar la distribución del ingreso en Los Pinos con la de El Guano, donde los bajos niveles de migración internacional impiden una entrada sustancial de remesas, así con la del país en su conjunto. La distribución del ingreso se considera como un indicador del avance hacia un desarrollo económico equitativo; es el preferido sobre otros indicadores, como el PNB per cápita, que no se refiere a la equidad (Adelman y Morris, 1973). La evaluación del efecto de los cambios provocados por la migración en la distribución del ingreso en Los Pinos requiere datos longitudinales que no están disponibles. Sin embargo, al comparar Los Pinos con El Guano y con la información disponible para el país en su conjunto, colocamos a la comunidad en contexto y fortalecemos la confianza en cuando a la relevancia e implicaciones de nuestros resultados.

Es necesario aclarar qué se entiende por ingresos según los: considere: los ingresos del hogar procedentes de actividades suplementarias del jefe de familia o su principal sostén y cónyuge; los ingresos generados por la venta de ganado y por la agricultura comercial; los ingresos en especie procedentes de la agricultura de subsistencia, y las transferencias, como las remesas. Las estimaciones se calcularon a partir de los datos generados por el censo comunitario de mayo de 1981, que obtuvo información sobre más de cuarenta variables relacionadas con la ocupación y los ingresos durante el año anterior. Se mejoró la recuperación de los ingresos procedentes de fuentes auxiliares para ambos cónyuges mediante el uso de listas de verificación exhaustivas de las actividades económicas secundarias de

hombres y mujeres. La producción agrícola se obtuvo mediante una lista de verificación que comprende los nueve principales cultivos locales. Se pidió a los encuestados que recordaran o estimaran la cantidad de cada cultivo, la cantidad vendida y el precio. Las estimaciones de ingresos de la agricultura de subsistencia se calcularon utilizando los precios medios anuales de mercado para cada cultivo (Chibnik, 1976).

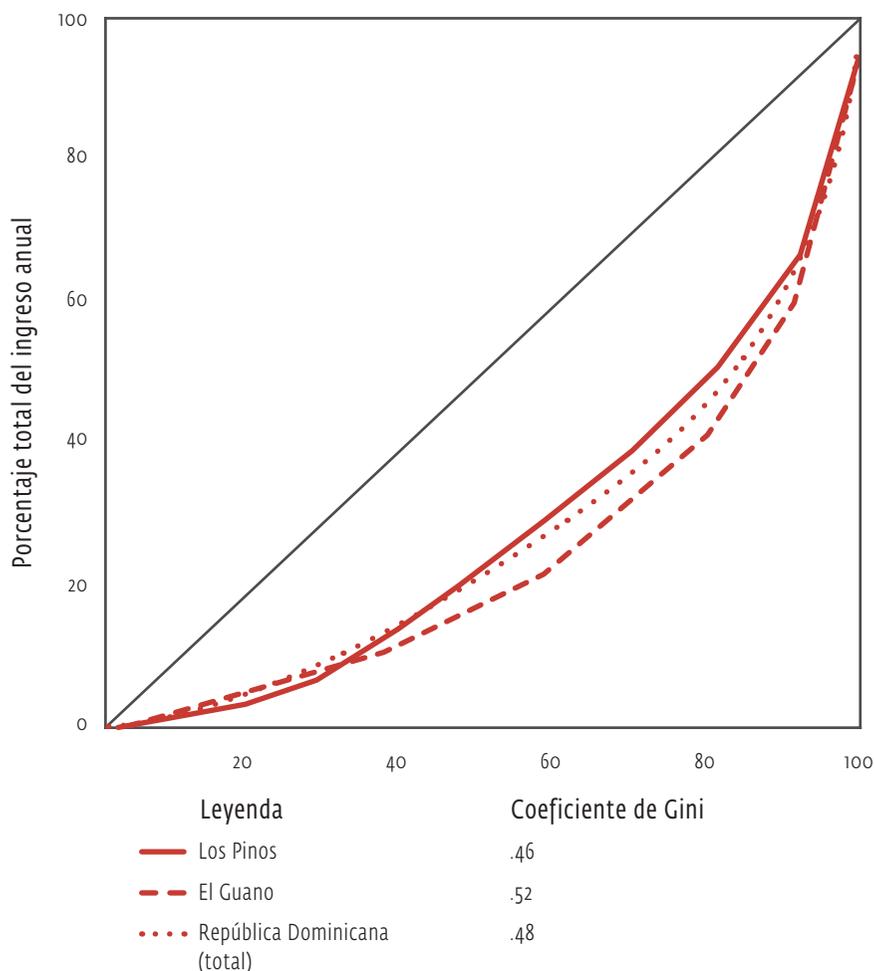
Cabe destacar que la cifra arrojada por el censo comunitario debe asumirse como estimación. Es posible que los ingresos de muchos hogares estuvieran algo subestimados. A excepción de aquellos que se derivaron de cheques de pago mensuales, los pineros ingresaron a partir de una variedad de actividades más o menos irregulares durante todo el año. Muy pocos mantuvieron registros de cualquier tipo. Por lo tanto, los datos de ingresos pueden ser algo más precisos para aquellos que recibieron cheques regulares que para los que no los recibieron. Sin embargo, la confiabilidad de estas estimaciones se vio reforzada por la verificación cruzada de los datos del censo con entrevistas realizadas a docenas de pineros. Cuando la información obtenida por los asistentes no era clara o no parecía completa, entrevistaba a la familia por segunda vez.

La tabla 4.6 presenta la dispersión en la distribución del ingreso en un momento dado. Las medidas para las dos comunidades se comparan con la información sobre distribución nacional obtenida de la Primera Encuesta Nacional de Ingresos y Egresos del Banco Central, realizada en 1976-1977. Los coeficientes de Gini para Los Pinos y El Guano se calcularon a partir de sus distribuciones de ingresos (cuadros 4.7 y 4.8). El coeficiente de Gini se deriva de la curva de Lorenz, que es una gráfica del porcentaje del ingreso acumulado frente a los hogares acumulados (gráfico 4.3). Este coeficiente mide la desigualdad agregada y varía en valor de 0 a 1, donde 0 indica una igualdad perfecta de distribución (Allison, 1978). Las otras medidas que se muestran en la tabla 4.6 son indicadores más sensibles de las proporciones relativas de ingresos recibidos por diferentes segmentos de la población (Adelman y Morris, 1973:149).

En general, los ingresos se distribuyeron de manera más equitativa en Los Pinos que en la comunidad de El Guano, que no migraba a los Estados Unidos ni internamente al país. El decil superior de los hogares de Los Pinos recibió menos del ingreso total de la comunidad, y el 60 % inferior un poco más. Mientras que el quintil medio de Los Pinos recibió la misma

proporción de ingresos que la muestra nacional. Esta parte de su población recibió más que su contraparte en El Guano.

Figura 4.3
Distribución del ingreso anual, por hogar



Fuente: Distribución del ingreso para República Dominicana desde y del Rosario (1978).

El hecho de que la migración desde Los Pinos haya sido socioeconómicamente selectiva podría llevar de manera bastante plausible a la expectativa de que las diferencias de ingresos preexistentes se amplificarían con la migración, lo que resultaría en una distribución menos equitativa (por

ejemplo, Lipton, 1980). Sin embargo, la información presentada con anterioridad sugiere que esto no había ocurrido.

Tabla 4.6
Desigualdad de ingresos en Los Pinos, El Guano y la República Dominicana

	Los Pinos	El Guano	República Dominicana (total)
Coefficiente de Gini	.46	.52	.48
Participación en los ingresos del 10% superior de los hogares	33.6%	41.0%	38.5%
Participación en los ingresos del 60% inferior de los hogares	28.8%	21.3%	25.6%
Participación en los ingresos del quintil medio ^a	15.3%	10.6%	15.8%

^a 10 % por encima y 10 % por debajo del ingreso medio.

Fuente: Datos sobre la distribución del ingreso nacional para 1986-1977 de Soto y del Rosario (1978).

¿Qué factores explican la distribución del ingreso algo más equitativa en Los Pinos? Son varios. En primer lugar, como se analiza en el capítulo 3, a pesar del carácter selectivo de la migración internacional, muchas personas de familias sin tierra y de pequeños propietarios habían emigrado. Más importante aún, como se verá en el capítulo 5, los hogares migrantes no eran inmunes a las fuerzas que operaban en el país para dividir las propiedades de la tierra y aumentar su escasez, o al deterioro general de la economía nacional después de 1974. En el momento de su migración solo alrededor de una cuarta parte de los migrantes provenían de hogares sin tierra o eran pequeños propietarios; en 1981, dos tercios de los hogares migrantes caían en estas dos categorías. De estos, dos tercios (69.4 %) recibieron entre el 75 % y el 100 % de sus ingresos anuales de las remesas. Los ingresos por remesas de esta agrupación promediaron RD\$1,220 al año por hogar, una suma que representa el 81 % del salario mínimo nacional en 1981. Un subsidio de esta magnitud a aquellos con recursos agrícolas mínimos o nulos representa, sin duda, una contribución importante para una mayor igualdad.

En segundo lugar, había una relación inversa entre el nivel de ingresos generados por un hogar y el nivel de remesas recibidas. De hecho, solo el 14 % de los hogares migrantes pineros que ganaban al año RD\$4,800 o más a partir de las actividades locales recibieron remesas por más de RD\$100. Es posible que una ética de subsistencia subyaciera al cálculo de

los montos de las remesas y ayudara a nivelar los extremos en el nivel superior de la escala de ingresos.¹⁶

Tabla 4.7
Distribución del ingreso por hogares, Los Pinos, 1981

Ingresos anuales (RD\$)	Porcentajes de hogares	Porcentaje de ingresos totales	Porcentaje acumulado
0	1.3	0	
1-600	15.8	2.3	2.3
601-1200	14.1	4.7	7.0
1201-2400	27.0	18/1	25.1
2401-3600	18.4	19.6	44.7
3601-4800	12.0	18.2	62.9
4801-6000	1.3	2.5	65.4
6001-7200	3.0	7.0	72.4
7201-8400	3.0	8.5	80.9
8401-9600	2.2	7.1	88.0
9601+	2.2	12.1	100.1 ^a
Total	100.3^a	100.1^a	100.1^a

^a Debido al redondeo.

Tabla 4.8
Distribución del ingreso por hogares, El Guano, 1981

Ingresos anuales (RD\$)	Porcentajes de hogares	Porcentaje de ingresos totales	Porcentaje acumulado
0	0	0	
1-600	26.7	5.1	5.1
601-1200	33.3	16.2	21.3
1201-2400	20.0	18.7	40.0
2401-3600	6.7	11.2	51.2
3601-4800	3.3	7.8	59.
4801-6000	3.3	9.9	68.9
6001-7200	3.3	14.8	83.7
7201-8400	0	0	83.7
8401-9600	3.3	16.4	100.1 ^a
Total	99.9^a	100.1^a	100.1^a

^a Debido al redondeo.

¹⁶ En uno de los pocos estudios microeconómicos sobre el impacto de la migración en las zonas rurales, Oberai y Singh (1980) informan que la migración ejerce un efecto igualitario en la distribución del ingreso local. Su estudio de la migración interna e internacional desde un distrito rural indio encontró que los migrantes de castas inferiores, sin tierra y hogares no agrícolas tenían más probabilidades de remitir que los de hogares más privilegiados. Debido a esta tendencia, las remesas mejoraron considerablemente la distribución local del ingreso.

Un tercer factor es la apertura de empleos para aquellos que permanecieron en la comunidad y las oportunidades de generación de ingresos creadas por las inversiones de algunos migrantes, y la tendencia de la distribución de sus beneficios, aunque sea escasamente, a través de las redes de parientes, amigos y vecinos.

Por supuesto, otros factores no directamente relacionados con la migración sin duda contribuyeron a la forma en que se distribuyó el ingreso en Los Pinos. Su tamaño y sus funciones político-administrativas permitieron un nivel de actividad económica y diversidad ocupacional no posible en comunidades más pequeñas como El Guano. En la práctica, es difícil desentrañar los múltiples factores que afectan la distribución de ingresos en Los Pinos. Por lo menos, la comparación con El Guano y con la muestra nacional de hogares aumenta la confianza de que la migración no ha exacerbado la desigualdad de ingresos dentro de Los Pinos, mientras que parece posible que la distribución del ingreso haya mejorado ligeramente como consecuencia de las razones que acabamos de enumerar. La comparación con El Guano sugiere, sin embargo, que la migración podría haber ayudado a exacerbar las desigualdades históricas entre ese pueblo y Los Pinos. Por lo tanto, aunque la distribución intracomunitaria del ingreso podría haber mejorado como consecuencia de la migración, también es probable que las diferencias intercomunitarias se hayan profundizado.

He intentado ilustrar en este capítulo cómo el proceso migratorio condujo a una mejora económica a corto plazo para los migrantes y sus hogares, y también para los miembros no migrantes seleccionados de sus redes. El aumento de los ingresos de la comunidad y del flujo de caja dieron un impulso a la economía local. Como dijo un pinero: «En Los Pinos ahora hay más formas de ganarse el peso». Sin embargo, con algunas excepciones, la mayor parte de las nuevas actividades generadoras de ingresos creadas por las inversiones de los migrantes se situaron en el sector informal en expansión y, más específicamente, en sus aspectos comerciales y de servicios. Este tipo de inversión no es sorprendente: el sector informal en Los Pinos se adaptaba bien a los paquetes pequeños de capital que los migrantes repatriaban para invertir; era una parte de la economía sobre la que tenían información comparativamente buena. En su ausencia, utilizaba mano de obra barata y sin supervisión a la que estaban vinculados, sin embargo, por los lazos morales de confianza reforzados por lazos familiares o cua-

sifamiliares y por el pegamento de las remesas y los regalos. Aunque no fueron productivas en general, tales inversiones se rewertieron en mano de obra y proporcionaron un suplemento de ingresos a miembros seleccionados de las redes de migrantes. En 1981, incluso las oportunidades de inversión del sector informal se estaban saturando, y algunos migrantes estaban teniendo dificultades para encontrar nuevas salidas para sus ahorros. Algunas empresas estaban quebrando debido al aumento de la competencia de otros migrantes, y otras a causa de la grave recesión sufrida por la economía nacional. La evidencia indica que, aunque la migración estadounidense ayudó a aumentar los ingresos locales y mejorar las condiciones de vida, no pudo inducir cambios estructurales profundos: como el despliegue productivo de los ingresos repatriados, la infusión de nuevas habilidades y la integración de las mujeres en el proceso de crecimiento y cambio (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, 1984: 202).

«Aquí no hay producción» fue el eslogan que repetían los migrantes cuando les preguntaba por qué abandonaron Los Pinos. Y es esta evaluación altamente precisa de la situación local la que arroja luz sobre la falta de cambios fundamentales en la economía atribuibles a la migración. Los estudiantes de la migración internacional a veces han denunciado el proceso migratorio porque no ha promovido el desarrollo económico. El ejemplo de Los Pinos expone la naturaleza algo tautológica de este argumento: los pineros migraron debido a la falta de desarrollo significativo en primer lugar. En ausencia de políticas diseñadas para canalizar los ahorros de los migrantes hacia inversiones productivas, es ingenuo esperar que los migrantes se comporten de manera muy diferente a como lo han hecho.

CAPÍTULO 5

EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL EN LA ECONOMÍA LOCAL. EL SECTOR AGRARIO

Una vez que un sector vital de la economía local —la agricultura en el caso de Los Pinos— disminuyó tan dramáticamente en las últimas dos décadas, la producción total, por consiguiente, contribuyó solo alrededor del 5 % al ingreso agregado de la comunidad. En 1981, era difícil imaginar el alto nivel de actividad que alcanzaron las cosechas de tabaco y maní en el pasado. La cosecha de maní había caído a un mínimo histórico de 9,000 libras, una disminución drástica en comparación con las cosechas de principios de la década de 1960. En cuanto al tabaco, solo se cosecharon 400 libras ese año.

Las consecuencias de la migración internacional para la agricultura en las sociedades de origen es una cuestión que ha generado un debate considerable en los últimos años. Lo que está en juego son los efectos dobles de la pérdida de mano de obra y las ganancias repatriadas. Por un lado, la pérdida de mano de obra local podría resultar en una mayor apuesta para los trabajadores agrícolas que se quedan atrás, y las remesas podrían invertirse productivamente en la agricultura. Por el otro, la mano de obra perdida por la migración podría no ser reemplazada, con disminuciones asociadas en la producción. La garantía de que las necesidades de consumo serán satisfechas por las remesas de los migrantes alentaría la retirada de los miembros restantes de la familia de los campos. Quizás la pregunta más importante que debe hacerse es qué efecto tiene la migración en el proceso general de producción agrícola. Las respuestas nunca son sencillas: la migración es

siempre solo una de las complejas presiones que afectan a la agricultura en las zonas de origen. Por lo tanto, la mejor manera de abordar la tarea es mediante la combinación de focos analíticos. Al examinar los componentes básicos del sistema agrícola pinero, tal como han evolucionado en las últimas décadas, y al comparar la comunidad con El Guano y observar el comportamiento de los hogares migrantes y no migrantes tanto cualitativa como cuantitativamente, podemos identificar con cierta certeza aquellos cambios en la agricultura que están directamente relacionados con la migración.

AGRICULTURA EN LOS PINOS, 1980-1981: UN ANÁLISIS A NIVEL COMUNITARIO

Que la producción agrícola era mucho mayor en Los Pinos hace veinte años está confirmado por varias fuentes: los registros de la agencia del maní, los testimonios de pineros y la inspección de fotografías aéreas. Los cultivos comerciales y de subsistencia han sufrido esta disminución por igual. La tabla 5.1 muestra estimaciones de la producción agrícola de la comunidad y el promedio de los hogares para Los Pinos y El Guano, de mayo de 1980 a mayo de 1981. La producción promedio por hogar fue generalmente más alta, y en casos específicos mucho más alta en El Guano que en Los Pinos. En el capítulo 4 se señaló que más hombres en El Guano reportaron la agricultura como su ocupación principal. Como muestran las figuras 4.1 y 4.2, la agricultura comercial y la de subsistencia contribuyeron con el 26 % del ingreso agregado de la comunidad en El Guano, en comparación con solo el 5 % en Los Pinos. Esto no obstante el hecho de que los suelos eran más pobres, aunque la mano de obra más barata, en El Guano. Los métodos de cultivo eran idénticos en ambas comunidades.

Quizás lo más sorprendente haya sido el bajo nivel de producción en ambas comunidades rurales. Como hemos visto, El Guano era un pueblo empobrecido en el que las alternativas a la agricultura eran limitadas y mal remuneradas. La agricultura de subsistencia es un componente clave de las estrategias de supervivencia de la mayoría de sus hogares. Los frutos del trabajo de los hombres en los campos y de la producción artesanal femenina de esteras se unieron en un intento de obtener un presupuesto exiguo. Sin embargo, la producción agrícola en El Guano no estuvo a la al-

tura de las necesidades de subsistencia de la comunidad. Una mirada más cercana al cultivo de la mandioca puede poner estas cifras en perspectiva. La mandioca fue el alimento básico tanto en El Guano como en Los Pinos. En 1980, una familia de seis personas, el tamaño modal del hogar en El Guano, dependía de la mandioca como el alimento básico, para lo cual era necesario cosechar unas quince libras por día. Si la mandioca se consumiera cada día, el consumo anual totalizaría alrededor de 55 quintales por hogar. Esto equivale al 70 % de la producción familiar promedio de El Guano y solo al 10 % de la de Los Pinos. Por supuesto, tales promedios pueden ser engañosos. En El Guano, solo dos grandes agricultores cultivaron más de la mitad de la mandioca. Casi toda la cosecha fue vendida a la fábrica local para ser procesada en forma de pan. Cuando se excluyen estos agricultores, la producción familiar promedio cae a 10,73 quintales. Por lo tanto, la mayoría de los hogares de El Guano no podían satisfacer ni la mitad de sus necesidades anuales de mandioca en sus campos. Los encuestados en las dos comunidades estuvieron de acuerdo en que hace veinte años los hogares cultivaban suficiente mandioca para satisfacer todas o casi todas sus necesidades anuales de consumo (ver Brown, 1975 y Werge, 1975 para información similar en otras áreas del país). Claramente, había presiones que operaban contra la agricultura de subsistencia y de cultivos comerciales en ambas comunidades. Sin embargo, los habitantes de El Guano, al carecer de la más compleja estructura ocupacional de Los Pinos, tenían pocas opciones; simplemente debían soportar esas presiones en mayor medida que los pineros. Los agricultores de El Guano estaban literalmente minando el suelo. Un estudio ecológico de varias aldeas serranas, incluida una cerca de El Guano, encontró que la pérdida de suelo era de entre 6 y 70 toneladas al año por hectárea, en dependencia de las condiciones de la tierra y las prácticas de cultivo, y unas 20 veces la pérdida de tierras en pastos (Rocheleau, 1984). A tal ritmo, la base de recursos de los pequeños agricultores se ve gravemente comprometida. El predominio de la mandioca, una raíz de bajo valor nutritivo, en el repertorio de cultivos de El Guano ya podría haber sido una indicación de que «las retroalimentaciones positivas del sistema natural al suelo se han eliminado casi por completo» (*ibid.*, p.263). Por lo tanto, la fragilidad de los recursos de tierras de El Guano amenazó la capacidad de los agricultores para continuar sus cultivos intensivos, incluso en el futuro cercano.

Tabla 5.1
Estimaciones agregadas de la producción agrícola comunitaria y familiar promedio, Los Pinos y El Guano, 1980-1981, en quintales*

Cultivo	Producción agregada		Promedio por hogar	
	El Guano	Los Pinos	El Guano	%
Cacahuetes	90.0	17.0	.38	.57
Tabaco	38.2	9.3	.16	.31
Café	58.1	1.2	.25	.04
Caupí	409.6	100.3	1.75	3.34
Batata	500.5	51.1	2.14	1.70
Frijoles	70.9	4.0	.30	.13
Maíz	246.7	39.8	1.05	1.33
Mandioca	1241.0	1162.0	5.30	38.73
Plátano - Racimos ^b	616	120	2.63	4.00

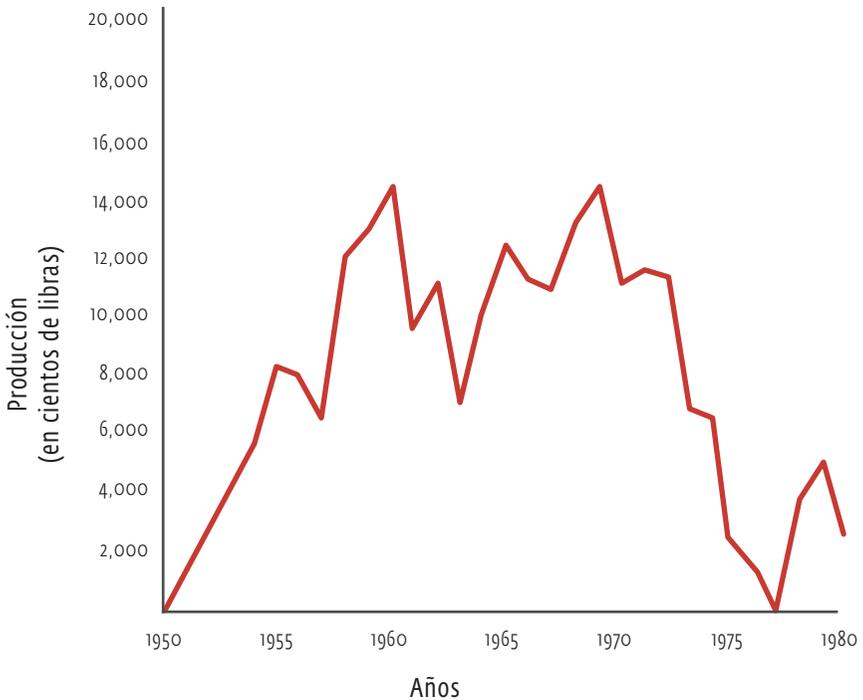
Para comprender mejor las razones de la disminución general de la producción de cultivos comerciales, es procedente examinar en detalle el caso específico del maní, el cultivo comercial más importante de la sección, al igual que uno de los más importantes del país. Una discusión acerca de los factores que influyeron negativamente en la producción de maní podría ilustrar más concretamente las condiciones que afectaron todos los aspectos de la agricultura en Los Pinos y, en menor medida, en El Guano.

La figura 5.1 muestra la caída precipitada de la producción de maní en la sección durante los últimos años. Entre 1969 y 1980, la producción disminuyó de 14,552 a 3,285 quintales. Varios factores casi detuvieron el cultivo de maní. El primero y más influyente fue la reducción constante de las ganancias frente al fuerte aumento de los costos de los insumos. La tabla 5.2 muestra los costos de los insumos para el cultivo de maní en 1970 y 1980. En estos diez años, la tasa promedio de aumento fue de aproximadamente 175 %. En contraste, el precio que la agencia local de maní le pagó a los agricultores aumentó de RD\$9.35/quintal a RD\$15.00/quintal, un incremento de solo el 62 %.

Los bajos precios pagados a los agricultores a lo largo de la década de 1970 se debieron al apoyo estatal que los capitalistas industriales dominicanos recibieron por sus demandas de bajos salarios a los trabajadores. A través de sus políticas de estabilización de precios, el régimen de Balaguer aseguró que los salarios se mantuvieran en niveles bajos congelando el costo de muchos alimentos básicos. Los bajos salarios también fueron un ingrediente fundamental en las estrategias gubernamentales que guiaron los

planes de desarrollo durante la mencionada década. En la República Dominicana, los cacahuets se utilizan para hacer aceite de maní, la principal grasa de cocina. Este aceite no solo se usa para freír sino también como una especie de salsa o condimento para muchos alimentos. Por lo tanto, representa un componente básico de la dieta y el presupuesto dominicanos. Los seis presupuestos familiares recopilados en Los Pinos indicaron que este solo elemento, que hizo una contribución sustancial a la ingesta calórica de un hogar, representó entre el 8 y el 17 % de la factura anual de alimentos. De ello se deduce que los cacahuets eran un cultivo principal para quienes se ocupaban de la estabilización salarial. Sin embargo, los bajos precios pagados a los agricultores provocaron una disminución del 1 % en la producción nacional de maní por año entre 1972 y 1978. Al final de este período, la producción había disminuido a los niveles anteriores a 1970 (SEA, 1980:78).

Figura 5.1
Producción de maní en la sección de Los Pinos, 1954-1980



Fuente: Registros 1954-1977 de la Sociedad Industrial Dominicana, Santo Domingo, 1978-1980 Registros de subagencia, Los Pinos

Tabla 5.2
Costo de los insumos para el cultivo del maní, 1970 y 1980 (RD\$)

Artículo	Costo 1970	Costo 1980	Porcentaje de aumento
Semilla	\$9.25/qq.	\$15.00/qq.	62.2
Arado	.80/ta.	3.00/ta.	275.0
Fertilizante	7.50	11.50	53.3
Plaguicida	3.00	10.84	261.3
Trabajo diurno	1.00/día	4.00-5.00/día	300.0-400.0
Siembra (solo hombres)	2.00/qq.	6.00/qq.	200.0
Cosecha (mujeres y niños)	.70-.80/saco ^a	1.50/saco	100.0
Transporte (burros)	.15/saco	.30/saco	100.0

^a Un saco = aproximadamente 100 libras.

Dada la importancia del aceite de maní en la determinación de la política salarial, el descuido del Estado en cuanto a los incentivos a la producción parece paradójico. Tal negligencia es achacable a la adopción de una estrategia que puede llamarse «sustitución de exportaciones»: al importar cacahuetes «excedentes» baratos y otras semillas de los Estados Unidos bajo la Ley Pública 480 —el programa «alimentos para la paz»— para satisfacer la demanda nacional, la producción nacional pudo ser descuidada. Estas importaciones se hicieron más competitivas por su exoneración parcial o total de los derechos de importación. Además de los capitalistas nacionales, que se beneficiaron de insumos más baratos, esta estrategia fue promovida por el capital internacional y por el poderoso sector importador. Las importaciones permitieron que el precio del maní y del aceite de maní aumentaran más lentamente que la tasa de inflación durante este período. Los planificadores podrían así fundamentar el acto de ignorar la producción nacional. Esta estrategia no se limitó solo al maní, sino que se aplicó a otros alimentos básicos, incluidos el arroz y el maíz.¹⁷ Al mismo tiempo, el Estado ejerció una influencia indirecta sobre los agricultores al no controlar el precio de los insumos para la producción (Crouch, 1979:103-108). Los efectos combinados de estas estrategias estatales provocaron en el agricultor pinero poderosos desincentivos para el cultivo comercial. De hecho, como sugiere la tabla 5.1, los agricultores pineros se retiraron de las relaciones de mercado casi por completo.

¹⁷ Como consecuencia, entre 1976 y 1981 la factura de importación de alimentos del gobierno aumentó de \$ 45,000,000 a \$ 109,000,000 (Grasmuck, 1982b:5).

Los factores ambientales también contribuyeron a la disminución de la producción de maní. Las sequías severas en 1966-1967 y nuevamente en 1975-1976 destruyeron cultivos y arruinaron a muchos agricultores. Aparte de tales catástrofes, los cacahuets son muy sensibles incluso a fluctuaciones relativamente menores en los horarios de lluvia. Se necesita una buena lluvia unos treinta días después de la siembra o las vainas germinadas no comenzarán a llenarse. Por otro lado, es de vital importancia que no llueva durante la cosecha: para evitar la pudrición, las vainas arrancadas deben tener tiempo suficiente para secarse adecuadamente en los campos antes de que se abulten. Si bien Los Pinos se caracterizó por un patrón de precipitaciones anuales por lo general bimodales, existía una variabilidad considerable en años específicos. En 1979, por ejemplo, aunque la precipitación se acercó al promedio de la década, llovió durante el crucial mes de mayo. En consecuencia, los cacahuets y otros cultivos no pudieron plantarse a tiempo.

La disminución de la fertilidad del suelo fue otro factor ambiental que afectó negativamente el cultivo de maní. Esta disminución, a su vez, se vio exacerbada por los requisitos técnicos específicos de los cacahuets, como el arado repetido, el deshierbe riguroso y la considerable perturbación del suelo durante la cosecha. Estos requisitos intensificaron la escorrentía y aceleraron el agotamiento de la fertilidad. Por lo tanto, la productividad de los cultivos disminuyó. Los agricultores pineros plantearon que en la década de 1960, una bolsa de semillas producía siete u ocho bolsas de maní en la cosecha. Sin embargo, el administrador de la agencia de maní en Los Pinos consideró el rendimiento promedio de uno a cinco para la temporada de 1980 como una «producción fabulosa».

La inversión para mejorar la productividad de la tierra y de la mano de obra se vio obstaculizada por la falta de crédito accesible. En el pasado, la agencia de maní ubicada en Los Pinos otorgaba crédito a los agricultores. En 1981, solo se adelantó la semilla de maní especialmente tratada para ser reembolsada con una cantidad equivalente de maní en la cosecha. Solo dieciséis hogares habían recibido créditos de fuentes estatales, y beneficiaban a los terratenientes más grandes. Los préstamos estatales, administrados por el Banco Agrícola y, más adelante, a través de un proyecto de desarrollo regional, fueron muy deseados por sus bajas tasas de interés, aproximadamente el 11 % anual. Los prestamistas privados, por

el contrario, aplicaban esa tasa por mes. Se recurría a estos préstamos usureros debido a la dificultad de obtener crédito estatal. Los hogares migrantes tendían a financiar la producción agrícola con ahorros repatriados de los Estados Unidos. La cooperativa local de ahorro y préstamos organizada por los maestros de Los Pinos no otorgaba préstamos para fines agrícolas, aunque ocasionalmente lo concedía para comprar ganado.

La pérdida de mano de obra a través de la migración, implicada en el declive de la agricultura en las regiones rurales de origen, fue un factor final que afectó la producción de maní en Los Pinos. Cuando se introdujeron los cacahuetes a principios de la década de 1950, los agricultores pineros pudieron participar en su producción comercial mediante la expansión y elaboración del sistema tradicional de juntas de intercambio de trabajo. Las juntas se convirtieron en el eje de cultivos intensivos como el maní, así como en una estrategia para minimizar el riesgo en la contratación de préstamos costosos para cubrir los gastos de producción. Al emigrar hacia Estados Unidos muchos de los agricultores más importantes de Los Pinos y sus hijos, el sistema de juntas comenzó a desmoronarse. Ya en 1970, el sistema ya no podía mantenerse como lo había sido antes de la migración. Las juntas se hicieron más pequeñas, compuestas de dos a cinco hombres, y se organizaban con menos frecuencia. Otro golpe fue la temprana migración de los «bueyeros» o aradores profesionales, un grupo económicamente más privilegiado. Las juntas de bueyeros habían rotado de campo en campo, iniciando la temporada de siembra y preparando la tierra para la siguiente junta de sembradores. Su pérdida aceleró la atrofia del sistema de intercambio recíproco de trabajo. El debilitamiento del sistema de juntas y la migración de los bueyeros también afectaron la capacidad y la inclinación de los terratenientes más ricos a dedicarse a la producción de cultivos comerciales. Los comerciantes habían confiado en los bueyeros para administrar sus tierras y supervisar la producción, al igual que dependían de las juntas para la realización de la mayor parte del trabajo. La migración de los bueyeros y la aparición concomitante de nuevas oportunidades de inversión fuera de la agricultura, los comerciantes se alejaron de la producción de cultivos comerciales y exploraron otras vías que requerían menos manejo.

En resumen, no fue tanto la pérdida absoluta de mano de obra el aspecto crítico para la continuidad de la agricultura en Los Pinos, como vere-

mos con mayor detalle a continuación. Más bien la migración internacional socavó la organización tradicional del trabajo no remunerado, la junta, que había permitido a los agricultores producir de manera competitiva al eludir los altos costos laborales.

Como se explicó, un complejo de factores había llevado a los agricultores a retirarse. La falta de incentivos que emanan de las políticas internacionales y nacionales, los requisitos específicos de los cultivos, las condiciones ecológicas locales, además de la pérdida de mano de obra a través de la migración, contribuyeron a la disminución no solo del maní, sino también de una variedad de cultivos comerciales y de subsistencia. Estos mismos factores también influyeron en la producción agrícola en El Guano, aunque la migración de esa comunidad estaba orientada internamente en lugar de a los Estados Unidos. La agricultura estaba en declive en ambas comunidades, aunque de manera más severa en Los Pinos. El Guano era un pueblo pobre con pocas alternativas a la agricultura. Carecía de la compleja estructura ocupacional de Los Pinos, de sus redes de patrocinio y acceso a empleos financiados por el Estado, de instalaciones educativas y, por supuesto, de remesas internacionales. Aunque la mayoría de los hombres de El Guano eran agricultores, la agricultura por sí sola no podía mantener a los hogares de esa comunidad. El efectivo y el crédito generados por la producción artesanal de las mujeres, así como los ingresos de la tala, la extracción de oro y otras actividades ocasionales, representaban suplementos que permitían la supervivencia del hogar.

Un cambio significativo que ayuda a explicar los diferentes niveles de producción agrícola en las dos comunidades fue la adopción de la ganadería a gran escala en Los Pinos. Promovido por el Estado dominicano, este cambio fue el paso más notable en el uso de la tierra en quince años y afectó a otros aspectos del sistema agrario y la economía local. Los migrantes internacionales actuaron como promotores activos de este cambio a nivel local, al igual que los no migrantes, que tuvieron una participación prominente.

GANADERÍA

Históricamente, la ganadería ha sido un componente importante de la economía pinera, fuente y símbolo de riqueza y estatus. Antes del tru-

jillato, el ganado era marcado y dejado vagar por la sección hasta que era sacrificado, pero las expropiaciones de Trujillo en la década de 1930 disminuyeron en gran medida las áreas de forraje para el ganado pinero. Esta situación se agravó en la década de 1950 cuando Trujillo estableció La Zona, una ley que exigía cercar el ganado y prohibía el pastoreo libre. Los pineros alegaron que estos dos eventos redujeron en gran medida el número de ganado en la comunidad. Durante este mismo período, la producción de carne y leche se convirtió en monopolio de Trujillo.

Después de la Revolución de Abril de 1965 y sus acontecimientos precedentes, que culminaron en un final incómodo con la elección de Balaguer a la presidencia en 1966, la cría de ganado se convirtió en el objeto de una vigorosa campaña de promoción por parte del Estado. Acorde con la política trazada de conjugar los esfuerzos del gobierno con las pautas de la Alianza para el Progreso, interrumpida por los acontecimientos ocurridos entre 1962 y 1965, el objetivo del régimen de Balaguer era promover la producción de carne orientada a la exportación, utilizando la colaboración del capital privado dominicano y el gran capital internacional. Este proceso debía ser instigado por apoyos institucionales de diversos tipos. Las acciones principales en este sentido fueron la reducción del 69 % de los aranceles a la exportación, de 16 dólares por cabeza en 1969 a 5 dólares al año siguiente; la disminución de los derechos de importación para los animales reproductores; el establecimiento de una variedad de instituciones gubernamentales diseñadas para ayudar y promover la producción y exportación de carne, sobre todo la cría de ganado más grandes; y, quizás lo más importante, un aumento fenomenal en el número y el valor de los créditos subsidiados por el Estado para la producción ganadera (Crouch, 1979:192 y ss.). Entre 1966, año en que se promulgaron oficialmente las políticas estatales de promoción de la ganadería, y 1977, el número de créditos otorgados aumentó en un 80 %; el valor de esos créditos se disparó a un 265 %, y el valor promedio se duplicó (tabla 5.3).

Un incentivo adicional fue el aumento en diez veces de los precios de exportación durante este mismo período. A medida que la producción de carne de vacuno se reorientó hacia la exportación y la oferta interna se redujo, un fuerte aumento de los precios sucedió hacia lo interno (Crouch, 1979: 195).

En respuesta a estos incentivos, la producción de carne se duplicó entre 1970 y 1977 (ONAPLAN, 1978:93). Pero, al mismo tiempo, el alza de los

precios internos, respaldada por las políticas oficiales de sostenimiento de los precios, garantizó que la demanda efectiva se mantuviera baja. En otras palabras, para la mayoría de la población el consumo de carne de vacuno se restringió cada vez más. De hecho, fue solo después de 1974 que el consumo anual per cápita superó el nivel (14.2 libras) alcanzado al final del Trujillato (SEA, s.f.:112). En 1980, cuando el salario mínimo en la agricultura era de RD\$3.00 por día, en las zonas rurales la carne de res costaba RD\$1.50 por libra. Los hogares sin tierra y semiproletarios en Los Pinos podían permitirse comer pequeñas cantidades de carne solo dos o tres veces al mes.

Tabla 5.3
Crédito del gobierno para la cría ganadera y consumo per cápita de carne vacuna, 1961-1977

Año	Número de créditos	Valor de los créditos (RD\$)	Consumo (lb/capital)
1961	7	\$1,620	13.7
1962	477	1,035,885	10.3
1963	2,926	3,969,112	13.8
1964	3,888	4,652,100	11.4
1965	1,986	3,404,528	11.4
1966	3,056	4,053,227	11.4
1967	2,477	3,938,471	12.8
1968	2,296	4,053,227	12.6
1969	2,493	4,335,285	9.7
1970	2,994	5,015,014	9.2
1971	2,542	4,265,018	12.3
1972	3,136	5,401,005	11.1
1973	4,075	9,031,537	12.2
1974	4,919	12,339,200	13.0
1975	7,080	19,171,100	14.9
1976	5,830	15,664,600	14.6
1977	5,506	14,792,900	16.8

Fuentes: SEA (s.f.), Crouch (1979).

Los incentivos a la ganadería y los desincentivos a la agricultura promovieron un patrón de uso de la tierra en toda la Sierra en el que, proporcionalmente, había más área en pastos que en agricultura comercial y de subsistencia. Ya en 1971, la Sierra había superado a la nación en su conjunto en cantidad de tierra dedicada a pastos, mientras quedó atrás en la cantidad para la agricultura (SEA, 1978:29-30).

Para 1980, la tendencia regional hacia los pastos y el alejamiento de la agricultura se había agudizado en Los Pinos. El análisis del uso de la tierra a partir de fotografías aéreas reveló que la mayoría de la tierra de Los Pinos (60 %) estaba en pastizales y solo el 7 % se empleaba en agricultura comer-

cial y de subsistencia. El resto eran matorrales, bosque y café. En otras palabras, más de ocho veces más tierra estaba en pastos que en agricultura.¹⁸

En Los Pinos, el paso de la agricultura a la ganadería no fue muy alentado por las políticas de crédito preferencial, ya que solo unos pocos pineros recibieron préstamos estatales, sino sobre todo por el incentivo indirecto de una estructura de precios favorable. A diferencia de los precios estancados o inestables de los productos agrícolas, el aumento de los precios de la carne de vacuno, tanto internos como de exportación, fue constante y no estuvo marcado por reversiones. Como dijo un ganadero pinero (en el contexto de los precios del oro de 1981): «El ganado es como el oro; solo aumentan de valor». La política crediticia, no obstante, debió alentar el cambio hacia la cría de ganado entre aquellos con las mayores propiedades de tierra. Los hogares con los rebaños y las extensiones de tierra más grandes eran los que más probabilidades tenían de recibir préstamos a bajo interés del Banco Agrícola.

Había otros incentivos para criar ganado. A diferencia de los conucos, los pastizales no requieren largos períodos de barbecho. Si descansan durante cinco meses o sic del año, pueden ser utilizados anualmente. La conservación del suelo no fue mencionada por los pineros como un factor para la adopción de la cría de ganado. Sin embargo, la tierra sembrada en pastizales tiende a tener tasas de erosión considerablemente más bajas que las sembradas con productos alimenticios (Rocheleau, 1982). La conversión a pastos, por lo tanto, podría ser una forma de garantizar la viabilidad económica continua de la tierra, al menos en el futuro cercano. Finalmente, la cría de ganado también implica costos laborales más bajos que la agricultura y requisitos de gestión reducidos. Los niños de once o doce años o incluso más jóvenes solían estar a cargo de los rebaños. Los ordeñaban al amanecer, los llevaban a pastar por la mañana y los guiaban al río para beber al final de la tarde. Un niño lo mismo podía cuidar una docena de cabezas de ganado que unas pocas.

¹⁸ El trabajo del geógrafo Gustavo Antonini y sus estudiantes proporciona documentación que subraya el masivo cambio hacia la ganadería que ha tenido lugar en la Sierra. Sus análisis del cambio de uso de la tierra basados en fotografías aéreas y reconocimiento de campo en una región de la Sierra, Jagua-Bao, revelan que el área dedicada a pastizales aumentó en un 37 % entre 1959 y 1966, y en otro 16 % entre 1966 y 1979 (Antonini *et al.*, 1975; Montero, 1979). Este aumento se produjo principalmente a expensas del área dedicada a cultivos de ciclo corto, que disminuyó en un 16 % en el primer período y en un 30 % en el segundo.

En resumen, había una variedad de razones por las cuales el ganado era una de las inversiones preferidas en Los Pinos. Ciertamente, importantes fueron las bajas demandas laborales y los escasos requisitos gerenciales. Por otra parte, la cría de ganado no dependía tanto de los caprichos de las lluvias, algo que para la agricultura constituía un aspecto de consideración. Para los grandes terratenientes, el acceso preferencial a préstamos gubernamentales baratos podría haber sido influyente. En el contexto de la Sierra, entonces, el ganado era una inversión económicamente racional, no un simple vestigio de las preferencias tradicionales. El bajo riesgo, los mercados estables y seguros, el aumento continuo de los precios, las tasas de ganancia comparativamente altas y la escasez de alternativas de inversión atrajeron a los pineros a comprar ganado y, como corolario, tierras para el pastoreo. Estos mismos factores indujeron a los migrantes y no migrantes por igual a la tenencia de tierras para incorporarse a esta vía de inversión.

Ganadería: comparación de hogares internacionales migrantes y no migrantes

En las islas del Caribe de habla inglesa, un cambio hacia la ganadería fue una respuesta directa a la despoblación a gran escala provocada por la migración hacia el Reino Unido (véase, por ejemplo, Frucht, 1968; Lowenthal y Comitas, 1962). La migración dominicana a los Estados Unidos, por el contrario, siempre ha sido más restringida, y el proceso de visado impone un cuello de botella a través del cual solo pasa una parte de los aspirantes a migrantes. En Los Pinos, la pérdida de población a causa de la migración fue compensada por el aumento natural y por la inmigración de individuos y familias enteras de los poblados vecinos, que se sintieron atraídas a la comunidad por sus instalaciones educativas, electricidad y otros servicios. Por lo tanto, aunque la migración fue intensa, Los Pinos no experimentaron una pérdida neta de personas, y los hombres sanos que deseaban trabajar en los campos no eran de ninguna manera escasos. No obstante, la ganadería se había convertido en la forma predominante de uso de la tierra en la comunidad.

Tanto los hogares migrantes como los no migrantes participaron activamente en este cambio. Los grandes terratenientes aprovecharon su ac-

ceso privilegiado a la tierra como una ventaja para la tenencia de ganado. En parte como resultado de las ganancias obtenidas en el proceso de migración, algunos terratenientes, que también eran prestamistas, pudieron evadir la migración por sí mismos. A partir de finales de la década de 1960, estos hombres invirtieron las ganancias provenientes de préstamos usureños en más tierras y ganado, especialmente en nuevas razas con rendimientos de carne superiores. También adquirieron tierras dadas como garantía para un préstamo de migración, cuando el intento de ingresar a los Estados Unidos fracasaba y el préstamo no podía ser reembolsado.

De hecho, los no migrantes con las mayores propiedades de tierra resultaron ser los ganaderos más importantes e innovadores. Arraigados en su empresa, a diferencia del migrante ausente, se mantenían involucrados en el engorde de terneros a una escala bastante grande. Tomaron los cursos de veterinaria ofrecidos por los agentes de extensión del gobierno, construyeron refugios permanentes y comederos para proporcionar suplementos a su ganado, compraron nuevas razas de leche y carne de alto rendimiento y practicaron la cría con sumo cuidado. En 1979, crearon una asociación de ganaderos para promover el proyecto regional de construir un tanque de almacenamiento de melaza en el centro del pueblo, el único esfuerzo coordinado para mejorar la productividad en Los Pinos en las últimas décadas. La escasez de pastos fue el principal freno al crecimiento del rebaño. Por consiguiente los campos fueron sobrepastoreados. Los suplementos alimenticios de alta energía, como la melaza, un subproducto de la industria azucarera de la isla, se utilizó como alternativa. Esta solución era imperfecta porque los suministros de melaza eran intermitentes y esto dificultaba cumplir una planificación efectiva. La asociación de ganaderos tenía dos objetivos: reducir los precios unitarios comprando, de forma cooperativa, suplementos alimenticios a granel, y lograr que los ganaderos resistieran la escasez mediante suministros a nivel local. El proyecto, a pesar de la energía y el esfuerzo organizativo desplegado, no recibió la respuesta esperada. Al final, fracasó, dejando a los involucrados con un sentimiento de amargura.

A diferencia de estos ganaderos, los migrantes más bien subutilizaban sus recursos. Los pastos estaban en malas condiciones. Para obtener buenos rendimientos, los campos deben reacondicionarse cada año, eliminando los pastos invasores que invaden a especies importadas de alto rendimiento. Debido a que el ganado prefiere los pastos africanos más

suculentos, estos se cultivan primero y después se deja que los invasores menos apetitosos proliferen. Algunos supervisores mezclaron sus propios rebaños con los de los migrantes y ordeñaron demasiado el ganado. Al no dejar suficiente leche para los terneros, atrofiaron su crecimiento y redujeron la producción y las ganancias para los migrantes. En cambio, si los rebaños de migrantes se dejaban al cuidado de un hermano o padre, recibían mayor atención y, por tanto, producían mayores rendimientos. Otros migrantes tenían que contentarse con el crecimiento aleatorio de sus rebaños mientras pastaban desatendidos. Dadas estas circunstancias, no sorprende que entre los hogares que poseían ganado, el ingreso anual promedio de la venta fuera significativamente mayor para los no migrantes que para los migrantes ($T = 3.075$, $P = .002$).

Las consecuencias sociales y económicas del cambio a la ganadería

El casi abandono de la agricultura y el cambio masivo a la ganadería por parte de los agricultores más acomodados provocaron profundas consecuencias en la comunidad de Los Pinos. En esta sección, discutimos con cierto detalle dos de los más significativos: la disminución de la demanda de trabajadores asalariados agrícolas y aparceros, y la concentración de la propiedad.

La ganadería extensiva había disminuido en gran medida las tierras disponibles para préstamos y aparcería, y era directamente responsable de la drástica disminución de la demanda de mano de obra agrícola asalariada. Los grandes terratenientes comenzaron a prepararse para la transición al ganado a mediados y finales de la década de 1960. Prestaban sus tierras a agricultores sin tierra y pequeños propietarios y después de una temporada o dos se las devolvían a sus dueños cultivadas de pastos africanos de alto rendimiento. Con este método, a mediados de la década de 1970, la mayoría de las explotaciones más grandes se habían convertido en pastos permanentes y no se emplearon más en la agricultura. Incluso en los terrenos aún no completamente convertidos, los arrendatarios entraron cada vez más en competencia con el pastoreo de ganado en áreas que ya estaban en pastos. El ganado, derribando las cercas de madera, invadió conucos y

dañó los cultivos. Familias pobres dejaron de pedir tierras prestadas por esta razón. Las políticas estatales también desempeñaron su papel. Como parte del proyecto de reforma agraria presentado en 1972, el régimen de Balaguer promulgó una ley que otorgaba a los arrendatarios el derecho legal de reclamar tierras que habían cultivado durante varios años. Temerosos de las reclamaciones, los grandes terratenientes dejaron de prestar tierras y de darlas en aparcería.

Se ha sugerido (por ejemplo, Griffin, 1976) que la mayor escasez relativa de mano de obra causada por la migración selectiva de trabajadores jóvenes y productivos podría traducirse en salarios más altos para los que permanecen en la comunidad de envío. Por la conjunción de razones que acabo de esbozar, esto no ha ocurrido en Los Pinos. En dependencia de su habilidad y reputación, los hombres que trabajaron en los campos en 1980-1981 recibieron entre RD \$3.50 y RD\$5.00 por diez horas laborables, además del desayuno y el almuerzo. Esto era más alto que el salario mínimo agrícola oficial de \$3.00, pero considerablemente bajo en relación con el salario en las áreas más productivas del valle del Cibao, donde los jornaleros en 1981 ganaban hasta \$7.00 por día (Rocheleau, 1983:27).

Durante este mismo período, los trabajadores agrícolas en El Guano recibían entre RD\$2.50 y \$4.00 por día. Esta diferencia salarial entre las dos comunidades no puede atribuirse a los efectos de la migración. Es decir, los salarios no eran más altos en Los Pinos porque la migración hubiera agotado la disponibilidad de hombres sanos y provocado escasez de trabajadores agrícolas. Por el contrario, había muchos más hombres dispuestos a trabajar en los campos que personas que querían contratarlos, y la mayoría de estos hombres estaban crónicamente subempleados. Los salarios eran bajos en El Guano como consecuencia de las limitaciones no económicas discutidas en el capítulo 3. Muchos hombres de esta comunidad estaban atados por deudas y un sentido cuasi moral de obligación de trabajar por los bajos salarios que les pagaban sus clientes, al igual que sus esposas tenían que vender sus esteras con descuento.

La demanda deprimida de jornaleros afectó en especial a los hogares semiproletarios en Los Pinos. En 1981, el trabajo asalariado en los campos había perdido importancia económica. En este sentido, es bastante revelador lo recaudado en el hogar sin tierra de Daniel Morales, quien aún se consideraba a sí mismo, y era considerado por otros pineros, como un

peón o un trabajador asalariado. En 1980-1981, Daniel pudo trabajar 34 días en la agricultura como asalariado. Laboró para siete pineros diferentes y acopió solo con RD\$374, o el 21 % del ingreso total del hogar. En contraste, durante el mismo período, él y su esposa ganaron el doble de esa cantidad bateando oro. Tostando café para hogares migrantes y tejiendo esteras, su esposa contribuyó con otro el 16 % a los ingresos familiares.

A fines de la década de 1970, un nuevo componente disminuyó aún más las oportunidades para el trabajo asalariado agrícola en Los Pinos. El supervisor de la granja de un migrante comenzó a reclutar trabajadores haitianos de un ingenio azucarero situado a cierta distancia. Otros grandes terratenientes, tanto migrantes como no migrantes, pronto siguieron su ejemplo. Los haitianos se atrajeron a Los Pinos durante varias semanas para mejorar las tierras de pastoreo que habían sido invadidas con malezas y arbustos. Con salarios equivalentes a un tercio de la tarifa de RD\$4.00 por día, más comida y alojamiento, los haitianos superaron fácilmente a los trabajadores locales. Pocos pineros pobres a partir de entonces lograron trabajar como asalariados en los campos. Como en otras áreas, Los Pinos reflejaron una vez más las tendencias sociales. A nivel nacional, la sustitución de trabajadores locales por haitianos fue un patrón bien establecido en la producción de azúcar, y se ha vuelto cada vez más importante en los últimos años también para otros cultivos.

La segunda gran consecuencia del cambio a la ganadería en Los Pinos fue la concentración de tierras. La naturaleza extensiva de esta empresa alentó a los mayores terratenientes a expandir sus propiedades al mismo ritmo que sus rebaños. Los hogares pineros con las mayores cantidades de tierra y ganado, por ejemplo, fueron agresivos en este sentido, comprando seis parcelas por un total de más de 600 tareas a cinco agricultores desde 1965. También cercaron con alambre de púas alrededor de 1,000 tareas de tierras estatales boscosas. Al tiempo que los grandes terratenientes expandían sus propiedades, la fragmentación alentó a los pequeños agricultores a vender sus parcelas. Arrojadlos cíclicamente a la falta de tierras durante dos o más años mientras sus parcelas se mantenían en barbecho, los pequeños agricultores llegaron a considerar la agricultura como una parte cada vez más periférica de sus estrategias de generación de ingresos. Las parcelas se vendían para cubrir gastos de energía, financiar la migración interna o pagar el alto costo de la atención médica privada. Además, la

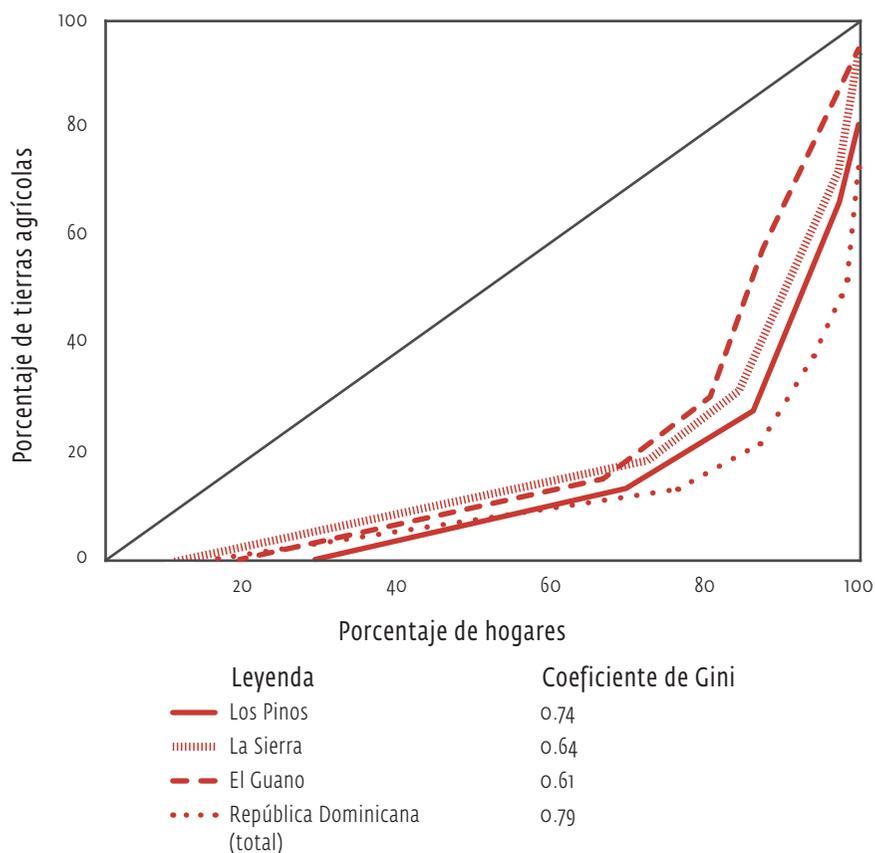
tierra utilizada como garantía para financiar la emigración a veces se perdía si fallaba una entrada indocumentada. Todos estos factores contribuyeron al aumento del número de hogares sin tierra, que en el momento del trabajo de campo comprometía a un tercio de los hogares de Los Pinos (cuadro 5.4).

Las ventas también se vieron alentadas por la inflación desenfadada del valor de la tierra, que aumentó alrededor de ocho veces en los últimos quince años. Gran parte de esta inflación se atribuía a la demanda, sobre todo de tierras cerca del centro de la aldea en las que construir casas y negocios. Los migrantes fueron fundamentales en el fomento de la «expansión urbana» de Los Pinos; nuevos comercios y viviendas se levantaron desde el centro del pueblo hasta las hacía poco áreas agrícolas. La inflación incentivó a algunos migrantes a comprar tierras solo con fines especulativos.

¿Qué consecuencias tuvieron estas transformaciones en la distribución de la tierra en Los Pinos? ¿Qué conclusión extraer del impacto de la migración internacional en esta distribución? Utilizando una vez más el coeficiente de Gini como una medida resumida de la desigualdad (figura 5.2.), es evidente que la distribución de la tierra en Los Pinos fue menos equitativa (0.74) que en la Sierra (0.64) o en El Guano en particular (0.61). Aunque en comparación, a nivel del país, puede considerarse más equitativa (0.79). El hecho de que en la Sierra la distribución haya sido menos desigual puede deberse a que históricamente las fuerzas que promovieron la penetración capitalista en el campo y perturbaron los patrones de tenencia de la tierra se introdujeron mucho más tarde y con menor intensidad que en otras áreas del país. No obstante la tendencia al incremento de la concentración de la tierra, puede afirmarse que en Los Pinos, El Guano y la Sierra en general se mantuvo una distribución de la tierra más equilibrada que en el resto del país.

La inversión en ganado había promovido la expansión de la propiedad de la tierra, ya que se requerían más pastos para aumentar los rebaños. Esta expansión, protagonizada por los grandes propietarios de tierras (ya sean migrantes o no migrantes) fue uno de los determinantes de la concentración de la tierra en Los Pinos. La migración, por su parte, al proporcionar una fuente alternativa de capital, sin duda reforzó el tránsito hacia la ganadería.

Figura 5.2
Distribución de tierras agrícolas por hogar



Fuente: Distribución de tierras agrícolas para La Sierra y República Dominicana a partir de la SEA (1978).

Que la Sierra exhiba un valor de Gini intermedio entre el de Los Pinos y el de El Guano deriva de la diversidad de comunidades que abarca; algunas como Los Pinos, orientadas a la migración internacional y la ganadería, y otras como El Guano, dependientes de la migración internacional, la agricultura de subsistencia y la producción artesanal. La pobreza extrema ha impedido que casi todos los hogares de El Guano respondan a los incentivos para criar ganado. Solo los dos mayores terratenientes poseían los recursos para invertir en la cría de ganado.

Dada una combinación de desincentivos locales para la agricultura, pérdida de mano de obra a través de la migración y políticas estatales des-

tinadas a promover la producción de carne para la exportación, la cría de ganado demostró ser la forma más lucrativa y segura de invertir en la tierra. Aquellos con acceso a suficiente tierra y capital respondieron a los incentivos estatales y del mercado. Los migrantes participaron en esta paso a la ganadería debido a las ventajas que muchos de esos hogares tenían con respecto a la tierra. Sin lugar a dudas, la migración contribuyó a este proceso al proporcionar fuentes alternativas de capital financiero con las que comprar ganado y tierras. Sin embargo, la ganadería comercial promovida por el Estado dominicano decantó a los grandes terratenientes, independientemente de su estatus migratorio, lo cual exacerbó las desigualdades existentes con respecto al acceso a la tierra. La evidencia demuestra que las inversiones de los migrantes en tierras y ganado amplificaron estas desigualdades, aunque no se puede decir que representen la causa principal de esa desigualdad.

PRODUCTIVIDAD AGRÍCOLA EN LOS PINOS

Una comparación de hogares migrantes y no migrantes

Con el fin de abordar de manera más explícita y con mayor detalle la hipótesis de que la migración laboral internacional es directamente responsable de la disminución de la agricultura en las comunidades rurales de origen, esta sección examina, de manera cuantitativa, el comportamiento diferencial de los hogares migrantes y no migrantes en relación con la agricultura. Los dos tipos de hogares se examinan con respecto a (1) el acceso a la tierra, (2) los tipos de cultivos y la producción agrícola, y (3) el uso de mano de obra asalariada y no asalariada.

Las técnicas de producción siguieron siendo primitivas en Los Pinos e idénticas para los dos tipos de hogares. No había pruebas de que las remesas o las habilidades repatriadas de los pocos migrantes retornados de Los Pinos se hubieran utilizado para aplicar modernos métodos agrícolas, aunque debe tenerse en cuenta que, la falta de investigación e innovación tecnológica apropiada a las condiciones de Los Pinos, ofrecía pocas opciones. Sin embargo, los hogares migrantes difieren en su acceso a ese recurso productivo estratégico, la tierra. Tenían menos probabilidades de carecer

de tierras que los hogares no migrantes. En 1981, el 18.3 % de los hogares migrantes carecían de tierras, lo que representaba solo alrededor de una quinta parte de los hogares de Los Pinos (cuadro 5.4). Sin embargo, casi la mitad (48.4 % de los hogares migrantes) pertenecía a la categoría de mini-propiedad (1-79 tareas). Es decir, dos tercios de los hogares migrantes no tenían tierra o poseían parcelas inferiores a 80 tareas. Como se trató en el capítulo 3, en el momento de la migración solo el 4.8 % y el 18% provenían de hogares sin tierra o de pequeñas propiedades, respectivamente. La herencia compartida y la obligación de los padres de proporcionar a los hijos parcelas al casarse (aunque, con posterioridad, solo un pequeño terreno para construir una casa) habían actuado como potente mecanismo de nivelación en Los Pinos. Los hogares migrantes no eran inmunes a estas presiones que fomentaban la redistribución de la tierra. El acceso diferencial a los ingresos en efectivo procedentes de las remesas tampoco pudo detener estos procesos. No obstante, el hogar migrante promedio poseía un tercio más de tierra que el hogar promedio no migrante, 93 tareas en comparación con 66.

Tabla 5.4
Distribución de la tierra en Los Pinos por estatus de hogar migrante

Tamaño de la tenencia terrenal	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
0	17	18.3	63	44.7	80	34.2
1-79	45	48.4	56	39.7	101	43.2
80-159	15	16.1	10	7.1	25	10.7
160-799	14	15.1	10	7.1	24	10.3
800-1599	2	2.2	0	0	2	0.9
1600-3199	0	0	2	1.4	2	0.9
Total	93	39.7	141	60.3	234	100.2^a

^a Debido al redondeo

En Los Pinos, la cantidad total de tierra propiedad de un hogar a menudo se dividía entre dos o más parcelas no adyacentes a causa de la herencia compartida y la venta. Los mayores terratenientes de la comunidad poseían entre 3 y 7 parcelas. Los hogares migrantes, por lo general, habían adquirido su primera propiedad de tierras antes de 1961, una asociación que no se mantuvo para parcelas posteriores. Una vez más se demuestra que los migrantes procedían sobre todo de hogares con un acceso superior

a la tierra antes de la toma la decisión de emigrar. Sin embargo, incluso con las posibilidades de acumular capital que daba la migración, la mayoría de los hogares migrantes no pudieron adquirir propiedades equivalentes a las de los más grandes y prósperos propietarios de tierras. Solo un puñado de ellos logró comprar grandes extensiones desde la migración. Tal vez sea justo afirmar que, para la mayoría de los migrantes, la inversión en tierras se parecía más a una estrategia de tenencia. No obstante, más hogares de migrantes cayeron en la falta de tierras y casi sin tierras de los que pudieron salir de estas categorías.

La tabla 5.5., que indica el tamaño de las parcelas según el año de adquisición, ilustra este punto. Casi todas las primeras parcelas adquiridas por hogares migrantes después de 1961 tenían un tamaño inferior a 80 tareas (95 %). Es decir, 21 hogares migrantes lograron salir de la categoría de los sin tierra después de 1961, y 20 de ellos se convirtieron en pequeños propietarios. De los 7 hogares migrantes que adquirieron parcelas por un total de más de 80 tareas, 5 ya poseían esa cantidad o más. Por lo que se aprecia, la expansión de la tenencia de tierras, tanto para los hogares migrantes como para los no migrantes, estaba ocurriendo entre los que ya poseían este recurso.

Comparación de los niveles de producción agrícola

¿Hubo diferencias significativas en la producción agrícola entre los hogares migrantes y no migrantes en Los Pinos? Un poco más de la mitad de los hogares pineros se dedicaban a alguna forma de agricultura, pero había poca diferencia entre los niveles de participación de los hogares migrantes y no migrantes. Proporciones casi idénticas (58 % y 56 %, respectivamente) produjeron algunos cultivos comerciales o de subsistencia en 1980-1981. Los ingresos de la agricultura tampoco difirieron significativamente: los hogares migrantes ganaron un promedio de RD\$377 en efectivo y en especie, y los hogares no migrantes un promedio de RD\$301 durante el año. Además, como indica la tabla 5.6, cuando se comparan los niveles de producción de los principales cultivos, no hubo diferencias notables entre los hogares migrantes y no migrantes en términos de tipos y cantidades.

El hecho de que ambos tipos de hogares no mostraran grandes diferencias subraya un punto básico de este capítulo. Las presiones económi-

cas que emanaban del nivel nacional, en combinación con las condiciones locales, habían tenido un impacto negativo en la agricultura de Los Pinos en su conjunto e inducido a muchos pineros a alejarse de la agricultura en busca de otras actividades económicas con mayores rendimientos y menor riesgo. Pero la pregunta permanece: ¿Cómo pudieron los hogares migrantes, enfrentados con la pérdida de mano de obra de sus miembros migrantes, producir en promedio tanto como los hogares no migrantes?

Tabla 5.5
Tamaño de las parcelas, por año de adquisición y por estatus de hogar migratorio

Tamaño de la tenencia terrenal	Antes de 1961				1961 en adelante			
	Migrante		No migrante		Migrante		No migrante	
	N	%	N	%	N	%	N	%
<80 tareas	34	61.8	27	65.9	20	95.2	33	89.2
>80 tareas	21	38.2	14	34.2	1	4.8	4	10.8
Total	55	35.7	41	26.621	13.6	37	24.1	31.3
<i>Parcelas posteriores</i>								
<80 tareas	10	58.8	7	53.9	20	74.1	19	73.1
>80 tareas	7	41.2	6	46.2	7	25.9	7	26.9
Total	17	20.5	13	15.7	27	32.5	26	31.3

El trabajo doméstico siempre había sido de gran importancia para la agricultura en Los Pinos, pero nunca había limitado la capacidad del hogar para el trabajo agrícola. Como sugiere la comparación entre los niveles de producción de migrantes y no migrantes, los hogares migrantes obviamente pudieron compensar la pérdida de mano de obra de sus miembros migrantes.

Tabla 5.6
Producción promedio estimada de los hogares por estatus migratorio con respecto a los cultivos principales

Cultivo (quintales)	Migrante	No migrante	Puntuación T	Probabilidad
Cacahuetes	8.8	6.6	.82	.44
Tabaco	3.7	6.8	-.67	.55
Café	1.8	1.2	.85	.40
Caupí	6.8	9.1	-.74	.46
Batata	9.9	8.7	.08	.94
Frijoles	3.3	1.3	1.35	.19
Maíz	5.7	4.8	.44	.66
Mandioca	21.8	21.1	1.75	.11
Racimos de plátano ^a	18.9	8.1	.38	.71

^a Racimos de 50.

De acuerdo con la información de la tabla 5.7, solo hubo ligeras diferencias entre los tipos de insumos laborales de los que dependen los hogares migrantes y no migrantes. Los hogares migrantes eran algo más propensos a contratar mano de obra asalariada.

Tabla 5.7
Uso de mano de obra por parte de los jefes de hogares, por estatus migratorio

	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
<i>Utiliza exclusivamente labor propia</i>						
Sí	7	18.0	13	23.2	20	21.1
No	32	82.0	43	76.8	75	79.0
<i>Tipo de insumos laborales adicionales</i>						
Hijos	16	50.0	25	58.1	41	54.7
Trabajo asalariado	11	34.4	12	28.0	23	30.7
Aparceros o hermanos	5	15.6	6	14.0	11	14.7
Total	32	42.7	43	57.3	75	100.1^a

^a Debido al redondeo

Los insumos laborales mostraron una mayor variación cuando los hogares se desagregaron según el tipo de cabeza de familia, aunque las diferencias no fueron marcadas (tabla 5.8). En una comunidad migrante como Los Pinos, es necesario distinguir no solo entre hogares encabezados por hombres y por mujeres, sino también entre los que una mujer está al frente sin estar unida a un hombre y aquellos en los que el cónyuge de la mujer es un migrante ausente. Estos dos tipos de hogares con mujeres al frente diferían considerablemente en términos de tamaño, composición, ingresos y quién ejercía la autoridad en la toma de decisiones, diferencias que se explorarán con mayor detalle en el capítulo 6. Los que se dedicaban mayormente a la agricultura eran los hogares migrantes encabezados por mujeres cuyos cónyuges estaban en los Estados Unidos y los hogares encabezados por hombres, independientemente de su estatus migratorio. Los tres eran susceptibles de depender del trabajo de sus hijos para ayudar en los cultivos. Tanto los hogares encabezados por mujeres cuyos maridos estaban en los Estados Unidos como los que tenían a un hombre al frente, migrante o no, trabajaban en la agricultura en proporciones aproximadamente iguales (37 %, en comparación con 35 % y 31 %, respectivamente). Los ingresos promedio también fueron casi equivalentes. Aun cuando la división del trabajo por género en la agricultura no cambió por la migra-

ción ni por las otras fuerzas de transformación que operaban en Los Pinos, las mujeres cabeza de familia tuvieron que depender de la administración y el trabajo de los parientes masculinos. Con sus maridos en los Estados Unidos, dependían de sus hijos, de sus propios hermanos o de los de su cónyuge, y también de los aparceros, que por lo general eran parientes. Los maridos migrantes mantenían una participación directa, enviando a sus esposas instrucciones detalladas y dinero para financiar la producción, o supervisando ellos mismos los trabajos durante las vacaciones en el pueblo. Como corolario, su dependencia significaba que estas mujeres no estaban en condiciones de emplear mano de obra asalariada, a diferencia de los hogares migrantes encabezados por hombres. De hecho, estos últimos hogares tendían a utilizar más la mano de obra asalariada y los miembros de la familia eran en casi todos los casos hijos adultos, no esposas. No es sorprendente, entonces, que dichos hombres fueran mayores que los hombres que encabezaban hogares no migrantes. En parte debido a su edad y en parte a las remesas que recibían de sus hijos, era mucho más probable que sustituyeran su propio trabajo por el asalariado, lo cual no ocurría en los hogares no migrantes. También eran menos propensos a ceder sus tierras para ser aparcadas. Un agricultor pinero de unos sesenta años con varios hijos en Nueva York expresó que contrataba hombres para trabajar en sus campos porque «la agricultura solo sirve para quebrarte».

Tabla 5.8
Insumos laborales según la condición de migrante y el tipo de cabeza de familia

Tipos de insumos laborales	Cabeza de familia											
	Migrante						No migrante					
	Soltera		Casada		Hombre		Soltera		Casada		Hombre	
	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%	N	%
Hijos	2	50.0	6	54.6	8	47.1	6	85.7	1	50.0	18	52.9
Trabajo asalariado	0		3	27.3	8	47.1	1	14.3	1	50.0	10	29.4
Aparceros o hermanos	2	50.0	2	18.2		5.9		0		0		17.7

El uso de mano de obra asalariada se asoció más con el tamaño de la tenencia de la tierra que con el estatus migratorio del hogar. Los hogares con 80 tareas o más de tierra (54.2 %) emplearon trabajo asalariado en algún momento durante el año, en comparación con solo el 20 % de aquellos con menos de esa cantidad de tierra. Esta diferenciación en el empleo de

mano de obra asalariada entre pequeñas y grandes se mantuvo tanto para migrantes como para no migrantes. El trabajo asalariado se asoció con las propiedades más grandes, que eran a su vez más propensas que las pequeñas parcelas a plantar pastos. Por el contrario, el cultivo de alimentos, con un mayor uso de mano de obra, se hacía sobre todo en parcelas de menos de 80 tareas. En la práctica, esto significaba que, aunque los hogares con grandes extensiones de tierras optaban más por contratar trabajadores asalariados, generalmente se requerían menos los días de trabajo debido a las bajas demandas de mano de obra de cultivar y acondicionar pastos.

CONCLUSIÓN

A medida que la base agrícola de la sociedad pinera se desintegraba, las condiciones bajo las cuales los pineros se reproducían eran cada vez más capitalistas. Aunque casi la mitad de los jefes de familias cultivaban, solo cubrían una fracción de las necesidades de subsistencia. Los hogares dependían de los salarios, las ganancias ocasionales y el crédito de los comerciantes para su sostenimiento diario. Y, por supuesto, muchos hogares migrantes dependían completamente de las remesas. En estas circunstancias, como Pessar (1982a:359) ha observado para otra comunidad migrante dominicana, «el hogar migrante internacional se vuelve estructuralmente equivalente al hogar completamente proletarizado de trabajadores domésticos en la sociedad central». En el capítulo 4 se señaló que la migración de mujeres en número igual al de hombres había transferido parte de la «función de renovación», situada en la comunidad de origen, a las zonas de destino. Con la desaparición de la agricultura, dicha función, que aún realizan los hogares migrantes en Los Pinos, fue sufragada por los salarios de los migrantes del hogar en los Estados Unidos.

También hemos visto que a medida que la agricultura disminuía en Los Pinos, esta iba siendo reemplazada por la ganadería como la principal forma de usar la tierra. Los hogares con las mayores propiedades de tierra fueron fundamentales para efectuar este cambio. Gracias a los incentivos estatales y del mercado, este cambio en el uso de la tierra tuvo consecuencias perjudiciales y profundas para los pineros más pobres. Lo más significativo fue el aumento de la desigualdad en la distribución de

la tierra, como resultado del impulso para expandir las explotaciones con el fin de aumentar los rebaños. Este desarrollo estaba destinado a tener implicaciones a largo plazo para la estructura económica y social de la comunidad. Aunque la distribución del ingreso en Los Pinos, que dependía del flujo continuo de remesas hacia la comunidad, se comparaba con las tendencias nacionales, la distribución de la tierra, sin embargo, se había vuelto progresivamente desigual de una manera estructural y fundamental, imposible de revertir sin un cambio profundo en la economía política de la comunidad y, por lo tanto, a nivel del propio país.

CAPÍTULO 6

EL IMPACTO DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL EN LA ORGANIZACIÓN Y LA ESTRUCTURA SOCIAL EN LOS PINOS

En la República Dominicana, hay tres tipos de personas: los ricos, los pobres y los que viajan a Nueva York.

Mujer pinera (migrante retornada)

La naturaleza a largo plazo, o semipermanente, de la mayoría de las migraciones desde Los Pinos tuvo implicaciones importantes para la organización y la estructura social de la comunidad. A diferencia de los migrantes mexicanos, de carácter estacional, que van a los Estados Unidos en tiempos de cosecha y regresan a sus comunidades durante el resto de cada año, los pineros no participaron en la migración circular. La mayoría trabajó todo el año en los Estados Unidos. Pueden pasar de diez a veinte años lejos de sus comunidades de origen y solo hacer ocasionales visitas. La tasa de retorno permanente fue baja y cuando ocurría por lo general se radicaban en Santo Domingo o Santiago.

Este capítulo tiene dos objetivos: examinar los efectos de este tipo de migración en la organización familiar y doméstica, con énfasis en las experiencias diferenciales de mujeres y hombres; y evaluar el impacto en las estructuras sociales, políticas e ideológicas en Los Pinos.

«FAMILIAS DIVIDIDAS»: ORGANIZACIÓN Y ESTRUCTURA FAMILIAR EN LOS PINOS¹⁹

La migración tuvo consecuencias inmediatas y evidentes para las familias pineras. Estas se dividen en líneas generacionales: los padres quedándose quedan atrás y los niños y jóvenes van emigrando paulatinamente. En otros casos, los cónyuges se separan y, con frecuencia, el marido emigra primero. A causa de este último patrón, abundaron los hogares migrantes en Los Pinos encabezados por mujeres (tabla 6.1). De hecho, representaban casi la mitad de los hogares migrantes (47 %), en comparación con solo el 22 % de los hogares no migrantes. En el capítulo 5, señalé que en una comunidad migrante como Los Pinos tiene sentido distinguir entre aquellos hogares encabezados por mujeres en relaciones conyugales reconocidas con hombres ausentes y los encabezados solo por mujeres. Esta distinción no es del todo satisfactoria, ya que algunas mujeres solteras se encontraban involucradas en relaciones más o menos regulares pero no reconocidas. Sin embargo, para los propósitos actuales la distinción es útil. En Los Pinos, un gran número de las mujeres que encabezaban sus hogares estaban en uniones reconocidas con hombres migrantes en los Estados Unidos. Otras sostenían uniones reconocidas con hombres que trabajaban en otras partes del país, sobre todo en Santiago. Algunos pineros trabajaban durante la semana en empleos estables del gobierno o del sector privado en Santiago y visitaban a sus familias los fines de semana, o también lo hacían en lugares más distantes en calidad de guardias, policías o agentes del gobierno y sus visitas eran mucho menos regulares. Todo esto es reflejo de la «suburbanización» de la comunidad.

La separación de los cónyuges fue solo una fase en el ciclo del hogar migrante internacional. La duración de la separación depende en gran medida de la condición jurídica del miembro migrante. Si la esposa emigró primero, esta era generalmente una entrada documentada. Los esposos tendían a ingresar en los Estados Unidos como indocumentados. En otro caso, si el esposo emigraba primero como indocumentado, la familia podía permanecer separada durante años mientras él pagaba las deudas del

¹⁹ El concepto «familias divididas» está tomado del libro de Colin Murray (1981) sobre las consecuencias de la migración laboral internacional para Lesotho.

prestamista e intentaba lograr su estatus legal en los Estados Unidos. Aun cuando la migración se hubiera emprendido de manera documentada desde el principio, no obstante ocurrían demoras mientras el esposo o la esposa se establecía y emprendía el papeleo de solicitud de visas para cónyuge e hijos. Estas demoras eran más cortas que aquellas en que el migrante se encontraba indocumentado; entonces, podían ser extensas.

Tabla 6.1
nombre tabla?

Cabeza de familia								
Estatus familiar	Mujeres no migrantes		Mujeres solteras		Hombres		Total	
	N	%	N	%	N	%	N	%
Migrante	30	32.3	14	15.1	49	52.7	93	39.7
No migrante	13	9.2	18	12.8	110	78.0	141	60.3
Total	43	18.3	32	13.7	159	68.0	234	100.0

Estas tardanzas se debían a retrasos burocráticos, pero también a que los «matrimonios de negocios» eran un procedimiento utilizado para legalizar el estatus, por lo cual el consulado de los Estados Unidos consideraba bajo sospecha todo matrimonio, aunque fuera legítimo. Los solicitantes tenían que soportar esperas de más de un año o dos mientras el personal consular investigaba la naturaleza de la relación entre los cónyuges. Estas sospechas también ocasionaron el aumento de los requerimientos consulares con vista a obtener «pruebas» de que el vínculo entre un hombre y una mujer había sido establecido por amor. Demandaban fotografías, cartas de amor, etc. No obstante estas precauciones por parte del consulado, los pineros se quejaban de que algunos «cónyuges de negocios» recibían visas con poca demora, mientras que otros que habían casado por amor tuvieron que sufrir largas separaciones debido a las dudas de los funcionarios. A veces, a las esposas de los migrantes se les negaban las visas con el argumento de que probablemente se convertirían en pupilas del Estado. Dos hombres residentes legales en Estados Unidos, para terminar con la separación y la espera, enviaron dinero a sus esposas para que emigraran ilegalmente.

La carga psicológica de la separación era a menudo pesada para ambos cónyuges. En algunos aspectos, sin embargo, la migración estadounidense exigió costos diferenciales a las esposas y esposos que se quedaron atrás. El

denso intercambio de información entre los pineros en Nueva York y los del pueblo significaba que los chismes viajaban no solo por correo aéreo, sino también a veces por satélite. Las mujeres hablaban de las relaciones de sus maridos en Nueva York y los hombres se enteraban del comportamiento de sus esposas en Los Pinos. Pero el comportamiento de un esposo era menos criticado que el de una esposa. La censura recayó sobre las mujeres que no se ajustaban a las normas de conducta femenina tradicionales. Por lo tanto, como los hombres eran «de la calle» y sujetos a estándares diferentes, se daba por sentado que participarían en relaciones sexuales extramatrimoniales mientras estaban separados de sus esposas durante largos períodos. Sin embargo, las relaciones que los hombres con esposas en los Estados Unidos establecieron con otras mujeres de la comunidad eran mantenidas bajo gran circunspección, no solo por respeto y los lazos afectivos hacia la esposa, sino también por temor a los rumores que podían poner en peligro su futura migración a los Estados Unidos.

Mi visita a Los Pinos en 1987 me permitió observar el costo psicológico para la migración. En medio de la gran concentración de casos de Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA) en Nueva York, los migrantes, sin saberlo, se habían convertido en un vínculo epidemiológico potencialmente mortal entre esa ciudad y Los Pinos. Un pinero ya había contraído el SIDA en Nueva York y se encontraba agonizando en un hospital de la capital. Este hombre emigró de manera indocumentada a fines de la década de 1970, dejando atrás a su esposa. Enfermó cinco años después de su regreso a principios de la década de 1980. Las mujeres con las que hablé en Los Pinos se manifestaban muy preocupadas por la enfermedad, por sus esposos en Nueva York y por sí mismas.

La migración del marido no siempre aumenta la autonomía de la mujer ni su autoridad para adoptar decisiones dentro del hogar. De hecho, después de que sus maridos se fueron, muchas mujeres casadas se volvieron más limitadas en sus movimientos. Las pineras que vivían en Santiago o en Santo Domingo regresaron en algunos casos a Los Pinos para vivir con sus propios padres o los de sus esposos después de que estos migraron. Estos retornos tenían una motivación económica: era más barato vivir en el campo; pero también porque se creía que la sexualidad de una esposa estaría bajo control con parientes en Los Pinos y no tanto si quedaba sola en la ciudad. Una mujer se mudó de Santiago a la casa de los padres de su esposo en Los Pinos después que este re-

cibió una carta anónima en Nueva York alegando que le había sido infiel. Para sofocar los rumores y evitar la separación con la que la amenazaba su esposo, regresó a Los Pinos con sus hijos. Hubo excepciones ocasionales e inversiones de este patrón. Después que su esposo emigró a los Estados Unidos, una joven pinera con una personalidad particularmente animada se mudó a Santiago para vivir con su hermana. Ella me explicó que hizo esto para evitar lo que serían los chismes imparables sobre ella. Muy pocas pineras siguieron esta ruta.

Las mujeres con maridos en los Estados Unidos, por lo general, dependían total o casi totalmente de las remesas de sus maridos para mantener a sus familias. Por lo tanto, aunque un esposo se encuentre físicamente ausente por largos periodos, sigue siendo el sostén de la familia y el depositario de la autoridad en la toma de decisiones dentro del hogar. Además, continuaba determinando los usos a los que se destinaba el dinero más allá de los gastos de consumobásicos. La decisión de acondicionar pastos, comprar ganado, reparar casas o plantar cultivos se le comunicaba a las esposas durante las visitas a la comunidad, mediante cartas, a través de parientes que viajaban de visita y, ocasionalmente, en conservaciones telefónicas. Algunos esposos implementaron la práctica de programar sus remesas para que llegaran alrededor del 25 de cada mes, día de pago para los empleados del gobierno. Varios enviaban el doble de la remesa habitual en diciembre, imitando el bono de Navidad que pagaban los empleadores.

La retención de la autoridad por parte de los maridos ausentes reflejó y se vio reforzada por el tipo de unión que caracterizaba a los hogares migrantes. Tanto los jefes de familia migrantes como los no migrantes podían sostener una unión matrimonial de algún tipo. El 80 % de los jefes de familia migrantes estaban en matrimonios eclesiásticos y/o civiles, mientras que esto se comportaba solo al 56 % en los hogares no migrantes. El resto fueron en uniones consensuadas. Al igual que en otras partes de América Latina y el Caribe, las ceremonias formales de matrimonio, en especial las bodas eclesiásticas («por la iglesia»), eran una marca de estatus y prestigio. En Los Pinos, estaban asociadas con la propiedad de la tierra y el ganado, y con la educación. Tanto los matrimonios eclesiásticos como los civiles fueron alentados por las regulaciones de inmigración de los Estados Unidos. Con el fin de solicitar una visa, el migrante tenía que presentar una certificación de matrimonio legal. Este requisito había resultado en la legitimación formal de los sindicatos diez y veinte años después de su formación.

Los matrimonios patriarcales y estables sancionados por una boda eclesiástica o, en menor medida, por una ceremonia civil, encarnaban la noción justa de matrimonio. En tales uniones, las mujeres asumían la responsabilidad de los asuntos intradomésticos, mientras que los maridos eran el sostén, tomaban las decisiones económicas y representaban a la familia en el dominio extradoméstico (Brown, 1975). Esta normativa del trabajo por género era más difícil de mantener en hogares pobres donde, por necesidad, las mujeres participaban más en ámbitos extradomésticos. En contraste, las mujeres con maridos migrantes pudieron ajustarse a los ideales de la comunidad en dos aspectos: primero, tendían a enlazarse en uniones adecuadas y, segundo, los ingresos constantes de remesas las ayudaban a reforzar los patrones tradicionales de autoridad y a mantenerse confinadas a las preocupaciones domésticas.

A pesar del efecto estabilizador que estos factores tuvieron en los matrimonios, la separación geográfica creó dificultades y tensiones emocionales inevitables. Sorprende, entonces, que estas «familias divididas» no exhibieran tasas más altas de divorcio y separación que los hogares no migrantes. Solo el 9 % y el 10 % de los jefes de familia migrantes y no migrantes, respectivamente, terminaron divorciados o separados.

Además de atestiguar la fuerza de los lazos afectivos que unen a muchas parejas, esta baja tasa reflejó la importancia de la unidad familiar en la estrategia de migración en cadena. El objetivo de la abrumadora mayoría de los migrantes pineros con los que hablé era el regreso permanente a la República Dominicana. El logro de este objetivo se aceleró patrocinando la migración de dependientes, tanto esposas como hijos, para que pudieran trabajar y ahorrar como parte del hogar reconstituido en los Estados Unidos. La migración de retorno fue posible solo porque la descendencia permaneció en los Estados Unidos para trabajar. Para estos padres, la red de seguridad proporcionada por las remesas de sus hijos ayudó a que el retorno fuera una opción viable. Por lo tanto, para muchas familias, la opción fue un patrón de «migración de relevo» (Arizpe, 1982), en el que los hijos reemplazan a sus padres en los Estados Unidos con el tiempo. Aunque las tensiones emocionales de la separación física de los cónyuges eran bastante reales, también había fuertes presiones centrípetas que emanaban de la economía doméstica del hogar migrante trabajando para mantener a la familia unida.

En un punto del proceso de migración en cadena, todos los miembros de la familia en edad de trabajar habrían migrado, y los más pequeños se quedarían atrás en Los Pinos. Algunos hogares asumieron el papel de cuidadores de los familiares que los migrantes dejaron temporal o permanentemente atrás, y como las tareas domésticas y el cuidado eran «trabajos de mujeres», el papel de guardianas recayó sobre ellas. Para las mujeres mayores, este papel podría ser bastante oneroso. En el capítulo 3, describí la experiencia de Nina Sánchez, de unos sesenta años, con seis nietos que cuidar. Ella resumió su situación diciendo: «Soy una prisionera». Algunas pudieron contratar a otras mujeres para ayudar con las tareas domésticas. Sin embargo, la carga de trabajo adicional no fue la única dificultad involucrada en el papel de cuidador. También implicaba una gran responsabilidad. Por ejemplo, Yolanda Rodríguez, otra abuela de unos setenta años, se sintió obligada a ejercer estricta vigilancia sobre el comportamiento de su nieta adolescente, cuya madre estaba en los Estados Unidos. Mantener a la nieta «fuera de la calle» para evitar chismes y salvar su reputación fue una significativa un tremendo reto, del cual Yolanda Rodríguez estaba feliz de deshacerse cuando su nieta por fin emigró. Por lo tanto, para las que asumían el papel de cuidadoras, abosorber la atención de parientes adicionales en sus hogares representaba un incremento de su carga laboral y de su responsabilidad.

Los procesos duales de ruptura y condensación resultantes de la migración en cadena tuvieron implicaciones para la estructura del hogar en Los Pinos (tabla 6.2). No es casual que los hogares migrantes fueran menos nucleares (una pareja conyugal y descendientes) que los hogares no migrantes. Esto se explica no solo por la mayor tendencia de algunos hogares migrantes de constreñir el papel de las mujeres jefas y sus dependientes después de la emigración del cónyuge, sino también, como y se señaló, por la ampliación de los miembros del hogar con parientes adicionales. A veces, los hogares migrantes padecían ambos procesos a la vez: perdieron miembros a través de la migración y los ganaron mediante la condensación con otros hogares. Esta tendencia es visible en el hecho de que los hogares de tres generaciones eran casi el doble entre los hogares migrantes.

Los ejemplos siguientes ilustran cómo los procesos de ruptura y condensación produjeron tanto dislocaciones como reordenamientos en la estructura de los hogares en Los Pinos.

I

Cuando llegué por primera vez a Los Pinos, Rosita Rodríguez, divorciada desde hacía casi diez años, vivía con cinco de sus hijos en la casa de sus padres. Diez de sus hermanos residían en Nueva York. Rosita se había quedado para criar a sus hijos y cuidar a sus padres ancianos. En 1980, sus hijos, que eran ciudadanos estadounidenses, solicitaron visas de residencia para ella y sus dos hijos mayores, que ya eran casi adultos. Rosita decidió dejar a sus tres hijos menores en Los Pinos hasta que se estableciera en Nueva York. Uno se lo encargó a los padres de su exmarido, otro con una hija casada y su hija adolescente con su madre, Yolanda.

II

Después de dos intentos fallidos, Juana Morales finalmente logró hacer una entrada indocumentada en los Estados Unidos en 1976. Embarazada en el momento de su migración, dio a luz en los Estados Unidos y después envió a su bebé «estadounidense» de regreso a Los Pinos para que su hermana lo criara, con quien también había dejado a sus cuatro hijos de dos uniones anteriores. Su hermana se convirtió en cuidadora a tiempo completo de estos niños. Para estas tareas, Juana le enviaba remesas de forma más o menos regular.

III

Hernán y Pinina Pérez son residentes estadounidenses que reciben beneficios de seguridad social. Durante la mayor parte del año, viven en Nueva York, donde Hernán trabaja en la bodega de su hijo y Pinina mantiene la casa y proporciona cuidado infantil a varios de sus nietos. Su hogar en Los Pinos consiste en una hija con discapacidad mental y un hijo mudo, a quienes se les han negado repetidamente las visas de residencia, una hija casada y sus dos hijos pequeños. Esta hija vivió en Santiago hasta que su esposo emigró a los Estados Unidos en 1978. Como sus envíos de remesa habían sido erráticos y también porque ella era necesaria para cuidar la casa de sus padres y sus dos hermanos, regresó a Los Pinos para asumir la administración del hogar.

Tabla 6.2
Distribución de la estructura del tipo de hogar, por condición migratoria

Tipo ^a	Hogares	
	Migrantes (N = 93) Porcentaje	No migrantes (N= 141) Porcentaje
<i>1 pareja conyugal:</i>		
1 pareja conyugal	2.2	2.8
1 pareja conyugal + Hijo/a	10.8	29.8
1 pareja conyugal + Hijo/a + Nieto	7.6	5.7
1 pareja conyugal + Otros	4.3	2.8
1 pareja conyugal + Hijo/a + Madre/Padre	1.1	2.1
1 pareja conyugal + Hijo/a + Otros	10.8	12.1
1 pareja conyugal + Hijo/a + Nieto + Otros	1.1	1.4
1 pareja conyugal + Nieto	4.3	2.1
1 pareja conyugal + Nieto + Otros	1.1	0
<i>2 parejas conyugales:</i>		
1 pareja conyugal + Hijo/a + Esposo/a + Nietos	2.2	1.4
1 pareja conyugal + Hijo/a + Esposo/a	1.1	0
1 pareja conyugal + Hijo/a + Sobrino/a + Esposo/a	1.1	0
<i>0 parejas conyugales</i>		
Madre + Hijo/a	18.3	11.4
Madre + Hijo/a + Nietos	5.4	2.1
Madre + Hijo/a + Otros	15.1	9.2
Madre + Hijo/a + Nietos + Otros	1.1	.7
Mujer + Nietos	3.2	.7
Mujer + Otros	3.2	0
Mujer Soltera	0	2.1
Hombre Soltero	2.2	7.8
Padre + Hijo/a	0	.7
Padre + Hijo/a + Nietos + Otros	3.2	0
Padre + Hijo/a + Otros	1.1	.7
Padre + Otros	0	4.3
Total	100.5^a	99.9^a

^a Debido al redondeo.

MIGRACIÓN Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN LOS PINOS

Clase y estatus

Hasta hace pocas décadas, la posesión de la tierra era un criterio clave para ubicar a los pineros dentro de la estructura de clases local y regional. Pero como se explicó en el capítulo 5 con cierto detalle, el impacto de las políticas estatales, la estructura de los mercados, la falta de crédito, el deterioro del medio ambiente y los efectos de la migración se combinaron para casi detener la agricultura. Hasta cierto punto, el ganado reemplazó

los cultivos como una forma de usar la tierra de manera productiva. Por lo tanto, la tierra dejó de ser el único criterio de diferenciación. En el contexto de la destrucción generalizada de los recursos hídricos y del suelo, se hizo difícil distinguir, por ejemplo, las estrategias de supervivencia de los hogares de pequeños propietarios de los que carecían totalmente de tierras. Incluso los grandes terratenientes perdieron parte de su capacidad para dispensar clientelismo y controlar el trabajo de los más pobres.

Al mismo tiempo, surgieron nuevos criterios de diferenciación; el principal de ellos, el acceso al trabajo asalariado o a los ingresos derivados del mismo, en forma de remesas. La educación formal también se convirtió en una credencial cada vez más importante para determinar los ingresos salariales y las posibilidades de ascenso de una persona. En 1981, la sociedad y la economía pinera apenas podían considerarse precapitalistas.

Sin embargo, la pregunta sigue siendo: ¿cómo había afectado la migración el proceso de diferenciación a medida que evolucionaba en Los Pinos? ¿La migración ha ayudado a amplificar las diferencias, nivelarlas o mantener el estatus? En capítulos anteriores se examinaron las diferencias entre los hogares migrantes y no migrantes en términos de propiedad y control de la tierra, el trabajo y el ganado. En las siguientes secciones, abordo la posición de los hogares migrantes en la sociedad pinera contemporánea a partir de varios aspectos relacionados con la clase: estilo de vida, ingresos, ocupación, educación y poder (Ferguson, 1988).

Estilo de vida e ingresos

La migración hacia Estados Unidos ha hecho posible un nivel alto de consumo en los hogares con acceso a los ingresos de los migrantes. Tal vez la evidencia más emblemática en este sentido fue la vivienda. Como reflejo de las aspiraciones a la modernidad, así como a la movilidad social, la mejora de la vivienda es un objetivo casi universal de los migrantes en la mayoría de las comunidades de origen en todo el mundo (Graves y Graves, 1974; Gmelch, 1980), y los migrantes dominicanos no son la excepción. La primacía de este objetivo se refleja incluso en un merengue popular en el que un migrante en Nueva York invoca a la Virgen de la Altagracia, patrona de República Dominicana, para que lo ayude a construir su casa y así regresar a su país para siempre:

Virgencita de Altagracia
Te estoy hablando desde aquí,
Que si consigo mi casa
Me largo pa' mi país.

(Sandy Reyes, Karen Records)

Como se señaló en el capítulo 4, la construcción de nuevas casas y la mejora y ampliación de las antiguas fueron actividades continuas en Los Pinos. De hecho, casi todos los hogares migrantes (94 %) eran dueños de sus propias casas, mientras que en los hogares no migrantes solo eran propietarios las tres cuartas partes (77 %). La tabla 6.3 resume las características de las casas de migrantes y no migrantes, enumerando los tipos de materiales de construcción en orden descendente de prestigio y estatus, así como algunos servicios prestigiosos, como cocinas y tanques para el almacenamiento de agua.

La Sierra en general había sido conocida y admirada en todo el país por sus casas de tablas de pino grandes y bien construidas. Los migrantes, como sugiere la tabla 6.3, preferían un estilo bastante distinto del tradicional, asociado con el urbanismo y, por lo tanto, la modernidad. Intentando emular los diseños de los barrios de clase media de Santiago, los migrantes preferían casas grandes con paredes de concreto, pisos de cemento, cocinas interiores y techos de metal. Es decir, se inclinaban a utilizar más los materiales caros fabricados fuera de la comunidad, como el cemento y las láminas galvanizadas, que los producidos localmente.

Caras de construir, también lo eran para vivir. Eran consecuencia del tipo de reacción «siguiendo el ritmo de los Pérez» (*Keeping up with the Pérez*). Esta reacción se refleja en el siguiente testimonio de Tonia Sánchez, una pinera de unos cuarenta años. Tonia y su esposo Telo, un pinero casi sin tierra que se dedicaba a una multitud de actividades, tenían una hija migrante que trabajaba como empleada doméstica en Puerto Rico. Tonia explicó por qué ella y su esposo decidieron mejorar su modesta casa de madera:

Tuvimos que construir una nueva cocina y pintar la casa. Dulce se ha ido por cuatro años, y no hemos podido arreglar la casa en absoluto. Es cierto que tenemos deudas que pagar, pero me daba vergüenza que nuestra casa estuviera sin pintar durante tanto tiempo con nuestra hija en el exterior; y Trina [una

vecina] acaba de pintar la suya la Navidad pasada, con su esposo en Nueva York por solo un año.

Por lo tanto, las mejoras en los hogares migrantes han establecido un nuevo estándar de vivienda. Como indica la declaración de Tonia, la familia Sánchez se sintió obligada a cumplir con las expectativas de la comunidad y mejorar su vivienda a pesar de las severas restricciones presupuestarias.

Tabla 6.3
Construcción de vivienda, por estatus migratorio del hogar

	Estatus del hogar					
	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
<i>Material de pared</i>						
Bloques de cemento	39	41.9	37	26.2	76	32.5
Madera cepillada	47	50.5	63	44.7	110	47.0
Tablero de partículas/ pino	7	7.5	41	29.1	48	20.5
<i>Material del suelo</i>						
Mosaico	9	9.7	8	5.7	17	7.3
Cemento	71	76.3	76	53.9	147	62.8
Madera	12	12.9	27	19.2	39	16.7
Tierra	1	1.1	30	20.3	31	13.3
<i>Material del techo</i>						
Cemento	2	2.2	1	.7	3	1.3
Metal galvanizado	85	91.4	79	56.0	164	70.1
Madera	0	0	1	.7	3	1.3
Paja de palma	6	6.5	60	42.6	66	28.2
<i>Número total de habitaciones</i>						
1-4	33	35.5	88	62.4	121	51.7
5-9	60	64.5	53	37.6	113	48.3
Cocina interior	48	51.6	43	30.5	91	38.9
Depósito de agua	35	37.6	13	9.2	48	20.5

La más elaborada de las casas de migrantes en Los Pinos, que tardó casi cuatro años en completarse a un costo de más de RD\$40,000, era propiedad de una hija de don Pancho Morales, el prominente arriero-intermediario en las décadas de 1920 y 1930. Construida a poca distancia de la antigua vivienda de don Pancho, ya demolida, esta elegante casa de estilo santiaguero se erigió como un monumento a la casa original. Sin embargo, la hija de don Pancho, viuda y sola en Nueva York, no había podido ahorrar lo suficiente para regresar a Los Pinos. Su casa permaneció vacía, cuidada por un capataz y su esposa, aunque observada y comentada por toda la comunidad.

Los migrantes también tenían la ventaja de acceder al agua potable, un problema perenne en Los Pinos. Los Pineros habían presionado intensamente al gobierno, pero sin éxito, para que proporcionara a la comunidad un sistema de agua corriente. No obstante, en 1981 Los Pinos seguía sin agua corriente. Como muestra la tabla 6.5, las casas de migrantes podían utilizar tanques de cemento para almacenar el agua de lluvia para cocinar y beber. Estos tanques proporcionaban a la familia un suministro constante y seguro de agua que rara vez se agotaba. Los que tenían techos de metal los usaban como recolectores de agua de lluvia mientras esta fluía desde el techo, y también se canalizaba hasta tanques de 50 galones colocados en cada esquina de la casa y de la cocina. Como se observa en la tabla 6.3, en los hogares migrantes predominaban los techos metálicos. Los que tenían techos de paja, los más pobres, debían transportar agua del río diariamente.

Tabla 6.4
Ingreso anual promedio (RD\$) para hogares migrantes y no migrantes

	Migrante	No migrante
Ingreso total	3419.96	2292.30
Ingreso por remesas exclusivamente	2132.16	438.15
Remesas como porcentaje del ingreso total	62.3	19.1

Los hogares con tanques de agua «prestaban agua» a los vecinos más pobres cuyas casas estaban cubiertas con techos de paja. Los beneficios de este servicio a veces también se extendían a los no migrantes. El intercambio de agua entre se vio reforzado por el hecho de que a veces también eran parientes. Aunque es imposible asignar un valor de mercado a esta forma de transferencia entre hogares migrantes y no migrantes, el «préstamo» de agua fue importante a la hora de presupuestar la mano de obra y los recursos en la economía doméstica de los hogares pobres. El trabajo de los hijos menores, sacados de esta labor por los préstamos de agua, podían asignarse a otras tareas útiles y, en algunos casos, generadoras de ingresos.

En otras partes de la sección, los migrantes apoyaban la disponibilidad de agua corriente en sus comunidades. Cuando se aprovechaba la fuerza de gravedad y con la utilización de tubos de plástico baratos se lograba canalizar el agua hacia las casas desde los arroyos de la montaña. Otros hogares se conectaban a este sistema con sus propias tuberías. Como Los

Pinos se encuentra a una altitud mayor que las fuentes de agua potable, este método no era factible.

Tabla 6.5
Propiedad de bienes de consumo duraderos según la condición migratoria del hogar

Artículo	Estatus del hogar					
	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
Radio	92	98.9	121	85.8	213	91.0
Estufa de gas	67	72.0	46	32.6	113	48.3
Nevera	62	66.7	37	26.2	99	42.3
Televisor	60	64.6	27	19.2	87	37.2
Tanque de agua	35	37.6	13	9.2	48	20.5
Máquina de coser	30	32.3	22	15.6	52	22.2

Los hogares migrantes disfrutaban de niveles de consumo que eran altos para los estándares locales, pero no hay duda de que la migración hacia Estados Unidos había aumentado la demanda de ciertos bienes y las aspiraciones de consumo entre todos los sectores de la comunidad. Este aumento se debió a la ostentación de consumo realizada por las decenas de migrantes que regresaron a Los Pinos durante las vacaciones. Con joyas de oro, particularmente las cadenas y medallones que se han convertido en una especie de insignia del «neoyorquino dominicano», y luciendo ropa nueva comprada especialmente para las vacaciones, los jóvenes migrantes paseaban por la calle principal de Los Pinos, escuchando sus caseteras gigantes. Los hombres, en la noche, compraban bebidas para una gran camarilla de amigos y de parásitos, mientras cerca sus hijos patinaban al ritmo de la música disco norteamericana popular en ese momento. Tales exhibiciones tuvieron un efecto en los no migrantes y ayudaron a crear nuevas necesidades en toda la comunidad.

La valoración positiva de los bienes de consumo también se promovió a través de los medios de comunicación. La gran mayoría de los pineros (91 %) poseían equipos de radios. Solo un tercio tenía televisores, y los que no tenían veían los programas en las casas de sus vecinos. Con los equipos baratos que les traían a sus familias (algunos tenían televisión en color y en 1987 vi una antena parabólica), los migrantes ayudaron a difundir los patrones de consumo de clase media representados en los anuncios comerciales y en muchos programas, sobre todo en las populares telenovelas nocturnas.

Mientras me encontraba en el pueblo, la serie más popular se titulaba *Los ricos también lloran*. Tan ávidamente seguida fue esta telenovela mexicana que la clase de inglés que impartíamos, un evento popular en sí mismo, tuvo que ser programada para no coincidir con ella. Si bien los estilos de vida de los ricos se presentaban en detalle en tales telenovelas, durante todo el año, y de manera intermitente, los migrantes, aunque más modestas, exhibían estas imágenes en concreto por la calle principal de Los Pinos.

Ocupación

En las últimas dos décadas del siglo XX, el empleo tuvo una connotación importante de diferenciación socioeconómica en Los Pinos. Sin embargo, los hombres y mujeres que encabezaron hogares migrantes mostraron una mayor tendencia a estar sin ocupación que los jefes de hogar no migrantes. Entre los hombres, el 16.3 % no reportó ningún tipo de empleo en 1981, en comparación con solo el 6.4 % de los no migrantes. Aproximadamente tres quintas partes de las mujeres que encabezaron hogares migrantes (61.4 %) se dedicaron solo a las tareas domésticas, en comparación con poco menos de la mitad de las mujeres no migrantes (48.4 %).

Para los hombres, esta diferencia puede atribuirse en parte a la edad, un promedio de 64 años para aquellos de hogares migrantes, en comparación con solo 47 para los que encabezaron hogares no migrantes. En el caso de las mujeres, tenían edades promedio equivalentes tanto si encabezaban hogares migrantes como no migrantes (48 y 47 años, respectivamente). También se caracterizaron por diferentes tasas de empleo. Estos resultados están en consonancia con los de las encuestas nacionales, así como con otros estudios de casos que han encontrado niveles más altos de desempleo entre los hogares migrantes (Baez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986; Grasmuck, 1985). En Los Pinos, estos niveles más altos derivaron de una combinación entre la jubilación debido a la edad avanzada, las aspiraciones insatisfechas por parte de los jóvenes con respecto a los empleos escasos de clase media y una renuencia a aceptar trabajos de bajos salarios. En cualquier caso, la retirada del mercado laboral fue posible en gran medida debido a las remesas recibidas por los miembros del hogar.

Para los jefes de familia migrantes, la ocupación no era una fuente de estatus y prestigio. Dos jóvenes migrantes de retorno eran maestros, pero

ninguno de los jefes de familia migrantes eran profesionales o semiprofesionales para los estándares pineros. A excepción de los jóvenes repatriados, solo uno había alcanzado el octavo grado. Las mujeres y los hombres con los trabajos de mayor prestigio, como maestro, médico y enfermera, así como la élite mercantil con los negocios más prósperos, generalmente pertenecían a hogares no migrantes. Por lo tanto, los jefes de familia migrantes en Los Pinos, ya fueran hombres o mujeres, quedaron fuera de los niveles más altos de la jerarquía ocupacional local. Por supuesto, una de las principales aspiraciones de estos pineros era que sus hijos no vivieran la misma realidad.

Educación

En capítulos anteriores, se ha señalado la creciente importancia de la educación como una credencial para asegurar empleos de clase media. Algunos migrantes intentaron acceder a educación adicional para sí mismos mientras estaban en los Estados Unidos. Asistieron a cursos de inglés y técnicos, creyendo que estos les ayudarían a conseguir un mejor trabajo en los Estados Unidos y en República Dominicana cuando regresaran. La mayoría, sin embargo, se vieron obligados por los pesados horarios de trabajo y la falta de tiempo a abandonar esos esfuerzos después de un tiempo.

Otros migrantes priorizaron el objetivo de la educación de sus hijos, quea menudo implicaba un sacrificio considerable no solo de los padres, sino también de los parientes mayores. La inversión en la educación se consideraba una estrategia primordial para promover la movilidad social entre generaciones. Un migrante pinero que había asistido a la escuela solo hasta el sexto grado explicó por qué había colocado a sus dos hijos nacidos en Estados Unidos en una escuela parroquial relativamente cara en Nueva York: «Trabajo para mi familia y estoy orgulloso de esto. Quiero darles a mis hijos una buena educación porque los hijos de uno son la esperanza de uno». Las remesas permitieron a los niños de algunos hogares migrantes estudiar en universidades dominicanas y luego obtener empleos prestigiosos como ingenieros, gerentes y médicos. A veces, la educación universitaria solo es posible gracias a los esfuerzos colectivos de una red de parientes migrantes. El título de médico de un pinero fue financiado con las contribuciones de su abuelo y cuatro tíos, todos migrantes. Otra estrategia era que los padres

financiaran la educación del hijo mayor con la expectativa de que a su vez él o ella se hiciera cargo de los gastos educativos de los hijos menores.

Algunos de los hijos criados en los Estados Unidos asistieron a universidades, la mayoría en la ciudad y, en menor medida, en los sistemas estatales de Nueva York. Sin embargo, no estaba del todo claro que estos jóvenes regresaran al país para establecerse. Si los padres regresaban y los hijos no, como parecía ser el patrón, la movilidad intergeneracional tendría lugar fuera del marco de referencia social más importante para los padres. Por lo tanto, el estatus y el prestigio reflejados por la movilidad social de los hijos se atenuarían.

No obstante el valor que se le asignaba a la educación universitaria, pocos migrantes lograron este objetivo, menos que los que lograron construir sus casas. Las exigencias de mantener hogares en el país y en Nueva York, mientras intentaban ahorrar para el retorno, ejercían presiones que dilataban la posibilidad de traer a los miembros de la familia a los Estados Unidos, donde podrían convertirse de consumidores a productores de ingresos. Solo una minoría de los hogares migrantes pudo así financiar la educación universitaria de sus hijos. Queda claro que los hogares migrantes pudieron invertir más fácilmente en la educación de sus hijos que los hogares no migrantes.

Estos contrastes pueden apreciarse mejor en los niveles primario y secundario. Los niños de hogares migrantes en la escuela de Los Pinos pudieron alcanzar niveles más altos de educación. Esta ventaja se evidencia cuando se analiza la edad de los niños (tabla 6.6.). Proporcionalmente, más niños en edad escolar de hogares migrantes asistían a la escuela e ingresaban a una edad más temprana. Más del 50 % de ellos asistieron a la escuela secundaria. Ciertas familias migrantes en los Estados Unidos enviaron a los niños pequeños de regreso a República Dominicana para la educación primaria y secundaria. Algunos fueron enviados a Los Pinos, pero muchos más a escuelas privadas en las ciudades. Estos padres consideraban que la calidad de la educación dominicana era superior. Otros, como el migrante que me dijo que «las escuelas en Nueva York dañan a los jóvenes», querían que sus hijos se alejaran de las influencias perniciosas, sobre todo de la fácil disponibilidad de drogas, y en las niñas, de las actitudes permisivas hacia el sexo.

Tabla 6.6
 Distribución de la educación de niños en edad escolar en Los Pinos,
 por condición migratoria del hogar y por grupo de edad

Grupo de edad	Nivel de educación alcanzado									
	0		1-4		5-8		9-11		12+	
	Migrante	No migrante	Migrante	No migrante	Migrante	No migrante	Migrante	No migrante	Migrante	No migrante
5-9	21.7	40.0	78.3	60.0	0	0	0	0	0	0
10-14	0	5.0	50.7	52.9	47.9	42.2	1.4	0	0	0
15-19	4.7	1.3	6.3	20.6	37.2	56.4	29.7	16.7	4.7	5.1

Poder: liderazgo comunitario y migración

Después de la desaparición del régimen de Trujillo, la vida política en Los Pinos sufrió una profunda reorganización. Tanto a nivel nacional como local, el poder político se dispersó ampliamente. Los años posteriores a Trujillo vieron el crecimiento de una administración estatal más sistemática en el campo dominicano. Los roles que una vez desempeñaron el alcalde y los «hombres de Trujillo» se transfirieron a individuos que ahora estaban integrados en el aparato estatal como burócratas profesionales. A principios de la década de 1980, la fragmentación y la burocratización favorecieron la reducción de la influencia del antiguo clientelismo y la aparición de nuevos intermediarios en Los Pinos.

Estos nuevos intermediarios eran casi en su totalidad hombres pobres de entre 20 y 30 años, en general pequeños terratenientes y jóvenes desempleados. Identificados con el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) o el Partido Reformista (PR), su función principal era entregar el voto para su partido. Los candidatos hacían campaña directa ante los votantes en Los Pinos. Los jefes del partido dependían en gran medida de los intermediarios locales para recabar votos, en gran parte a través de la movilización de sus redes de parentesco y de los «clientes», a quienes proporcionaban acceso a los recursos estatales. A cambio, estos pequeños corredores recibían pequeños regalos (ropa, reloj, etc.) y la promesa de un trabajo en el sector estatal siempre y cuando su partido alcanzara el poder. En la vida cotidiana de Los Pinos, los corredores funcionaban como vías de acceso a los servicios estatales. Uno de los ellos era la atención médica, a la que se intentaba acceder recurriendo directamente a los jefes del partido en Santiago o, con menos frecuencia, a los jefes de nivel intermedio en la cabecera municipal.

Los pineros más ricos no estaban involucrados en este tipo de intermediación. Como explicó un hombre: «Los ricos por aquí no pierden su tiempo con la política [local]». Solo un miembro de un hogar migrante y ningún migrante de retorno funcionaban como intermediarios. El poder de las agencias estatales ubicadas fuera de la comunidad era demasiado débil, y las recompensas de la intermediación política demasiado escasas para atraer la atención de los pineros con mayor acceso a los recursos. En cualquier caso, sus redes proporcionaban vínculos informales con personas influyentes en Santiago o en la capital a las que podían apelar para obtener patrocinio.

Tampoco estaban vinculados a cargos políticos formales, como alcalde o delegado municipal, cuyas funciones principales eran la resolución de disputas locales y la movilización de mano de obra comunitaria para proyectos de obras públicas. El reconocimiento limitado y los salarios mensuales relativamente pequeños derivados de estos puestos no compensaban las responsabilidades que se asumirían ni el antagonismo y la mala voluntad de al menos algunos miembros de la comunidad.

La fragmentación política en Los Pinos ocurrió de la mano con la fragmentación económica. A medida que la base agraria se desmoronó y la economía se informalizó, orientándose más hacia los servicios, las bases locales de clientelismo y poder político se fracturaron y dispersaron. Las fuentes de subalternos para los grandes terratenientes, que otorgaban mecanismos como la aparcería, por ejemplo, habían desaparecido como consecuencia de la legislación estatal y la propagación de la ganadería.

La migración hacia los Estados Unidos también fue un factor significativo que promovió las tendencias centrífugas en la distribución local del poder económico y político. El monopolio de la élite mercantil sobre las actividades comerciales se erosionó por la inversión de los migrantes en tiendas e indirectamente a través de sus inversiones en servicios de transporte que les facilitaron a los pineros realizar sus compras en Santiago. Las fuentes de crédito también se multiplicaron a medida que los migrantes ponían su dinero «a trabajar» como capital de préstamo. Las inversiones de los migrantes en bancas de lotería, tiendas, bares, construcción y transporte público profundizaron el ya fuerte carácter informal de la economía rural. El auge de la informalidad presentó alternativas de empleo que debilitaron la influencia política de los grandes terratenientes. De modo que tanto ellos como otros pineros acomodados se retiraron del juego político local.

El hecho de que casi el 40 % de todos los hogares pineros tuvieran un miembro migrante en los Estados Unidos también disminuyó la dependencia del patrocinio local. En cierto sentido, los propios migrantes se convirtieron en patrocinadores, y la mayoría de estos hogares dependían ahora de ellos para satisfacer sus necesidades básicas de subsistencia. Aunque el patrón migrante fuera pariente cercano no siempre eliminó los compromisos contraídos por esa dependencia. Una viuda cuyo hijo migrante mantenía su hogar a través de las remesas me dijo: «Es algo terrible depender de otros para todo». Otra joven expresó su profunda gratitud porque

sus hermanos la apoyaron a ella y a su madre, pero también dijo que esta situación la hacía sentir «como un parásito».

Ejercer influencia sobre el comportamiento político de los miembros de la familia en Los Pinos se convirtió en una especie de patrón. Los políticos dominicanos eran muy conscientes de esta influencia. Durante las elecciones, hacían campaña en Nueva York, a pesar de que los migrantes solo podían emitir sus votos si regresaban al país. Por supuesto, la migración en sí misma podría verse como un acto político: una forma de «votar con los pies», de protestar contra el orden sociopolítico existente optando por la abstención, al menos temporalmente.

Al tiempo que las posiciones políticas formales atraían poco interés, las asociaciones comunitarias iban proliferando. A veces se sugiere que la migración perturba las instituciones en la comunidad de origen (por ejemplo, Lowenthal, 1972). Pero, en Los Pinos, la participación comunitaria en diversidad de organizaciones fue activa. Varias de estas organizaciones fueron creadas organizadas por los propios pineros, que las veían como símbolos de progreso y modernidad. En 1981, Los Pinos tenía un club social, una cooperativa de alimentos y otra de ahorro y préstamos fundada por los maestros de escuela de la comunidad; una asociación de ganaderos creada por los propietarios más prósperos; y otros clubes más pequeños y menos activos fomentados por agentes de órganos gubernamentales de desarrollo comunitario. La iglesia católica también fue muy activa en Los Pinos a lo largo de la década de 1970 y organizó varios grupos. Como en otras comunidades migrantes de la Sierra, las donaciones de migrantes ayudaron a construir la iglesia.

El club social también recibió el apoyo de migrantes. La finalización de la inmensa y moderna casa club hecha de cemento, en 1981, fue posible gracias a más de US\$5,000 en contribuciones de migrantes. Los restantes US\$3,000 necesarios para completar el edificio fue dado por el gobierno del presidente Antonio Guzmán, a quien los pineros (militantes del PRD) se lo habían solicitado durante un año electoral.

Algunos migrantes en Nueva York habían organizado una asociación caritativa para ayudar a los pobres en Los Pinos. Durante más de una década, esta asociación recolectó donaciones de pineros en Nueva York destinadas a estos hogares. Estas colectas se hacían cada Navidad y en casos de emergencia (pérdida del sostén de la familia, una enfermedad larga y

costosa, etc.). Los migrantes coordinaron la distribución de estas donaciones con pineros prominentes no migrantes, principalmente comerciantes y educadores. La asociación había sobrevivido a la continua rotación de personal cuando los líderes en Nueva York regresaron a la República Dominicana y algunos miembros pineros emigraron a Nueva York.

Se ha afirmado que los migrantes de retorno traen consigo un experiencias que infunden a sus comunidades nuevas ideas y habilidades de liderazgo. ¿Las experiencias de los migrantes retornados les permitieron a los pineros asumir puestos de responsabilidad dentro de las asociaciones? Con sus ingresos seguros procedentes de familiares en los Estados Unidos, ¿utilizaron el tiempo libre para abordar estas posiciones? En Los Pinos, los roles de liderazgo recaían en los mejor educados y, por lo tanto, más jóvenes de la comunidad. Casi todos eran maestros de escuela y trabajadores de la salud, miembros de la nueva clase media de la comunidad. La cooperativa de ahorro y préstamos, por ejemplo, fue fundada por maestros que copiaron el modelo de la cooperativa de maestros de la sede municipal. También organizaron la cooperativa de alimentos, a la que pertenecían los de ingresos medios. Los migrantes de retorno y los miembros de hogares migrantes, por el contrario, no desempeñaron un papel destacado ni como integrantes ni líderes de asociaciones. En 1981, solo un migrante de retorno ocupaba una posición de liderazgo. Se trataba de un joven maestro de secundaria, un migrante que había viajado a Nueva York para ahorrar lo suficiente y construir una nueva casa.

No hubo diferencias significativas de género con respecto a la membresía y el liderazgo de asociaciones voluntarias en Los Pinos. Con excepción de la asociación de ganaderos, las mujeres participaron activamente en todas las organizaciones. Esto se debió probablemente al papel destacado que desempeñaron los maestros en la formación y el funcionamiento continuo de estas asociaciones. En Los Pinos, hay tantas maestras como hombres, y promueven activamente nuevas ideas y el desarrollo comunitario. Al menos entre la generación más joven, la educación y la condición profesional parecen superar las limitaciones tradicionales a la participación de la mujer en asuntos fuera del ámbito doméstico. Como parecía ser lo usual en la República Dominicana (Rosado *et al.*, 1987), la experiencia de la ciudad y el paso eventual por la escuela llevaron a las mujeres rurales a cuestionar los roles y valores tradicionales.

La clase media de profesionales y semiprofesionales más jóvenes y mejor educados era la que estaba tomando el liderazgo organizado en Los Pinos. Y al parecer, en el contexto institucional de la comunidad y en el liderazgo, las habilidades que los migrantes adquirieron en las fábricas, hoteles y taxis de Nueva York no fueron tan relevantes como las obtenidas en las escuelas, universidades y centros urbanos de la república. Esto no debería sorprender. Como veremos, los migrantes más exitosos regresaron no a Los Pinos, sino a Santiago, y sus aportes se perdieron de manera permanente para la comunidad.

MIGRACIÓN DE RETORNO Y MOVILIDAD SOCIAL

Solo el 12 % de los migrantes pineros, o sea, 47 personas, regresaron a vivir en el país. Aunque no asumieron posiciones de liderazgo institucionalizado o informal en la comunidad, la condición social de algunos migrantes de retorno y miembros de hogares migrantes mejoró como consecuencia de la migración. Al menos en áreas rurales como Los Pinos, la posición social de los migrantes de retorno era de cristalizada. Si las características socioeconómicas de los migrantes antes de su migración eran diversas, como el capítulo 3 intentó mostrar, entonces es engañoso referirse a los migrantes de retorno y de los hogares migrantes como si constituyeran un grupo, cuando evidentemente no era el caso.

Los migrantes de retorno eran heterogéneos tanto en términos de sus experiencias en los Estados Unidos como de su situación después del regreso. El 40 % de los migrantes de retorno se establecieron en áreas urbanas, y solo el 60 % regresó a Los Pinos. Esta heterogeneidad deriva de su incorporación diferencial al mercado laboral estadounidense y de su éxito en la regularización de su estatus migratorio. La interacción de estas dos dimensiones había dado lugar a corrientes claramente detectables en el flujo de migrantes de retorno.

Una corriente estaba compuesta por aquellos pineros que lograron salir del sector secundario de bajos salarios de la economía estadounidense y establecer pequeños negocios en los barrios dominicanos de Nueva York y otras ciudades del noreste. Casi invariablemente los empresarios pineros eran extranjeros residentes legales en los Estados Unidos. Poseían bodegas

y tiendas de comestibles que almacenaban alimentos básicos dominicanos, así como una variedad de otros productos. Las bodegas eran empresas lucrativas, con ganancias que varían según el tamaño de la tienda, pero, en todos los casos que exploré, más de \$ 30,000 al año; o sea, más del doble de las ganancias anuales de un trabajador de fábrica. Al intentar descubrir por qué estos hombres habían podido convertirse en bodegueros, no encontré ningún patrón que los «preadaptara» a este tipo de actividad. Los bodegueros pineros no diferían de otros migrantes en términos de educación, edad o acceso a recursos en las comunidades de origen. Dos de los bodegueros no sabían leer ni escribir y dependían de sus compañeros para ayudarlos. En general, los pineros se convirtieron en pequeños empresarios porque un pariente o amigo cercano les había presentado la oportunidad de invertir en una bodega; oportunidad que se presentaba cuando algún propietario había decidido regresar para vivir el país. El negocio se les vendía a crédito, y el préstamo para el pago inicial a veces también se adelantaba. A pesar de los ingresos potencialmente altos, algunos pineros se negaron a comprar una bodega cuando se les hizo oferta. La razón principal era el temor al robo violento, el «joló», un riesgo laboral que asumía el bodeguero. Un Pinero fue asesinado y otro muy gravemente herido como resultado de tales ataques.

La rentabilidad de las bodegas y otras pequeñas empresas (restaurantes o fábricas de ropa) permitió a sus propietarios regresar a República Dominicana con ahorros que oscilaban entre US \$35,000 y \$80,000, mucho más voluminosos que los de otros tipos de migrantes. Estos empresarios preferían establecerse en las grandes ciudades, particularmente Santiago, pero también Santo Domingo.

En ellas, poseían y operaban tiendas de comestibles, cafeterías, agencias de viajes, gasolineras, negocios de cambio de dinero y camiones. Y, por supuesto, compraban casas. También readaptaban sus casas como locales para pequeñas empresas, que casi siempre eran dirigidas por mujeres migrantes de retorno. Las pequeñas empresas más populares eran las boutiques, en las que se vendía ropa y cosméticos traídos desde los Estados Unidos; salones de belleza con peluqueras que habían tomado cursos de peluquería en Nueva York; y pensiones, en las que se alquilaban habitaciones a estudiantes extranjeros (en su mayoría puertorriqueños) matriculados en la universidad privada de Santiago.

En las ciudades más grandes, se levantaron vecindarios nuevos para satisfacer la demanda de viviendas modernas por parte de los migrantes. Esta agrupación de la población migrante en una ciudad como Santiago, donde se ha estimado que aproximadamente una cuarta parte de los hogares tenían miembros migrantes o migrantes de retorno (Grasmuck, 1984b: 389), creó un entorno propicio para muchas empresas dirigidas por migrantes. Las agencias de viajes operadas por migrantes, por ejemplo, hicieron la mayor parte de su negocio vendiendo boletos de avión a Nueva York a otros migrantes. Los cambistas obviamente dependían en gran medida de los dólares repatriados por los migrantes para su sustento. Y los ingresos superiores de los hogares migrantes en las ciudades ayudaron a mantener las tiendas y boutiques en el mercado.

Numerosos pineros establecieron negocios exitosos en Santiago, pero esto no significaba que su dependencia de la migración internacional hubiera terminado al regresar a la patria. Pocos repatriados lograron superar la sensación de inseguridad. Esta incertidumbre surgió de una combinación de factores: la alarmante recesión que había sufrido la economía dominicana a principios de la década de 1980, el entorno político cada vez más incierto y las dificultades para mantener el estilo de vida de clase media al que aspiraban la mayoría de los retornados. La competencia cada vez mayor de las nuevas empresas de migrantes también era un problema grave. Por ejemplo, un pinero explicó que en 1971, cuando regresó a Santiago y estableció su agencia de viajes, solo había otras 7 agencias en la ciudad, pero ya en 1980, había más de 20. Obligado a cerrar después de nueve años por el aumento de la competencia, este migrante de retorno utilizó su visa de residencia en los Estados Unidos, que mantenía renovada, con la cual viajó a Miami a comprar zapatos para revender en Santiago.

Estos imprevistos aconsejaban a los pineros retornados a conservar sus visas y, por lo tanto, pasar al menos algún tiempo cada año en los Estados Unidos. Al igual que el expropietario de la agencia de viajes, los pineros retornados en Santiago viajaban a los Estados Unidos una o dos veces al año. Los esposos y las esposas rara vez viajaban juntos, se turnaban para cuidar a los niños y administrar el negocio familiar. Una vez en los Estados Unidos, trabajaban durante varias semanas o varios meses en un esfuerzo por cubrir los costos de renovación de la visa y complementar sus ingresos. Cuando era la esposa la que viajaba a los Estados Unidos, una pariente

de Los Pinos se mudaba a Santiago para cuidar del hogar y los niños. El siguiente ejemplo ilustra este patrón con mayor detalle y sugiere el grado en que los retornados continuaron dependiendo del sistema migratorio de los Estados Unidos.

Alfredo Fernández emigró a Nueva York en 1963 a la edad de 24 años. Después de probar varios empleos de bajos salarios en fábricas durante sus primeros meses en el país, encontró un trabajo como conserje en un gran hospital metropolitano, donde permaneció durante los siguientes ocho años. Después de dos años en Nueva York, se le unió su esposa, Olga, quien trabajó en una serie de fábricas hasta el nacimiento de su segundo hijo en 1969. Los gastos de una familia en crecimiento en Nueva York y las remesas que envió a sus padres en la República Dominicana impidieron que Alfredo pudiese ahorrar más de US\$4,000 durante sus primeros ocho años en los Estados Unidos. En 1971, utilizó estos ahorros como pago inicial y junto con su primo compró una bodega en Brooklyn al cuñado de este. Durante los siguientes tres años, Alfredo dirigió la bodega con su primo, trabajando doce y catorce horas al día. Cuando vendió su parte del negocio, sus ahorros y ganancias totalizaron aproximadamente \$35,000.

En 1974, once años después de que Alfredo emigrara, él y Olga regresaron a la República Dominicana. Con sus tres hijos nacidos en Estados Unidos se establecieron en uno de los nuevos y modernos barrios de migrantes de retorno en Santiago. Alfredo compró una camioneta y comenzó a comercializar gasolina embotellada y hacer entregas en el vecindario. Olga se quedó en casa y tomaba los pedidos de los clientes por teléfono. Estos eran en gran parte miembros de otros hogares migrantes. De hecho, residían en Los Pinos y en secciones vecinas del municipio, miembros de su red pre-migratoria con quienes había mantenido contacto en Nueva York, y también al regresar a la isla.

Alfredo y Olga vivieron una sólida existencia de clase media en Santiago y mantuvieron a su familia con el negocio de entrega de gas. No obstante el papel que desempeñó en el negocio, Olga dijo que no trabajaba. Empleó a una sirvienta para hacer las tareas domésticas. Sus hijos, como los de muchos migrantes de retorno, asistieron a clases de inglés en el Instituto Cultural Dominicano-Americano, donde la mayoría de los maestros eran jóvenes migrantes retornados bilingües. Alfredo, tanto como Olga habían mantenido sus visas de residencia renovadas. En realidad, no estaba claro si la fami-

lia habría podido mantener su estilo de vida si Olga no hubiera seguido emigrando a los Estados Unidos. Alfredo planteó que Olga viajó a los Estados Unidos para «renovar su visa» y, a diferencia de Alfredo, se quedó dos o tres meses durante cada visita. En los Estados Unidos, vivió con parientes que ya tenían un empleo esperándola. Aunque a Olga no le gustaba trabajar en una fábrica cuando vivía en Nueva York, dijo que disfrutó de estas breves visitas por la oportunidad de ver a amigos y familiares y cambiar su rutina. Con sus ganancias, compró la ropa de la familia y las necesidades domésticas para el año y trajo otros artículos, como ajuares y cosméticos en consignación para vender a vecinos, amigos y familiares. Olga afirmó que desde su regreso, «Alfredo no sabe lo que es comprar un par de zapatos para los niños, o una toalla para la casa». Si bien su movilidad geográfica puede parecer extrema, la situación de Alfredo y Olga era, de hecho, bastante típica de los migrantes de retorno pineros en Santiago y de los migrantes de retorno en general. En su muestra de 300 migrantes de retorno a Santo Domingo, Báez Evertsz y D'Oleo Ramírez (1986:41) encontraron que el 58 % conservaba su estatus de residente legal en los Estados Unidos, mientras que otro 19 % eran ciudadanos estadounidenses. Concluyen que la inestabilidad y el flujo son características fundamentales de la migración de retorno dominicana.

Los migrantes como Alfredo y Olga, que regresaron a las zonas urbanas, no jugaron un papel directo o significativo en la vida social de los pineros. Se hacían visitas ocasionales al campo en días festivos, pero en general participaban muy poco en las actividades sociales de esa comunidad. Irónicamente, los migrantes que aún viven en los Estados Unidos son miembros de organizaciones que pagan cuotas, pero ninguno de los migrantes de retorno urbanos pertenecía a una asociación pinera. La asociación caritativa de migrantes descrita anteriormente es un buen ejemplo. Esta asociación había sobrevivido a una continua rotación de personal, ya que los líderes en Nueva York regresaron a la República Dominicana, y los miembros pineros emigraron a Nueva York. Sin embargo, cuando los miembros regresaron a la ciudad para vivir, dejó de participar en esta y en otras actividades sociales organizadas en Los Pinos. Tal comportamiento reforzó la opinión generalizada de que «Nueva York cambia a la gente».

Mientras estaban en los Estados Unidos, la mayoría de los migrantes mantuvieron una fuerte lealtad a la comunidad. Mientras estaban de vacaciones en Los Pinos se esforzaron por evitar comportamientos que cau-

saran que los pineros los llamaran comparones o engreídos. La mayoría llegó cargada de regalos para amigos y familiares. Sin embargo, una vez que regresaron a vivir a Santiago o Santo Domingo, este patrón cambió. Los retornados se integraron en la vida social de clase media de la ciudad, enviando a sus hijos a escuelas privadas, uniéndose a clubes para hombres de negocios y asociándose con otros migrantes de retorno de estatus y aspiraciones similares. Las composiciones de sus redes cambiaron en consecuencia. Algunos incluso prefirieron enterrar a sus padres, que habían pasado toda su vida en Los Pinos, en el cementerio de clase media en Santiago, una práctica que fue muy criticada en la comunidad.

Los empresarios que acabamos de describir contrastaron con la segunda corriente de retorno pinera. Esta corriente estaba compuesta por aquellos que ingresaron a los Estados Unidos como migrantes indocumentados y no pudieron regularizar su estatus. Casi todos regresaron a Los Pinos para reanudar su antigua forma de vida y, sorprendentemente, ninguno fue detenido por el servicio de inmigración y naturalización de los Estados Unidos (aunque otros sí lo fueron en algún momento). Nostálgicos después de cuatro o cinco años lejos de sus familias y frustrados por sus repetidos y costosos fracasos para regularizarse, la mayoría se dio por vencida y regresó a casa. Muy pocos pineros permanecieron indocumentados por más de cinco años, o bien lograron regularizar su situación o regresaron al país. Los indocumentados que regresaron en la década de 1960 confiaban en volver a ingresar a los Estados Unidos, pero a principios de la década de 1970 la entrada de indocumentados se había vuelto cada vez más difícil y costosa, y no pudieron financiar una segunda migración.

Estos migrantes regresaron a Los Pinos e invirtieron los ahorros en casas, pequeñas tiendas, tierras y transporte público, pero pocos lograron mejorar su estatus económico o social de manera apreciable. Al cabo de un tiempo, algunos incluso se vieron obligados a vender estas inversiones para cubrir los gastos del hogar y, por lo tanto, terminaron en una posición social y económica similar a la que habían ocupado antes de emigrar.

Los migrantes discrecionales fueron la excepción a este patrón. También permanecieron indocumentados en los Estados Unidos, pero su migración tenía un objetivo de ahorro a corto plazo muy específico. Ya poseían cierto capital antes de la migración y viajaron a los Estados Unidos para incrementar ese capital necesario con el fin de expandir sus negocios

o granjas. A diferencia de los retornados descritos anteriormente, los migrantes de retorno discrecional de Los Pinos pudieron mejorar su posición económica y social, como lo revelaron las historias en el capítulo 3. En esta categoría de migrantes de retorno estaban tres comerciantes. Para 1980, sin embargo, el grave deterioro de la economía dominicana motivó a dos de estos retornados a emigrar una vez más.

La corriente final de migrantes de retorno estaba compuesta por aquellos migrantes documentados o que lograron regularizar su estatus en los Estados Unidos, pero se mantuvieron en el sector secundario de la economía, o tal vez en las áreas menos remunerativas de la empresa étnica, como la industria de «non-medallion» o «taxis gitanos» en Nueva York. Estos retornados tendían a establecerse en Los Pinos. Debe señalarse que la abrumadora mayoría de los migrantes con estas características todavía se encontraban en los Estados Unidos.

Estos migrantes se ajustaban más a la imagen de un migrante de retorno comúnmente sostenida en Los Pinos. Solían pasar diez años o más trabajando en una fábrica u hotel en los Estados Unidos, y su condición de documentados les permitía patrocinar la migración en cadena de cónyuges y al menos algunos hijos, todos o la mayoría de los cuales también trabajaban. Una vez con ahorros de entre US\$20,000 y US\$35,000, el migrante regresaba con su esposa para invertirlos en la comunidad. En este punto, la familia quedaba dividida, pues algunos hijos permanecieron en los Estados Unidos.

Alrededor de la mitad de estos migrantes de retorno estaban jubilados y recibían beneficios del seguro social, quizás algunos viajaron a los Estados Unidos a una edad ya avanzada, patrocinados por sus hijos adultos. Solo uno de ellos renunció a su tarjeta de residencia. Ninguno era ciudadano estadounidense, por lo que tenían que viajar cada año a los Estados Unidos para renovar su estatus. Los que alegaban la edad y problemas de enfermedad, solicitaban extensiones del consulado para permanecer en el país hasta dos años sin regresar. Los pineros reconocían y admiraban la seguridad económica de la que gozaban estos jubilados, que llevaban vidas circunscritas y participaban poco en los asuntos de la comunidad. Aunque su estatus social había mejorado, a ninguno, por ejemplo, se le decía «don», un título reservado para los mayores comerciantes y terratenientes de la ciudad y para los retornados más exitosos.

Los migrantes de retorno más jóvenes, por otro lado, se habían convertido en miembros activos y económicamente importantes de la comunidad. Invirtieron sus ahorros en los renglones habituales: tierra y ganado, bancas de lotería, camionetas y transporte público, pero también en una fábrica de pan de mandioca y talleres de muebles. El siguiente ejemplo, el de un retornado considerado por muchos pineros como exitoso, ilustra las recompensas del proceso de migración de retorno a Los Pinos. También sugiere que la migración de retorno rural es un fenómeno tan complejo como el retorno a las ciudades.

Venero Pérez era un vendedor de lotería y agricultor con cerca de 300 tareas de tierra. En 1966, la hermana de su madrastra, Idalia, residente en los Estados Unidos, acordó casarse con él «sin interés» (sin cargo) y traerlo a los Estados Unidos. Idalia hizo esto bajo la condición de que Venero patrocinara inmediatamente la migración de su padre (el cuñado de Idalia). A los dos años de su llegada a Nueva York, Venero había solicitado una visa para su padre, se divorció de Idalia y se casó con la mujer con la que había vivido en unión consensuada por más de diez años.

Tan pronto como Venero llegó a Nueva York, su primo le encontró un trabajo como conserje en un gran hotel de Manhattan. En él trabajó durante los siguientes doce años. Además, vendió números de la lotería dominicana a sus compañeros de trabajo hispanos y los fines de semana a familiares y amigos, algunos de los cuales habían sido sus clientes en Los Pinos. Después de acumular algunos ahorros, comenzó a hacer préstamos de alto interés a inmigrantes indocumentados para los costos de migración y para la fianza, si acaso resultaran detenidos.

A los siete años de su llegada a Nueva York, Venero había patrocinado la migración de su esposa, Sonia, y cinco de sus siete hijos. Incapaz de lograr la estabilidad laboral de la que disfrutaba Venero, Sonia trabajó en una sucesión de fábricas de prendas de vestir, en empleos no sindicalizados. Su hijo trabajó con Venero en el hotel, mientras que sus hijas lo hacían en fábricas al igual que la madre. Venero también fue responsable de la migración de diez de sus medios hermanos. Esto se debió a que el padre de Venero a su vez patrocinó la migración de sus hijos con la hermana de Idalia. Al principio, estos medios hermanos se alojaron en el gran apartamento de Venero en el Alto Manhattan. Con este, pudo cubrir el costo del alquiler durante su estadía completa en los Estados Unidos.

En 1977, con US\$25.000 ahorrados, Venero regresó a Los Pinos para vivir. Él destacó que su combinación de múltiples actividades generadoras de ingresos en Nueva York fue crucial para ahorrar lo suficiente y regresar, e insistió en que «cualquiera que regrese debe tener algo más allá de su trabajito». De vuelta en Los Pinos, mejoró su casa y compró 100 tareas adicionales de tierra que convirtió en pastos. También compró cincuenta cabezas de ganado mejorado. Además de estas inversiones, había establecido, estando aún en los Estados Unidos, cuatro pequeñas tiendas de comestibles en el pueblo y sus alrededores, que dejó en manos de unos pineros con quienes lo unía una relación de confianza. Ahora vivía en Los Pinos y administraba su rebaño a tiempo completo. Sin embargo, regresaba a los Estados Unidos cada año para renovar su visa. Su esposa se quedó la mitad del año trabajando en una fábrica de ropa porque ella y Venero querían solicitar visas de residencia para sus hijos más pequeños cuando alcanzan la edad laboral. Una vez que los hijos estuvieran en Nueva York, Sonia planeaba regresar a Los Pinos permanentemente.

La historia de Venero Pérez ejemplifica varias de las estrategias utilizadas por los migrantes para cumplir con sus objetivos de ahorro y retorno, a pesar de los bajos salarios ganados en los Estados Unidos y de las tasas de inflación cada vez más altas, especialmente en el mercado inmobiliario de Nueva York. Una estrategia común ya señalada era el patrocinio de otros miembros de la familia, cuyo aporte en trabajo podría aumentar el conjunto de ingresos familiares. Otra estaba relacionada con la capacidad única de los migrantes para aprovechar las oportunidades de inversión y los bajos costos laborales en la República Dominicana, incluso cuando todavía estaban en los Estados Unidos. Finalmente, la historia demuestra cómo los migrantes habían logrado replicar el patrón cultural de multiplicidad ocupacional en los Estados Unidos para complementar los ingresos de sus «trabajitos». Nueva York, con su próspera economía no estructurada y su gran concentración de compatriotas, les ha permitido utilizar a los pineros sus redes reconstituidas para crear una variedad de actividades suplementarias generadoras de ingresos. Al igual que Venero Pérez, los migrantes pueden vender boletos de lotería a compañeros de trabajo, alquilar habitaciones a familiares, conducir el taxi de un amigo por la noche, vender cosméticos a los vecinos, hornear pasteles para la venta, cuidar a los hijos de otros migrantes y hacer préstamos a posibles migrantes en Los Pinos, entre serie de otras actividades.

A través de la migración, Venero Pérez se había convertido en uno de los ganaderos más ricos de Los Pinos, aunque de ninguna manera el más rico. No hay duda de que había mejorado su posición económica en la comunidad. Sin embargo, el reconocimiento de la comunidad era ambivalente. Los más pobres lo habían comenzado a llamar «don Venero». Continuó socializando con las mismas personas que antes de migrar, sus hermanos, cuñados, vecinos y compadres. Pero su segunda unión de larga data con una mujer de bajo estatus social había afectado la forma en que la comunidad lo consideraba. Como él mismo y otros pineros reconocieron, no estaba claro, después de cuatro años, si Venero tendría éxito en sus empresas y podría permanecer de manera permanente en Los Pinos. Venero admitió que las remesas que enviaban sus hijos le proporcionaban seguridad para sus actividades económicas.

EL «SÍNDROME DEL MIGRANTE» EN LOS PINOS²⁰

Que dos quintas partes de los hogares pineros tuvieran al menos un miembro migrante significaba que casi todos en el pueblo tenían un vecino, amigo o pariente que residía en los Estados Unidos. A través de la correspondencia, los rumores, la presencia directa de migrantes en el pueblo durante las vacaciones y los videos caseros, casi todos los pineros estuvieron expuestos a las experiencias de los migrantes en Estados Unidos, y esto circuló ampliamente en la comunidad. Los pineros, que en sus vidas habían hecho solo unos pocos viajes a la capital, comenzaron a conocer sobre el bienestar, el tráfico de drogas y los hábitos de trabajo de otros grupos inmigrantes y étnicos en los Estados Unidos. La información sobre los salarios, el precio de los alimentos, los peligros de operar una bodega, los méritos relativos de trabajar en un hotel en lugar de una fábrica, y una variedad de otros aspectos de la vida laboral en Nueva York, se difundieron con creces por todo el pueblo. Los pineros tenían la tendencia a exagerar la cantidad de ahorros que los migrantes podían acumular en Nueva York. Los retornados rara vez hacían pública la cantidad que habían lo-

²⁰ El término La frase «síndrome del migrante» está tomada de los estudios de Joshua Reichert (1979, 1981) sobre el impacto de la migración laboral con destino a Estados Unidos en una comunidad rural mexicana.

grado ahorrar, pero la discrepancia entre lo que los retornados me dijeron que habían ahorrado (comparada con los historiales detallados de trabajo y salarios que obtuve de ellos) y las conjeturas hechas por los pineros era grande. Los pineros tenían una visión notablemente realista de la vida del migrante en Nueva York.

Este punto de vista se refleja en el siguiente merengue sobre Nueva York:

*Aquí la vida no vale
una guayaba podrida
si un tigre no te mata
te mata la factoría.*

(Sandy Reyes, Karen Records)

Muchos de los migrantes con los que conversé, reconocía que «aquí [en Nueva York] me dieron la oportunidad». Esta oportunidad fue trabajar muy duro en, como dijo un repatriado, «todos los trabajos sucios». Por lo tanto, los pineros tenían pocas certezas sobre qué condiciones encontrarían una vez que migraran. Un pinero, joven y robusto, por ejemplo, que estaba a punto de adquirir su visa de residencia, al conocer de sus hermanos lo difícil que era la vida en Nueva York, renunció a su trabajo en una fábrica de Santiago varios meses antes de emigrar y regresó a Los Pinos para descansar y reunir fuerzas. Esta falta de objetividad se ve en el comentario que me hizo una pinera en su primera visita a Los Pinos después de migrar: «Nueva York no es el infierno que me imaginaba».

Los pineros habían absorbido una serie de información objetiva (y ocasionalmente también desinformación) sobre la vida en los Estados Unidos. Pero la experiencia de la migración también había impregnado sus vidas y sus percepciones de otras maneras, a menudo sutiles. Se incluyeron palabras nuevas, así como nuevos significados para palabras antiguas. El uso de la palabra «viaje» es un buen ejemplo. Cuando no estaba marcada por el traslado a un destino, se refería inequívocamente a la migración estadounidense: «Ella está de viaje», «Él está haciendo viaje». El significado cambiaba especificando el destino: «Ella está de viaje a Santiago». Tanto los usos marcados como los sugeridos suelen connotar una estancia temporal. Las palabras en inglés se habían tomado prestadas para referentes fuera de la esfera normal de la experiencia pinera, como bienestar, dis-

capacidad y seguridad social. Otras palabras también habían entrado en el vocabulario local. Escuché a algunos pineros no migrantes referirse a las personas comprensivas como *nice* (pronunciada «nai», ya que la *s* final se elimina en el español dominicano) y a los hombres formidables como «muy jevi» (*heavy*).

Pero la influencia de la migración se extendió más allá del dominio de los préstamos lingüísticos. La migración parecía la preocupación central de los pineros, el tema diario e inagotable de discusión en los transportes hacia la ciudad y en las reuniones sociales en los mercados y bares. Esta abrumadora absorción del tema de la migración entre todos los grupos de edad de la comunidad resultaba llamativa. Cuando una maestra le preguntó a su clase de quinto grado qué harían con un millón de dólares, un niño de siete años respondió que compraría un avión e iría a Nueva York. En el funeral de una anciana, un individuo mayor que nunca había emigrado comparó a Dios con un Gran Cónsul que emite visas para la próxima vida: «La visa de Nena fue finalmente emitida por el Gran Cónsul. Esta es una visa que todos obtendremos. Un viaje que todos haremos».

Otro indicador de la preocupación de los pineros con la migración estadounidense fue el alto porcentaje de jefes de familia que expresaron su intención de migrar. A pesar de la falta de visión sobre las condiciones de vida y de trabajo en Nueva York, los migrantes y no migrantes en Los Pinos compartían una perspectiva positiva de ella, en especial de sus aspectos económicos y sus efectos en la comunidad. Un poco más de tres quintas partes (62 %) dijeron que querían migrar, y casi todos (97 %) que deseaban que los miembros de su familia también migraran. Como muestra la tabla 6.7, las principales razones que los jefes de familia alegaron como impedimento para emigrar fueron la vejez (24%) y la mala salud (25%).

Casi todos los sectores de la comunidad (excluyendo a los más pobres) consideraban la migración como un evento posible en sus vidas, aunque no necesariamente deseable. Como muestra la tabla 6.8, cuando se les preguntó por qué habían dicho que querían emigrar a los Estados Unidos, la mayoría de los jefes de familia no migrantes dijeron que lo deseaban «para mejorar su situación de vida». Citaban además el deseo de estar con sus familiares con mayor frecuencia. Aunque la educación se percibía en general como el medio más deseable para un buen empleo seguro y, por lo tanto, para la movilidad social ascendente, también se reconoció que no todos

los que se educaban podrían encontrar esos trabajos. Los que emigraron a los Estados Unidos, por el contrario, fueron percibidos como que tenían la misma oportunidad de trabajar, ahorrar y regresar. Ante la perspectiva de que la vida solo podía estancarse o empeorar, los pineros veían viendo la migración como una opción viable.

Tabla 6.7
Razones alegadas por las cabezas de familia para emigrar,
por condición migratoria del hogar

Razones	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
La salud no lo permite	18	36.0	4	10.3	22	24.7
Demasiado viejo/a para ir	10	20.0	11	28.2	21	23.6
No desea dejar a los niños o madre	12	24.0	7	18.0	19	21.4
No desea vivir en un país extranjero	6	12.0	7	18.0	13	14.6
No le gusta lo que han oído sobre los EE.UU.	2	4.0	6	15.4	8	9.0
Ya visitó y no le gustó	2	4.0	0	0	2	2.3
Le teme al viaje en avión	0	0	2	5.1	2	2.3
Le teme a la gente en EE.UU. 0	0	2	5.1	2	2.3	
Total	50	56.2	39	43.8	89	100.2^a

^a Debido al redondeo.

Tabla 6.8
Razones alegadas por los cabezas de familia para emigrar,
por condición migratoria del hogar

Razones	Migrante		No migrante		Total	
	N	%	N	%	N	%
Mejorar la situación de vida	9	20.0	62	60.8	71	48.3
Estar con el resto de la familia	19	42.2	6	5.9	25	17.0
Ganar más dinero	1	2.2	12	11.8	13	8.8
Educar a los niños	1	2.2	4	3.9	5	3.4
Ver los EE.UU.	3	6.7	6	5.9	9	6.1
Renovar la visa	7	15.6	0	0	7	4.7
La vida es más fácil en los EE.UU.	0	0	3	2.9	3	2.0
Ayudar a su cónyuge en los EE.UU.	2	4.7	0	0	2	1.4
Mejorar la salud	0	0	2	2.0	2	1.4
Construir una casa	0	0	2	2.0	2	1.4
Ayudar a la familia	1	2.2	2	2.0	3	2.0
Le gustan los estadounidenses	0	0	1	1.0	1	.7
Independencia de los recursos de los padres	0	0	2	2.0	2	1.4
Conseguir residencia para los hijos	2	4.4	0	0	2	1.4
Total	45	30.6	102	69.4	147	100

^a Los pineros que dieron respuestas similares como «para progresar», «por un futuro mejor», «para vivir una vida mejor», etc., se han incluido en esta categoría.

LAS CONSECUENCIAS DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL PARA LA ESTRUCTURA SOCIAL PINERA

Desde el inicio de la migración intensiva de Estados Unidos en 1961, la estructura social de Los Pinos había experimentado una diversificación considerable. A la vez, había algunas continuidades notables con el período premigratorio.

En la cima de la sociedad pinera, en términos de riqueza y prestigio, la élite mercantil había experimentado una notable estabilidad en los últimos años. En cierto sentido, se habían beneficiado del sistema de migración al proporcionar préstamos de bajo riesgo y alto interés a posibles migrantes. También de los mayores niveles de consumo que hacían posible las remesas de los migrantes a sus familias. Por otra parte, enfrentaban la competencia de las propias inversiones de los migrantes en préstamos usureros y en actividades comerciales. El auge del transporte promovido por los migrantes ya había alterado los patrones de compra, ayudado a debilitar la dependencia de los comerciantes locales de los pineros y socavado su antigua capacidad para fijar precios a niveles más altos que los de Santiago. El resultado neto de estos efectos compensatorios sobre la capacidad de los comerciantes para extraer beneficios fue una estabilización de este grupo. Las investigaciones revelaron que la mayor parte de su patrimonio se acumuló a mediados de la década de 1960, es decir, antes de que el proceso de migración tomara impulso. Desde entonces, la agresiva expansión de los comerciantes había sido controlada, y no habían comprado ni vendido una cantidad apreciable de tierra.

La élite mercantil era un grupo cuya orientación social en última instancia estaba fuera de la comunidad, aun cuando demostró estabilidad en Los Pinos. La familia de comerciantes más rica, por ejemplo, nunca se había unido al club social pinero. En cambio, continuó perteneciendo al club de su ciudad natal, a unos treinta kilómetros de Los Pinos, una ciudad que dejaron más cuarenta años atrás. Los hijos, por supuesto, dejaron Los Pinos hace años para establecerse como profesionales y empresarios en la ciudad. Los padres también planeaban retirarse a Santiago, donde estaban construyendo una casa en un barrio prestigioso.

La élite era un grupo envejecido. Los hijos, que habían encontrado nichos de clase media en las ciudades más grandes del país, no regresarían

a Los Pinos para asumir los negocios de sus familias. Por lo tanto, en el futuro, la élite mercantil sería reemplazada por algunos de los migrantes de retorno que habían tenido éxito en su búsqueda de actividades comerciales en Los Pinos. Durante el trabajo de campo, ningún hogar migrante o migrante de retorno había podido acumular el capital y llegar al estatus de la élite mercantil. Ninguno había logrado educar a tantos de sus hijos ni colocarlos en puestos privilegiados. Ninguno fue llamado «don» por la comunidad. Y ninguno había logrado crear redes con con tantos individuos prominentes y ricos en los centros urbanos del país.

Otra característica significativa de la estructura social pinera fue la expansión del número de hogares que caían dentro de los estratos medios. Muchos pineros vivían en lo que, en el contexto rural dominicano, podrían llamarse hogares de ingresos medios. Este sector se había incrementado como resultado de las remesas y del envío de bienes de consumo duraderos a los hogares migrantes. También por el aumento del número de empleados estatales relativamente bien remunerados (según los estándares locales) como consecuencia de las políticas nacionales. Los miembros más prominentes de esta categoría eran los maestros de escuela, quienes, junto con los miembros de hogares migrantes, se habían convertido en la vanguardia del consumo. Con sus modernas viviendas y comodidades, su estilo de vestir, sus preferencias recreativas y su mayor acceso a la educación para ellos y sus hijos, estos dos grupos fueron la fuerza impulsora de la modernización en Los Pinos. Pero los maestros fueron quienes tomaron la iniciativa en el intento de poner a la comunidad en línea con las tendencias urbanas y modernas.

Los maestros ya gozaban de un prestigio considerable. Los migrantes y sus familias, por su parte, estaban involucrados en competir entre ellos en términos de estatus dentro del orden social de Los Pinos. El consumo, especialmente de vivienda, alcanzaba nuevas alturas de sofisticación, era una táctica.

Un episodio en la fiesta anual del santo patrón de Los Pinos, San Gerónimo, mostró la intensidad de la competencia, centrada en que una joven ocupara la posición de reina de la fiesta o, al menos, de princesa. En el pasado, la fiesta del santo patrón era una celebración religiosa, ocasión para las peregrinaciones en las que los suplicantes pedían favores especiales a San Gerónimo. En años más recientes, la fiesta se había secularizado casi por completo. Cada vez más, se estaba convirtiendo en una fiesta para mi-

grantes. El sacerdote visitó Los Pinos para celebrar una misa especial, pero fueron las festividades seculares las que atrajeron a los migrantes de Nueva York y a la gente del campo circundante. Juegos competitivos, como escalar troncos engrasados y carreras de mulas, involucraron a jóvenes de hogares pobres para ganar las bolsas de comestibles otorgadas como premios.

Sin embargo, fue lo que atraía la mayor atención y asistencia era la elección de la reina, de su corte y su coronación en un baile de gala, en el que una banda de Santiago tocaba merengues hasta las altas horas de la noche. Dicha elección confería reconocimiento y estatus a las mujeres jóvenes, así como a toda su familia. Pero estas jóvenes no resultaban elegidas solo sobre la base de la apariencia y los atributos estéticos. Las candidatas competían vendiendo votos, y las personas compraban tantos votos como quisieran. El dinero recaudado de esta manera se utilizó, en 1980, para un proyecto comunitario específico: la finalización del Club Social. Cuatro de las cinco candidatas en ese año provenían de hogares migrantes y casi todos los hermanos de ambos padres de la quinta estaban en los Estados Unidos. Algunos migrantes gastaron cientos de dólares comprando votos con la esperanza de elegir a su hija, nieta o sobrina como reina.

No obstante estos intentos de aumentar el prestigio de los migrantes y de sus familias, aún persistía la condición ambivalente de muchos hogares de migrantes y migrantes de retorno. Su nivel de vida superior, la vivienda mejorada y el acceso a servicios y lujos domésticos eran admirados, sin lugar a dudas. Sin embargo, no disfrutaban del prestigio de los maestros y de la élite mercantil. Esto pudiera mejorar en el futuro, ya que los hijos de los migrantes se graduaron de las universidades y encontraron sus nichos de clase media en los centros urbanos, a menos que ellos también decidan migrar a medida que las oportunidades se contraían en los años venideros. Seis años después de su elección a la corte de San Gerónimo, por ejemplo, la reina y tres de sus cinco princesas habían emigrado a Nueva York, donde algunas trabajaban en fábricas. En cualquier caso, si los hijos de los migrantes logran la movilidad social, el destino no sería Los Pinos. Lo más probable es que tal mejora confiriera solo un prestigio reflejado en sus familias en el pueblo.

Desde que comenzó la migración intensiva, la cantidad de pineros sin tierra y casi sin tierra también había crecido. Pero al mismo tiempo que el acceso a la tierra para fines de subsistencia y comerciales se hizo cada vez más restringido, aparecieron oportunidades en los sectores de servicios,

comercial y artesanal. Mal remuneradas en su mayor parte, la mayoría de estas ocupaciones no eran a tiempo completo.

Sin embargo, estas alternativas permitieron que los hogares más pobres sobrevivieran y se reprodujeran. Los hijos de hogares sin tierra y casi sin tierra se habían convertido en carpinteros y albañiles a tiempo parcial, artesanos de sillas, vendedores ilegales de lotería, madereros de contrabando, conductores de transporte público y empleados de tiendas. Las hijas se hicieron empleadas domésticas y proveedoras de cuidado infantil para hogares más acomodados. Algunos habían emigrado a zonas urbanas donde se dedicaban a actividades similares. El tránsito hacia la ganadería y la inflación resultante de los valores de la tierra enajenaron los hogares más pobres de este recurso y disminuyeron la demanda de trabajadores agrícolas. De este modo, la sociedad pinera experimentó el crecimiento de oportunidades de empleo no agrícola, sobre todo en cuanto a los servicios y actividades comerciales del sector informal. Los patrones de inversión de los migrantes ayudaron a promover estas dos tendencias en la sociedad pinera. Sin embargo, sus determinantes fundamentales, como hemos visto, se encontraban fuera de la comunidad.

Es difícil imaginar en retrospectiva cómo habría sido la sociedad pinera si no hubiera habido un período de migración con destino a los Estados Unidos. Como sugiere el ejemplo de El Guano, Los Pinos probablemente no habría sido una comunidad autosuficiente (desde el punto de vista agrícola). La mayoría de los hogares con tierras medianas y grandes que se unieron a la corriente migratoria internacional sin duda habrían experimentado un declive económico a medida que las tierras familiares se dividían y disminuían los incentivos agrícolas del mercado estatal. Sus descendientes se habrían convertido en pequeños agricultores, enredados en una variedad de estrategias ocupacionales suplementarias, o en miembros a tiempo completo del sector informal de la comunidad (o de los de Santiago y Santo Domingo). En resumen, la migración estadounidense le había permitido a los hogares más acomodados mantener su posición social en la comunidad y, a la vez, mejorar su nivel de vida. Como también sugiere el caso de El Guano, las comunidades no atrapadas en la corriente migratoria internacional también experimentaron pérdida de población, dirigida hacia las zonas urbanas y rurales del país. En ausencia de la migración estadounidense, Los Pinos hubieran experimentado tasas mucho más altas de migración inter-

na. El ejemplo de El Guano mostró que la migración interna, al igual que la internacional, partió de los grupos de edad más productivos de la sociedad rural. Sin embargo, no generó un flujo apreciable de remesas.

La migración estadounidense había permitido a una parte de los hogares pineros mantener una especie de estabilidad dinámica. Los migrantes y sus familias no habían desplazado a las élites locales ni se habían deslizado hacia los sectores empobrecidos. Esta aparente falta de movilidad oscurece un punto importante que debe quedar claro: sin la migración, muchos habrían caído en la pobreza y perdido su posición en la sociedad. La migración potenció que los hogares preservaran su condición de nivel medio en el contexto de una economía nacional en deterioro, que había impactado con especial fuerza en el campo.

Debe enfatizarse que si la mayoría de los hogares migrantes continuaron ocupando las mismas posiciones sociales relativas en la comunidad, esto tenía un lado positivo y otro negativo. Los migrantes y muchos de sus familiares vivían, como dicen los dominicanos, con «un pie aquí y el otro allá». Tanto a través de sus redes sociales como de sus estrategias económicas, caminaron sobre dos piernas, una postura que les permitió cruzar y abarcar las fronteras internacionales y, en este proceso, articuló tanto a los migrantes como a los pineros con ideologías y estilos de vida de la metrópoli norteamericana. Pero la influencia estadounidense que había penetrado en toda la cultura popular y nacional dominicana a través de la migración, provocó también anomalías. Contrario al ideal de unión familiar, los hogares de los migrantes estaban divididos. Los migrantes solo estaban presentes intermitentemente en las comunidades de origen, y su regreso, incluso después de una década o dos en el extranjero, era incierto. Los retornados no eran menos anómalos: pocos renunciaron a sus visas de residencia, y la mayoría pasa parte de cada año trabajando en los Estados Unidos. No es extraño que la migrante de retorno pinera citada al inicio de este capítulo colocara a los migrantes en una categoría propia. Los ricos y los pobres en la República Dominicana tenían su característica distintiva. Pero incluso después de dos décadas, los migrantes seguían siendo un grupo en cambio constante: negociaban un estilo de vida transnacional (creado en parte por ellos mismos), mientras su futuro aún permanecía incierto.

CAPÍTULO 7

LOS PINOS EN EL CONTEXTO INTERCULTURAL

Al mismo tiempo que las fuerzas externas se imponían y transformaban el campo dominicano, los habitantes de Los Pinos utilizaron sus recursos culturales para montar una respuesta a estos procesos. Una vez que se eliminaron las restricciones estatales al movimiento internacional, un sistema de migración autorreclutado y autofinanciado, con sus propias instituciones y roles, evolucionó para ayudar a transportar a un gran número de mujeres y hombres fuera del sector rural en declive a las áreas salariales comparativamente más altas de la economía mundial, de manera abrumadora a Nueva York. Las restricciones impuestas por la geografía, al igual que por la ley de inmigración de los Estados Unidos, condicionaron los contornos de la corriente migratoria pinera. Sin embargo, cuando las disposiciones de la mencionada ley no coincidían con las expectativas culturales de los pineros, era desafiada y parcialmente manipulada por relaciones de parentesco, amistad, patrocinio y comunidad. Estas relaciones llegaron a traspasar las fronteras, articulando a Los Pinos y a Nueva York en un solo campo social transnacional. Con el tiempo, el sistema migratorio que idearon los pineros dio marcha atrás a la comunidad para ejercer un fuerte efecto recíproco en su vida social y económica. En este capítulo final, reviso y resumo varios de los cambios significativos con respecto al transcurso de la migración en Los Pinos, y los examino dentro del contexto de lo que conocemos sobre otras comunidades dominicanas de envío, la

nación en su conjunto, y los patrones prevalecientes en otras sociedades similares en lugares distintos.

REMESAS

En la literatura sobre migración internacional, se evidencia un grado mayor de acuerdo con respecto a la contribución de los ingresos repatriados de los migrantes en el nivel de vida de sus familiares en la sociedad de origen. En Los Pinos, las remesas anuales proporcionaron un tercio de los ingresos estimados de la comunidad. Las remesas se dirigieron principalmente a miembros de hogares migrantes. En unas tres cuartas partes de ellos, las cantidades recibidas impulsaron los ingresos a niveles iguales o superiores al salario mínimo nacional en 1981. Dado el progresivo estancamiento de la economía rural, es muy poco probable que estos hogares generaran ingresos que se acercaran incluso a los niveles mínimos.

La gran cantidad de remesas que fluyen a parte de los pineros no fue inusual para los hogares migrantes en la República Dominicana. En una muestra de 129 hogares que recibían remesas, el 60 % recibió un promedio de US\$115 por mes en 1985, y otro 33 % un promedio de US\$350 (Báez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986:445). El 18 % de una muestra de familias de Santiago recibían remesas regulares con un promedio de RD\$150 en 1980 (Grasmuck, 1985:155). En Los Pinos, algunos no migrantes también recibieron remesas, aunque en una escala mucho menor que los hogares migrantes. Los parientes que cuidaban de los hijos de los migrantes, las mujeres que estaban involucradas con migrantes casados y las mujeres separadas de los migrantes con hijos recibían sumas modestas de manera más o menos regular.

A nivel comunitario, la concentración relativamente grande de hogares con recepción regular de remesas, junto con las oportunidades de generación de ingresos creadas por los migrantes, dieron a Los Pinos una distribución de ingresos algo más equitativa que la de una comunidad con un bajo nivel de migración en su conjunto. En la ciudad migrante del Cibao, Licey, se había sugerido un modesto aumento de la equidad como resultado de las remesas, aunque el considerable flujo de retorno de migrantes emprendedores a esa ciudad pudo haber tenido el efecto contrario (Cas-

tro, 1985: 448). Se ha observado un impacto igualitario para India (Oberai y Singh, 1980), Pakistán (Burki, 1984; Gilani *et al.*, 1981, citado en Russell, 1986:688) y para algunas zonas de México (Cornelius, 1980:79). Otros estudios de comunidades emisoras mexicanas han reportado una desigualdad exacerbada como resultado directo de la migración (Reichert, 1979). Las diferencias en las características socioeconómicas preexistentes de los migrantes, la naturaleza de sus comunidades, la intensidad de la migración y de la migración de retorno, entre otros factores, complican la comparación y pueden tener efectos variables sobre la equidad entre las distintas zonas de origen. Esa variabilidad anula los intentos de determinar los efectos de la migración internacional *a priori* y más bien aboga por un análisis holístico de casos particulares.

A nivel nacional, existe el criterio generalizado de la importancia de las remesas como fuente de divisas y como medio de mejorar la balanza de pagos. La falta de estadísticas oficiales impide un cálculo preciso de la entrada total de remesas al país en su conjunto. Estimaciones cuidadosas situaron la cantidad entre US\$230,000,000 y US\$280,000,000 a mediados de la década de 1980 (Baez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986; Vega, 1987). Esta suma equivale al 10 % del PIB en 1984 y se acerca a los \$288,000,000 obtenidos del principal rubro de exportación, el azúcar. Las remesas representaron el 33 % del valor de las exportaciones y el 23 % del valor de las importaciones en 1984 (los valores de las importaciones y exportaciones son del Banco Mundial, 1986). A niveles tan altos, la contribución de las remesas a la balanza de pagos dominicana fue mayor que en algunas otras naciones emisoras importantes del Caribe, como Jamaica y Barbados (Hakim y Weintraub, 1985; Marshall, 1985b).

Que las remesas son uno de los principales beneficios derivados de la migración es una creencia que es sostenida no solo popularmente, sino también por muchos funcionarios gubernamentales. Debido a que se han convertido en el «mercado paralelo», las autoridades fiscales y monetarias pierden el control sobre la distribución de esta fuente de divisas entre las importaciones de bienes de consumo y de inversión (véase Stahl, 1982:875). En última instancia, los intereses privados deciden cómo se utilizarán las remesas. En la República Dominicana, no había políticas estatales explícitas para dirigir los patrones de asignación de remesas a objetivos de desarrollo específicos (Morrison y Sinkin, 1982).

Los estudios sobre el uso de remesas en la República Dominicana confirman el patrón encontrado en Los Pinos e insinúan que los migrantes en general tienden a guiarse por una «ética de subsistencia» al determinar cuánto enviar. En Los Pinos, menos de un tercio de los hogares migrantes informaron que les sobraba algo de dinero después de cubrir los gastos básicos. Entre los hogares migrantes encuestados por Báez Evertsz y D'Oleo Ramírez (1986: 45), los alimentos representaron el 63 % de los gastos de remesas y la educación alrededor del 20 %. Sumas relativamente grandes de ganancias se repatrian de vez en cuando. La mayoría de las veces, estas se gastan en vivienda.

La vivienda es la manifestación más visible del proyecto migrante: incluso mientras el migrante está físicamente ausente durante largos períodos, la casa sirve como una especie de marcador de lugar en la jerarquía social y económica de la comunidad. Para los que compran en áreas urbanas, las casas también son una forma segura y rentable de invertir ahorros en un entorno inflacionario. A nivel mundial, la vivienda es la inversión migrante por excelencia (Gmelch, 1980). En una encuesta de migrantes retornados turcos, por ejemplo, la compra de una casa o parcela para construir una casa constituyó el principal objetivo del ahorro (Paine, 1974: 118). En Puerto Príncipe, Haití, las inversiones de los migrantes han contribuido al auge inmobiliario en esa ciudad (Fass, 1978). Se han hecho observaciones similares en áreas tan diversas como el México rural (por ejemplo, Massey *et al.*, 1987), Hong Kong rural (Watson, 1975) y Pakistán (Burki, 1984). Las inversiones de los migrantes han ayudado a mejorar en cierta medida el grave cuello de botella de la vivienda en la República Dominicana. El enorme déficit de viviendas ha sido cubierto por el sector informal, que proporcionó alrededor del 85 % de las viviendas nuevas entre 1870 y 1980. Eran, sin embargo, de muy baja calidad (Tatis, 1985:26). La distribución dispar del ingreso en la República Dominicana impuso que solo una pequeña fracción de la población (alrededor del 15 %) calificara para préstamos de vivienda (p. 28). La crisis habitacional de ingresos medios se ha aliviado parcialmente por la disponibilidad de viviendas de migrantes que de otro modo estarían vacías durante años. El alquiler recibido contribuye a hacer frente a los pagos mensuales y esto hace que esta variante sea una forma atractiva de ingresos, en un contexto de escasas alternativas. La inflación también aumenta el atractivo de comprar una casa. De manera circular y

autorreforzada, la fuerte demanda de migrantes sin duda ha contribuido a la presión inflacionaria en el área de las viviendas.

EMPLEO

Una segunda cuestión importante y muy debatida es el impacto de la migración internacional en el empleo en la sociedad de origen. En Los Pinos, se vio que las inversiones de los migrantes crearon algunas oportunidades de empleo a tiempo completo, como conductores públicos, gerentes de tiendas y vendedores de lotería, y que la mayoría de estos trabajos fueron ocupados por los más pobres. Los migrantes también generaron una variedad de oportunidades a tiempo parcial que permitieron a los no migrantes complementar los ingresos familiares. Las vacantes surgidas por el éxodo de migrantes también abrieron opciones de empleo. La alta demanda efectiva de bienes y servicios por parte de los migrantes inyectó vitalidad a la economía pinera. Por otro lado, el desinterés de los migrantes por la agricultura contribuyó a la disminución de la demanda de trabajadores agrícolas. En general, se había producido un cambio, de la actividad productiva, al empleo en el sector informal, una tendencia con paralelismos nacionales.

Otras comunidades de envío en la República Dominicana nos proporcionan imágenes algo contrastantes. En el pueblo serrano de Juan Pablo, estudiado por Pessar (1982a), los migrantes no habían generado nuevas oportunidades de obtención de ingresos. La utilización de mano de obra asalariada en la agricultura había disminuido drásticamente, como resultado de la compra de ganado por parte de los migrantes y el abandono de la agricultura. El pueblo agrícola de Licey, estudiado por Castro (1985), experimentó un modesto aumento en el número de personas empleadas en los negocios establecidos por migrantes, aunque, como en Los Pinos, los salarios eran bajos. Los migrantes de Licey eran más propensos a cultivar su propia tierra que los no migrantes, y a contratar trabajadores agrícolas asalariados (Grasmuck, 1984b:392). Los Pinos mostraron algunas características que se encuentran en cada una de estas comunidades. La variación entre las comunidades se explica mejor por su diferente ecología, características de infraestructura y los roles regionales que desempeñan. Licey disfrutaba de los suelos fértiles del valle, el fácil acceso al mercado

de mano de obra y a los productos básicos de Santiago, y las ventajas de infraestructura que faltaban en Juan Pablo y Los Pinos (ver Castro, 1985). Estos dos últimos pueblos compartían una ecología precaria y deteriorada. Sin embargo, a diferencia de Juan Pablo, Los Pinos tenía electricidad y, con su mejor acceso a Santiago, estaba menos aislado. Además, la posición de Los Pinos como centro comercial y político-administrativo de sus zonas de influencia y, quizás aún más importante, su papel histórico como nodo en la red local de explotación habían hecho posibles las oportunidades de inversión en comercio, transporte y servicio.

¿Qué se puede decir del impacto de los migrantes en el empleo a nivel nacional? Este es uno de los problemas más graves a los que se enfrenta la República Dominicana. La mitad de la población se encuentra desempleada o subempleada, y en el clima económico las posibilidades de mejora parecen remotas. En 1980, la diferencia entre la población económicamente activa y el número de empleos era de 522,000. Para 1990, la diferencia casi se habría duplicado a 916,000 (Ramírez, Tatis y Germán, 1983, citado en Larson, 1987b: 84).

A largo plazo, la migración internacional puede desempeñar un papel indirecto en la reducción del desempleo a través de su efecto en la tasa de crecimiento de la población. En 1965, la República Dominicana tenía una de las tasas de crecimiento anual más altas del mundo: alrededor del 3.5 %. La intensidad de la caída, a 2.6 % en 1980, sorprendió incluso a los demógrafos (Ramírez, 1984:178). Si bien el aumento de las tasas de urbanización, los niveles más altos de educación y los programas de planificación familiar también influyeron, la fuerte participación de las mujeres en la corriente migratoria de los Estados Unidos constituye un elemento importante en la disminución de las tasas de natalidad a nivel nacional (de los Santos *et al.*, 1981), como lo fue en Los Pinos. Sin embargo, la disminución no ha sido tan aguda como en las pequeñas naciones caribeñas con altos niveles de migración (por ejemplo, Jamaica, Barbados), y la República Dominicana aún mantiene una alta tasa de aumento de la población.

Los sectores dominantes de la sociedad dominicana hoy en día consideran la migración como la principal solución al problema del desempleo (Cassá *et al.*, 1986:79; Morrison y Sinkin, 1982:824). Desafortunadamente, no se han realizado estudios sobre los efectos de la migración internacional en la fuerza laboral. Parece probable que varias consideraciones ten-

gan una percepción optimista, tan ampliamente aceptada. En primer lugar, está la magnitud del problema. En el mejor de los casos, la migración internacional solo puede proporcionar un modesto grado de alivio para cerca del 60 % de la población económicamente activa, desempleada o subempleada para 1990.

En segundo lugar, la migración de trabajadores altamente cualificados y profesionales tiene consecuencias que perjudicarían la disponibilidad de empleo a nivel nacional. Aunque el éxodo dominicano a los Estados Unidos no puede clasificarse como una fuga intelectual, sí implica una corriente de trabajadores altamente educados. Por ejemplo, Castro (1985:139) ha calculado que de 1969 a 1974, 5,125 dominicanos fueron admitidos en los Estados Unidos con la intención de trabajar en labores profesionales, gerenciales, administrativas o relacionadas. Este número fue equivalente a alrededor del 45 % de los egresados de las instituciones de educación superior durante ese período. En América Latina, sobre una base per cápita, solo Cuba envió más profesionales y gerentes a los Estados Unidos. Claramente, la migración ha drenado una proporción sustancial del sector profesional en el país.

Una parte de los empleados que ocupaban puestos calificados antes de la migración sería reemplazada por la amplia producción anual del sistema educativo dominicano. Este fue el caso de Los Pinos, donde, a pesar de una considerable fuga intelectual rural, los sustitutos de migrantes bien educados, como los maestros de escuela, eran abundantes y fáciles de encontrar. Pero en los centros urbanos la migración sin trabas de trabajadores calificados y experimentados podría haber creado un cuello de botella que actuaría como un freno a las inversiones que, a su vez, eran las que crearían nuevos puestos para trabajadores no calificados (Ver Stahl, 1982 para una perspectiva general y Ebiri, 1985 para el caso de Turquía). Tal ha sido la experiencia de otras naciones emisoras del Caribe, como Haití y Dominica (Pastor y Rogers, 1985:323). Los trabajadores con credenciales educacionales similares a las de los migrantes podrían encontrarse disponibles, su falta de experiencia podría obstaculizar críticamente esa inversión. En algunos trabajos, la migración ha creado una especie de puerta giratoria, a medida que los trabajadores con experiencia parten continuamente a los Estados Unidos, al mismo tiempo son reemplazados por recién llegados inexpertos y menos eficientes.

En general, las inversiones de los migrantes crearon pocas oportunidades de empleo a nivel nacional. La excepción más importante fue la vivienda. Estas inversiones contribuyeron a crear nuevas oportunidades de empleo no calificado y semicalificado en la industria de la construcción y sus oficios colaterales. Gracias a tales inversiones, la industria de la construcción, que floreció bajo Balaguer y se debilitó con la recesión económica, pudo recuperar parte de su impulso (Báez Evertsz y D'Oleo Ramírez, 1986:45; *cf.* Grasmuck, 1985:167). Concluido el periodo en que el gobierno dominicano prohibió la importación de ladrillos y cemento a finales de la década de 1970, la producción nacional de estos materiales de construcción se cuadruplicó (Tatis, 1985:24). El aumento de la demanda de estos materiales también creó, sin duda, puestos de trabajo para aquellos con pocas aptitudes formales.

La mayoría de las inversiones de los migrantes en negocios eran de pequeña escala, como en Los Pinos. No hacen más que proporcionar un medio de vida para el migrante de retorno y para un empleado ocasional o dos. En una comunidad pequeña como Los Pinos, estas inversiones podrían haber ejercido una influencia más intensa. Además, tanto a nivel local como nacional, las oportunidades que aparecen se sitúan abrumadoramente en el sector no estructurado. Muy pocas son de naturaleza productiva.

La costumbre de llevar maletas llenas de bienes de consumo cuando se visita el país, puede haber afectado el empleo nacional. El vigoroso comercio informal de importaciones inundó el mercado con ropa «estadounidense» de alta gama, entre otros artículos. Este tráfico logra eludir los canales oficiales y, por consiguiente, la carga de los impuestos de importación. La vulnerabilidad de las industrias nacionales aumentó por la competencia, lo cual impactó negativamente el empleo.

Quizás el efecto adverso más importante haya sido la percepción generalizada entre los sectores dominantes de la sociedad dominicana de que la migración es la principal solución al desempleo masivo. De hecho, una preocupación ha sido cómo aumentar la tasa de migración (Cassá *et al.*, 1986). Como Morrisson y Sinkin (1982:824) han observado, es posible que esta actitud «haya permitido al gobierno y a los intereses privados influyentes evitar reformas serias de política económica para fomentar una mayor generación de empleo en la República Dominicana».

AGRICULTURA

La agricultura en Los Pinos había experimentado un grave declive que coincidió con el ritmo acelerado de la migración. A principios de la década de 1970, la partida de un gran número de hombres originó el rápido desmoronamiento del sistema de intercambio de trabajo que había apuntalado el cultivo comercial que exigía numerosa mano de obra, el maní. Aunque la desaparición del sistema de junta fue un golpe, las razones del declive agrícola deben situarse en el funcionamiento de los mercados, las políticas estatales y una ecología local deteriorada. Frente a una batería de desincentivos a la agricultura, por un lado, y los incentivos estatales y de mercado a la cría de ganado, por el otro, los pineros con acceso a suficiente tierra respondieron cambiando sus patrones de uso, de cultivos de ciclo corto, a pastos permanentes para la cría de ganado. Los hogares migrantes, gracias a su mayor acceso a la tierra y al capital repatriado desde los Estados Unidos, se unieron a los grandes propietarios de tierras no migrantes para efectuar este cambio. Al abandonar el patrón de cultivo que producía veinticinco veces más pérdida de suelo que el pasto (Rocheleau, 1984:273), los migrantes y otros pineros aseguraron su capacidad de continua usando la tierra, al menos en el futuro cercano. Los pequeños propietarios, que no tenían esta opción, practicaban una forma extractiva de cultivo que podría destruir permanentemente sus tierras.

La productividad general de la ganadería era baja y había generado más que unos pocos empleos a tiempo parcial. Su naturaleza extensiva, junto con la fuerte demanda de tierras por parte de los migrantes, contribuyó a inflar el valor de la tierra en Los Pinos. El impacto neto fue el aumento de la desigualdad en la distribución de la tenencia de la tierra.

Un patrón similar se encontró en la comunidad migrante serrana de Juan Pablo (Pessar, 1982a). Los estudios de otras comunidades de envío dominicanas sugieren que tal disminución no siempre es un resultado inevitable de la migración. En Licey, los migrantes poseían más recursos para aprovechar las nuevas tecnologías y aumentar la producción en relación con los no migrantes (Castro, 1985:429). En otra comunidad migrante del Cibao estudiada por Bray (comunicación personal), la producción de cacao, el principal cultivo comercial, parecía haberse mantenido estable e incluso aumentado. El hecho de que el cacao fuera un cultivo cuyas demandas de

mano de obra podían satisfacerse con la oferta local era en parte responsable de mantener los niveles de producción. También fue importante el contexto de exportación del cultivo. No obstante estos ejemplos, el caso de Los Pinos y la información comparativa de otras regiones de origen sugieren que la consecuencia más probable de la migración para la producción agrícola fue su disminución.

La migración desde las zonas rurales suele ser una respuesta al deterioro de las condiciones agrarias, lo cual implica que la disminución es exacerbada posteriormente por la migración. Esto ha ocurrido en aquellas áreas de envío que dependen del cultivo de tierras ecológicamente marginales o agotadas. Quizás el caso más extremo sea el pueblo de San Tin, en la zona rural de Hong Kong. El colapso de los precios del arroz de baja calidad, que era la especialidad de ese pueblo, fue uno de los principales factores que impulsaron la migración a gran escala a Inglaterra en la década de 1960. Una vez que comenzó la migración, la agricultura en los campos de agua salobre que rodean el pueblo fue abandonada por completo. En última instancia, esto resultó en la deflación del valor de la tierra agrícola, una situación muy inusual en una comunidad internacional de envío (Watson, 1975).

Otro factor es la pérdida absoluta de mano de obra en áreas donde la migración es masiva. Cuando los niveles de migración alcanzan un umbral crítico, la producción agrícola puede reducirse drásticamente o simplemente abandonarse. Esto ocurre con mayor frecuencia en pequeñas sociedades de origen, como Nevis (Frucht, 1968), Omán y Yemen, donde la migración laboral ha llevado al deterioro de los sistemas de terrazas y riego, lo que a su vez intensificó aún más el declive agrícola (Birks y Sinclair, 1980:89-90; Richards y Martin, 1983). En otros casos, los cultivos que exigen cantidad de mano de obra pueden ser reemplazados por otros que requieren poca atención. En Sicilia, por ejemplo, la pérdida de población ha llevado a algunos hogares migrantes a sustituir la viticultura intensiva en mano de obra por el cultivo ocasional de trigo (Vivolo, 1984). En algunas partes de Yemen, el café ha sido reemplazado por el árbol qat, el cual es menos exigente (Birks y Sinclair, 1980:91).

En otras regiones de origen, en las que las mujeres son responsables de todas o algunas de las tareas agrícolas y las oportunidades de migración están abiertas principalmente a los hombres, los ingresos salariales

remitidos por los hijos y los esposos migrantes son una de las fuentes más importantes de capital agrícola. Tal es la situación en muchas partes de África (Meillassoux, 1981). En Lesotho, que ha experimentado una intensa emigración masculina a Sudáfrica a partir de las primeras décadas del siglo XX, el éxito de la agricultura depende del acceso a ingresos en efectivo, cuya principal fuente son las remesas de los migrantes (Murray, 1981; Spiegel, 1980). Las mujeres de Jamaica, por su parte, supervisan las operaciones agrícolas financiadas con las remesas de los migrantes que viajan estacionalmente a Florida para cortar la caña de azúcar (Griffith, 1985). En ninguno de los dos casos este tipo de inversión ha llevado a la innovación, el aumento de la productividad o el desarrollo agrario significativo. De hecho, como consecuencia de su incorporación al sistema económico sudafricano, Lesotho pasó de «granero a reserva de mano de obra», de exportador neto a importador neto de alimentos (Murray, 1981). Las remesas de los cortadores jamaíquinos permiten la reproducción de sus hogares y, en menor medida, de quienes los rodean, ya que la mayor demanda de mano de obra contratada crea algunas oportunidades de empleo para los hombres no migrantes. En general, las remesas han servido para mantener los niveles de producción, no para expandirlos.

La migración internacional está asociada con la disminución de la producción agrícola y en algunas zonas con su estabilización, pero hay casos en que los migrantes han actuado como innovadores y contribuido a la expansión. Portugal ofrece un ejemplo. En las ciudades costeras de su región del Algarve, el auge turístico en la década de 1970 creó una nueva demanda de frutas y verduras. Los migrantes respondieron comprando tierras a las élites locales que buscaban capital y plantaron árboles frutales. En respuesta a las demandas de los turistas, la producción de frutas y verduras se expandió a gran escala (Gregory y Pérez, 1985:253). Una situación similar es reportada por Baucic (1972:17) en Yugoslavia. Allí la demanda de los centros turísticos costeros llevó a los migrantes rurales de Dalmation a invertir sus ahorros en nuevas técnicas para cultivar frutas y verduras. En las comunidades rurales mexicanas estudiadas por Massey *et al.* (1987), los hogares migrantes tenían menos probabilidades de cultivar sus tierras que otros miembros de la comunidad.

Pero los hogares migrantes que cultivaban estaban situados en mejor posición para aprovechar las técnicas verdes subsidiadas por el Estado

para producir nuevos cultivos comerciales, como el sorgo. Estos hogares se caracterizaban por una mayor productividad que los hogares no migrantes, y una mayor tendencia a vender porciones más grandes de su producto en el mercado (pp. 247-249). Mientras más años de experiencia tenía una persona como migrante, más probable era que utilizara técnicas de producción modernas. Un hallazgo similar se reporta para las comunidades de migrantes en Illocos, Filipinas, donde una vez más fueron los migrantes los que tenían más tendencia a adoptar técnicas verdes para cultivar arroz (McArthur 1979).

El caso de Los Pinos y la revisión de investigaciones recientes sugieren la necesidad de dilucidar la multitud de relaciones que median entre la migración y la producción agrícola. Cuando las nuevas técnicas de producción, los nuevos mercados y/o las políticas estatales modifican los términos de intercambio desfavorables para el sector rural, los migrantes pueden participar en la expansión o incluso promover la innovación. Donde tales condiciones faltan y el deterioro de los recursos naturales no se detiene, lo más probable es que la agricultura disminuya, como lo ha hecho en Los Pinos. Este tipo de análisis comparativo es esencial para romper con la tauología que caracteriza a muchas evaluaciones del impacto de la migración en las comunidades rurales de origen: la mayoría son áreas de estancamiento agrario, que los migrantes abandonan debido a las barreras estructurales para un desarrollo significativo. Estas mismas barreras presentan obstáculos formidables para la inversión productiva de las remesas y del ahorro de los migrantes.

ROLES DE LA MUJER Y RELACIONES DE GÉNERO

En Los Pinos, la migración había hecho poco para desafiar los roles de género tradicionales. Más bien, los fortaleció de dos maneras. En primer lugar, cuando el marido se «portaba bien», es decir, enviaba remesas regularmente, el nivel de vida que disfrutaban sus hogares eliminaba la necesidad de que la mujer trabajara. De hecho, las mujeres que encabezaban hogares migrantes en Los Pinos tenían menos probabilidades de trabajar por un salario, en comparación con las mujeres no migrantes. No necesitar un trabajo remunerado era ya un signo de estatus. La seguridad de las

remesas sirvió para vincular y atar a estas mujeres al círculo doméstico de conformidad con las normas de conducta aceptadas. La pinera de mayor edad contaba, con satisfacción, que su reputación como propietaria se veía reforzada por ese comportamiento. En mujeres más jóvenes, tal confinamiento se convertía en una obligación irritante, respetada por temor al qué dirán. En segundo lugar, las remesas perpetuaron el predominio de los esposos en la toma de decisiones. Aun ausente, el hombre que cumplía con las remesas conservaba y reforzaba su posición como responsable principal dentro del hogar. Por lo tanto, la migración con destino a los Estados Unidos no fue una fuente de cambio en la estructura de los roles de género en Los Pinos. Por el contrario, reforzó las normas de conducta existentes que decretaban la subordinación de las mujeres dejadas atrás en la comunidad.

Conclusiones similares han derivado del estudio de varias regiones de origen. En las zonas rurales de Lesotho, las experiencias de las mujeres iban, desde la seguridad, hasta la vulnerabilidad extrema, en dependencia de la regularidad en que recibían las remesas. Cuando se cumplía, el equilibrio de autoridad se mantenía a favor del marido (Murray, 1981:159). Las mujeres chinas que quedaron en San Tin se sintieron más protegidas que las mujeres en comunidades no migrantes. Cuando sus maridos emigraban para abrir restaurantes o trabajar en los restaurantes de otros inmigrantes en Londres, estas mujeres rurales de Hong Kong se quedaban atrás con sus suegros, cuya vigilancia aseguraba que se comportaran de acuerdo con las reglas diseñadas para restringir sus contactos con hombres fuera del hogar (Watson, 1975:181). En las zonas rurales de Michoacán, México, las esposas jóvenes de los migrantes vivían en la casa de sus suegras, quienes recibían directamente las remesas de sus hijos (M. de Alarcón, 1983, citado en Wilson, 1985:1023). En Portugal, las esposas de los migrantes fueron un vehículo para mostrar éxito y movilidad social: «se visten tradicionalmente [de negro], se quedan en la casa, no trabajan la tierra, tejen y bordan, siguiendo las concepciones tradicionales de lo que parece apropiado» (Serra-Santana, 1984: 56).

Las mujeres pineras, a nivel comunitario, se beneficiaron menos que los hombres de las consecuencias económicas de la migración. Las oportunidades de trabajo mejor remuneradas creadas por la inversión de los migrantes favorecieron desproporcionadamente a los hombres. A las que

las mujeres accedieron eran simplemente extensiones mal remuneradas de sus funciones domésticas como amas de casa y proveedoras de cuidado infantil. Se dispone de poca información comparativa sobre este tema en otras comunidades de origen, pero la existente sugiere que estos patrones podrían encontrarse en otros lugares. En las zonas rurales del noroeste de Pakistán, por ejemplo, las mujeres empresarias se han convertido en las conductoras de furgonetas propiedad de migrantes, las cuales utilizan para comercializar productos en las zonas urbanas. Burki (1984) informa que la «revolución Suzuki» fue en gran parte el resultado de las políticas gubernamentales que permitieron a los migrantes enviar vehículos de regalo a sus familias. La movilidad de las furgonetas ha ayudado a limpiar la economía rural de graves cuellos de botella de comercialización y han aumentado los ingresos y la condición de algunas mujeres del campo.

LAS CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL

Por más de dos décadas, la creciente migración hacia Estados Unidos desde Los Pinos no había alterado la estructura social de la comunidad de manera fundamental. A partir de las décadas de 1940 y 1950, el aumento del comercio en la sociedad local impulsó a un grupo de comerciantes-usueros a la prosperidad económica y mejoró su posición social. Varias décadas más tarde, ya cerca de la jubilación, los mismos comerciantes siguieron siendo la élite de Los Pinos. Las remesas de los migrantes mantuvieron a un gran número de hogares en el sector de ingresos medios. El estilo de vida subsidiado de esos hogares los colocó dentro de la clase media, compuesta por empleados estatales y unos pocos comerciantes.

Aun cuando la migración incentivó niveles más altos de consumo, la posición social relativa cambió solo para unos pocos hogares. Con el tiempo, los criterios de jerarquía de la sociedad local incluyeron el tamaño de las propiedades, el acceso a ingresos en efectivo a través de salarios y las ganancias. Los migrantes procedían en gran medida de viviendas privilegiadas, con respecto al primer criterio, y, con posterioridad, pasaban al segundo, como consecuencia de la migración. Por lo tanto, la migración ha ayudado a estabilizar la posición social de los hogares migrantes. Quizás lo

más importante es que ha evitado la caída económica y social que habría sido inevitable para la mayoría. Esto no quiere decir que la movilidad social no haya ocurrido para algunos migrantes y sus familias. Ocurrió para aquellos empresarios que regresaron a las zonas urbanas del país. Para otros, la credencial de una educación universitaria para un hijo, financiada con las ganancias obtenidas en Estados Unidos prometía la movilidad intergeneracional. Pero, para la mayoría, la migración representaba una estrategia de espera en un entorno económico que se deterioraba rápidamente, un medio para evitar el empobrecimiento que afligía a la mayoría de los no migrantes.

El gran éxodo de pineros a los Estados Unidos no había llevado a la desorganización de la vida comunitaria. De hecho, la organización local de muchos tipos proliferó y floreció durante las últimas décadas del siglo XX. Los migrantes fundaron una asociación benéfica y organizaron campañas de recolección para proyectos específicos. Mas fue el creciente número de miembros mejor educados de la clase media de Los Pinos (particularmente sus maestros), no los migrantes y sus familias, quienes tomaron el liderazgo en estos emprendimientos.

Es una percepción generalizada en la República Dominicana que los migrantes han sido responsables de la introducción de prácticas socialmente indeseables. El consumo de drogas y el crimen son a menudo citados. Estos no ocurrían en Los Pinos y pueden que sí sucedieran en las zonas urbanas. Un efecto social más insidioso fue el aumento de la competitividad entre los pineros en términos de ostentación material, el síndrome de «mantenerse al día». A sus ojos la exhibición de viviendas mejoradas y ropa elegante se consideraba una indicación de que una familia estaba progresando. Este creciente consumo afirmó la pertenencia de hogares migrantes a la clase media local. Pero el progreso social logrado por la migración es por naturaleza un fenómeno individual, no colectivo, y tal vez se caracterice más acertadamente como conservador.

Otras comunidades de envío dominicanas sobre las que hay información difieren de Los Pinos en algunos aspectos. El estudio de Hendrick, a principios de 1974, de un pueblo cerca de Santiago sugirió un panorama socialmente disruptivo, ya que el liderazgo local fue drenado por la migración masiva que caracterizó a esa comunidad. En Licey, una ciudad más grande y urbanizada que Los Pinos, la migración parecía haber erosionado

los esfuerzos cooperativos locales. Además, la introducción del cristianismo evangélico por parte de los migrantes inyectó una ideología políticamente conservadora (Castro, 1985: 449-450).

Al mismo tiempo que la migración promueve las tendencias modernizadoras, en otras regiones favorece la continuidad de las estructuras tradicionales de la vida rural. Para los migrantes, la comunidad de origen representa el «hogar cultural» (Rhoades, 1978:143) y sigue siendo el marco social de referencia en el que se afirma el estatus y la movilidad. La comunidad es también un lugar de inversión económica y de seguridad, un hecho que además refuerza la participación del migrante en sus valores e instituciones. Los migrantes pueden incluso intentar recrear el ambiente de su juventud apoyando costosas celebraciones tradicionales, como había ocurrido en las zonas rurales de Hong Kong (Watson, 1975: 215). En otras comunidades, los migrantes tratan de garantizar la seguridad futura participando en instituciones culturales que verifican su pertenencia y activismo en la sociedad local. Los migrantes mixtecos en los Estados Unidos, por ejemplo, continúan sirviendo en el complejo religioso civil de su comunidad originaria y regresan para tomar parte en celebraciones. En una aparente paradoja, la migración masiva ha reforzado la capacidad de la comunidad para conservar su naturaleza «cerrada y corporativa» (Stuart y Kearney, 1981: 27). En el contexto de la migración laboral en el sur de África durante la década de 1950, participar en la sociedad tradicional y preservar sus valores integraban la estrategia de los migrantes para garantizar su seguridad social a largo plazo, situación afirmada y promovida por las políticas de las administraciones coloniales (Van Velsen, 1961). Frente a un cambio palpable, aunque solo sea «modernización sin desarrollo» (Schneider y Schneider, 1974), el efecto social de la migración internacional es conservador o, quizás más exactamente, preservador.

Un ejemplo en sentido contrario se presenta entre los inmigrantes andaluces, la mayoría de los cuales eran proletarios rurales y trabajadores ocasionales antes de salir de España. La experiencia en el extranjero les conformó una nueva conciencia social y política en relación con su tiempo y su trabajo. A su regreso, esta conciencia transformada se tradujo en la oposición electoral al partido centrista y el apoyo a los partidos de izquierda, a diferencia de otras regiones de España. Los migrantes de retorno también desempeñaron un papel destacado como líderes de los nuevos «sindica-

tos libres» en las zonas rurales. Este activismo está en marcado contraste con otras regiones de origen en las que predomina la agricultura campesina (Gregory y Pérez, 1985). Estas diferencias se hacen eco de los contrastes de principios de siglo entre las diferentes regiones de Italia, Eslovaquia y Transilvania. Las áreas en las que las relaciones capitalistas de producción estaban más avanzadas y la marcada polarización de clases se reflejaban en las bajas tasas de emigración a los Estados Unidos, pero altas en la participación en organizaciones agrícolas militantes. Para los campesinos de estas áreas, la emigración representaba una respuesta a las amenazas a su forma de vida y un medio para intentar preservarla (Barton, 1975: 29ff.).

MIGRACIÓN Y DESARROLLO

La migración desde la República Dominicana ha sido privada, fragmentada y, en términos sociopolíticos, espontánea. Las decisiones de inversión de los migrantes comparten estas características, por lo que es poco probable que representen un desafío para las estructuras sociales y económicas básicas de la sociedad, las mismas estructuras que ayudaron a promover la migración. La inmigración posterior a la Segunda Guerra Mundial introdujo la noción de que los migrantes podrían ser una fuerza promotora del desarrollo; idea que pudo haber sido útil para justificar ideológicamente la transferencia masiva de personas de las naciones periféricas a las capitalistas avanzadas. Sin embargo, después de la experiencia dejada durante varias décadas, tal noción ya no resulta sostenible. Como Reyneri y Mughini (1984:35) han señalado irónicamente, los migrantes se han comportado de manera racional, aunque no se puede decir lo mismo de los políticos economistas, que esperaban que ellos solos promovieran el desarrollo. Sin embargo, se ha vuelto cada vez más claro que la búsqueda de objetivos individuales y privados, sin importar cuán racionales sean, no es necesariamente congruente con objetivos sociales más amplios (Stahl, 1982: 870).

La República Dominicana, al igual que otras emisoras del mundo, no había hecho nada para canalizar los beneficios potenciales de la migración hacia direcciones más productivas y generadoras de empleo. Al carecer de iniciativa política, sin instituciones que proporcionaran orientación y asistencia, los migrantes tuvieron que valerse por sí mismos. Para decidir

cómo invertir su capital, una vez más acudieron a ese valioso recurso cultural que eran sus redes informales, a través de las cuales obtenían información, asesoramiento, asistencia y crédito. Tal como Penninx (1982: 802) señaló refiriéndose a los migrantes turcos, en lugar de la innovación, este patrón a menudo conduce a inversiones que imitan las decisiones exitosas tomadas por otros: el efecto «yo también», que resulta en una proliferación a veces contraproducente de ciertos tipos de pequeñas empresas, parte de las cuales fracasan inevitablemente.

A menudo se aduce un fuerte deseo de independencia o una preferencia por el trabajo por cuenta propia como la razón por la que los retornados invierten sus ahorros en tiendas, bares y cafeterías, a veces reiterativos y que hacen poca contribución productiva a la economía (Gmelch, 1980: 150; *cf.* Piore, 1979). El caso de Los Pinos sugiere que la propensión a tales inversiones también se deriva de la interacción de varios factores adicionales: las propias características de los migrantes, en particular los niveles modestos de educación y habilidades adquiridas antes de migrar; la naturaleza de su inserción en el mercado laboral de los Estados Unidos, que limitó las oportunidades de asimilar nuevas destrezas y conocimientos, y acumular ahorros sustanciales; la creciente importancia de las credenciales y las conexiones para asegurar empleos deseables en la República Dominicana; y las tendencias de la economía dominicana hacia el crecimiento de los servicios y la contracción de los sectores productivos. La debilidad de la base cognitiva, el tamaño moderado de los ahorros y la escasez de alternativas, invertir en una pequeña empresa era una de las pocas opciones que el migrante retornado tenía para alcanzar estatus y un ingreso superior al salario promedio de un trabajador o burócrata de bajo nivel (ver Castro, 1985). Por otra parte, el tamaño limitado de los ahorros de los migrantes no garantizaba que la empresa tuviera poco potencial para crear empleo.

Aun cuando este patrón es el más frecuente, hubo algunos migrantes que tenían un alto nivel educativo antes de partir; otros adquirieron valiosas habilidades y capacitación en los Estados Unidos, y algunos lograron acumular ahorros sustanciales con sus empresas. Sin embargo, el gobierno dominicano mantuvo una actitud pasiva con respecto a la migración de retorno. El resultado fue la falta de políticas sustantivas para atraer a los migrantes calificados y emprendedores, y ayudarlos a encontrar empleo y oportunidades de inversión generadoras de empleo. Las capacidades y el

capital de los que regresaron espontáneamente a la República Dominicana, fueron canalizados fácilmente por las instituciones sociales y económicas en direcciones menos que óptimas.

Desde el inicio de la emigración a gran escala hacia los Estados Unidos, el gobierno dominicano adoptó una postura de *laissez-faire* hacia el proceso. En tiempos de crisis, sin embargo, se hizo evidente que la migración se consideraba como una solución a los males sociales y económicos de la república. No se veía como parte de un problema. La aprobación de la Ley de Reforma y Control de Inmigración en 1986 desató preocupación por sus consecuencias. En particular la posibilidad de una repatriación masiva de dominicanos indocumentados, se puso de manifiesto en una serie de declaraciones de funcionarios de alto rango, incluida la del recién reelegido presidente, Joaquín Balaguer, al presidente Ronald Reagan. Esta visión de que la migración es un beneficio social absoluto constituye un obstáculo importante para el replanteamiento crítico que debe preceder al diseño de medidas destinadas a minimizar los costos de la migración y aumentar sus beneficios.

En el Caribe, al igual que en otras regiones de origen, se está reconociendo la necesidad de formular políticas nacionales que permitan, tanto a las personas como a sus sociedades, captar los beneficios potenciales del proceso migratorio (Pastor y Rogers, 1985; Chandavarkar, 1980; Richards y Martin, 1983; Birks y Sinclair, 1980). Debido a que la mayor parte de los dominicanos ingresan a los Estados Unidos bajo las disposiciones de reunificación familiar, existe la posibilidad de una planificación a largo plazo, ausente en otras naciones de origen que deben depender de inciertos programas de trabajadores temporales. No obstante la tendencia cada vez más excluyente de la política de inmigración de los Estados Unidos, la migración en cadena desde la República Dominicana continuará siendo bastante constante. No importa cuáles sean sus consecuencias, la migración es un hecho de la vida en la República Dominicana.

Los esfuerzos por aumentar los beneficios de la migración se verán limitados por el entorno de desarrollo más amplio. Las opciones son restringidas, sobre todo en medio de un clima de crisis económica. Esto hace más urgente la necesidad de capitalizar el proceso de migración. Para captar y amplificar los beneficios de manera sistemática, una estrategia migratoria debe ser parte integrante de la política global de desarrollo. Este estudio

sugiere que se deben formular políticas con el fin de alentar a los migrantes a invertir en tecnología agrícola, apropiada a las condiciones locales, y orientada a la producción de alimentos. En la República Dominicana, varios programas de desarrollo regional ya realizado acciones de investigación con el propósito de formular respuestas regionales específicas al estancamiento agrícola. En zonas de alta migración como la Sierra, se podrían diseñar proyectos que integraran explícitamente los conocimientos y la experiencia local, acumulados a lo largo del tiempo, con los activos materiales y humanos de los migrantes. La migración es reconocida como un proceso sobresaliente, pero los programas regionales no han incluido componentes específicos que aprovecharan los activos de los migrantes para obtener la mejor ventaja. Para optimizar las posibilidades de éxito, la planificación de tales componentes debe incluir la participación de los propios migrantes.

Las divisas generadas por los migrantes podrían aprovecharse mejor a nivel nacional si se les anima a fluir hacia instituciones que funcionan para promover el desarrollo. Pastor y Rogers (1985:334 y ss.) han explorado con cierto detalle la posibilidad de crear bancos de remesas nacionales o regionales. Estos bancos identificarían proyectos de inversión dirigidos al desarrollo que fueran productivos e involucraran mano de obra y que contribuyeran a la diversificación económica y a la equidad social. También servirían para atraer fondos de los Estados Unidos y de las instituciones internacionales. Dado el carácter transnacional del proceso migratorio, los esfuerzos para promover el desarrollo local pueden tener mayor impacto positivo si reciben apoyo bilateral y multilateral.

Resultan convenientes, además, las políticas para alentar el retorno de migrantes calificados y experimentados. La ideología del retorno es fuerte entre los migrantes. Como Pastor y Rogers (1985:332) han señalado, con suficientes incentivos, como empleos específicos y vivienda, es probable que algunos profesionales regresen. Se reconoce que es menos difícil y costoso retener a los nuevos graduados. Sin embargo, eso dependerá de los cambios en las políticas gubernamentales que, al mantener bajos los salarios, lo que hacen es fomentar la migración de los graduados.

El microcosmos de Los Pinos, tal como se describe en este libro, revela algunas de las trampas, así como de las posibilidades inherentes a la migración internacional. Esta migración es un proceso social que no se carac-

teriza en términos de suma cero. Los efectos interactúan de maneras complejas y pueden cambiar con el tiempo. Asignar un valor único al impacto de la migración dentro de las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales se complica aún más por la realidad de que la migración es solo una fuerza de cambio entre varias. El resultado de tales evaluaciones depende del lente político a través del cual el investigador considera el proceso migratorio. Marginar estas consideraciones puede oscurecer la comprensión matizada de los efectos de la migración, que es esencial para la formulación de políticas y no solo para lograr algún éxito. Dichas políticas deben incluir las voces de las mujeres y de los hombres cuyas propias esperanzas y deseos los han lanzado al modo de vida transnacional.

REFERENCIAS

- ABU-LUGHOD, J. (1982). *Review of International Migration and Development in the Arab Region*, by J.S. Birks and C. A. Sinclair. *Economic Development and Cultural Change* 30 (2):448-452.
- ADELMAN, I. and C. Morris (1973). *Economic Growth and Social Equity in Developing Countries*. Stanford University Press.
- ALBUQUERQUE, A. (1961). *Títulos de los terrenos comuneros de la República Dominicana*. Impresora Dominicana.
- ALLISON, P. (1978). Measures of Inequality. *American Sociological Review* 43 (6):865-880.
- AMERINGER, C. 1974. *The Democratic Left in Exile: The Anti Dictatorial Struggle in the Caribbean, 1945-1959*. University of Miami Press.
- AMIN, S. (Ed.) (1974). *Modern Migrations in Western Africa*. Oxford University Press.
- ANTONINI, G., K. Ewel and H. Tupper (1975). *Population and Energy: A Systems Analysis of Resource utilization in the Dominican Republic*. University of Florida Press.
- ARIZPE, L. (1982). Relay Migration and the Survival of the Peasant Household. In H. Safa (Ed.), *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*, pp. 19-46. Oxford University Press.
- ARRIGHI, G. (1973). Labor Supplies in Historical perspective: A study of the African Peasantry in Rhodesia. In G. Arrighi and J. Saul (Eds.), *Essays on the Political Economy of Africa*. New York: Monthly Review Press.

- BACH, R., and L. Schraml (1982). Migration, Crisis, and Theoretical Conflict. *International Migration Review* 6 (2):320-341.
- BAEZ Evertsz, F. and F. D'Oleo Ramirez (1986). *La emigración de dominicanos a Estados Unidos: determinantes socio-económicos y consecuencias*. Fundación Friedrich Ebert.
- BANCO Central (1962). Estadísticas económicas. República Dominicana.
- BARTON, J. (1975). *Peasants and Strangers: Italians, Rumanians, and Slovaks in an American City*. Harvard University Press.
- BAUCIC, I. (1972). *The Effect of Emigration from Yugoslavia and the Problems of Returning Emigrant Workers*. Nijhoff.
- BELL, I. (1981). *The Dominican Republic*. Westview Press.
- BENDEZÚ Alvarado, G. (1982). La realidad campesina dominicana y sus posibilidades de desarrollo. *Foro* 3:93-138.
- BENERÍA, L. and M. Roldán (1987). *The Crossroads of Class and Gender: Industrial Homework, Subcontracting, and Household Dynamics in Mexico City*. University of Chicago Press.
- BIRKS, J. and C. Sinclair (1980). *International Migration and Development in the Arab Region*. International Labour Office.
- BLACK, J. (1986). *The Dominican Republic: Politics and Development in an Unsovereign State*. Allen and Unwin.
- BOHNING, W. (1975). Some thoughts on Emigration from the Mediterranean Basin. *International Labor Review* 111 (3):251-277.
- BOIN, J. and Serullé, J. (1979). *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana, 1844-1930*, Vol. 1. Ediciones Gramil.
- (1980). *La explotación capitalista en la República Dominicana*. Ediciones Gramil.
- (1981). *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana, 1844-1930*, Vol. 2. Ediciones Gramil.
- BONÓ, P. (1968). *El Montero*. Julio D. Postigo & Sons.
- BOSCH, J. (1983). *Composición social dominicana: historia e interpretación*. Alfa y Omega.
- BRAY, D. (1983). «Dependency, Class Formation and the Creation of Caribbean Labor Reserves: Internal and International Migration in the Dominican Republic». Ph.D. dissertation, Brown University.

- BRAY, D. (1984). Economic Development: The Middle Class and International migration in the Dominican Republic. *International Migration Review* 18 (2):217-236.
- _____ (1987). The Dominican Exodus: Origins, Problems, Solutions. In B. Levine (Ed.), *Caribbean Exodus*. Praeger.
- BRETEL, C. (1986). *Men Who Migrate, Women Who Wait: Population and History in a Portuguese Parish*. University Press.
- BROWN, S. (1975). Love Unites Them and Hunger Separates Them: Poor Women in The Dominican Republic. In R. Rapp (Ed.), *Toward and Anthropology of Women*. Monthly Review Press.
- BURAWOY, M. (1976). The Functions and Reproduction of Migrant Labor: Comparative Material from Southern Africa and the United States. *American Journal of Sociology* 81:1050-87.
- BURKI, S. (1984). International Migration: Implications for Labor-Exporting Countries. *The Middle East Journal* 38 (4):668-684.
- CALDER, B. (1984). *The Impact of Intervention: The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924*. University of Texas Press.
- CASSÁ, R. (1979). *Modos de producción, clases sociales y luchas políticas (República Dominicana, Siglo XX)*. Alfa y Omega.
- _____ (1980). *Historia social y económica de la República Dominicana*, Vol. 2. Alfa y Omega.
- _____ (1982). *Capitalismo y dictadura*. Alfa y Omega.
- CASSÁ, R., D. Ortiz, R. González, y G. Rodríguez (1986). *Actualidad y perspectivas de la cuestión nacional en la República Dominicana*. Editora Búho.
- CASTELLS, M. (1975). Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism: The Western European Experience. *Politics and Society* 5 (1):33-66.
- CASTLES, S. and G. Kosack (1973). *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*. Oxford University Press.
- CASTRO, M. (1985). «Dominican Journey: Patterns, Context and Consequences of Migration from the Dominican Republic to the United States». Ph. D. dissertation, University of North Carolina at Chapel Hill.
- CHANDAVARKAR, A. (1980). Use of Migrants' Remittances in labor-Exporting Countries. *Finance and Development* 17 (2):36-39.

- CHENG, L. and E. Bonacich (Eds.) (1984). *Labor Immigration under Capitalism: Asian Immigrant Workers in the United States before World War II*. University of California Press.
- CHIBNIK, M. (1976). The Value of Subsistence Production. *Journal of Anthropological Research* 34 (4):561-576.
- CIPAF (Centro de Investigación para la Acción Femenina) (1985). *Paternidad responsable (un estudio sobre la ley 2402)*. Taller.
- COMITAS, L. (1973). Occupational Multiplicity in Rural Jamaica. In L. Comitas and D. Lowenthal, (Eds.), *Work and Family Life in the West Indies*, pp. 157-74. Anchor Press.
- CORNELIUS, W. (1976). *Mexican Migration to the US: The View from the Rural Sending Communities*. Migration and Development Study Group, Institute of Technology (MIT).
- (1980). Mexican Immigration: Causes and Consequences for Mexico. In R. Bryce-Laporte, D. Mortimer, and S. Couch (Eds.), *Sourcebook on The New Immigration; Implications for the US and the International Community*, pp. 69-84. Transactions Books.
- CRASSWELLER, R. (1966). *Trujillo: The Life and Times of a Caribbean Dictator*. Macmillan.
- CROUCH, L. (1979). «Desarrollo del capitalismo en el campo dominicano». Santo Domingo, manuscrito.
- DEERE, C. and A. de Janvry (1981). Demographic and Social Differentiation Northern Peruvian Peasants. *Journal of Peasant Studies* 8 (3):355-66.
- DEERE, C. and M. Leon de Leal (1981). Peasant Production. Proletarianization, and the Sexual Division of Labor in the Andes. *Signs* 7 (2):338-360.
- DEERE, C. and R. Wasserstrom (1980). *Ingreso familiar y trabajo no agrícola entre los pequeños productores de América Latina*. Turrialba.
- DE Janvry, A. (1981). *The Agrarian Question and Reformism in Latin America*. John Hopkins University Press.
- DEL Castillo, J. and W. Cordero (1980). *La economía dominicana durante el primer cuarto del siglo XX*. Fundación García Arévalo, Inc.
- DE los Santos, A., M. Holina, M. Montero, and D. Santos (1981). Tendencias demográficas y problemas socio-económicos en la República Dominicana. CONAPOFA, mimeograph.
- DÍAZ, M. (1987). La tensión crece entre ilegales criollos en Puerto Rico. *Ultima Hora*, May 5, p.17.

- DÍAZ Santana, M. and M. Murphy (1983). The 1982 National Elections in the Dominican Republic: A Sociological and Historical Interpretation. *Caribbean Occasional Series*, No. 3. Institute of Caribbean Studies.
- DORE y Cabral, C. (1979). *Problemas de la estructura agraria dominicana*. Ediciones de Taller.
- _____ (1981). *Reforma agraria y luchas sociales en la República Dominicana 1966-1978*. Editora Taller.
- DUARTE, I. (1980). *Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo*. CODIA.
- DUARTE, I. y F. Pou (1983). «Patrones características de fuerza de trabajo migratoria en la República Dominicana». Paper presented at the Seminar on Dominican Migration to the United States, Museo del Hombre Dominicano, April 28, 1983.
- EBIRI, K. (1985). Impact of Labor Migration on the Turkish Economy. In R. Rogers (Ed.), *Guests Come to Stay: The Effects of European Labor Migration on Sending and Receiving Societies*, pp. 207-229. Westview Press.
- EDWARDS, R., M. Reich, and D. Gordon (Eds.) (1975). *Labor Market Segmentation*. D.C. Health.
- EMMANUEL, A. (1972). *Unequal Exchange: A Study of the Imperialism of Trade*. Monthly Review Press.
- ENCARNACIÓN, S. (1982). La producción de alimentos y las posibilidades de abastecimiento de la agricultura dominicana. *Forum* 3:13-29.
- FASS, D. (1978). Port-au-Prince: Awakening to the Urban Crisis. In W. Cornelius and R. Kemper (Eds.), *Metropolitan Latin American Urban Research*, 6:155-180. Sage.
- FERGUSON, R. (1987). «When Do Classes Make History? A Perspective from the South Coast of Puerto Rico». Paper presented at the meetings of the American Ethnological Society, April 30 - May 3, San Antonio, Texas.
- _____ (1988). «Class Transformation in Puerto Rico». Ph. D. dissertation, Columbia University.
- FERNANDEZ-KELLY, M. (1985). Contemporary Production and the New International Division of Labor. In S. Sanderson (Ed.), *The Americas in the New International Division of Labor*, pp. 206-225.: Holmes & Meier.
- FITZPATRICK, J. and D. Gurak (1979). *Hispanic Intermarriage in New York City: 1975*. Hispanic Research Center, Fordham University. Monograph No. 2.
- FOOD and Agricultural Organization of the United Nations (1984). Migration and Rural Development. In *Population Distribution, Migration, and*

- Development: Proceedings of the Expert Group on Population Distribution.* International Conference on Population. United Nations.
- FRIEDLANDER, S. (1965). *Labor, Migration, and Economic Growth: A Case Study of Puerto Rico.* MIT Press.
- FRUCHT, R. (1968). Emigration, Remittances and Social Change: Aspects of the Social Field of Nevis, the West Indies. *Anthropologica*, n.s, 10 (2):193-209.
- GABB, W. (1881). On the Topography and Geology of Santo Domingo. *Transactions of the American Philosophical Society*, n.s., 15:49-260.
- GARRISON, V. and C. Weiss (1979). Dominican Family Networks and United States Immigration Policy: A Case Study. *International Migration Review* 13 (2):264-283.
- GEERTZ, C. (1963). *Peddlers and Princes: Social Development and Economic Change in Two Indonesian Towns.* University of Chicago Press.
- GEFFROY, J. (1975). «Political Leadership and Factionalism in a Dominican Municipio». Ph. D. dissertation, University of New Mexico.
- GEORGES, E. (1984). *Ethnic Associations and the Integration of New immigrants: Dominicans in New York City.* Occasional Paper No. 41, New York Research Program in Inter-American Affairs.
- GLEIJESES, P. (1978). *The Dominican Crisis: The 1965 Constitutionalist Revolt and American Intervention.* John Hopkins Universitypress.
- GMELCH, G. (1980). Return migration. *Annual Review of Anthropology*, B. Siegal (Ed.), 9:135-59. Annual Reviews.
- GOMEZ, L. (1979). *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana, 1987-1975.* Alfa y Omega.
- GONZALEZ, N. (1961). Family Organization in Five Types of Migratory Wage Labor, *American Anthropologist* 63 (6):1264-80.
- (1970). Peasants' Progress: Dominicans in New York. *Caribbean Studies* 10:154-171.
- (1973). Patterns of Dominican Ethnicity. In J. Bennet (Ed.),- *The New Ethnicity: Perspectives from Ethnology.* Seattle: Proceedings of the American Ethnological Society.
- (1976). Multiple Migratory Experiences of the Dominican Worker. *Anthropological Quarterly* 49 (1):36-44.
- GRASMUCK, S. (1982a). Migration within the Periphery: Haitian Labor in the Dominican Sugar and Coffee Industries. *International Migration Review* 16 (2):365-77.

- GRASMUCK, S. (1982b). *The Impact of Emigration on National Development: Three Sending Communities in the Dominican Republic*. Occasional Paper No. 33, New York Research Program in Inter-American Affairs.
- (1984a). Immigration, Ethnic Stratification and Native Working Class Discipline: Comparisons of Documented and Undocumented Dominicans. *International Migration Review* 18 (3):692-713.
- (1984b). The Impact of Emigration on National Development: Three Sending Communities in the Dominican Republic. *Development and Change* 15:381-403.
- (1985). The Consequences of Dominican Urban Outmigration for National Development: The Case of Santiago. In S. Sander-son (Ed.), *The Americas in the New International Division of Labor*, pp. 145-76. Holmes & Meier.
- GRAVES, N and T. Graves (1974). Adaptive Strategies in Urban migration. In B. Siegal (Ed.), *Annual Review of Anthropology*, 3:117-151. Annual Reviews.
- GREGORY, D. and J. Pérez (1985). Intra-European Migration and Regional Development: Spain and Portugal. In R. Rogers (Ed.), *Guests Come to Stay: The Effects of European Labor Migration on Sending and Receiving Societies*, pp. 231-61. Westview Press.
- GRIFFIN, K. (1976). On the Emigration of the Peasantry. *World Development* 4:353-361.
- GRIFFITH, D. (1985). Women, Remittances and Reproduction. *American Ethnologist* 12 (4):676-690.
- GUDERMAN, S. (1978). *The Demise of a Rural Economy: From Subsistence to Capitalism in a Latin American Village*. Routledge & Kegan Paul.
- GURAK, D. (1982). Immigration History: Cubans, Dominicans, and Puerto Ricans. In *Hispanics in New York: Religious Cultural and Social Experiences*, 2:95-129, Office of Pastoral Research, Archdiocese of New York.
- (1987). Family Formation and Marital Selectivity among Colombian and Dominican Immigrants in New York City. *International Migration Review* 21 (2): 275-297.
- GURAK, D. and M. Kritz (1982). Dominican and Colombian Women in New York City: Household Structure and Employment Patterns. *Migration Today* 10:14-21.
- GUYER, J. (1981). Household and Community in African Studies. *African Studies Review* 14 (2 and 3):87-137.

- HAKIM, P. and S. Weintraub (1985). Economic Developments, US Economic Policy, and Migration: Establishing the Connections in the Caribbean. In R. Pastor (Ed.), *Migration and Development in the Caribbean: The Unexplored Connection*, pp. 371-394. Westview Press.
- HART, K. (1973). Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana. *Journal of Modern African Studies* 11:61-89.
- HENDRICKS, G. (1974). *Dominican Diaspora: From the Dominican Republic to New York City – Villagers in Transition*. Teachers College Press.
- HERMAN, E. and F. Brodhead (1984). *Demonstration Elections: U.S.-Staged Elections in the Dominican Republic, Viet Nam and El Salvador*. South End Press.
- HOETINK, H. (1982). *The Dominican People: 1850-1900*. John Hopkins University Press.
- HOUSTON, M., R. Kramer, and J. Barrett (1984). Female Predominance in immigration to the U.S. since 1930: A First Look. *International Migration Review* 18(4):908-963.
- HUME, I. (1973). Migrant Workers in Europe. *Finance and Development* 10 (1):2-6. Immigration and Naturalization Service (INS). 1966-1981. Statistical Abstracts. G.P.O.
- (1961-1980). Annual Reports. Washington, D.C.: G.P.O.
- (1989). Provisional Legalization Application Statistics, May 12. Statistical Analysis Branch, Office of Plans and Analysis. Mimeograph.
- INSTITUTO Agrario Dominicano (IAD) (1963). *Bienes e inversiones de Trujillo, esposa y hijos*. Santo Domingo.
- INTERNATIONAL Labor Organizations (ILO) (1974). *Generation of Employment in the Dominican Republic*. Geneva.
- JONES, R. (1984). Introduction. In R. Jones (Ed.), *Patterns of Undocumented Migration: Mexico and the United States*, pp. 1-12. Rowman and Allenheld.
- JUSTO Duarte, A. (1979). *Las luchas de clases en República Dominicana*. Tomo I. Alfa y Omega.
- KAYAL, P. (1978). The Dominicans in New York, Part 1. *Migration Today* 6:11-15.
- KEARNEY, M. (1986). From the Invisible Hand to the Visible Feet: Anthropological Studies of Migration and Development. In B. Seigal (Ed.), *Annual Review of Anthropology*, 15:331-361. Annual Reviews.
- KIM, I. (1981). *New Urban Immigrants: The Korean Community in New York*. Princeton University Press.

- KING, R., J. Mortimer, A. Strachan, and M. Viganola (1985). Back to Bernalda: The Dynamics of Return Migration to a South Italian Agro-Town. In G. Van der Knapp and P. White (Eds.), *Contemporary Studies of Migration*, pp. 155-171. Geo Books.
- KOCH, J. (1987). The Income of Recent Immigrants: A look at Ethnic Differences. *Social Science Quarterly* 68 (2):294-310.
- KRITZ, M., and D. Gurak (1983). «Kinship Networks and the Settlement Process: Dominican and Colombian Immigrants in New York City». Manuscript.
- KRYZANEK, T. (1979). Diversion, Subversion, and Repression: The Strategies of Anti-Regime Politics in Balaguer's Dominican Republic. *Caribbean Studies* 19 (1 and 2):83-103.
- LARSON, E. (1987a). Patterns of Labor Absorption by Occupation in the Dominican Republic. *International Journal of Sociology and Social Policy* 7(4):67-77.
- _____ (1987b). «International Migration and the Labor Force: A Study of Members of Migrant Households versus Members of Domestic Households in the Dominican Republic». Ph.D. dissertation, University of Texas at Austin.
- LARSON, E., and W. Optiz (1988). «Sex Ratio-Based Estimates of Emigration from the Dominican Republic». Paper presented at the Conference on Dominican Migration to the United States, sponsored by the Fundación Friedrich Ebert and the Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, March 21-23, Santo Domingo.
- LARSON, E., and T. Sullivan (1987). «Conventional Numbers» in Migration Research: The Case of the Missing Dominicans. *International Migration Review* 21(4):1474-1497.
- LIPTON, M. (1980). Migration from Rural Areas of Poor Countries: The Impact on Rural Productivity and Income Distribution, *World Development* 8:1-24.
- LOMNITZ, L. (1977). *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*. Academic Press.
- LONG, N. and B. Roberts (1984). *Miners, Peasants, and Entrepreneurs: Regional Development in the Central Highlands of Peru*. Cambridge University Press.
- LOWENTHAL, D. (1972). *West Indies Societies*. Oxford University Press.
- LOWENTHAL, D. and I. Comitas (1962). Emigration and Depopulation: Some Neglected Aspects of Population Geography. *Geographical Review* 3:195-210.
- LOZANO, W. (1985). *El reformismo dependiente*. Editora Taller.

- LOZANO, W. (1987). *Desempleo estructural, dinámica económica y fragmentación de los mercados de trabajo urbanos: el caso dominicano. Documento Base*. Fundación Friedrich Ebert.
- MANGIN, W. (1967). Latin American Squatter Settlements: A Problem and a Solution. *Latin American Research Review* 2:65-98.
- MARSHALL, D. (1985a). International Migration as Circulation: Haitian Movement to the Bahamas. In R. Prothero and M. Chapman (Eds.), *Circulation in Third World Countries*, pp. 226-240. Routledge & Kegan Paul.
- _____ (1985b). Migration and Development in the Eastern Caribbean. In R. Pastor (Ed.), *Migration and Development in the Caribbean; The Unexplored Connection*, pp. 91-116. Westview Press.
- MARTIN, J. (1966). *Overtaken by Events: From the Death of Trujillo to the Civil War*. Doubleday.
- MARX, E. (1986). Migration and the Labor Market. *Anthropology Today* 2 (6):17-19.
- MASSEY, D., R. Alarcon, J. Durand, and H. Gonzalez (1987). *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*. University of California Press.
- MCARTHUR, J. (1979). The Effects of Overseas Work on Return Migrants and Their Home Communities: A Philippine Case. *Papers in Anthropology* 20:85-104.
- MEILLASSOUX, C. (1972). From Reproduction to Production. *Economy and Society* 1:93-105.
- _____ (1981). *Maidens, Meal and Money: Capitalism and the Domestic Community*. Cambridge University Press.
- MIES, M. (1982). The Dynamics of the Sexual Division of Labor and Integration of Rural Women into the World Market. In L. Benería (Ed.), *Women and Development: The Sexual Division of Labor in Rural Societies*, pp. 1-28. Praeger.
- MINES, R. (1984). Network Migration and Mexican Rural Development: A Case Study. In R. Jones (Ed.), *Patterns of Undocumented Migration; Mexico and the United States*, pp. 136-55. Rowman and Allenheld.
- MONES, B. et al. (1987). Proletarización femenina y el limitado mercado laboral agrícola. In F. Pou et al. (Eds.), *La mujer rural dominicana*, pp. 169-194. CIPAF.
- MONTERO, V. (1979). *Diseño de un sistema de manejo agroforestal para el plan Sierra; República Dominicana*. Center for Latin American Studies, University of Florida.

- MOROKVASIC, M. (1984). Birds of Passage are also Women. *International Migration Review* 18 (4):886-907.
- MORRISON, T. and R. Sinkin (1982). International Migration in the Dominican Republic: Implications for Development Planning. *International Migration Review* 16 (4):819-836.
- MOSER, C. (1978). Informal Sector of Petty Commodity Production. *World Development* 6 (9/10):1041-1064.
- MOYA PONS, F. (1980). *Manual de historia dominicana*, 5th Ed. Universidad Católica Madre y Maestra.
- MURPHY, M. (1987). The International Monetary Fund and Crisis in the Dominican Republic. In R. Tardanico (Ed.), *Crisis in the Caribbean Basin*, pp. 241-259. Sage.
- MURRAY, C. 1981. *Families Divided: The Impact of Migrant Labor in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- NACLA (North American Congress on Latin America) (1975). *Fruits of the Invasion: U.S. Interests in the Dominican Republic Ten Years Later*. New York.
- NASH, J. (1981). Ethnographic Aspects of the World Capitalist System. In B. Siegal (Ed.), *Annual Review of Anthropology*, 10:393-423. Annual Reviews.
- NEVADOMSKY, J. (1983). Economic Organization, Social Mobility and Changing Social Status among East Indians in Rural Trinidad. *Ethnology* 22 (1):63-79.
- NIKOLINAKOS, M. (1975). Notes towards a General Theory of Migration in Late Capitalism. *Race and Class* 17:5-17.
- OBERAI, A. and H. Singh (1980). Migration, Remittances and rural Development: Findings of a Case Study in the Indian Punjab. *International Labor Review* 119 (2):229-241.
- ONAPLAN (Oficina Nacional de Planificación) (1978). *Indicadores Básicos*. Santo Domingo.
- (1980a). *Participación de la mano de obra haitiana en el mercado laboral: el caso de la caña y el café*. Santo Domingo.
- (1980b). *Hacia una política del empleo en la República Dominicana*. Editora del Caribe.
- ONAPLAN-ONE (Oficina Nacional de Planificación y Oficina Nacional de Estadística) (1981). *La situación del empleo en Santo Domingo y Santiago en noviembre de 1979*. Oficina Nacional de Planificación.

- ORLANSKY, D. and S. Dubrovsky (1978). *The Effects of Rural-Urban Migration on Women's Role and Status in Latin America*. UNESCO.
- ORTIZ Fernández, F. (1947). *Cuban Counterpoint; Tobacco and Sugar*. Knopf.
- PAINE, S. (1974). *Exporting Workers: The Turkish Case*. Cambridge University Press.
- PASTOR, R., and R. Rogers (1985). Using Migration to Enhance Economic Development in the Caribbean: Three Sets of proposals. In R. Pastor (Ed.), *Migration and Development in the Caribbean: The Unexplored Connection*, pp. 321-347. Westview Press.
- PENNINX, R. (1982). A Critical Review of Theory and Practice: The Case of Turkey. *International Migration Review* 16 (4):781-818.
- PÉREZ, G. (1981). «The Legal and Illegal Dominican in New York City». Paper presented at the Conference on Hispanic Migration to New York City: Global trends and Neighborhood Change. The New York Research Program in Inter-American Affairs at New York University, December 4.
- PÉREZ, J. (1972). *Geografía y sociedad*. Editora del Caribe.
- PERLMAN, J. (1976). *The Myth of Marginality: Urban Poverty and Politics in Rio de Janeiro*. University of California Press.
- PESSAR, P. (1982a). The Role of Households in International Migration and the case of U.S.-bound Migration from the Dominican Republic. *International Migration Review* 16 (2):342-364.
- (1982b). *Kinship Relations of production in the Migration process: The Case of Dominican Emigration to the United States*. The New York Research Program in Inter- American Affairs at New York University, Occasional Paper No. 32.
- (1984). The Linkage Between the Household and Workplace in the Experience of Dominican Immigrant Women in the United States. *International Migration Review* 18:1188-1211.
- PETRAS, E. (1980). Toward a Theory of International migration: The New Division of Labor. In R. Bryce-Laporte (Ed.), *Sourcebook on the New Immigration: Implications for the United States and the International Community*, pp. 439-452. Transaction Books.
- PHILPOTT, S. (1973). *West Indian Migration: The Monserrat Case*. Humanities Press.
- PIORE, M. (1979). *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*. Cambridge University Press.
- PORTES, A. (1978). Toward a Structural Analysis of Illegal (Undocumented) Immigration. *International Migration Review* 12 (4):469-484.

- PORTES, A. and R. Bach (1984). *Latin Journey: Cuban and Mexican Immigrants in the United States*. University of California Press.
- PORTES, A. and J. Walton (1981). *Labor, Class, and the International System*. Academic Press.
- RAMÍREZ, N. (1984). Planificación familiar, crecimiento demográfico y condiciones de vida en la República Dominicana. Planteamientos para una política de población y desarrollo. In F. Moya Pons (Ed.), *Población y pobreza en la República Dominicana*, pp. 175-198. Forum.
- RAPP, R. (1977). Claude Meillassoux: «Femmes, Greniers et Capitaux». *Dialectical Anthropology* 2 (4):317-324.
- _____ (1983). Peasants into Proletarians from the Household Out: An Analysis of the Intersection of Anthropology and Social History. In J. Member (Ed.), *Social Anthropology of the peasantry*, pp. 32-47. Somaiya Publishers.
- REICHERT, J. (1979). «The Migrant Syndrome: An Analysis of U.S. Migration and Its Impact on A Rural Mexican Town». Ph. D. dissertation, Princeton University.
- REICHERT, J. and D. Massey (1979). Patterns of U.S. Migration from a Mexican Sending Community: A comparison of Legal and Illegal Migrants. *International Migration Review* 13:599-623.
- REIMERS, D. (1953). *Still the Golden Door: The Third World Comes to America*. New York: Columbia University Press.
- REY, P. (1973). *Les Alliances de Classes*. Maspero.
- REYNERI, E. and C. Mughini (1984). Migration, Co-operation and Development: An examination of a Pilot Project in Portugal. In D. Kubat (Ed.), *The Politics of Return: International Return Migration in Europe*, pp 31-36. Proceedings of the First European Conference on International Return Migration, Rome, November 11-14, 1981. New York Center for Migration Studies.
- RHOADES, R. (1978). Intra-European Return migration and Rural Development: Lessons from the Spanish Case. *Human Organization* 37 (2):136-47.
- _____ (1979). From Caves to Main Street: Return Migration and the Transformation of a Spanish Village. *Papers in Anthropology* 20:57-74.
- RICHARDS, A. and P. Martin (1983). The Laissez-Faire Approach to International Labor Migration: The Case of the Arab Middle East. *Economic Development and Cultural Change* 31 (3):625-674.
- RICHARDSON, N. (1978). *Foreign Policy and Economic Dependence*. University of Texas Press.

- RIVIÈRE d'Arc, H. (1980). Change and Rural Emigration in Central Mexico. In D. Preston (Ed.), *Environment, Society, and Rural Change in Latin America*, pp. 185-193. Wiley.
- ROCHELEAU, D. (1983). «The Combined Application of Ecosystems and Farming Systems Analysis to Agroforestry Production in the Sierra, Dominican Republic». Paper presented to the Conference of Latin American Geographers, Santo Domingo, October 12, 1983.
- (1984). «An Ecological Analysis of Soil and Water Conservation in Hillslope Farming Systems: Plan Sierra, Dominican Republic». Ph.D. dissertation, University of Florida.
- ROGERS, R. (Ed.) (1985). *Guests Come to Stay: The Effects of European Labor Migration on Sending and Receiving Societies*. Westview Press.
- ROSADO, T., B. Fernández, and I. Hernández (1987). Ideología y subordinación. In F. Pou *et al.*, (Eds.), *La mujer rural dominicana* pp. 197-207. CIPAF.
- ROSE, A. (1969). *Migrants in Europe: Problems of Acceptance and Adjustment*. University of Minnesota Press.
- ROSS, E. and R. Rapp. Sex and Society: A Research Note from Social History and Anthropology. *Comparative Studies in Society and History* 23 (1):51-72.
- RUSSEL, S. (1986). Remittances from International Migration: A review in Perspective. *World Development* 14 (6):677-696.
- SASSEN-KOOB, S. (1978). The International Circulation of Resources and Development: The Case of Migrant Labor. *Development and Change* 9:509-545.
- (1979). Formal and Informal Associations: Dominicans and Colombians in New York City. *International Migration Review* 8 (2):314-332.
- SCHNEIDER, P. and J. Schneider (1974). *Culture and Political Economy in Western Sicily*. Academic Press.
- SEA (Secretaría de Estado de Agricultura) (1978). *Plan de desarrollo, La Sierra*. Santo Domingo.
- (1980). *Diagnóstico del Sector Agrario*. Santo Domingo.
- (n.d.). *Diagnóstico del Subsector Pecuario*. Santo Domingo.
- SERRA-SANTANA, E. (1984). Return of Portuguese: Economic Goals or Retention of One's Identity? In D. Kubat (Ed.), *The Politics of Return: International Return Migration in Europe*, pp. 55-56. Proceedings of the First

- European Conference on International Return Migration, Rome, November 11-14, 1981. Center for Migration Studies.
- SHANIN, T. (1978). The Peasants Are Coming: Migrants Who Labour, Peasants Who Travel, and Marxists Who Write. *Race and Class* 19 (3):227-288.
- SILFA, N. (1983). *Guerra, traición y exilio*. Manuel Girón.
- SMITH, M. (1981). «Nutrition and Public Health in the Dominican Republic». Plan Sierra unpublished document.
- SOARES, G. (1977). The Web of Exploitation: State and Peasants in Latin America. *Studies in Comparative International Development* 12:13-24.
- SOTO, R. and G. del Rosario (1978). *El presupuesto de la familia dominicana: ingreso y consumo familiar*. Banco Central.
- SPENGLER, J. and G. Meyers (1977). Migration and Socioeconomic Development: Today and Yesterday. In A. Brown and E. Neuberger (Eds.), *Internal Migration: A Comparative Perspective*, pp. 11-35. Academic Press.
- SPIEGEL, A. (1980). Rural Differentiation and the Diffusion of Migrant Labour Remittances in Lesotho. In P. Mayer, ed. *Black Villages in an Industrial Society*, pp. 109-168. Oxford University Press.
- STAHL, C. (1982). Labor Emigration and Economic Development. *International Migration Review* (13) 4:869-899.
- STONE, C. (1980). *Democracy and Clientelism in Jamaica*. Transaction Books.
- STUART, J. and M. Kearney (1981). *Causes and Effects of Agricultural Labor Migration from the Mixteca of Oaxaca to California*. Program in U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- SWANSON, J. (1979). The Consequences of Emigration for Economic Development: A Review of the Literature. *Papers in Anthropology* 20:39-56.
- TATIS, A. (1985). Situación actual del sector vivienda: sus características y sus causas, 1970-1980. En F. Moya Pons (Ed.), *Situación de la vivienda en la República Dominicana*, pp. 21-31. Forum.
- UGALDE A., F. Bean, and G. Cardenas (1979). International Migration from the Dominican Republic: Findings from a National Survey. *International Migration Review* 13 (2):235-254.
- VAN Velsen, J. (1961). Labour Migration as a Positive Factor in the Community of Tonga Tribal Society. In A. Southall (Ed.), *Social Change in Modern Africa*, pp. 230-241. University of Chicago Press.
- VEGA, B. (1987). Ventajas e inconveniencias de la emigración de los dominicanos. *Listín Diario*, February 18, p. 6.

- VICENS, L. (1982). *Crisis económica 1978-1982*. Alfa y Omega.
- VICIOSO, C. (1976). Dominican Migration to the U.S.A. *Migration Today* 20:59-72.
- VINCENT, J. Agrarian Society as Organized Flow: Processes of Development Past and present. *Peasant Studies* VI (2):56-65.
- VIVOLO, R. (1984). Emigration and Agriculture in a Sicilian Village, In D. Kubat (Ed.), *The Politics of Return: international*, pp. 72-78. Proceedings of the First European Conferences on International Return Migration, Rome, November 11-14, 1981. Center for Migration Studies.
- WALDINGER, R. (1985). Immigration and Industrial Change in the New York City Apparel Industry. In G. Borjas and M. Tienda (Eds.), *Hispanics in the U.S. Economy*, pp. 323-349. Academic Press.
- WALKER, M. (1972). *Politics and the Power Structure: A Rural Community in the Dominican Republic*. Teachers College Press.
- WALLERSTEIN, I. (1979). The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis. *Comparative Studies in Society and History* 14 (4):387-415.
- WALLERSTEIN, I., E. Martin, and T. Dickinson (1979). «Household Structure and Production Processes: Theoretical Concerns Plus Data from Southern Africa and Nineteenth Century United States». Fernand Braudel Center. Mimeograph.
- WARREN, R. (1988). «The Role of Statistics in Shaping U.S. Immigration Policy».
- PAPER presented at the annual meetings of the American Statistics Association, New Orleans, August.
- WARREN, R. and J. Passel (1987). A Count of the Uncountable: Estimates of Undocumented Aliens in the 1980 United States Census. *Demography* 24 (3):375-393.
- WATSON, J. 1975. *Emigration and the Chinese Lineage: The Mans in Hong Kong and London*. Berkeley: University of California Press.
- WEIST, R. (1973). Wage-Labor Migration and the Household in a Mexican Town. *Journal of Anthropological Research* 29:180-209.
- (1979). Anthropological perspectives on Return Migration: A Critical Commentary. *Papers in Anthropology* 20:167-188.
- WERGE, R. (1975). «Agricultural Development in Clear Creek: Adaptive Strategies and Economic Roles in a Dominican Settlement». Ph. D. dissertation, University of Florida.

- WHITTEN N. (1965). *Class, Kinship and Power in an Ecuadorian Town: The Negroes of San Lorenzo*. Stanford University Press.
- WILKIE, J. and A. Perkal (1984). *Statistical Abstract of Latin America*, Vol. 23, UCLA Latin American Center Publication.
- WILSON, F. (1985). Women and Agricultural Change in Latin America: Some Concepts Guiding Research. *World Development* 13 (09):1017-1035.
- WOLPE, H. (1972). Capitalism and Cheap Labour-Power in South America: Some Concepts Guiding research. *Economy and Society* 1:425-456.
- WOOD, C. (1981). Structural Changes and Household Strategies: A Conceptual Framework for the Study of Rural Migration. *Human Organization* 40 (4):338-344.
- _____ (1982). Equilibrium and Historical-Structural Perspectives on migration. *International Migration Review* 16 (2):298-319.
- WORLD Bank (1978). *Dominican Republic: Its Main Economic Development Problems*. Washington, D.C.
- _____ (1980). World Development Report. Washington D.C.
- _____ (1986). World Development Report. New York: Oxford University Press.
- YANIGASAKO, S. (1979). Family and Household: The Analysis of Domestic Groups. B. Siegel (Ed.), *Annual Review of Anthropology* 8:161-205. Annual Reviews.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abu-Lughod, J. 30
Adelman, I. 213-214
Alarcon, R. 38, 292, 299, 301
Albuquerque, A. 89
Alleva, Ernie 25
Allison, P. 214
Ameringer, C. 71
Amin, S. 32-33, 37
Andújar, Tomás 146
Antonini, G., 45, 84-85, 170, 232
Arensberg, Conrad 25
Arizpe, L. 51, 254
Arrighi, G. 140-141, 311
Augusto (Primo de Nancy Rodríguez) 196

B

Bach, R. 32, 34-35, 135
Báez Evertsz, F. 72, 78-79, 199, 201, 263, 275, 290-292, 296
Balaguer, Joaquín 62-65, 67-69, 72, 123-124, 146, 156, 171-172, 182, 224, 230, 236, 296, 307
Barrett, J. 30, 37, 137, 142
Barton, J. 42, 305
Baucic, I. 299
Bean, F. 77
Bell, I. 94, 97
Bendezú Alvarado, G. 188
Benería, L. 179, 186
Birks, J. 298, 307
Black, J. 60, 62-63, 67
Bohning, W. 198
Boin, J. 63, 67, 86, 88
Bonacich, E. 32
Bonó, Pedro 84-86
Bosch, Juan 61-62, 191
Bray, D. 63-64, 73-74, 76-77, 79, 147, 183, 191, 197, 297
Bretel, C.
Brodhead, F. 60, 62

Brown, S. 176, 204, 223, 254
Burawoy, M. 33-34, 37
Burki, S. 291-292, 302

C

Calder, B. 59-60
Canals, Jeanette 25
Cárdenas, G. 77
Carter, Jimmy 72
Casagrande, Santos 96-97, 100,
106, 113
Cassá, R. 58, 60-61, 64, 94-96, 113,
294, 296
Castells, M. 33
Castles, S. 30, 33, 35, 37
Castro, Max 25, 42, 64, 72, 77, 79-80,
293-295, 297, 304, 306
Chandavarkar, A. 307
Cheng, L. 32
Chibnik, M. 214
Comitas, Lambros 25, 106, 191, 233
Cordero, W. 59
Cornelius, W. 291
Crandon, Libbet 25
Crassweller, R. 60, 95-96, 102
Cross Beras, Julio 25
Crouch, L. 65-66, 226, 230-231

D

D'Oleo Ramírez, F. 72, 78, 199, 263,
275, 290-292
De Janvry, A. 33-36
De los Santos, A. 39, 148-149, 294
Deere, C. 36, 179
Del Castillo, José 12, 59, 64
Díaz Santana, M. 61, 63-64, 69

Díaz, M. 74
Dickinson, T. 135
Dore y Cabral, C. 65-67
Duarte, I. 36, 67-68, 163-164, 187
Dubrovsky, S. 143
Dulce (hija de Tonia) 259
Durand, J. 292, 299

E

Ebiri, K. 295
Edwards, R. 142
Emmanuel, A. 32
Encarnación, S. 36, 65
Etnyre, Bob 26
Ewel, K. 45

F

Fass, D. 292
Ferguson, Brian 25
Ferguson, R. 110, 258
Fernández, Alfredo 274
Fernández, B. 176-177, 182, 270
Fernández-Kelly, M. 137
Fitzpatrick, J. 132
Friedlander, S. 32
Frucht, R. 233, 298

G

Gabb, William 84
Garrison, V. 51, 128, 138
Geertz, C. 187
Geffroy, J.
Georges, Danae 26
Georges, Naffe 26
Gleijeses, P. 58-59
Gmelch, G. 258, 292, 306

Gómez, L. 60, 63, 97, 102
González, H. 38, 292, 299
González, N. 37
González, R. 294, 296
Gordon, D. 142
Grasmuck, S. 39, 68, 79, 174, 226,
263, 273, 290, 293, 296
Graves, N. 37, 43, 69, 184, 258, 294, 302
Graves, T. 37, 43, 69, 184, 258, 294, 302
Gregory, D. 299, 305
Griffin, K. 32, 236
Griffith, D. 299
Guderman, S.
Guillo (hijo de Luis y Mechi) 194
Gurak, D. 39, 78, 132, 142
Guyer, J. 135
Guzmán, Antonio 44, 69, 269

H

Hakim, P. 291
Harrington, Charles 25
Hart, K. 187
Hendricks, Glenn 12, 42, 73-74,
77, 147
Herman, E. 60, 62
Hernández, I. 176
Hoetink, H. 58, 85-88, 91
Holina, M. 39, 148-149, 294
Houston, M. 30, 137
Hume, I. 32
Idalia (pariente de Venero Pérez) 278

J

Janvry, A. de 33-36
Javier (doctor) 25
Jones, R. 38

Jorge Blanco, Salvador 69
José (agricultor) 186
Justo Duarte, A. 62

K

Kayal, P. 73, 147
Kearney, M. 33, 304
Kim, I. 142
King, R.
Koch, J. 80
Kosack, G. 33, 198
Kramer, R. 30, 37, 137, 142
Kritz, M. 39, 78, 142
Krute, Larry 24
Kryzanek, T. 63

L

Larson, Eric 25, 36, 76, 144, 181,
187, 294
Leizman, Lisa 25
León de Leal, M. 179
Levy, Bar 25
Linares, Sixto 88
Lipton, M. 198, 216
Lomnitz, L. 51
Long, N. 187
Lowenthal, D. 233, 269
Lozano, Wilfredo 12-13, 62-66, 68, 187
Luis (esposo de Gladys Pérez) 137
Luis (esposo de Mechi Sánchez)
193, 194

M

Madera 32
Mahler, Sarah 25
Mangin, W. 188

Marshall, D. 174, 291
Martin, E. 135
Martin, John Bartlow 72
Martin, Melvyn 25
Martin, P. 298
Marx, E. 133
Massey, D. 38, 292, 299
McArthur, J. 300
Meillassoux, Claude 33-34, 36-39,
166, 299
Meyers, G. 32
Mies, M. 178
Mines, R. 38
Mones, B. 48, 179
Montero, M. 39, 148-149, 294
Montero, Víctor 25, 232
Morales de Liz, Mercedes 25
Morales, Daniel 236-237
Morales, Gordo 193
Morales, Juana 256
Morales, Nina 137
Morales, Pancho 88-93, 95-97, 100,
108, 120-121, 260
Morales, Ramón 186
Morales, Rita 136, 139
Morales, Santos 203-204
Morokvasic, M. 37
Morris, C. 213-214
Morrison, T. 291, 294
Mortimer, J.
Moser, C. 187
Moya Pons, Frank 59, 81, 87-88
Mughini, C. 305
Murphy, Marty 25, 61-64, 69
Murray, Colin 135, 250, 299, 301
Murray, Jerry 25

N

Nash, J. 34
Nevadomsky, J. 187-188
Nikolinakos, M. 32

O

Oberai, A. 217, 291
Olga (esposa de Alfredo Fernández)
274-275
Optiz, W. 76
Orlansky, D. 143
Ortiz Fernández, F. 86
Ortiz, D. 294, 296

P

Paine, S. 292
Passel, J. 76
Pastor, R. 295, 307-308
Peña, Bélgica 25
Penninx, R. 306
Pérez Mera, Amiro 25
Pérez, Cano 132-134
Pérez, G. 39, 73, 76, 78
Pérez, Gladys 137
Pérez, Hernán 256
Pérez, J. 92, 100, 299, 305
Pérez, Juan B. 100
Pérez, Julio 196
Pérez, Martín 194, 208
Pérez, Pinina 256
Pérez, Sandra 202-204
Pérez, Silvia 146-147
Pérez, Venero 278-280
Perkal, A. 66, 75, 154
Perlman, J. 188

- Pessar, P. 42, 77, 147, 178, 246, 293, 297
Petras, E. 32
Philpott, S. 199
Piore, M. 121, 156, 306
Portes, Alejandro 25, 32-35, 70, 122, 167, 188, 200
Pou, F. 163-164
- R**
- Ramírez, N. 144
Rapp, R. 34-35, 39
Reich, M. 142
Reichert, J. 33, 38, 280, 291
Reimers, D. 68, 74
Rey, P. 33
Reyes, Chuco 207
Reyes, Roberto 196
Reyes, Sandy 259, 281
Reyneri, E. 305
Rhoades, R. 33, 174, 304
Richards, A. 298, 307
Richardson, N. 68
Rivière d'Arc, H. 42
Roberts, B. 187
Rocheleau, Diane 25, 223, 232, 236, 297
Rodríguez, Blanca 192-193
Rodríguez, Bolo 192, 196-197
Rodríguez, Fonso 141
Rodríguez, G. 294, 296
Rodríguez, Laura 146-147
Rodríguez, Lucinda de 137
Rodríguez, Monguita 186
Rodríguez, Nancy 196
Rodríguez, Polo 136-137
Rodríguez, Rosita 256
Rodríguez, Yolanda 255-256
Rogers, R. 30, 295, 307-308
Roldán, M. 179, 186
Roosevelt, Franklin D. 59, 61
Rosado, T. 176-177, 182, 270
Rosario, G. del 75, 207, 215-216
Rose, A.
Rosita (hermana de Rita Morales) 139
Ross, E. 39
Roy, John 25
Russel, S.
- S**
- Samuel (hermano de Mechi) 194
Sánchez, Juanito 124, 141
Sánchez, Luis 193-194
Sánchez, Mechi 193-194
Sánchez, Nina 255
Sánchez, Tonia 259-260
Santana, Manuel 203
Santos, Blas 25
Santos, D. 39, 148-149, 294
Sassen-Koob, S. 33, 77
Schneider, J. 304
Schneider, P. 304
Schraml, L. 34, 135
Serra-Santana, E. 301
Serullé, J. 63, 67, 86, 88
Shanin, T. 34
Silfa, N. 71
Sinclair, C. 298, 307
Singh, H. 217, 291
Sinkin, R. 291, 294, 296
Smith, M. 43
Soares, G. 163

Sonia (esposa de Venero Pérez) 278-279

Soto, R. 75, 207, 216

Spengler, J. 32

Spiegel, A. 299

Stahl, C. 291, 295, 305

Stone, C. 49

Strachan, A.

Stuart, J. 304

Sullivan, T. 76

Swanson, J. 198

T

Tatis, A. 292, 294, 296

Telo (esposado de Tonia) 259

Tice, Karin 25

Trina (vecina) 259

Trujillo, Rafael Leónidas 16, 43, 60-63, 70-73, 83, 94-104, 107-110, 112-113, 115-116, 120-122, 124, 169, 182, 230, 267

Tupper, H. 45

U

Ugalde, A. 77-79, 147

V

Van Velsen, J. 304

Vargas, Wilfrido 74

Veatch, Liz 26

Vega, B. 199, 291

Vicens, L. 65, 69

Vicioso, C. 77

Viganola, M.

Vincent, J. 35

Vivolo, R. 298

W

Waldinger, R. 35

Walker, M. 51, 107

Waller, Louise 25

Wallerstein, I. 33, 135

Walton, J. 33-35, 70, 122, 167, 188, 200

Warren, Bob 25

Warren, R. 30, 76

Wassersstrom, Rob 25

Watson, J. 37, 174, 292, 298, 301, 304

Weintraub, S. 291

Weiss, C. 291

Weist, R. 33, 38, 198

Weisz, Wilma 23

Werge, R. 91, 94, 111, 223

Whitten, N. 50-51

Wilkie, J. 66, 75, 154

Williams, Eric 61

Wilson, F. 301

Wolpe, H. 33

Wood, C. 135

Y

Yanigasako, S. 135

Yunén, Rafael 25

Este libro se imprimió en los talleres
gráficos de Amigo del Hogar en el mes
de noviembre de 2023. Santo Domingo,
República Dominicana.



CLÁSICOS DE LA MIGRACIÓN DOMINICANA

Conscientes de la importancia que tiene la cuestión migratoria para el país, el Instituto Nacional de Migración (INM RD) y el Banco de Reservas (Banreservas) de la República Dominicana han articulado esfuerzos e impulsado un proyecto editorial tras el cual se persigue ofrecer, a los estudiosos de este tema en particular y a los lectores dominicanos en general, un conjunto de investigaciones fundamentales para el conocimiento del papel de las migraciones internacionales en la historia del pueblo dominicano.

La colección Clásicos de la Migración Dominicana ofrece al lector estudios de alta calidad académica donde se puede apreciar el fenómeno migratorio en su diversidad de orígenes nacionales y culturales, la multiplicidad de orientaciones de los flujos de inmigración y emigración y los diversos problemas envueltos en este proceso.

ISBN 978-9945-634-26-6

